

AURELIO VALLADARES DEL REGUERO

CARBAJAL DE RUEDA

RECUERDOS DE OTROS TIEMPOS

Aurelio Valladares del Reguero
Carbajal de Rueda (León), 2015

Imprime: Copias Centro
C/ Barquillo, 22. 28004-Madrid

Depósito Legal: LE-206-2015

DEDICATORIA

A mis ascendientes familiares en Carbajal, Santibáñez y Villacidayo (*IN MEMORIAM*)

Mis padres: Aurelio Valladares Sánchez y Domitila del Reguero Fernández (de Santibáñez)

Mis abuelos: Indalecio Valladares Ferreras y Fe Sánchez de la Varga (de Villacidayo); Luis del Reguero Díez y Martina Fernández Robles (los dos de Santibáñez)

Mis bisabuelos: Ildefonso Valladares Corral y Ramona Ferreras Paniagua; Juan Sánchez Reyero y María Manuela de la Varga García (los dos de Villacidayo)

Mis tatarabuelos: Antonio Valladares y Fulgencia Corral (de Villacidayo); Miguel Ferreras y Antonia Paniagua.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

INTRODUCCIÓN

Comencé a plasmar por escrito estos recuerdos a comienzos del verano de 2014. Aunque se trata de «mis» recuerdos, ahora lamento no haber pensado esto hace unos años y haber empezado entonces a tomar notas, tarea para la me hubiera sido de eficaz ayuda, a la hora de rememorar hechos concretos y solventar dudas, contar con el testimonio de personas mayores que ya han desaparecido y no pueden aportar ahora su valioso testimonio. Pero aunque es verdad que *agua pasada no mueve molino*, también el refranero nos recuerda que *nunca es tarde si la dicha es buena* o que *más vale tarde que nunca*.

Por todo ello he afrontado este reto con ilusión y con el sosiego y tranquilidad que me otorga mi situación de «jubilado», ahora que todavía la salud afortunadamente me está respetando, a pesar de algún que otro susto de esos de los que, a partir de una determinada edad, nadie está exento.

La verdad es que algunos familiares y allegados en más de una ocasión me habían recriminado –de forma cariñosa, por supuesto– el haber dedicado muchas páginas a otros lugares a los que las circunstancias de la vida me han llevado y, sin embargo, no haber prestado ninguna atención al pueblo que me vio nacer. He comprendido que tenían toda la razón del mundo y no he querido dejar pasar más tiempo sin atender la sugerencia que, directa o indirectamente, venían lanzando a mis oídos quienes más cerca han estado siempre de mí y que nunca me desearán ningún mal.

Creo, además, que hay razones objetivas para un intento como el que aquí acometo ahora, ya que me parece oportuno dejar plasmado para generaciones futuras el testimonio de un tiempo que, si bien es cambiante en todas partes, en pueblos como Carbajal pone aún más de manifiesto las enormes diferencias entre la realidad actual y la de hace no tantos años. Sería una pena que los que vengan

Aurelio Valladares del Reguero

detrás y estén interesados en conocer sus orígenes no pudieran contar con algún testimonio que les permita acercarse a lo que fue el mundo de sus mayores.

Es cierto que a partir de la década de los 60 del pasado siglo comenzaron a gestarse cambios importantes en las zonas rurales, como es el caso de nuestro pueblo, mucho más lentas a la hora de modernizarse que los enclaves urbanos. Ya entonces nos parecían avances considerables la llegada a los hogares de electrodomésticos que hoy nos parecen básicos (lavadoras, planchas, TV...) o algo tan elemental como el agua corriente, que permitió la instalación de cuartos de baño en las casas. También estas innovaciones, fruto de los nuevos tiempos, llegaron a la agricultura (trilladoras, cosechadoras, tractores con sus diferentes complementos mecánicos...) y a la ganadería (pastores eléctricos, ordeñadoras eléctricas, inseminación artificial...), teniendo como telón de fondo la puesta en marcha de la Concentración Parcelaria. Los que conocimos la etapa anterior pudimos experimentar lo que todo esto supuso en ahorro de trabajo y mejoras de rendimiento, todo lo cual fue favoreciendo el bienestar general de la población.

Sin embargo, esos importantes logros no fueron suficientes para retener en el pueblo a muchos de los jóvenes de entonces, que optamos por buscar otros horizontes lejos de aquí. A los pocos que decidieron quedarse no les fue mal, porque las explotaciones agrícolas y ganaderas resultaban bastante rentables, aunque –eso sí– no han tenido al alcance otras facilidades que ofrece la ciudad, tanto para mayores como –sobre todo– para niños. El resultado, en definitiva, ha sido un progresivo y alarmante descenso de la población, de tal forma que hace dudar seriamente sobre el futuro no muy lejano de nuestro pueblo.

Desde hace unos años ya no hay ni agricultores ni ganaderos en Carbajal. El monte y el soto, sin la presencia de la vacada o de los rebaños de ovejas, han ido cambiando su fisonomía con plantaciones de pinos y chopos, hasta el punto de que resultan casi irreconocibles a quienes, como es mi caso, no frecuentan con asiduidad el pueblo en los últimos tiempos. Carbajal se ha convertido, pues, en residencia de jubilados y lugar de veraneo. Y es posible que en fechas no muy lejanas, particularmente durante los duros días de invierno, se quede prácticamente desierto. Menos mal que Raúl Gutiérrez todavía es relativamente joven y puede mantener su boyante negocio, reconocido en varios kilómetros a la redonda, lo que no deja de ser un aliciente que da vida al pueblo.

Recuerdo que en la boda de mis sobrinos Marcos Juanes Valladares y Leyre Peña Rodríguez, que tuvieron la valentía –digna de todo encomio– de celebrarla

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

en Carbajal (el 11 de agosto de 2012), el sacerdote no se privó de comentar en la homilía su sorpresa al tener que manejar el libro parroquial de matrimonios, porque hacía muchos años que no se casaba nadie en el pueblo. Efectivamente, la última boda había sido la de mi prima María Esther Valladares González con Francisco García García, de Modino, el 16 de agosto de 1987; es decir, 25 años antes. Y ahora cabe la pregunta: ¿Alguien ligado familiarmente a Carbajal (no digo nacido aquí, porque eso es ya prácticamente inviable) se atreverá a no dar por cerrado el libro parroquial de matrimonios?

Los que tenemos ya cierta edad hemos sido testigos de los cambios vertiginosos que se han producido en nuestro pueblo desde mediados del siglo pasado. Por eso he querido en este momento rememorar aquella época y dejar constancia de ella para futuras generaciones que tengan a bien acercarse, de alguna manera, a lo que fue el mundo de sus antepasados.

Cuando he regresado a Carbajal, generalmente en tiempo de vacaciones de verano, he sentido la tranquilidad de poder disfrutar sin agobios de ocupaciones y límites de horarios. Pero también, en la rutina y monotonía de esas jornadas iguales, cuando no se distinguen los días festivos de los laborables, me ha invadido un sentimiento de nostalgia y añoranza hacia aquellos veranos, mucho más ajetreados por los quehaceres diarios, pero en los que esperábamos con ansiedad la llegada del domingo o contábamos los días que quedaban para las fiestas de Santiago, San Roque, San Juan o San Miguel.

Ahora no hay que darse madrugones para ir a segar antes de que apriete fuerte el sol, ni ordeñar las vacas todos los días sin importar si son festivos, ni acudir a la hora más intempestiva a una huerta o a una tierra de remolacha porque «toca el agua», ni darse toda la prisa del mundo para cargar el carro de hierba porque se ven llegar desde la zona de Garfín unos nubarrones negros que amenazan lluvia... Ahora tenemos el coche a la puerta para poder ir a cualquier sitio y comprar en el supermercado los productos que nos apetezcan. Nadie va a poner en duda que entonces se trabajaba mucho y disponíamos de muy pocos medios, pero también es verdad que vivíamos cada momento gozoso con mucha más intensidad.

Al contrario del poeta Jorge Manrique, no creo que *cualquier tiempo pasado fue mejor*, aunque tampoco me atrevería a decir que *fue peor*; prefiero sentenciar, más modestamente, que *cualquier tiempo pasado fue... distinto*.

Como deseo final, espero que las personas de mi generación encuentren en

Aurelio Valladares del Reguero

estas páginas algún motivo para rememorar momentos de su pasado que quizá tenían ya un tanto olvidados. Y en cuanto a los más jóvenes, les brindo la oportunidad de recrearse en los ambientes en que se desenvolvió la vida de sus padres o abuelos. Si consigo, aunque sea mínimamente, estos objetivos, me doy enteramente por satisfecho.

Madrid, 23 de abril de 2015 (Día Internacional del Libro)

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Agradecimientos

Son muchas las personas que me han facilitado información, de la más diversa índole, para el presente trabajo. Hacer una simple enumeración resultaría prolijo y a la vez conllevaría el riesgo de incurrir en más de un olvido. Ahora bien, aunque solamente sea de forma general, me siento en la obligación, cuando menos, de dejar constancia explícita de mi más sincero agradecimiento a todas ellas. Es muy difícil que no se haya deslizado algún error (en fechas, nombres, apellidos....), que, en cualquier caso, asumo bajo mi entera responsabilidad.

Aurelio Valladares del Reguero

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

I.- BOSQUEJO HISTÓRICO

1.- Primeros datos conocidos

El nombre de *Carbajal* proviene de *Carvaliar*, que vendría a ser «lugar o tierra de carvajos o carvallos», es decir, de «robles», circunstancia del todo comprensible, dada la abundancia de dicho árbol en su término. Todavía hoy en algunas zonas de Asturias y Galicia el roble es conocido como «carvallo / carballo».

El primer documento que se conoce en que aparece mencionado data del año 1071. Corresponde a una carta de donación por la que el rey Alfonso VI otorga a su hermana doña Urraca algunas villas, haciendas y bienes que fueron propiedad del Conde Flagino (o Flaino), a quien se las había dado el rey Fernando el Magno [Fernando I]. Allí se habla de *Carvaliar per suis terminis*, así como de otros lugares, entre los que aparecen los vecinos *Villa Noufar* (Villanófar) y *Sancto Iohannes* (Santibáñez)¹.

El nombre del pueblo y el de alguno de sus vecinos aparecen en diversos documentos relativos al monasterio de Gradefes, fechados en los años 1389 (uno del 11 de marzo y otro del 22 de junio), 1594, 1647 y 1650-1653². El más antiguo de ellos hace referencia al traslado de una sentencia dada en la Chancillería de Valladolid [20 de agosto de 1405], que confirma otra dada en Mansilla el 11 de marzo de 1389. Se trata de la reivindicación de que se guarden los usos y

¹ De este documento nos habla el sacerdote de Gradefes Aurelio Calvo en su valiosísimo trabajo de investigación *El monasterio de Gradefes. Apuntes para su historia y la de algunos otros cenobios y pueblos del concejo*, León: Imprenta Provincial, 1936-1944 (edición facsímil, León: Gráficas Celarayn, 1984), pp. 97 y 100.

² Taurino Burón Castro, *Colección documental del monasterio de Gradefes*, 2 vols.: *I (1054-1299)*, *II (1300-1899)*, León: Centro de Estudios e Investigación San Isidoro, 1998.

Aurelio Valladares del Reguero

costumbres de los hombres de Rueda. Presentan la querella un merino del condado de Rueda y sendos vecinos de Villanófar, Villacidayo, Carbajal y Val de Santibáñez. El de Carbajal es Juan Cistel³.

Algo similar cabe decir de otro conjunto documental, esta vez referido al partido de Rueda del Almirante, al que perteneció Carbajal. Tanto el pueblo como alguno de sus vecinos figuran en diversos documentos fechados en el siglo XV, 1465, 1572, 1586, 1591, 1656, 1666, 1700, 1734, 1772 y 1804⁴. Señalaré los dos más antiguos. El del siglo XV es una carta para que se pida a los lugares de Sahechores, San Cipriano, Cubillas, Quintanilla, Palacio, Santibáñez, Carbajal, Villacidayo, Villanófar y Gradefes gente de a caballo, porque lo necesita el rey en Galicia⁵. En el otro documento, fechado el 15 de diciembre de 1465, Pedro de Robles, mayordomo del almirante, manifiesta que recibe de Juan Andrés, vecino de Carbajal, en nombre de dicho lugar, el impuesto de tres fanegas y media de trigo y siete y media de centeno⁶.

Durante mucho tiempo Carbajal perteneció al partido de Rueda del Almirante, incluido –al igual que el vecino partido de Mansilla de las Mulas– dentro de la antigua provincia de Valladolid. De ahí que muchos de los pueblos de la zona conserven la denominación «de Rueda». Entraban dentro de dicha jurisdicción 37 pueblos: 20 en la margen derecha del río Esla y los 17 restantes en la margen izquierda. En el lado derecho, además de Rueda del Almirante, tenemos los siguientes: Cañizal, Carbajal, Casasola, Cerezales, Cifuentes, Garfín, Gradefes, Mellanzos, Nava de los Caballeros, San Bartolomé, San Pedro [de Eslonza], San Miguel [de Escalada], Santibáñez, Valdealcón, Valdealiso, Valduviego, Valporquero, Villacidayo y Villanófar. En la margen izquierda del río se encuentran La Aldea del Puente, Cubillas, Herreros, Llamas, Palacio, Quintana del Monte, Quintanas, Quintanilla, Saelices [del Payuelo], Sahechores, San Cipriano, Valdepolo, Vega de Monasterio, Villahibiera, Villalquite, Villamondrín y Villaverde [la Chiquita].

³ *Ibíd.*, vol. II, documento 710, pp. 140-143. También alude a este documento, cuyo contenido extracta, Aurelio Calvo, *ob. cit.*, pp. 399-400.

⁴ Taurino Burón Castro, *Catálogo del archivo de la jurisdicción de Rueda del Almirante*, León: Taurino Burón, 2002.

⁵ *Ibíd.*, documento 1068, p. 134.

⁶ *Ibíd.*, documento 2979, p. 345.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Existe un padrón de vecindad del partido de Rueda, que data del mes de marzo de 1590, de enorme interés, dado que se trata de la primera noticia conocida sobre el número de vecinos y la clase social a la que pertenecían en cada una de las poblaciones⁷. Carbajal figura con 32 vecinos, de los cuales 6 ½ son hidalgos y 25 ½ son pecheros. Si se compara con las dos poblaciones vecinas, supera a ambas: Santibáñez aparece con 30 vecinos (2 ½ hidalgos y 27 ½ pecheros) y Villacidayo con 21 vecinos (1 hidalgo y 20 pecheros).

Apuntaré, como detalle novedoso, que en dicho padrón se encuentran dos poblaciones que debieron de desaparecer poco tiempo después: Vallejo (con 7 ½ vecinos) y Cañones (con 4 vecinos). Según Aurelio Calvo, la primera estaba situada cerca de Valle [de Mansilla] y Villasabariego, en tanto que la segunda se hallaba entre Santa Olaja [de Eslonza], Valle [de Mansilla] y Vega [de los Árboles]⁸. En una relación oficial llevada a cabo en 1785 (de la que luego hablaré) aparece Cañones como «despoblado» y Vallejo ni siquiera es mencionado.

Desde antiguo Carbajal formó una sola parroquia con Santibáñez, cuya iglesia matriz era la de Carbajal y la de Santibáñez era aneja. Así sucedió al menos hasta el año 1743, fecha en que el obispo de León, don José de Lupa y Roger, de paso por Santibáñez, ordena en el «acta» correspondiente que se pongan aparte las cuentas de la iglesia de Carbajal, de la que era aneja, siendo cura don José Narciso del Río⁹. Adelantaré que este párroco nos aparecerá en 1752 con motivo de la realización del Catastro del Marqués de la Ensenada. Se desconoce hasta cuando estuvieron unidas las dos parroquias, si bien se sabe que en 1845 ya se habían separado¹⁰. Quizá este hecho se produjo varios años antes, puesto que, por ejemplo, don Mateo Rojo, que estuvo al frente de la parroquia hasta 1790 se presenta en los libros parroquiales como «cura de Carbajal y Santibáñez» y como «vecino de Carbajal», en tanto que don Matías Díez Rodríguez (1791-1808) lo hace solamente como «cura de Carbajal».

Parece ser que Carbajal y Santibáñez en el siglo XV ya se habían

⁷ La publica Aurelio Calvo, ob. cit., pp. 75-76.

⁸ *Ibíd.*, p. 76, notas 1 y 2.

⁹ Aurelio Calvo, ob. cit., p. 100.

¹⁰ Así lo apunta el sacerdote e investigador Julio de Prado Reyero en *Un viaje histórico por el Alto Esla*, 2ª edición, León: Instituto Leonés de Cultura, 1999, p. 170 (la 1ª edición es de 1994).

Aurelio Valladares del Reguero

desprendido del Condado de Aguilar, para integrarse en el de Cifuentes de Rueda, lo que explica que ambos pueblos aparezcan denominados como Carbajal y Santibáñez del Conde¹¹.

2.- El Catastro del Marqués de la Ensenada (1752)

Estamos ante un magno proyecto llevado a cabo entre los años 1750 y 1754, que afecta a todos los pueblos de la Corona de Castilla, en aplicación de un Real Decreto de Fernando VI, de 10 de octubre de 1749, por iniciativa de su ministro Zenón de Somodevilla y Bengoechea (Hervías, La Rioja, 1702 - Medina del Campo, Valladolid, 1781), Marqués de la Ensenada. Se trata de un formulario de 40 preguntas sobre los aspectos más variados de todas y cada una de las poblaciones, que debían ser respondidas una a una. Era el paso previo para una reforma fiscal que pretendía unificar en un solo impuesto las variadas y complicadas rentas que regían hasta entonces. Y la verdad es que esa «Única Contribución» (así se llamaba) no llegó a implantarse, pero el trabajo realizado ha quedado para la posteridad como una exhaustiva y completísima encuesta que permite conocer con detalle el estado de las trece mil localidades que conformaban la Corona de Castilla a mediados del siglo XVIII. Toda la documentación se conserva en el Archivo General de Simancas (Valladolid), que desde hace unos años inició un proceso de microfilmación. La correspondiente a Carbajal, formada por 16 folios manuscritos, está ya disponible a través de internet, por medio de 17 imágenes.

El juez subdelegado don Diego de Ulloa y Sesse, acompañado de un escribano, visitó Rueda del Almirante, cabeza del partido de este nombre, el 21 de junio de 1752. Luego lo haría en los 36 pueblos restantes del partido entre los días 1 de julio y 24 de septiembre siguientes¹².

¹¹ Julio de Prado Reyero, ob. cit., p. 171.

¹² Es muy interesante, a este respecto, el trabajo del profesor e investigador Millán Urdiales Campos (Villacidayo, 14-10-1927 - Oviedo, 04-12-2007) *El Partido de Rueda del Almirante en 1752 según el Catastro y el Vecindario del Marqués de la Ensenada* (León: Instituto Leonés de Cultura, 2007), en el que traza una visión de conjunto sobre las «Respuestas» dadas en los 37 pueblos del Partido de Rueda del Almirante.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Voy a ofrecer los datos relativos a Carbajal, simplificando el contenido de las respuestas y, para mayor comodidad del lector, modernizando la ortografía según la normativa académica actual.

La visita a nuestro pueblo tuvo lugar el 4 de septiembre de 1752. Junto al juez subdelegado don Diego de Ulloa y Sesse y el escribano Francisco Javier Pérez, intervienen Antonio Fernández (alcalde), Gabriel de Reyero y Casimiro del Valle (procuradores generales del concejo), don José Narciso del Río (párroco del pueblo), Francisco Fernández Llamazares y Andrés Urdiales (vecinos del pueblo), a todos los cuales toma juramento el mencionado juez subdelegado. También están presentes Mateo Tomás y Juan Alonso, nombrados por el mismo juez subdelegado como peritos en representación del rey.

1ª pregunta.- El nombre de la población es Carbajal de Rueda.

2ª.- Es un lugar «de señorío», perteneciente a la Duquesa de Alba, derecho por el que percibe al año tres fanegas y media de trigo y siete y media de centeno, en tanto que el derecho de «martiniega» [impuesto que pagaba el campesino el día de San Martín, 11 de noviembre] está cifrado en siete reales de vellón al año.

3ª.- El término tiene de Levante a Poniente media legua, de Norte a Sur un cuarto de legua y de circunferencia dos leguas. Limita al Levante con la raya y término de Quintanilla, al Poniente con la raya y término de Garfín, al Norte con la raya y término de Santibáñez y al Sur con la raya y término de Villacidayo.

4ª.- En el término hay tierras de regadío que se siembran todos los años, alternando un año de lino o cáñamo y el siguiente de trigo o cebada; hay tierras de sembradura de secano que se siembran un año y descansan el siguiente; hay prados de guadaña que se siegan todos los años; hay monte de robles y hay sotos de fresnos y balsas.

5ª.- Las tierras de regadío son de primera y segunda calidad; las de sembradura de secano son de primera, segunda y tercera calidad, y los prados de guadaña de primera y segunda calidad.

6ª.- No hay plantíos de árboles.

7ª.- Respuesta negativa, al tratarse de una explicitación de la pregunta anterior.

8º.- Igual a la pregunta anterior.

9ª.- Las medidas de tierra usadas son la carga y la fanega. Cada carga se compone de ochocientos estadales y cada estadal de cuatro varas castellanas. Las tierras de regadío de primera y segunda calidad llevan de sembradura cada carga:

Aurelio Valladares del Reguero

En el Lugar de Carbajal a Cuatro
diez. del mes de Septiembre de mill e
seiscientos cinquenta y dos. Año del
Señor D^{no} Dago e Moa. y ses ve. el
ñor de la Villa de Benavente. el Alcaide
y Anteaño del Valle. Juan Subdelega-
do. por la Real Cúrdia. de la Villa
Contrabuzión. Cumpliendo con lo que
se manda. En el Auto de diez de
mes. Parecieron en la sala de
Señor Juan Subdelegado. Antonio
Fernandez Alcalde por el Estado
General, Gabriel e Peñero y Ca-
simiro del Valle. Procuradores
comenxales. del Conz. de este
Lugar de Carbajal e Rueda por no

Catastro del Marqués de la Ensenada, Carbajal de Rueda, pág. 1^a.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

las que se siembran de lino 7 fanegas de linaza y las que se siembran de cáñamo 7 fanegas de cáñamo; las que se siembran de trigo 4 fanegas y las que se siembran de cebada 5 fanegas. Las tierras de sembradura de secano de primera calidad llevan de sembradura cada carga 4 fanegas de trigo; la carga de sembradura de secano de segunda calidad lleva de sembradura 3 fanegas de centeno; la carga de sembradura de secano de tercera calidad lleva cada carga de sembradura 2,5 fanegas de centeno.

10ª.- En el término de este lugar hay 316 cargas de tierra y de estas son 10 de regadío de primera calidad, 4 cargas de regadío de segunda calidad, 15 cargas de sembradura de secano de primera calidad, 15 cargas de sembradura de secano de segunda calidad, 20 cargas de sembradura de secano de tercera calidad, 7 cargas de prado de guadaña de primera calidad, 5 cargas de prado de guadaña de segunda calidad, 20 cargas de soto de balsas y fresnos. Se completa con 220 cargas de monte de robles y chaparrales.

11ª.- Los frutos que se cogen en el término de este lugar son lino, linaza, cáñamo, cañamones, trigo, cebada, centeno y hierba.

12ª.- Sobre la cantidad de frutos de cada género conseguida como media en cada año, la carga de tierra de regadío y primera calidad que se siembra de lino, 70 libras en limpio y 7 fanegas de linaza, y de cáñamo produce cada carga 4 y 30 libras de cáñamo en limpio y 7 fanegas de cañamones y las que se siembran de cebada producen cada carga 20 fanegas de cebada. Cada carga de tierra de regadío de segunda calidad produce el año que se siembra de lino 140 libras en limpio y 7 fanegas de linaza y las que se siembran de trigo produce cada carga 16 fanegas de trigo. La carga de tierra de sembradura de secano produce cada carga de tierra de primera calidad 16 fanegas de trigo. En las tierras de sembradura de secano de segunda calidad produce cada carga 14 fanegas de centeno. En las tierras de sembradura de secano de tercera calidad produce cada carga ocho fanegas de centeno. La carga de tierra de prado de guadaña de primera calidad produce cuatro carros de hierba y la de segunda calidad dos carros de hierba por carga. [Sigue una detallada exposición sobre la alternancia de cultivos y la cantidad asignada en el caso de los colonos].

13ª.- Respuesta negativa, al referirse a la plantación de árboles (al igual que en las preguntas 6ª, 7ª y 8ª).

14ª.- Sobre el valor que tienen ordinariamente un año con otro los frutos que producen las tierras del término, cada fanega de trigo la ajustan un año con otro

Aurelio Valladares del Reguero

a 12 reales de vellón; la de cebada a 6 reales la fanega; la de centeno a 10 reales; la libra de lino a real y medio; la fanega de linaza a 20 reales; la libra de cáñamo a real y la fanega de cañamones a 12 reales; cada carro de hierba a 20 reales [...].

15ª.- En cuanto a los impuestos sobre las tierras (diezmos, primicias...), los frutos que cogen de trigo, cebada, centeno, lino, linaza y cañamones, diezman de cada diez fanegas una, y de cada diez libras de lino, cáñamo y lana diezman una. Y de cada diez corderos pagan de diezmo uno y a esta proporción de las demás especies diezmables. De la hierba no se diezma y de «primicia» pagan cada labrador una fanega de centeno y por el voto de Santiago paga cada labrador dos celemines de centeno. Los diezmos se parten en esta forma: se hacen tres tercios de trigo, cebada, centeno, lino, linaza, cáñamo y cañamones, y de estos lleva dos tercios el señor cura párroco de la iglesia de este lugar y el otro tercio se lleva el señor obispo de León, y los tercios diezmos reales los percibe don José Narciso del Río, cura párroco de este dicho lugar. Y la primicia va para la fábrica de la iglesia de San Miguel de este lugar.

16ª.- Sobre la cantidad de frutos que suelen montar los referidos derechos de cada especie o el precio a que suelen arrendarle un año con otro, los diezmos importan regularmente un año con otro 25 fanegas de trigo y 15 fanegas de cebada, 40 fanegas de centeno, 200 libras de lino, 5 fanegas de linaza, 2 libras de cáñamo y 1 celemin de cañamones. Los diezmos menudos de lana, corderos y demás especies diezmables los regulan en 400 reales de vellón, y la primicia importa cada año 12 fanegas de centeno y el Voto de Santiago importa 2 fanegas de centeno.

17ª.- A la pregunta de si hay algunas minas, salinas, molinos harineros o de papel, batanes y otros artefactos en el término, se responde que hay un molino harinero de agua que muele con tres ruedas y está situado en la presa del agua que sacan del río en el sitio que denominan la Reguera; que es propio de don Lorenzo González del Riego, presbítero cura párroco del lugar de Valporquero, quien le administra por sí y que la utilidad que le regulan cada año es en ocho fanegas de trigo y diez y seis fanegas de centeno.

18ª.- A la pregunta de si hay algún esquilmo en el término y la regulación de su utilidad, se responde que en este lugar hay esquilmos y son: el de la vaca deja de utilidad a su dueño al año 20 reales de vellón; cada yegua, 50 reales; cada jumenta, 10 reales; cada cerda, 8 reales; cada oveja, 5 reales; cada carnero, 2 reales; cada cordero, 2 reales; cada cabra, 3 reales; cada castrón, 2 reales; cada

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

cabrito, 1 real, y cada colmena deja de utilidad al año 12 reales.

19ª.- Hay en las casas de este lugar 39 pies de colmenas: 24 son de Francisco Fernández Llamazares, 5 de Santiago Fernández, 6 de Antonio Fernández y 4 de Casimiro del Valle.

20ª.- Las especies de ganado existentes en el pueblo son: bueyes de labranza, vacas, yeguas, jumentos, jumentas, cerdos, cerdas, ovejas, carneros, corderos, cabras, cabrones y cabritos.

21ª.- El número de vecinos es de 21.

22ª.- Las casas que hay en este lugar son 22 y, aunque este lugar es de «señorío», no pagan por el establecimiento de suelo.

23ª.- Los propios que tiene este común son una tierra de sembradura de regadío, de seis celemines, y dos tierras de sembradura de secano, de cuatro celemines, y tiene arrendadas Pedro Fernández, vecino de este lugar, que paga por ellas cada año 10 celemines de trigo; dos tierras de sembradura de secano, de fanega y media, y tiene en renta Facundo Fernández, vecino de este dicho lugar, que paga cada año por ellas seis celemines de centeno; un prado en el Ejido, de tres celemines, otro prado en el Verrón, de dos celemines, y otro prado en el Hompernal, de medio celemán, y los tres son de guadaña y de segunda calidad, que trae en renta Mateo Tomé y paga cada año por ellos seis reales de vellón. Así mismo, tiene dicho concejo un prado que se nomina el Ejido, de guadaña y de segunda calidad; otro prado en la Reguera, de guadaña y de segunda calidad, de tres fanegas, otro prado de guadaña en Ranero, de una fanega y cuatro celemines, de segunda calidad; un monte de robles y matorrales, de 220 cargas; un soto de balsas y fresnos, de 20 cargas, una casa fragua que no se arrienda, un horno de teja que tiene arrendado Plácido López, residente en este lugar, en 60 reales de vellón al año. La casa fragua, el soto, el monte, los prados del Ejido, de cuatro cargas, la Reguera, de tres fanegas, y el Ranero, de una fanega, lo disfrutan los vecinos de este lugar sin utilidad alguna para el concejo. Montan las utilidades que el concejo percibe diez celemines de trigo, seis celemines de centeno y seis reales de vellón en dinero.

24ª.- Respuesta negativa a la pregunta de si el común disfruta algún arbitrio, sisa y otra cosa de que se deberá pedir la concesión.

25ª.- Los gastos anuales que satisface este concejo son: 30 reales de vellón que paga al señor cura párroco por la asistencia de las letanías, conjuros y misas votivas; 8 reales a la casa de Santos Inocentes y Faltos de Juicio de la ciudad de

Aurelio Valladares del Reguero

Valladolid; 24 reales por la fuente común y 8 reales por la elección de Justicias.

26ª.- Este concejo paga cada año un foro perpetuo de tres fanegas y media de trigo y siete fanegas y media de centeno a la Duquesa de Alba por el señorío y vasallaje.

27ª.- Este lugar paga cada año por el derecho de servicio ordinario y extraordinario 96 reales de vellón.

28ª.- En este lugar es enajenado de la Real Corona el derecho de alcabalas, que valen, cada año, 204 reales de vellón, que los percibe la Duquesa de Alba y no saben con qué título ni en virtud de qué privilegio lo obtiene y así mismo es enajenado de la Real Corona el tercio diezmo real que percibe don José Narciso del Río, cura párroco, por costumbre inmemorial.

29ª.- Respuesta negativa sobre la existencia de tabernas, mesones, tiendas, panaderías, carnicerías, puentes, barcas sobre ríos, mercados, ferias, etc.

30ª.- Respuesta negativa a la pregunta de si hay hospitales.

31ª.- Respuesta negativa a la pregunta de si hay algún cambista, mercader de por mayor...

32ª.- Respuesta negativa a la pregunta de si hay algún tendero de paño, ropas de oro, plata y seda, lienzo especería y otras mercaderías, médicos, cirujanos, boticarios, escribanos, arrieros, etc.

33ª.- Sobre la pregunta relativa a ocupaciones de artes mecánicas con distinción, como albañiles, canteros, albéitares, herreros, sogueros, zapateros, sastres, peraires, tejedores, sombrereros, manguiteros y guanteros, etc., se responde que no hay ningún oficio de lo que en ella se contiene y que la utilidad que regulan al labrador que trabaja en su propia hacienda, cada día son tres reales de vellón y que la utilidad que regulan al hijo del labrador y mozo de servicio que pasa de dieciocho años son dos reales de vellón en cada día.

34ª.- Respuesta negativa sobre la existencia de artistas.

35ª.- En el pueblo hay un jornalero y el jornal diario que gana es de dos reales de vellón.

36ª.- Hay cuatro pobres de solemnidad en la población.

37ª.- Respuesta negativa a la pregunta de si hay individuos que tengan embarcaciones que naveguen en la mar o ríos.

38ª.- En el pueblo hay un clérigo presbítero, don José Narciso del Río, cura párroco de este lugar.

39ª.- Respuesta negativa a la pregunta de si hay algún convento.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

40ª.- Respuesta negativa a la pregunta de si el rey tiene en el término o pueblo alguna finca o renta que no corresponda a las generales ni a las provinciales.

El documento aparece firmado en Valladolid el 12 de enero de 1753.

3.- Otras fuentes informativas para la segunda mitad del siglo XVIII y primer tercio del XIX

El periodista y escritor Francisco Mariano Nifo (Alcañiz, Teruel, 1719 - Madrid, 1803), en su obra *Descripción natural, política y económica de todos los pueblos de España. Es continuación del Correo General & Formada con las noticias que sobre Agricultura, Artes y Comercio remiten los Corregidores y demás justicias de toda la Península, en cumplimiento de la Orden Circular del Supremo Consejo de Castilla* (Tomo Cuarto, Madrid: Librería de Joseph Matías Escribano, 1771, pp. 237-240), se detiene en la jurisdicción de Rueda del Almirante, una de las que componen la provincia de Valladolid. Después de hablar brevemente de Rueda, enumera las 36 poblaciones restantes que conforman la demarcación, apuntando un detalle curioso que será determinante algún tiempo después: destaca el hecho de que Gradefes se encuentra geográficamente en medio de la jurisdicción, lo que viene a ser una premonición de que este pueblo se convertirá en cabeza de un futuro ayuntamiento. A diferencia de otros lugares de España sobre los que ofrece bastante información en esta misma obra, es muy parco en noticias sobre el caso que ahora nos ocupa. Hablando de los cultivos, se limita a constatar que esta zona produce trigo, centeno, algo de cebada y lino. Ahora bien, sí reseña un hecho que me parece oportuno traer ahora a colación. No corresponde a Carbajal, pero debió de afectarle, dada la proximidad geográfica. Lo expresa en los siguientes términos: «En el Lugar de Villanófar, se celebra feria franca todos los años a 25 de Julio, en la que se hace comercio de granos, y lino, linaza, lana, tocino, manteca, abas, queso, paños, y otras cosas» (pp. 239-240). Debe de ser un claro precedente de la feria que el día de Santiago celebraba Villanófar hasta comienzos de la segunda mitad del siglo XX. El recuerdo que yo conservo de niño es que la feria ofrecía todo lo relacionado con las faenas de verano (trillos, horcas y palas de madera...), utensilios que se exponían a lo largo de la calle principal.

Pocos años después tenemos la obra que lleva este largo (aunque ilustrativo)

Aurelio Valladares del Reguero

título: *España dividida en provincias e intendencias, y subdividida en partidos, corregimientos, alcaldías mayores, gobiernos políticos y militares, así realengos como de órdenes, abadengo y señorío. Obra formada por relaciones originales de los respectivos intendentes del reyno, a quienes se pidieron de orden de S. M. por el Exmo. Sr. Conde de Floridablanca, y su Ministerio de Estado en 22 de marzo de 1785. Con un nomenclátor o diccionario de todos los pueblos del Reyno, que compone la segunda parte* (Madrid: Imprenta Real, 1789), formada por dos tomos en tamaño folio. En el T. I, dentro del apartado de la Provincia de Valladolid incluye el «Partido de Rueda del Almirante» (pp. 532-533). Son muy escasos los datos que aporta, pero bien está recordarlos. Ofrece un listado de los pueblos del partido, en el que todos llevan el calificativo de «lugar», salvo Rueda del Almirante, que tiene el de «villa», y Cañones, que figura como «despoblado». Todos cuentan con «alcalde pedáneo», a excepción de Rueda, que aparece con «corregidor». He observado que en la relación de pueblos no aparece Sahechores, error que más tarde repetirá –quizá porque tomó las referencias de aquí– el *Diccionario* de Pascual Madoz. El T. II contiene el índice alfabético de todos los pueblos, indicando la provincia y partido a los que pertenecen. La entrada correspondiente a Carbajal contiene los siguientes datos: lugar de señorío, provincia de Valladolid, partido de Rueda del Almirante, alcalde pedáneo (p. 146).

Más explícito para el caso concreto de nuestro pueblo resulta el *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal* de Sebastián Miñano y Bedoya, en cuyo T. II (Madrid: Imprenta de Pierart-Peralta, 1826, p. 366) nos dice lo siguiente: «Lugar de señorío, provincia de Valladolid, partido de Rueda del Almirante. Alcalde pedáneo, 29 vecinos, 124 habitantes, 1 parroquia. Situado en el camino que conduce desde Rueda a Reinosa y Santander. Confina con término de Quintanilla, Cubillas y Villacidayo. Produce granos, lino, pastos y ganados. Dista 25 leguas de la capital. Contribuye con 832 reales y 24 maravedís». Resulta un poco extraño que a la hora de señalar los límites aparezca Cubillas y no Santibáñez y Garfín. Pero, en otro orden de cosas, es digno de resaltar lo que apunta sobre la ubicación de Carbajal dentro del camino que lleva hasta tierras cántabras, que vendría a ser lo que hoy se conoce como «Ruta Vadiniense» del Camino de Santiago, que procede desde la costa y, adentrado en la provincia de León, discurre por la margen derecha del río Esla hasta llegar al llamado «Camino Francés» que pasa por Mansilla de las Mulas.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

4.- Nueva división territorial

En 1833, a instancias de Javier de Burgos (Motril, Granada, 1778 - Madrid, 1848), Secretario de Estado de Fomento bajo el ministerio de Francisco Cea Bermúdez, se produjo la división de España en 49 provincias, con algunas modificaciones con respecto a un proyecto anterior de 1822. De aquí deriva la formación de los partidos judiciales y ayuntamientos, dentro de cada provincia, lo que afectó a nuestro pueblo. Desapareció el partido de Rueda del Almirante y sus 37 pueblos se distribuyeron, en líneas generales (no entro en modificaciones posteriores), de la siguiente forma: los 20 de la margen derecha del río Esla pasaron a formar el ayuntamiento de Gradefes, dentro del partido judicial de León, en tanto que los otros 17 se repartieron entre los ayuntamientos de Cubillas y Valdepolo (hoy Quintana), ambos encuadrados en el partido judicial de Sahagún.

Esta nueva demarcación queda reflejada en el famoso *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar* de Pascual Madoz. Desgraciadamente no concede una entrada específica para nuestro pueblo en el T. V (Madrid: Est. Literario-Tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti, 1846), donde alfabéticamente le correspondería, hecho que contrasta con la presencia de poblaciones como Carbajal de Cea y Carbajal de Fuentes (p. 526). En la entrada correspondiente a Gradefes (T. VIII, Madrid: Est. Tipográfico-Literario Universal, 1847, p. 459) hace una simple mención de Carbajal de Rueda al igual que de otros pueblos de su ayuntamiento. Y algo similar sucede cuando trata de Rueda del Almirante (T. XIII, Madrid: s/n, 1849, pp. 591-592), perteneciente ya al ayuntamiento de Gradefes, pero del que apunta que fue cabeza de jurisdicción de su mismo nombre y enumera los pueblos que comprendía, entre los que se encuentra, obviamente, Carbajal de Rueda.

5.- Desde 1900 hasta nuestros días

Con el cambio de siglo el Instituto Geográfico y Estadístico llevó a cabo un censo que nos permite conocer la situación de España al iniciarse el siglo XX, no solamente referida al número de habitantes, sino también al tipo de edificios existentes en cada población. De Carbajal, incluida ya en el ayuntamiento de

Aurelio Valladares del Reguero

Gradefes, ofrece los siguientes datos:

- Clase de población: Lugar.
- Edificios habitados: 46; accidentalmente habitados: 1; inhabitados por razón del uso a que se destinan: 21; edificios de un piso: 29; de dos pisos: 38; de tres o más: 1¹³.
- Población en 31 de diciembre de 1900: 181 (habitantes de hecho) y 183 (hab. de derecho)¹⁴.

De los primeros años del siglo XX se conocen dos estadísticas realizadas por el obispado de León en 1908 y 1913 que viene bien recordar. La parroquia de Carbajal de Rueda se halla encuadrada en el «Arciprestazgo de Rueda de Abajo» y en 1908 presenta esta situación:

- Titular: San Miguel Arcángel.
- Categoría: Rural de 1ª clase.
- Nº de almas: 206.
- Párroco: D. Fructuoso García Díez, de 29 años¹⁵.

Los mismos datos figuran en la de 1913, salvo que en esta ocasión se detalla que la parroquia cuenta con «casa rectoral y huerto» y, lógicamente, varía la edad del párroco, que ahora es de 33 años (hay un desajuste de un año, debido sin duda a que una y otra estadística se hicieron en mes diferente)¹⁶.

A los primeros años del siglo XX deben de corresponder los datos que nos

¹³ Entiendo que este único edificio del pueblo que contaba con tres pisos es el que entonces habitaban mis bisabuelos Ildefonso Valladares Corral y Ramona Ferreras Paniagua, de quienes pasó a mis abuelos Indalecio Valladares Ferreras y Fe Sánchez de la Varga, luego a mis tíos Miguel Valladares Sánchez y Edelmira González González y, en la actualidad, pertenece a sus cinco hijos. Por cierto, fue la casa en que nací yo, dado que mis padres vivieron en ella durante la década de 1940-1950, compartiéndola algunos años con mis tíos, hasta que se hicieron una casa nueva en la finca contigua situada al sur.

¹⁴ *Nomenclátor de las ciudades, villas, lugares, aldeas y demás entidades de población de España, formado por la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico con referencia al 31 de diciembre de 1900. Provincia de León*, Madrid: Imprenta de la Dirección del Instituto Geográfico y Estadístico, 1904, p. 16.

¹⁵ *Estadística general del obispado de León*, León: Imp. de Maximino A. Miñón, 1908, p. 43.

¹⁶ *Estadística general del obispado de León*, León: Imp. de Maximino A. Miñón, 1913, p. 44.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

ofrece la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana* (coloquialmente conocida como «el Espasa»). Al referirse a «Gradefes», alude a los pueblos que componen su ayuntamiento y de Carbajal de Rueda apunta que tiene 60 edificios y 223 habitantes¹⁷.

Más precisa e interesante para nuestro propósito nos resulta *La provincia de León (Guía general)* de José Mourille López, donde se especifica que los datos de población corresponden al censo de 1920. Y esto es lo que nos dice de Carbajal de Rueda (dentro del ayuntamiento de Gradefes):

- Categoría: Lugar.
- Habitantes: 231 (de hecho) y 234 (de derecho).
- Edificios: 56, de los cuales 42 están destinados a vivienda y los 14 restantes son «edificios inhabitados por razón del uso a que se destinan»¹⁸.

Nos aporta, además, un detalle curioso que comentaré en otro lugar. Indica las fiestas de cada pueblo y para Carbajal señala el 8 de mayo, en tanto que el 29 de septiembre se lo asigna únicamente a Valdealiso¹⁹. Y agrega una noticia importante, cuando afirma que todos los pueblos del ayuntamiento tienen alumbrado eléctrico²⁰.

Del mismo año 1920 destacaré un hecho religioso de cierta relevancia. Me refiero a la celebración en Carbajal de unas «Misiones», a cargo de los PP. Pasionistas, a las que asistieron gentes de los vecinos pueblos de Villacidayo, Santibáñez y Pesquera. La noticia la recoge el *Boletín Oficial del Obispado de León*, donde no se oculta la satisfacción por el éxito obtenido, apuntando como dato revelador que durante esa semana se dieron 1.135 comuniones, cuando las cuatro parroquias juntas cuentan con 546 «almas de comunión»²¹.

En 1925 se procedió, previa autorización del Gobierno Civil de la provincia, al reparto de los terrenos de la Becerrera entre los vecinos, «para con su importe atender a los gastos de construcción de un nuevo local destinado a escuela para la enseñanza de los niños». Se hicieron 40 lotes en la parte de Oriente y otros 40 en la de Poniente, y se sortearon por separado, adjudicando a cada vecino uno en

¹⁷ T. 26, Madrid: Espasa Calpe, 1925, p. 912.

¹⁸ Toledo: Imp., Fot. y Enc. del C. de H. de María Cristina, 1928, p. 106.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 107.

²⁰ *Ibíd.*, p. 107.

²¹ N° 8, 10 de mayo de 1920, pp. 221-222.

Aurelio Valladares del Reguero

cada lado, al precio de 125 pts., pago que se hizo efectivo en dos plazos (Actas de la Junta Vecinal del 29 de octubre y 15 de noviembre de 1925). La Escuela se construyó en pocos meses, por un importe total de 4.811 pesetas con 55 céntimos, actuando como depositario de los fondos el párroco del pueblo don Fructuoso García (Acta del 24 de mayo de 1926). Según el testimonio de personas mayores del pueblo, la vieja Escuela se encontraba en muy malas condiciones, por lo que se decidió demolerla y en el mismo solar se levantó el nuevo edificio, que ha perdurado, con algunas reformas, hasta hoy.

En la reunión de la Junta Vecinal del 29 de enero de 1928 el vecino Indalecio Valladares (mi abuelo paterno) hace la propuesta para la traída del agua a la plaza de la Escuela, de acuerdo con las directrices emanadas del Gobierno Civil de la provincia y del Ayuntamiento de Gradefes. Es aceptada en votación, aunque hay vecinos que opinan que el punto final debe situarse junto a la casa de José Rodríguez. Para ello se solicita una subvención de 800 pts. al Ayuntamiento de Gradefes (Acta de La Junta Vecinal del 29 de abril de 1928). Más tarde se deroga el acuerdo primero de colocar el caño junto a la Escuela, porque el recorrido resultaba más largo y costoso, y se optará por la segunda propuesta. Sin embargo, en la Junta Vecinal del 19 de julio de 1931 se vuelve a la idea primera (acuerdo de 28-01-1928) y se decide colocar el pilón y caño en la parte norte de la Casa de la Escuela (el conocido como «Caño Grande» o «Caño de Abajo») y que si hay agua suficiente se instale un grifo arrimado a la casa de Fulgencio Barrientos o a la de José Rodríguez, previo consentimiento de sus dueños. Aunque no consta en actas posteriores, esta segunda parte no se llevó a efecto y sería sustituida por el llamado «Caño Pequeño» (o «Caño de Arriba»), situado en la calle y que hoy se conserva todavía, al igual que el otro. En la reunión de la Junta Vecinal del 27 de septiembre de 1931 se decide que los propios vecinos realizarán los trabajos de la construcción de la zanja para la traída de aguas. Para ello se hace un reparto de los 336 metros de trayecto entre los 31 vecinos y 13 habitantes (considerando a dos habitantes como un vecino), por lo que corresponde a cada vecino 8 metros y 9 centímetros y a cada habitante 4 metros y 4 centímetros y medio. Los trabajos empezarán el 1 de octubre y la zanja será de un metro de hondo y ochenta centímetros de ancho. El nº 1 empezará por el pilón de la Casa de la Escuela y se seguirá hacia arriba. En el acta de la referida reunión consta la relación de vecinos-habitantes con el resultado del sorteo.

También en 1928 se inicia el proceso de reparto de suertes en el Empotrado

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

(con un procedimiento similar al llevado a cabo en la Becerrera), cuyos fondos irían destinados a la construcción de la Casa del Maestro y del Concejo. El solar elegido será «el saliente del patio de la Iglesia» y la obra la llevarán a cabo los albañiles Abilio Sánchez y José García, vecinos de Sorriba y Vidanes, respectivamente (Acta de la Junta Vecinal del 13 de enero de 1929).

A los primeros años de la postguerra deben corresponder los datos ofrecidos por el *Diccionario geográfico de España*, aunque sus 17 tomos fueran publicados entre 1956 y 1961. Se confeccionó con los informes solicitados a los diferentes ayuntamientos, por lo que cabe deducir que fue una tarea larga y que, por tanto, media un tiempo razonable entre la recogida de material y la publicación. Pues bien, hecha esta salvedad, reseñaré que en la entrada correspondiente a Gradefes, con los pueblos de su ayuntamiento, de Carbajal de Rueda ofrece estas cifras: 224 habitantes, 53 viviendas y 12 edificios para otros usos²².

Para las décadas de los 40 y 50 se cuenta con tres publicaciones estadísticas, emanadas del obispado de León, que afectan, respectivamente, a los años 1944, 1952 y 1959. Empezando por la de 1944, al ofrecer el cuadro relativo al «Arciprestazgo de Rueda de Abajo», formado por 23 parroquias, esto es lo que figura sobre la parroquia de Carbajal de Rueda:

- Cuenta con «casa rectoral y huerto».
- Titular: La Aparición de San Miguel.
- Categoría: Rural de 1ª clase.
- Nº de almas: 269.
- Párroco: D. Antonino Martínez Martínez, de 35 años²³.

La estadística de 1952 coincide con la anterior, salvo el número de almas, que en ese momento asciende a 280, y la edad del párroco, lógicamente, que es de 43 años²⁴. Y otro tanto cabe decir de la de 1959, en la que incluso el número de almas sigue siendo el mismo (280), con la salvedad de que ahora, en vez de facilitar la edad del párroco, anota el año en que nació (en este caso, 1907)²⁵.

²² T. 10, Madrid: Ediciones del Movimiento, 1959, pp. 326-327.

²³ *Estadística general de la diócesis de León (Boletín Oficial del Obispado correspondiente al mes de enero de 1944)*, León: Palacio Episcopal, [1944], pp. 59 y 104.

²⁴ *Estadística general de la diócesis de León*, León: Imp. Católica, 1952, p. 79.

²⁵ *Estadística general de la diócesis de León*, León: Imp. Católica, 1959, p. 75.

Aurelio Valladares del Reguero

En la primera mitad de la década de 1950 se llevó a efecto la construcción del «Camino Vecinal» que unía las poblaciones de Gradefes y de Vidanes, asunto del que hablaré más pormenorizadamente en otro apartado.

Con motivo de la celebración en León del VI Congreso Eucarístico Nacional (tuvo lugar entre los días 1 y 5 de julio de 1964), la diócesis leonesa sacó a la luz un trabajo estadístico bajo el título de *Las vocaciones sacerdotales y religiosas en la diócesis de León. Estadística. VI Congreso Eucarístico Nacional* (León: Imp. Católica, 1964). En el cuadro correspondiente al «Arciprestazgo de Rueda de Abajo», refleja estos datos sobre Carbajal de Rueda (p. 34):

- Habitantes: 225.
- Sacerdotes: 1; religiosos: 5; religiosas: 8. Total: 14.
- Seminaristas: 2; apostólicos novicios y estudiantes: 2; apostólicas y novicias: 4. Total: 8.

Esta era la situación entonces en cuanto a vocaciones sacerdotales y religiosas, que para un pueblo de 225 habitantes no está nada mal. Sin embargo, algunos años después (y referido a las mismas personas), al igual que en otros lugares de España, la realidad era bien distinta. De los catorce del primer apartado, un sacerdote, dos religiosos y cuatro religiosas se secularizaron. Y de los ocho en periodo de formación (yo soy uno de los seminaristas) no pasaron de esta etapa.

A finales de 1963 o comienzos de 1964 se realizaron unas «Misiones» en Carbajal, dirigidas por el P. Querubín (religioso capuchino), que dejaron un buen recuerdo en el pueblo. Son varias las personas que conservan fotografías de aquellas jornadas (Foto 7).

A lo largo de la década de 1960 el Servicio Nacional de Concentración Parcelaria y Ordenación Rural llevó a cabo los trabajos de «Concentración Parcelaria», concluidos a finales de 1969, dentro de un proyecto que afectó también a los pueblos de Santibáñez, Pesquera y Modino. De este asunto hablaré con más detenimiento en otro apartado.

En 1970 se realizó un censo oficial por parte del Instituto Nacional de Estadística que nos arroja los siguientes datos de nuestro pueblo:

- Categoría: Lugar.
- Habitantes: 136 de hecho (64 varones y 72 mujeres) y 138 de derecho.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

- Edificios destinados a vivienda familiar: 48; familias: 40²⁶.

Voy a presentar dos referencias estadísticas más procedentes del obispado de León que corresponden a los años 1981 y 2007. En la línea habitual de las publicaciones diocesanas de este tenor (ahora las publica bajo el título de *Guía*), nos ofrece los siguientes datos sobre la parroquia de Carbajal de Rueda, dentro del «Arciprestazgo de Rueda»:

- Titular: La Aparición de San Miguel.
- Posee casa rectoral y huerto.
- Habitantes: 122.
- Encargado: D. Tarsicio Salas Martínez. Este sacerdote ejerce como párroco de Gradefes y encargado de Nava de los Caballeros, Carbajal de Rueda y Villacidayo²⁷.

En la *Guía* de 2007 la parroquia de Carbajal, ahora englobada, junto a 135 más, en el «Arciprestazgo Rivesla-Cea», ofrece las siguientes novedades: el número de habitantes ha bajado de forma espectacular hasta 54 y tiene como «administrador» al sacerdote D. César Peláez Álvarez, que también lo es de Gradefes, Villacidayo, Villanófar y Garfín²⁸. Idénticos datos quedan reflejados en la *Guía de la diócesis de León. Servicio de la Secretaría General. León. Enero. 2014* (documento colgado en internet), por lo que me temo que en el caso concreto del número de habitantes (54) no esté actualizado.

En el momento en que redacto estas líneas la popular *WIKIPEDIA (La enciclopedia libre)* señala que Carbajal de Rueda cuenta con una población de 50 habitantes, según datos del Instituto Nacional de Estadística de 2009.

6.- Evolución de la población

1590 (136 habitantes) 32 vecinos

²⁶ *Censo de la población de España de 1970. Nomenclátor de las ciudades, villas, lugares, aldeas y demás entidades de población*, Vol. 24: Provincia de León, Madrid: Instituto Nacional de Estadística, 1973, pp. 36-37.

²⁷ *Guía de la iglesia en León*, León: Impr. Diocesana, 1981, pp. 44 y 166.

²⁸ *Guía de la diócesis de León 2007* (Suplemento del *Boletín Oficial del Obispado de León*), Salamanca: Imprenta Kadmos, 2007, pp. 69-77 [pp. 71 y 75] y 153.

Aurelio Valladares del Reguero

1752	(89 habitantes)	21 vecinos
1826	124 habitantes	29 vecinos (4,27 hab. por vecino)
1900	181 hab. de hecho / 183 hab. de derecho	
1908	206 habitantes	
1913	206 habitantes	
1920	231 hab. de hecho / 234 hab. de derecho	
1944	269 habitantes	
1952	280 habitantes	
1959	280 habitantes	
1964	225 habitantes	
1970	136 hab. de hecho / 138 hab. de derecho	
1981	122 habitantes	
1984	97 habitantes ²⁹	
2007	54 habitantes	
2009	50 habitantes	
2014	34 habitantes.	

En las estadísticas de los años 1590 y 1752 solamente se hace constar el número de vecinos. Teniendo en cuenta que la de 1826 expresa ambos conceptos, la media de habitantes por vecino de dicho año (4,27) la aplico a los dos anteriores, con lo que se obtiene la previsible cifra de habitantes que figura entre paréntesis. Puede ser discutible este cálculo, al tratarse de años muy distantes en el tiempo, pero no creo que difiera mucho de lo que pudo ser la realidad.

Por otra parte, en el cuadro anterior no tengo en cuenta las cifras de habitantes que nos ofrece la *Enciclopedia «Espasa»* (1925: 223 habitantes) y el *Diccionario geográfico de España* (1959: 224), que no encajan en la línea evolutiva del contexto general. Al tratarse de obras colectivas en muchos volúmenes, cuya realización tuvo que llevar largo tiempo, conocemos la fecha exacta en que se publicó el tomo correspondiente, pero no así la fecha a la que se refieren los datos que facilitan. Si los adelantamos en unos diez o quince años, se observará que resultan mucho más lógicos.

²⁹ Así consta en el acta de la Junta Vecinal de 15 de diciembre de 1984.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

7.- Evolución de las edificaciones

1752	22 casas (se entiende que se refiere a viviendas)
1900	68 edificios: - habitados: 46; accidentalmente habitado: 1; otros usos: 21 - de un piso: 29; de dos pisos: 38; de tres o más: 1
1920	56 edificios: viviendas: 42; otros usos: 14
ant. 1925	60 edificios
ant. 1959	65 edificios: viviendas: 53; otros usos: 12
1970	48 edificios destinados a vivienda familiar.

8.- Vecindario de Carbajal de Rueda en 1925, 1931 y 1964

Contamos con la relación de vecinos del pueblo, según consta en el *Libro de actas de la Junta Vecinal* en tres momentos del siglo XX, con motivo de las suertes de la Becerrera (1925), distribución de la construcción de la zanja para la traída de agua de los caños (1931) y suertes del Soto de Abajo (1964). Para efectos de reparto, los habitantes individuales se agrupaban en parejas (dos habitantes equivalían a un vecino), sin que suponga que entre ellos haya algún lazo familiar.

a) Sorteo de parcelas de la Becerrera (1925)

Se ordenan por la numeración de los lotes de la parte de Oriente y se anota el número del lote de la parte de Poniente resultante del sorteo.

<u>Lotes de la parte del Oriente</u>	<u>Lotes del Poniente</u>
01.- Epifanio de la Varga	02
02.- Antonio Llamazares	15
03.- Mamés García y Vicente García	14
04.- Ángel García	23
05.- Timoteo del Valle	26
06.- José Carpintero	39
07.- Federico Fernández	05

Aurelio Valladares del Reguero

08.- Leoncio Postigo	40
09.- Lucas Rodríguez	33
10.- Indalecio Valladares	12
11.- Aquilino Ferreras	27
12.- Pascual García	18
13.- Cipriano González y Estanislao Ferreras	21
14.- Modesto Ferreras	16
15.- Luciano Valladares	37
16.- Luis Villacorta	11
17.- Santiago Rodríguez	04
18.- Julián Gutiérrez y Natalia López	38
19.- Ambrosio Ferreras	20
20.- Víctor Ferreras	35
21.- D. Fructuoso García	19
22.- Nicolás Fernández	25
23.- Eulogio Díez	36
24.- Estefanía Valduviego	07
25.- Nicodemo Valparís	03
26.- Isidoro Rodríguez	08
27.- Facunda Fernández y Luis Rodríguez	13
28.- Genaro García	09
29.- Bernardo Vega	10
30.- Magdalena Ferreras	30
31.- Anselmo Rodríguez	31
32.- Cipriano del Valle	34
33.- Pedro Valparís y Nicolás de la Mata	22
34.- Bernardino Herrero	24
35.- Tirso Barrio	17
36.- José Rodríguez	06
37.- Juan Ferreras	27
38.- Jesús del Valle	32
39.- Mateo Díez y Teodora Yugueros	01
40.- Leonardo Puente y el pueblo	28

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

b) Sorteo para la construcción de la traída de aguas (1931)

Aparte de un error en la numeración (falta el nº 5), la siguiente relación no concuerda con el dato que figura en el acta (27-09-1931), donde se habla de 31 vecinos y 13 habitantes.

- 01.- Bernardo Vega
- 02.- Anselmo Rodríguez
- 03.- Ángel García
- 04.- Nicodemo Valparís
- Error en la numeración: falta el nº 5
- 06.- Cipriano González y Teodora Yugueros
- 07.- Federico Fernández
- 08.- Nicanor del Valle
- 09.- Tirso Barrio
- 10.- Ambrosio Ferreras
- 11.- Pascual Garcia
- 12.- Cipriano del Valle
- 13.- Luciano Valladares
- 14.- Juan Ferreras
- 15.- Timoteo del Valle
- 16.- Fulgencio Barrientos
- 17.- Modesto Ferreras
- 18.- María Robles
- 19.- Pedro Valparís y Facunda Fernández
- 20.- Sandalio Herrero
- 21.- Aquilino Ferreras
- 22.- Florencio Ferreras
- 23.- Valentín Fernández y Mamés García
- 24.- Gabriel del Valle
- 25.- Indalecio Valladares
- 26.- Isidoro Rodríguez
- 27.- Eulogio y Segundo Díez
- 28.- Simón Carpintero
- 29.- D. Fructuoso García

Aurelio Valladares del Reguero

- 30.- Nicolás de la Mata
- 31.- Bernardino Herrero
- 32.- Genaro García
- 33.- Leonardo Puente y Julián Gutiérrez
- 34.- Epifanio de la Varga
- 35.- Alberto García y Máximo Campos
- 36.- Estefanía Valduviego
- 37.- Mónica Avecilla
- 38.- Víctor Ferreras
- 39.- Luis Rodríguez (como habitante, la mitad)
- 40.- Luis Villacorta
- 41.- Quintiliano de la Varga
- 42.- José Rodríguez

c) Sorteo de parcelas del Soto de Abajo (1964)

<u>Tramo del Saliente</u>	<u>T. del Poniente</u>
01.- Ciriaco Juanes	40
02.- Wirón Díez	39
03.- María del Cano	38
04.- Domingo González	37
05.- Eutimio Ferreras	36
06.- Aurelio Valladares	35
07.- Modesto Ferreras	34
08.- Luis Rodríguez	33
09.- Julián Gutiérrez	32
10.- Máximo Campos	29
11.- Fidentino García	28
12.- Pablo Pato	27
13.- Quintiliano de la Varga	26
14.- Emiliano González	25
15.- Benjamín Díez	24
16.- Anselmo Rodríguez	23
17.- Magín Ferreras	22

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

18.- Jacinto Rodríguez	21
19.- Piedad Quirós	20
20.- Cándido Carpintero	04
21.- Martina Urdiales	05
22.- Volusiano García	10
23.- Gabriel del Valle	41
24.- Josefa Urdiales	07
25.- Miguel Valladares	08
26.- Francisco Vega	06
27.- Ovidio Ferreras	09
28.- Pablo del Reguero	13
29.- Bernardina Postigo	14
30.- Raimundo de la Varga	31
31.- Eutiquio Fernández	30
32.- Josefa Fernández	15
33.- D. Antonino Martínez	16
34.- Florencio Ferreras	17
35.- Benjamín Rodríguez	18
36.- Prudencio González	19
37.- Evilasio del Cano	12
38.- D. Justo Llamazares	11
39.- Clarencio Ferreras	01
40.- Segundo Díez	02
41.- Domingo Aller	03

9.- Composición de la Junta Vecinal desde 1922

Presento el siguiente cuadro con los datos extraídos del *Libro de actas de la Junta Vecinal*. Cuando no aparece el nombre de los vocales o secretarios es porque no constan en dichas «actas». Por otra parte, hasta época reciente los nombres se consignan con un solo apellido. No obstante, he agregado el segundo apellido en los casos (la gran mayoría) en que me ha sido posible conocerlo por otros conductos.

Aurelio Valladares del Reguero

- Presidente: Bernardino Herrero Ferreras (abril de 1922 - octubre de 1925).
- Presidente: Anselmo Rodríguez Rodríguez (octubre de 1925 - febrero de 1928)
Vocales: Timoteo del Valle y Víctor Ferreras Valladares
Secretario: Indalecio Valladares Ferreras
- Presidente: Luciano Valladares Ferreras (marzo de 1928 - mayo de 1928)
Secretario: Antonio Llamazares Fierro / Simón Carpintero García
- Presidente: Antonio Llamazares Fierro (octubre de 1928 - enero de 1929)
Secretario: Indalecio Valladares Ferreras
- Presidente: Tirso Barrio Vega (julio de 1930 - abril de 1931)
Secretario: Víctor Ferreras Valladares
- Presidente: Timoteo del Valle (julio de 1931 - junio de 1936)
Vocales: Simón Carpintero García e Isidoro Rodríguez Ferreras
- No hay constancia del periodo de la Guerra Civil (18 de julio de 1936 - 1 de abril de 1939). En el *Libro de actas de la Junta Vecinal* se pasa de la sesión del 6 de junio de 1936 a la del 7 de diciembre de 1941.
- Presidente: Fulgencio Barrientos Valladares (??? - diciembre de 1941)
- Presidente: Miguel Valladares Sánchez (diciembre de 1941 - 1949)
Vocales: Anselmo Rodríguez Rodríguez y Ciriaco Juanes Valduvico.
Secretario: Ambrosio Ferreras Valladares
- Presidente: Marcelino Valladares Fernández (marzo de 1950 - 10 de julio de 1955)
Vocales: Aurelio Valladares Sánchez y Simón Carpintero García
- Presidente: Wirón Díez Andrés (10 de julio de 1955- 26 de enero de 1957)
Vocales: Eutimio Ferreras García y Benjamín Rodríguez Blanco

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

- Presidente: Jacinto Rodríguez Juanes (26 de enero de 1957 - 17 de mayo de 1964)
Vocales: Eutimio Ferreras García / Benjamín Rodríguez Blanco / Aurelio Valladares Sánchez / Pablo del Reguero Corral / Raimundo de la Varga Varela
- Presidente: Aurelio Valladares Sánchez (17 de mayo de 1964 - 20 de diciembre de 1967)
Vocales: Pablo del Reguero Corral / Raimundo de la Varga Varela / Evilasio del Cano García
- Presidente: Pablo del Reguero Corral (20 de diciembre de 1967 - 28 de junio de 1971)
Vocales: Raimundo de la Varga Varela / Evilasio del Cano García / Fidentino García Postigo
- Presidente: Evilasio del Cano García (28 de junio de 1971 - 20 de mayo de 1979)
Vocales: Fidentino García Postigo / Eutimio Ferreras García / José Luis Urdiales Campos
- Presidente: Jesús Barrientos Urdiales (20 de mayo de 1979 - 15 de junio de 1983)
Vocales: José Luis Urdiales Campos y Jacinto Rodríguez Juanes
- Presidente: Eladio Díez Rodríguez:
 - a) 15 de junio de 1983 - 31 de julio de 1987
Vocales: Pablo del Reguero Corral / Jesús Barrientos Urdiales y Fidentino García Postigo / José Domingo Fernández Díez
 - b) 31 de julio de 1987 - 5 de diciembre de 1991
Vocales: José Antonio Valladares González y Jesús Barrientos Urdiales.
Secretario: José Domingo Fernández Díez / María Teresa García Díez / Mariano Fernández Nicolás
- Presidente: María del Carmen González del Cueto (5 de diciembre de 1991 - 10 de julio de 1995)

Aurelio Valladares del Reguero

Vocales: Eladio Díez Rodríguez y José Luis Urdiales Campos

Secretario: Carlos Valladares González

- Presidente: Carlos Valladares González (10 de julio de 1995 - 30 de julio de 1999)

Vocales: José Domingo Fernández Díez y José Luis Urdiales Campos.

Secretaria: María del Carmen González del Cueto

- Presidente: Noelia García de la Varga:

a) 30 de julio de 1999 - 1 de julio de 2003

Vocales: Fidentino García González y Carlos Valladares González.

Secretario: Raúl Gutiérrez Fernández

b) 1 de julio de 2003 - 10 de julio de 2007.

Vocales: Fidentino García González y Luis Rodríguez Ferreras

Secretario: Jesús del Valle Pérez / Raúl Gutiérrez Fernández

c) 10 de julio de 2007 - 17 de junio de 2011.

Vocales: Fidentino García González y Lorena Fernández Aláez.

Secretario: Raúl Gutiérrez Fernández

- Presidente: Justiniano Rodríguez Rodríguez (17 de junio de 2011 - 2015)

Vocales: José Antonio Valladares González y Noelia García de la Varga.

Secretario: Jesús del Valle Aller

10.- Relación de los párrocos desde 1646

- Alonso Rodríguez: 1646.

- Melchor Pérez Guerrero: 1649 – 1658.

- Isidoro de Collantes: 1659 – 1664.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

- Alonso ¿Fernández de Láiz?: 1664.
- Mateo del Valle: 1665.
- Juan (o Justo) ¿Martínez? de Herrera: 1665 – 1683.
- Pedro Nieto Villarroel: 1683.
- Alonso de Reyero: 1684.
- Gerónimo Díez Ordóñez: 1692 – 1706.
- José de Liébana Santos: 1711 – 1717.
- Pedro ¿Fernández?: 1718.
- Francisco de Acebedo: 1719.
- José Narciso del Río: 1720 – 1759. Falleció el 9 de abril de 1759.
 - * Durante el mandato del anterior hay actuaciones del vicario Mateo Rodríguez Canseco (1735).
- Gregorio Fernández Llamazares: 1759 – 1760, 1763 – 1768 y 1790.
- Mateo Rojo: 1760 – 1763 y 1768 – 1790.
- Matías Díez Rodríguez: 1791 – 1809. Falleció el 19 de octubre de 1809.
 - * En 1809 hay algunas actuaciones de Manuel Rodríguez, párroco de Villanófar.
- Antonio Unzueta: 1810.

Aurelio Valladares del Reguero

- José Fernández Castañón: 1810 – 1827.
- Bernardo Alonso: 1827 – 1830.
- Tomás González Castañón: 1831 – 1873. Recibió sepultura el 28 de enero de 1874.

* En 1874 hay actuaciones de Antonio Quirós.

- Isidoro Bayón Rodríguez: 1874 – 1906. Falleció en Carbajal el 26 de mayo de 1906. Figura como «párroco de Carbajal» hasta su muerte, si bien en los últimos años la parroquia es atendida desde Villacidayo por Miguel Sánchez de la Varga (1901-1902) y a continuación por Fructuoso García Díez, como «vicario del párroco» de Carbajal (1902-1906).

* Durante el mandato de Isidoro Bayón Rodríguez constan actuaciones de Juan de Baños y Lacalle, de Santibáñez (1881-1882 y 1886), Francisco Aparicio (1882-1885), Pedro Rodríguez Villacorta, de Santibáñez (1887-1891) y Miguel Sánchez de la Varga, de Villacidayo (1901-1902).

- Fructuoso García Díez: 1902 – 1906 (vicario) y 1906 – 1936 (párroco). Falleció en El Valle de las Casas el 8 de septiembre de 1936.

* Desde el 29 de junio de 1936 hasta el 22 de noviembre del mismo año constan actuaciones de Fidel Alonso Andrés, párroco de Santibáñez.

- Antonino Martínez Martínez: 1937 – 1975.
Administró el primer bautismo el 31 de enero de 1937.

Encargados / Administradores (no residentes en Carbajal)

- Tarsicio Salas Martínez: 1975 – 1993.
- Ángel Pérez Rodríguez: 1993 – 1996.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

- Herminio Villa Fresno: 1996 – 2000.
- Jorge García Rodríguez: 2000 – 2004.
- Miguel Ángel González Barragán: 2004 - 2005.

* Desde octubre de 2005 hasta septiembre de 2006 la parroquia estuvo atendida desde León.

- César Peláez Álvarez: 2006 – hasta el día de hoy.
Fue nombrado el 1 de agosto de 2006 y tomó posesión el 16 de septiembre del mismo año.

Aurelio Valladares del Reguero

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

II.- MIS RECUERDOS

1.- La casa y otras construcciones complementarias

a) La vivienda y edificaciones anejas

La casa tradicional en Carbajal, al igual que en los pueblos de la zona, estaba construida básicamente con adobes, material barato y buen aislante del frío en el invierno; con la excepción lógica de los cimientos y lizaces, en que se utilizaba la piedra. Algunas casas reforzaban con ladrillo las esquinas o paredes que eran más castigadas por la lluvia. La fabricación de adobes (me acuerdo de las adoberas que había en Valmediano) terminó a comienzos de los años sesenta. Posteriormente, para las casas de nueva construcción y para la reforma de las antiguas se utilizan materiales modernos.

La mayoría de las viviendas constaba de dos pisos y, si acaso, un desván aprovechando la altura de la cumbre del tejado. La separación entre pisos más habitual era de madera, formada por tablas apoyadas en vigas transversales. El piso superior lo ocupaban los dormitorios y el de abajo –de más uso– estaba destinado a la cocina y otras dependencia anejas (despensa, bodega, etc.). No era infrecuente que el dormitorio del matrimonio se encontrara en el piso inferior, en el que algunas casas disponían también de un comedor que solo se utilizaba en las grandes ocasiones.

La pieza fundamental de la vivienda era la cocina, donde se hacía la vida. En mis tiempos de niño casi todas las casas del pueblo tenían «cocina económica», con una trébede (poyete hecho de obra) al lado, cuya parte superior servía para apoyar los cacharros de cocinar y la parte de abajo venía bien como leñera. La cocina económica, alimentada con tozas de leña, disponía de un horno y un recipiente hondo con boca rectangular que hacía de caldera, lo que permitía tener

Aurelio Valladares del Reguero

siempre a mano agua caliente. En la parte superior frontal había una barra que, aparte de ser elemento protector para no quemarse al acercarse involuntariamente a la cocina, servía para colgar las «rodeas», el gancho de hierro con que se movía la lumbre y los discos de la chapa, e incluso, en invierno, para calentar la ropa interior que nos íbamos a poner. Otros elementos habituales de la cocina eran el fregadero (en principio sin agua corriente), un armario-alacena, una mesa, un escaño con colchoneta y algunas sillas.

En la cocina se pasaba la mayor parte del tiempo, sobre todo en las largas tardes-noches de invierno, que se aprovechaban para «escoger vainas» (a veces mientras se rezaba el rosario), charlar con algún vecino que acudía por cualquier motivo, jugar a las cartas, oír la radio y, desde finales de los sesenta, ver la televisión.

En los dormitorios había camas de hierro o madera, con colchones de lana (que se lavaba y vareaba una vez al año), cómodas, arcas o baúles para la ropa y, a veces, armarios de luna. Y no faltaba debajo de la cama la bacinilla. Algún dormitorio de la casa, más reservado, disponía de un palanganero, con su palangana y su jarrón para el agua, enseres que quedaron en desuso a medida que fueron instalándose en las casas los cuartos de baño, convirtiéndose en muebles decorativos. En las noches frías de invierno, a la hora de acostarse, venía muy bien calentar la cama. Para ello se utilizaban ladrillos macizos o unas piezas cilíndricas de cerámica hechas al efecto que se dejaban en el horno de la cocina durante el día y luego se llevaban, introducidos en una funda de tela, a la cama. Se calentaba primero la almohada y luego se iban desplazando poco a poco entre las sábanas hasta dejarlos en la parte de los pies. Algunas personas, más modernas, los sustituían por bolsas de agua caliente. En ocasiones bastaba para calentar la cama pasar por la almohada y la sábana bajera la plancha de la ropa.

Curiosamente, algunas viviendas del pueblo, a pesar de limitar con la calle, no tenían acceso directo a ella y, en cambio, sí lo tenía el corral. Otras muchas casas, sin embargo, contaban con doble acceso a la calle: para la vivienda y para el corral. En torno al corral se encontraban las edificaciones anejas típicas de una población como la de Carbajal, en su inmensa mayoría dedicada a las tareas agrícolas y ganaderas. Tales eran las cuadras y pajares (estos ocupando a veces la parte superior de las cuadras), cubileras, conejeras, horneras... Una parte del corral solía estar techado, lo que servía para guardar los carros y otros aperos de labranza.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

En mi niñez todavía se hacía el pan en las casas, tarea que se realizaba en las horneras. En una artesa grande se preparaba la masa de harina, para lo cual había que contar, para la necesaria fermentación, de una pequeña cantidad de hurmiente, conservada de la vez anterior. Solían hacerse hogazas de dos kilos aproximados de peso. El horno se calentaba previamente con leña menuda y luego se introducían las piezas de masa con una pala plana de madera con mango largo, con la que luego se sacaban. Los primeros días después de amasar el pan estaba muy tierno y apetitoso, cualidades que iba perdiendo en los días siguientes. Para estas tareas a veces se juntaban familiares y vecinos. Por ejemplo, mis padres y mis tíos Miguel y Edelmira se alternaban y aproximadamente cada doce o quince días se amasaba en el horno de uno y otro para las dos familias. A finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta empezaron llegar por el pueblo furgonetas de panificadoras (de Cistierna, Gradefes y más tarde Sahechores) ofreciendo su producto, lo que hizo que definitivamente se dejara de amasar en casa. Con este cambio las horneras perdieron su función primitiva, por lo que fueron reutilizadas para otros fines: curar la matanza del cerdo, almacén de aperos de labranza, etc.

b) Casetas de eras, cortes de ovejas y casetas de viñas

Otras construcciones típicas, pero casi todas fuera del pueblo, eran las «casetas de las eras», en las que se guardaban los utensilios típicos de las faenas de la trilla y limpia de los cereales: trillos, cambicios, máquina de limpiar, horcas y palas de madera, aparvadero, biendas, ramaos, etc. Varias eras del pueblo se concentraban en la desembocadura del Valle Ranero, en tanto que las restantes estaban más diseminadas, tanto en la zona sur del pueblo como en la norte, y muchas de ellas disponían de su correspondiente caseta. Hasta donde llega mi memoria, partiendo del Valle Ranero hacia el pueblo, tenían caseta las eras de Eutimio Ferreras, Ciriaco Juanes, Gabriel del Valle y Simón Carpintero (todas a la izquierda) y la de Anselmo Rodríguez a la derecha. Más cerca del pueblo estaba, a la izquierda la de Wirón Díez. Saliendo hacia Santibáñez, muy cerca se encontraban las casetas de las eras de Luciano Valladares (a la izquierda) y de Antonio del Valle (a la derecha). Por el camino de la Era, estaba la que compartieron mi padre y mi tío

Aurelio Valladares del Reguero

Miguel (después de la Concentración Parcelaria quedó para mi tío), que sustituyó a otra anterior más adelante, dentro de una huerta que pasó a mi padre (yo conocí esta caseta que, al quedar sin uso, terminó derruida). Y siguiendo hacia el Soto Molino, a la derecha del camino, se encontraba la de Ovidio Ferreras. Algunos vecinos, como Francisco Vega o Fulgencio Barrientos utilizaron como era la huerta lindante a sus respectivas casas.

Igualmente sucede con las «cortes de las ovejas», formadas por una parte cubierta y, en muchas ocasiones, un huerto cerrado con tapias. Había varias en las afueras del pueblo, junto al último tramo de la calle que sube a la Iglesia, en la parte final del pueblo que da al Valle Rabero y en el Valle que lleva al monte; pero también más alejadas, como la existente en el monte que hay encima de las Pedragueras (de Benjamín Rodríguez), en la Cotica (de Wirón Díez) y varias en las Huertas de Ranero: la de los herederos de Luciano Valladares, la de Indalecio Valladares (de mi padre y de mi tío Miguel), otra a la altura de estas, pero en la ladera derecha del valle (en el Avesedo de Ranero), dentro del monte, propiedad de Gabriel del Valle, y más arriba, en la última huerta, la de Fulgencio Barrientos.

Varias «casetas de era» todavía hoy permanecen en pie, lo que no ocurre con las «cortes de ovejas», que, salvo las que están cercanas al pueblo, han desaparecido prácticamente todas.

Mencionaré, finalmente, las casetas pequeñas construidas en algunas viñas. Me vienen a la memoria la de la viña de Valdealzón, de Fulgencio Barrientos, o las ya desaparecidas en las viñas situadas a continuación de las Eras de Ranero, a la izquierda de la carretera en dirección a Villacidayo: una, propiedad de Antonio del Valle y la otra, de Gabriel del Valle.

En estas construcciones anejas (cuadras, pajares, horneras, casetas, cortes...) dominaba como material el adobe, que también era utilizado para las tapias que rodeaban los corrales, huertos, etc. Sobre las vigas maestras se colocaban zarzos de vilortas en los que se apoyaban las tejas. Algunas tapias se ahorrabán las tejas sustituyéndolas por urces sujetadas por arriba con tapines.

Cuando por falta de uso se caía o se derribaba expresamente alguna de estas edificaciones, se aprovechaba la teja, porque de todos es sabido que la teja usada (que con el paso del tiempo ha permanecido intacta) ofrece más garantías que la nueva, cuyo resultado es impredecible.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

c) Molinos

Desde hace mucho tiempo Carbajal no ha tenido molino, por lo que debía servirse de los existentes en los pueblos vecinos: uno en Santibáñez y dos en Villacidayo, justamente los tres en el tramo entre dichos pueblos y Carbajal. El primero, situado al final de la Cañada de dicha población, además de la función específica de moler los cereales, producía energía eléctrica para algunos pueblos, entre ellos Carbajal. Estaba regentado por Ramón Corral, casado con Laurentina «Tina» (natural de Carbajal). Villacidayo contaba con dos molinos: uno más alejado, antes de llegar a la Barca, que llevaban Jacinto y su hijo Amable, y el otro, más próximo al pueblo, perteneció a Victoriano Ferreras, de quien pasó a su hijo Ángel («Gelín»), quien lo dejó para irse a vivir a Gradefes, pueblo de su esposa.

Los agricultores de Carbajal podían llevar a moler los sacos de cereal en sus carros o caballerías, aunque lo habitual es que los propios molineros hicieran también el servicio de recogida y entrega: al tiempo que recogían en las casas los sacos que había que moler, entregaban los ya molidos del viaje anterior. El molinero no cobraba en metálico por su trabajo, sino que se quedaba con una cantidad de grano de cada saco molido (la «maquila»), medida fijada por la costumbre como pago. Este detalle me servía en las clases de Literatura para explicar la sutileza semántica del autor-protagonista del *Lazarillo de Tormes*, cuando en el tratado primero habla de las «sangrías mal hechas en los costales» por las que fue condenado su padre, de oficio molinero, que muchos críticos no aciertan a entender en todo su alcance significativo. La metáfora no es simplemente llamar «sangría» al hurto, como suele interpretarse. Tanto en el cuerpo humano como en los sacos de moler las sangrías constituyen una práctica normal y correcta. El problema es cuando están «mal hechas» (este es el matiz clave), es decir, cuando se sangraba más de lo debido, ya que en un caso se ponía en grave riesgo la vida del paciente y en el otro caso el cliente del molino era víctima de un flagrante robo. Afortunadamente yo nunca oí quejas de que algún molinero de la zona de Carbajal «sangrara» más de la cuenta los sacos que se llevaban a moler. O sea, que las malas artes de aquel molinero del río Tormes no eran imitadas en el río Esla, aunque los dos sean afluentes del Duero.

En tiempos pasados sí existió un molino en Carbajal (concretamente en la zona norte), lo que explica que se conserve el topónimo *Soto Molino*. Está

Aurelio Valladares del Reguero

atestiguado, además, en la respuesta 17ª al cuestionario del Catastro del Marqués de la Ensenada (1752), donde se especifica que está situado en la presa que saca agua del río en el lugar denominado la Reguera y que es propiedad de don Lorenzo González del Riego, cura párroco de Valporquero. En dicho documento se dice también que disponía de tres muelas, lo que nos lleva a pensar que era más grande de lo habitual, quizá por ser el único que había en el pueblo. Por ejemplo, Santibáñez tenía en esa misma fecha de 1752 cuatro molinos y Villacidayo tres, de los cuales dos eran de dos muelas y cuatro de una sola muela (hay otro del que no se especifica esta circunstancia). Se desconoce la fecha de desaparición de este molino de Carbajal, pero tuvo que ser a finales del siglo XVIII o en el XIX.

d) Ermitas desaparecidas

Hay noticias sobre la existencia de dos ermitas, ya desaparecidas, en el término de Carbajal. Una de ellas era la de San Juanico, situada a la derecha del tramo final de la Cañada. Los propietarios de fincas en ese lugar se referían a estas utilizando el topónimo de «San Juanico». He oído a algunas personas mayores haber visto restos de los cimientos de la construcción.

La segunda era la de la Peregrina, de donde parece ser que procede la imagen que pasó al templo parroquial y que es objeto de especial veneración en el pueblo. Algunos hablan de que tenía un molino, que se trataría del que acabo de hablar en el apartado anterior. El investigador Aurelio Calvo al referirse a esta ermita afirma: «Poseía un molino, que estaba al pie y llevaba el mismo nombre *de la Peregrina*»³⁰. Yo recuerdo haber visto los restos de la edificación, pero tengo la duda de si correspondían a la ermita o al molino. Por otra parte, al tratar de esta ermita, el citado A. Calvo, intercala lo siguiente: «Los libros parroquiales hablan de una *Nuestra Señora de la Paz*, la cual gozaba de cuantiosas haciendas»³¹. Parece que interpreta que se trata de la misma ermita, aunque bajo otro nombre.

³⁰ *El monasterio de Gradefes...*, p. 99.

³¹ *Ibíd.*, p. 99. También aparece mencionada esta ermita de Nuestra Señora de la Paz en un documento descrito por José María Fernández Catón, *Catálogo del Archivo Histórico Diocesano de León*, vol. II, León: Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro» / Caja de Ahorros y Monte de Piedad de León / Archivo Histórico Diocesano de León, 1986, p. 454.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

2.- La vida del hogar

a) El aseo

Hasta la llegada del agua corriente a las casas y la consiguiente instalación de cuartos de baño, el aseo personal se hacía de forma rudimentaria. Un palanganero y el agua traída desde el caño en calderos servía para el lavado habitual de la cara y los brazos. El baño de cuerpo entero era inviable, por lo que había que proceder por partes, salvo los niños muy pequeños que cabían en un balde. Este recipiente de latón se llenaba de agua del caño, con mezcla de agua caliente de la caldera de la cocina, y en él se lavaba uno primeramente la parte superior del cuerpo y a continuación los pies. Recuerdo de niño los baños en la cocina, con la muda limpia colgada en la barra de la cocina económica para que estuviera calentita a la hora de ponérsela.

El agua de la presa y el canal, para quienes los tenían cerca de casa, valían como un último recurso para este cometido.

Para las necesidades menores no había ningún problema, ya que cualquier sitio era bueno, con algún inconveniente más en el caso de las mujeres. En cuanto a las necesidades mayores, si se estaba en el campo, un rincón detrás de un árbol o de una sebe solucionaba la situación. Cuando se estaba en casa se disponía de lugares más adecuados: las cuadras (donde las heces se tapaban con la paja y los excrementos de las vacas), el muladar o cualquier rincón de corral (donde las gallinas las hacían desaparecer rápidamente). Y, por cierto, para limpiarse esa parte del cuerpo donde la espalda pierde su casto nombre (como diría Camilo José Cela) había que arreglarse con un puñado de hierba, un trozo de teja, etc. Por entonces apenas llegaban los periódicos al pueblo y mucho menos los rollos de papel higiénico.

En algunas casas se disponía de una maquinilla para cortar el pelo, que se utilizaba con los niños, en tanto que las personas mayores se intercambiaban el servicio. No obstante, había quien prefería acudir a un barbero más profesional. Esta función la cumplía con eficacia (y siempre sin prisas, porque no iban con su carácter) Domingo Aller Ferreras.

Para los asuntos de peluquería femenina, las vecinas solían arreglarse entre

Aurelio Valladares del Reguero

ellas, aunque aprovechaban algún viaje a Cistierna o León, para venir bien peinadas. Con el tiempo ya era frecuente visitar peluquerías específicas en pueblos cercanos: Gradefes, Cifuentes...

b) El vestido

A mediados del pasado siglo había poca variedad en la vestimenta, lo que evitaba las dudas actuales cuando nos pasamos un rato pensando lo que nos vamos a poner. Entonces se reducía casi a una simple disyuntiva: la ropa de domingo o la ropa de diario.

Entre los hombres eran frecuentes las prendas de pana para diario, con algún jersey de lana de confección casera. Y para los domingos, días festivos o cuando se viajaba a la capital se utilizaba, por lo general, traje y corbata. Muchos hombres, sobre todo los de más edad, se protegían la cabeza con la boina.

En el caso de las mujeres el panorama era más variado. No obstante, entre las mujeres mayores predominaban los vestidos o conjuntos de blusa y falda (manteo) en colores oscuros. Y cuando salían de casa, particularmente para ir a la iglesia, llevaban su pelerina en los hombros y un pañuelo negro en la cabeza. Las mujeres jóvenes, ya desde niñas, para entrar en la iglesia tenían que ponerse velo y, en tiempo de verano, nada de vestidos de manga corta, porque en este caso, debían cubrir los brazos con manguitos. Y, por supuesto, las piernas siempre con medias.

Consideración aparte merece el luto, siempre mucho más riguroso en las mujeres que en los hombres. Las hijas del difunto (incluso las nueras) guardaban el luto, al menos durante un año, utilizando vestidos y medias negros. Y más severo era para las viudas, que en la mayoría de los casos pasaban a vestir de negro hasta el final de sus días (o sea, luto perpetuo). Menos estricto resultaba para los hombres: corbata negra (en las pocas ocasiones en que se usaba), brazalete negro en la parte superior de una de las mangas de la chaqueta o una pequeña cinta negra entre el ojal y el borde de una solapa de la chaqueta. Evidentemente, un día de labor el hombre no llevaba distintivo de luto, pero la mujer sí. Poco a poco se fueron suavizando estas costumbres. Las mujeres iban sustituyendo el negro por colores discretamente oscuros, a la par que acortando

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

los tiempos del luto.

También debo aludir a los hábitos o prendas de «promesas» que se llevaban, generalmente durante un año, como cumplimiento de la promesa hecha por la resolución de un problema dificultoso (por ejemplo, enfermedad grave de uno mismo o de un familiar). No era raro ver a alguna mujer con un vestido morado (de Jesús Nazareno) o marrón (de la Virgen del Carmen) y, aunque con menor frecuencia, a algún hombre con una camisa del mismo tenor con un cordón en el cuello.

A los jóvenes de ahora les resultará muy extraño todo esto, pero era la más pura realidad.

c) Las comidas

Cuando yo nací habían pasado ya los años más difíciles de la postguerra, pero seguían todavía las dificultades para una gran parte de la población. Mi familia, por fortuna, no fue de las más desfavorecidas, pero sí fui testigo en mi niñez de las estrecheces a las que tuvieron que sobreponerse algunas personas del pueblo. Pero incluso en las casas en que se disponía de más medios, las comidas eran muy repetitivas, ya que se salía adelante con los productos caseros y de los demás (aceite, azúcar, arroz, etc.) se compraba lo estrictamente necesario.

Empezaré por las tres comidas básicas del día. El desayuno (comúnmente se le daba el nombre de «almuerzo») consistía en sopas de ajo, más o menos caldosas, según el gusto, servidas en cazuelas de barro. Hasta tal punto era esta la costumbre, que decir *voy a comer las sopas* era sinónimo de *voy a desayunar* (*almorzar*). A veces podían ir acompañadas de un torrezno (*torresno* se decía) y en la época posterior a la matanza del cerdo, de «migas». Poco a poco se fue pasando a la leche migada con pan y el desayuno de sopas quedó desterrado. Y muy pronto se empezó a generalizar, como acompañante de la leche, sobre todo para los niños y jóvenes, el Cola Cao, cuyas excelentes propiedades se ponderaban machaconamente en un popular anuncio a través de la radio.

La comida de mediodía era la principal. El plato más frecuente era el cocido de garbanzos y viandas, que permitía hacer con el caldo una sopa de pan. No faltaba ni en la época de la trilla, en que se llevaba la comida a la era. Recuerdo

Aurelio Valladares del Reguero

la cazuela de barro con el pan empapado de caldo arriba y debajo los garbanzos, de donde íbamos tomando cada uno con nuestra cuchara. Al final se servían las viandas: rellenos, tocino, chorizo sabariego, etc.

En la cena, que se hacía siempre en casa, eran más frecuentes otras legumbres: fréjoles, habas (judías blancas)...

Todas las comidas iban acompañadas siempre de pan, alimento básico, sobre todo en épocas de carencias. El padre de familia solía ser el encargado de coger la hogaza e ir cortando un trozo para cada uno de los comensales. Tan importante era el pan que, si se caía un trozo al suelo, se besaba al recogerlo. Esta costumbre, que duró algunos años, se practicaba también en otros lugares de España. Igualmente estaba bien visto, antes de empezar a comer «echar la bendición», precedida y finalizada con la señal de la cruz. Había una fórmula sencilla y básica para ello: *Bendice, Señor, estos alimentos recibidos de tu generosidad*; a lo que se respondía con el habitual *Amén*. Pero a veces era el momento para que uno de los más pequeños demostrara sus habilidades recitativas con modelos poéticos más o menos novedosos. En alguna ocasión me tocó decir aquello de *Niño Jesúsín / que naciste en Belén, / bendice estos alimentos / y a nosotros también*.

El uso de la carne en las comidas era más ocasional y siempre estaba en función de los animales de que se dispusiera: pollo, conejo, cordero/oveja, etc.; aparte del gocho (cerdo), del que más provecho se sacaba, por lo que le dedicaré un apartado específico más adelante. Muchas familias tenían en el corral gallinas. Cuando una se ponía clueca, se la encerraba con una docena de huevos para la incubación, que solía sacar casi todos adelante. Las hembras servían para ir renovando a las gallinas ponedoras y los machos para engordarlos y matarlos en su momento, salvo el mejor, destinado a convertirse en el gallo del corral. Y algo similar cabe decir de los conejos. Por lo que respecta al ganado ovino, era habitual reservar algún cordero macho, sobre todo a finales de verano, que se engordaba en las huertas y en los rastrojos de las fincas de regadío (en las que salían hierbas tiernas). Y lo mismo se hacía cuando alguna oveja había quedado machorra y no se veían perspectivas de que volviera a criar en el año siguiente. Con la matanza de un cordero o de una oveja había comida para varios días. También estaba la pesca del río (barbos, truchas...) o la caza (codorniz, perdiz, liebre...), cuando se conseguía; pero esto era muy esporádico.

Si la economía familiar lo permitía, se podía comprar carne o pescado sin

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

necesidad de salir de casa. Julio López, un carnicero de Gradefes recorría los pueblos hasta Santibáñez (de aquí era su mujer) ofreciendo su mercancía. Y también bajaba algún pescadero desde Cistierna. Su oferta era escasa: hubo un tiempo en que se reducía a sardinas y chicharros, si bien fue poco a poco aumentando a otras especies, particularmente pescadilla.

Los hombres, desde jóvenes en edad de trabajar, al igual que algunas mujeres, bebían vino en las comidas, mientras que los niños se conformaban con agua. Muchas familias tenían viña (así como lagar en casa), por lo que conseguían el vino para el consumo del año. No era de buena calidad y a veces a final de temporada se ponía un poco agrio, si bien tales problemas se solventaban mezclándolo con gaseosa. Quien no contaba con vino de su cosecha (o se le acababa pronto) no tenía más remedio que comprarlo en la cantina del tío Julián o en la de Pablo Pato.

En cuanto a los postres, se echaba mano de las frutas del tiempo: cerezas, ciruelas, peras, manzanas..., cuando había. Las manzanas y peras duraban bastante tiempo y prolongaban el postre varios meses. Porque, si se acababa la fruta, no había postre. Alguna vez, cuando los hombres venían de vender algún animal en la feria, traían naranjas o higos, que suponían todo un lujo. Había frutas, como las guindas, que se guardaban en recipientes de vidrio con orujo. En ocasiones se tomaban para los dolores de muelas: mordiendo la guinda con la muela afectada y esperar que el licor amortiguara el dolor. Y no podemos olvidar los apetitosos flanes que se hacían con los canuestros de las vacas recién paridas.

En los meses de verano, cuando las faenas del campo eran más exigentes (segar, escavar, etc.), se hacían dos comidas más. La primera tenía lugar a mitad de mañana (recibía, por ello, el nombre de «las diez»), consistente en un trozo de pan con alguna vianda o queso y acompañamiento de vino. La otra era la merienda (también llamada «las cinco») de media tarde, muy similar a la anterior. Muchas veces se llevaban al campo en un «serillo» (también se le daba el nombre de «capazo»), tarea que solía encomendarse a los niños. En estos casos, si había alguna fuente cerca, se ponía la bebida a enfriar en el agua, incluso se tomaba la comida al lado. La fuente de la Becerrera era un lugar muy apropiado para estos menesteres.

Cuando se realizaban trabajos que se iniciaban siendo todavía de noche (por ejemplo, encerrar la paja), antes del desayuno se «echaba la parva» con una copa de orujo y galletas o pastas caseras.

Aurelio Valladares del Reguero

Las mujeres del pueblo eran hábiles en la preparación de dulces, que servían de complemento en días señalados. La nata sacada de la leche de vaca tenía muchas aplicaciones, junto a otros ingredientes básicos, como harina, azúcar, huevos, etc. Entre los más habituales estaban las magdalenas (más conocidas como mantecadas), sequillos, roscas, rosquillas de sartén... Resultaban muy apropiados para acompañar el café (a ser posible con unas gotas de orujo) y mucho mejor si seguía una copa de coñac, un «sol y sombra» (mezcla de coñac y anís) o una copa de ponche.

A los invitados que llegaban a casa se les «sacaba la bandeja» de dulces para mujeres y niños, además de una copa de licor cuando se trataba de hombres adultos. Por descontado, lo que se ofrecía en la bandeja no era para comerlo todo, sino probar una o dos veces del contenido presentado. En estos casos regía un conocido refrán: *Quien come y deja / dos veces pone la mesa*; aunque siempre había algún cascarrabias que lo corregía: *Quien come y deja / dos veces pasa hambre*.

d) La matanza del gocho

El gocho (cerdo), con todos sus derivados, venía a ser la base alimenticia fundamental en la dieta de los hogares. Ya se sabe que del cerdo se aprovecha prácticamente todo. De ahí que la matanza constituía todo un acontecimiento familiar.

En muchas casas se mataban uno o dos gochos al año, generalmente alrededor de las fiestas navideñas, ya que era el tiempo más adecuado para la curación posterior del chorizo, jamones, morcillas, tocino, costillas, etc.

Para disponer de esos ejemplares en sazón, había que dedicarse a la cría correspondiente. Una gocha, provista de doce pezones, solía parir de ocho a doce gochines. Recuerdo que había que vigilar cuando parían, de modo que al echarse al suelo para dar de mamar (sobre todo cuando eran de gran tamaño) no aplastaran a alguna cría. Más de una noche me tocó hacer este tipo de vela. Al cabo de unos meses se vendía la camada en la feria de los lunes en Almanza (famosa en el ganado porcino) o en las de Mansilla o León, después de reservar algún ejemplar para la cría o para la matanza.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Los machos destinados a la matanza eran capados, porque esto facilitaba el engorde. Por el pueblo acudían de vez en cuando capadores profesionales que anunciaban su presencia a través del sonido emitido por una flauta muy característica.

Gran parte de las sobras de la comida valían para alimento de estos animales de buena boca. También se les daba hierbas apañadas en el campo, patatas cocidas, salvado, hoja de roble previamente cocida (de la que se hacía acopio a comienzos del verano), etc.

Y vamos ya con la matanza, tarea para la que se requería la ayuda de familiares o vecinos. El animal era atado por el hocico con un cordel, que se anudaba detrás de los colmillos. Como su tendencia, cuando se veía acosado, era irse hacia atrás, bastaba colocarlo al contrario y dejar que fuera reculando hasta el lugar deseado. Entre varios hombres lo colocaban en un banco hecho al efecto, al que lo sujetaban con cordeles (uno en el pescuezo y otro delante de las patas traseras), además de trabarle las patas delanteras con los codos de las traseras. Un hombre se echaba sobre el cuerpo del animal y agarrando hacia arriba la pata trasera que había quedado debajo, lograba inmovilizarlo, mientras el más experto le clavaba el cuchillo entre las patas delanteras hasta hacerlo llegar al corazón. Una mujer recogía la sangre en una cazuela grande e iba dando vueltas con una cuchara larga de madera para que no cuajara (será la utilizada para el calducho y las morcillas).

A propósito de la tarea de sacrificar al animal, recuerdo que allá por la mitad de los años cincuenta llegó un camión por el pueblo con cerdos pequeños de raza negra, que vendían argumentando que eran muy aptos para engordar y preparar para la matanza. Varios vecinos compraron la mercancía, entre ellos mi padre. Pues bien, al momento de llevar aquel ejemplar al banco de la matanza, costó un trabajo enorme rematar la faena, a pesar de que no era de un tamaño muy grande. No llegaba a ser salvaje, pero sí demostraba una fiereza superior a los de raza autóctona.

Una vez muerto se procedía a chamuscarlo con la paja de centeno de los cuernos recogidos en verano. Se levantaban ampollas que luego se rallaban con objetos cortantes (cuchillos viejos, trozos de guadañas rotas...) y a continuación se lavaba todo el cuerpo con agua caliente y trozos de teja. Posteriormente se abría en canal y se retiraban las tripas (que se lavaban y aprovechaban para los chorizos) y las vísceras (corazón, pulmón, hígado, riñones...). Los niños, que no perdían

Aurelio Valladares del Reguero

detalle, esperaban con impaciencia la vejiga, que, una vez pisada varias veces contra el suelo para eliminar el orín retenido y quitar las rugosidades exteriores, se hinchaba con una paja y servía como un globo-balón para jugar, al que dábamos el nombre de *zambomba*.

El mismo día de la matanza se hacían las morcillas, para lo cual se picaba la cebolla en una artesa (tarea ingrata, porque provocaba el lagrimeo de los ojos), que luego se mezclaba con la sangre. Previamente se habían lavado las tripas más anchas (las delgadas eran para los chorizos), en las que se embutían.

La cena de ese día se convertía en un verdadero acontecimiento para los familiares o vecinos participantes, incluidos los niños. El plato básico era el «calducho», guiso hecho con los primeros productos obtenidos del gocho (sangre, asadura...) y pan migado. Aunque no era una comida muy exquisita (al menos, así la recuerdo yo), el ambiente festivo que rodeaba la celebración, la hacía muy atractiva para pequeños y mayores, provocando la envidia de los vecinos: *¿Qué? ¿Esta noche vais de calducho?*

Se dejaba el cuerpo en canal en lugar fresco y al día siguiente o dos días después se «estazaba», separando todas las piezas: carne destinada para los chorizos, jamones, trozos de tocino, cintas de lomo, manteca, patas, brusco, orejas... Uno o dos días después se hacían los chorizos. Había una máquina que servía primero para cortar la carne, que se amasaba en una artesa con los ingredientes complementarios, entre los que no faltaba el típico pimentón extremeño de la Vera. La misma máquina servía después para embutir la masa en las tripas lavadas y preparadas con antelación. Si no se disponía de tripas suficientes, se podían comprar en la cantina. Por lo general un hombre daba a la manivela con una mano mientras con la otra mano iba alimentando de masa la boca de la máquina. La masa salía por un tubo pequeño y alargado en el que se acoplaba la tripa, que se iba rellenoando mediante el suave tacto de unas manos femeninas, en tanto otra mujer se encargaba de atarlos de trecho en trecho y cortarlos, al tiempo que iba picando los trozos resultantes con una aguja gruesa, para sacar el aire que pudiera contener dentro. Quedaban en forma redondeada de una o más vueltas (por eso se hablaba de «vueltas de chorizo»), que luego se colgaban en varales suspendidos, mediante cuerdas, de las vigas del lugar elegido para la curación. En mi casa se utilizaba la hornera, donde el calor y el humo de la lumbre venían muy bien para este propósito. También se colgaban en varales las morcillas.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

3.- Vida social

a) Formas de tratamiento

Las personas de mayor relieve social (el cura, el médico, el veterinario, el maestro...) recibían el tratamiento de *don / doña*, que se hacía extensivo a las esposas del médico, veterinario o maestro, aunque no tuvieran la titulación académica correspondiente. El resto de las personas (que era la casi totalidad del pueblo), si eran mayores, recibían por parte de los más jóvenes el tratamiento de *señor / señora*, precediendo al nombre de pila (*el señor Antonio, la señora María*), que a nivel más coloquial se sustituía por el de *tío / tía* (*el tío Jesús, la tía Isabel*). En el caso del homónimo, que indica parentesco, se sustituía el artículo («el» / «la») por el posesivo «mi» (*mi tío Juan, mi tía Julia*) o se omitía el determinante (*díselo a tío Juan, habla con tía Julia*).

Las personas mayores o dignas de respeto (el cura, el maestro...) eran tratadas de *usted*, hasta en el ámbito familiar. Así lo hacían en mis tiempos los hijos con sus padres. Yo, por ejemplo, traté de *usted* a mis padres hasta el final de sus días (2003 y 2011, respectivamente), produciéndose la paradoja de que mis hijas los trataban de *tú* al mismo tiempo que yo utilizaba el *usted*. Por supuesto, en los últimos tiempos esta situación ha variado totalmente. El *tuteo* quedaba, pues, para el trato con iguales o personas de menor edad. Los niños estábamos obligados a saludar al cura y al maestro / maestra, diciéndole *buenos días / buenas tardes / buenas noches*. Y en el caso del cura había que acercarse a él y besarle la mano derecha, que alargaba. En el caso de las personas mayores, al cruzarse con el cura, al tiempo que decían las palabras de saludo, si llevaban boina, la elevaban un poco con los dedos de la mano. Este ritual de niños y mayores en el saludo al cura, se hacía extensivo a otros sacerdotes o frailes que pudieran llegar al pueblo, aunque no se los conociera; bastaba la sotana o hábito para identificarlos.

En cuanto a las relaciones familiares, los hijos pequeños llamaban *papá* y *mamá* a sus progenitores y, conforme se iban haciendo mayores, los sustituían por *padre* y *madre*, pero sin regla fija. Ahora bien, aunque en el trato personal se dirigía a ellos como *papá* y *mamá*, al hablar con otra persona no decía, por ejemplo, *mi papá se ha ido a León*, sino *mi padre se ha ido a León*.

Aurelio Valladares del Reguero

Se llamaba *tío* a los hermanos de padre, madre, abuelo y abuela. Y también se consideraba *tío* a los primos carnales del padre o la madre, cuando se tenía un trato directo y próximo con ellos. Yo llamaba *tío* a primos de mi padre (en Carbajal) y de mi madre (en Santibáñez), y en cambio a hermanos de los anteriores que vivían más alejados y a los que veía de tarde en tarde no los llamaba así. Se hablaba de *primos carnales* (no «primos hermanos») y *primos segundos*. Se decía *marido / mujer* y apenas se oía *esposo / esposa*.

No se utilizaban denominaciones afectivas frecuentes en otros lugares de España: *yayo / yaya* (por abuelo / abuela), *tito / tita* (por tío / tía), *chacho / chacha* (por hermano / hermana de abuelos).

En otro orden de cosas, cabe apuntar que había establecido una relación afectiva de los padrinos de bautismo con respecto a sus *afijados* (se oía más que *ahijados*), con independencia de que fueran o no familiares (muy frecuentemente se buscaban padrinos entre los tíos). Los padrinos solían hacer regalos a sus afijados mientras estos eran de corta edad. Y, lógicamente, cuando alguien se casaba no podía olvidarse de sus padrinos a la hora de las invitaciones.

b) Costumbres

Al terminar la etapa escolar (de los catorce a los quince años), se entraba en una etapa juvenil que suponía asumir una mayor contribución en las tareas de la casa y del campo, pero representaba, al mismo tiempo, ir entrando poco a poco en el mundo de los adultos. Los varones podían situarse ya en el coro de la iglesia, lo que era todo un signo de distinción, y gozaban de más libertad para ir a las fiestas de los pueblos vecinos y llegar más tarde a casa. También empezaban a ir a la cantina a jugar la partida y tomarse algo. Por supuesto, el acto de «tallarse» (a los veinte años) para ir a la «mili» constituía el reconocimiento definitivo de la condición de «mozo», aunque se viera empañado por el temor de que el destino podía ser un cuartel en África. Las mozas, por su parte, empezaban a colocarse en la iglesia en reclinatorios al lado de sus madres, tías, etc. No gozaban de la misma libertad que los mozos, pero sí más que las niñas.

Otro signo evidente de haber llegado a la mocedad, en el caso de los varones, era poder fumar en público. Quizá se había hecho antes, pero a

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

escondidas. Hubo que esperar bastantes años para que las chicas, siguiendo modas venidas de fuera, se unieran también al club de los fumadores.

Las personas mayores solían utilizar tabaco en picadura. El paquete grande de *cuarterón*, relativamente barato, era el más frecuente. Se pasaba a la petaca, de la que se iba sacando la parte correspondiente para liar el cigarrillo en una hoja del *librito*. Estaban las marcas *Diana* (más barato y de peor calidad) e *Ideales* (popularmente llamado *caldo*), en paquetes de 18 cigarrillos que venían ya con su papel, pero que había que deshacer y liar de nuevo apretando el contenido de cada cigarrillo. Tomando el café en la cantina, un puro *farias* se convertía en el mejor complemento. Los más jóvenes, menos expertos en liar cigarrillos, preferían los que ya venían hechos (ahora en paquetes de 20 cigarrillos): los *Celtas* (sin boquilla), *Peninsulares*, *Rex*, *Jean*, *Goya* y otras marcas (con boquilla). Luego estaban los «rubios» (más caros): *Bisonte*, *Jirafa*, *3 Carabelas*, *Chesterfield*... Se compraban en la cantina. Para encenderlos se utilizaban cajas de cerillas y mecheros. El mechero más popular era el que llevaba una rueda que se hacía girar con la palma de la mano sobre una piedra especial que producía chispa y encendía un cordón de mecha que se deslizaba por un tubo. Esas mechas duraban mucho tiempo.

Voy a referirme a una costumbre que, aunque no se llevaba con todo rigor, durante muchos años no faltaba a la cita. La noche anterior a San Pedro los mozos colocaban ramos en ventanas o balcones exteriores de las casas de las mozas y un ramo más hermoso y adornado en la iglesia para la Virgen. Alguna moza esperaba con expectación la llegada de la mañana, por si el mozo que creía que estaba interesado en ella se marcaba una gracia con un ramo más florido que el resto.

Creo que es de justicia exponer que las mujeres de mi generación se merecen todo el reconocimiento por la etapa difícil que les tocó vivir. Todas participaban en las tareas domésticas de la casa y todas colaboraban en las faenas agrícolas que sus condiciones físicas permitían: escavar, volver y recoger la hierba, hacer gavillas y rastrear, trillar y un largo etcétera. Además, tenían que soportar por parte de los padres un control y vigilancia superior al que se ejercía con los hermanos varones. Aunque debo reconocer que sobrellevaban la situación con una entereza y optimismo encomiable, haciendo gala de un carácter más extrovertido que los varones de su edad.

Aurelio Valladares del Reguero

c) Profesiones

La práctica totalidad de los vecinos de Carbajal se dedicaba a la agricultura y la ganadería (sobre todo vacuna). Muchos tenían ovejas y gran parte contaba con cerdos, gallinas y conejos. Algunos desempeñaban tareas más específicas, como el vaquero o los pastores de ovejas, de los que hablaré en el apartado dedicado a la ganadería.

Había dos familias que regentaban establecimientos para la venta de bebidas, ultramarinos y otras mercancías, con la típica «cantina» abierta al público, donde los hombres jugaban a las cartas en las tardes-noches de invierno y en las mañanas y tardes de todos los domingos y días festivos del año. Una era la de Julián Gutiérrez Gallego, que continuaron dos de sus hijos: «Upe» (hasta su jubilación) en lo que se refiere a la cantina y Paulino en la venta de vino y embutidos, negocio que en la actualidad prosigue su hijo Raúl. Menos tiempo duró la de Pablo Pato del Blanco (natural de Vega y casado en Carbajal con Oliva Aller Ferreras), que se dedicaba más a la venta de productos variados. Recuerdo, por ejemplo, que ofrecía un amplio surtido de madreñas. El primero tenía dos machos y un burro (el «Sabino») y el segundo dos caballos, con los que llevaban en carros de caballerías su mercancía para vender por los pueblos de alrededor. El establecimiento del segundo cesó a mediados de la década de los sesenta, al trasladarse toda la familia a Barcelona.

Algunos, como Fidentino García Postigo e Hilario Ferreras Ferreras, eran albañiles. Al primero seguiría en la misma profesión su hijo «Tinín» García González. Otros trabajaron en las minas de Vegamediana (cerca de Cistierna), como Clarencio Ferreras Quirós y su hijo Juventino «Juven» Ferreras Díez (este luego se instaló en Cistierna). También trabajó en la mina el cuñado y tío, respectivamente, de los dos anteriores Eladio Díez Rodríguez. Algún tiempo después también se dedicó a la albañilería otro hijo de Clarencio, Julio Ferreras Díez, que se fue a vivir a Cifuentes.

Evidentemente, quedaban fuera del recuento anterior el cura párroco y el maestro o maestra. También estaba el caso particular de don Julio Llamazares Avecilla, que durante varios años ejerció como maestro en San Bartolomé, pueblo al que se trasladaba diariamente en un caballo que tenía. Luego fue destinado a Cistierna, por lo que cambió de residencia.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

No existían otras profesiones, como ocurría en el vecino Santibáñez, donde había un herrero (Máximo Fernández –casualmente natural de Carbajal– y sus hijos), un sastre (Florencio Fernández), un zapatero (Jesús García) y, durante algún tiempo, los carreteros Félix Bayón y familia, procedentes de Nava de los Caballeros, que hacían carros de vacas en el taller habilitado en el corral que en su día perteneció a mi abuelo materno Luis del Reguero. Tampoco había modistas, aunque alguna mujer realizaba algún trabajo de encargo de forma esporádica.

Aunque dedicado, como casi todos, a las tareas agrícolas y ganaderas, había un hombre dotado de habilidades artísticas especiales, particularmente en el trabajo de la madera y en el dibujo: Simón Carpintero García (padre de Carmelita y Cándido). Posiblemente en otras circunstancias más favorables hubiera podido llegar a ser un buen escultor o pintor. En mi casa se guardaba con mucho cuidado una capillita de madera (para una imagen religiosa) y una estampa de San Roque (dibujada a lápiz), ambas realizadas por él. También tenía dotes para las representaciones teatrales. Según me cuentan, él era el encargado de dirigir los ensayos y puesta en escena de la popular pieza navideña de *Los Reyes* (de la que se hablará en su momento) y a él se debe precisamente una copia manuscrita del texto que se conserva, fechada en 1945.

Como cartero del pueblo ejerció durante bastantes años Paulino Ferreras García, nacido en Carbajal, aunque residente en Gradefes. Las cartas llegaban en el coche de línea de la Empresa Fernández que salía por la mañana de León con destino a Sahagún por la carretera de la Abadía hasta Gradefes y a continuación cruzaba en dirección a Almanza. En Gradefes dejaba el correo de Villanófar, Villacidayo y Carbajal, que luego él se encargaba de repartir. Recuerdo cuando hacía el servicio en bicicleta, en la que llevaba una cartera grande de cuero; posteriormente ya se trasladaba en moto.

Durante los años de mi niñez el médico que atendía Carbajal era don Daniel Díez, residente en Gradefes. Conservo el recuerdo de verlo llegar en caballo, aunque pronto pasó a hacerlo en moto. Existía la modalidad de «iguales»: cuota que se pagaba anualmente y daba derecho a la atención médica. Don Daniel era el típico médico rural cuya efectividad estaba basada fundamentalmente en su experiencia en el trato con todo tipo de pacientes. Cuando tenía yo unos diez u once años me fracturé (practicando lucha leonesa) el cúbito del antebrazo izquierdo. Me bajaron a Gradefes y allí, mientras uno me sujetaba el brazo por encima del codo, él estiraba de la mano hasta colocar debidamente el hueso

Aurelio Valladares del Reguero

afectado e, inmediatamente, procedió a enyesarlo, sin radiografía ninguna. Cuando se había cumplido alrededor de cuarenta días, en una de sus visitas al pueblo, me vio por la calle, me llamó, me movió los dedos de la mano y con la seriedad que le caracterizaba sentenció: «Dile a tu padre que te quite la escayola». Así se hizo y hasta hoy. Luego, a comienzos de la década de los sesenta, lo sustituiría don Genaro, al que seguirían otros cuyos nombres se me escapan.

d) Criados

Algunas familias de Carbajal, de las que tenían más propiedades (en tierras y ganadería) y/o no contaban con varones suficientes, contrataban un criado, que *se ajustaba* por San Pedro. Vivía en la casa del *amo*, salvo que fuera del mismo pueblo, en cuyo caso, si bien comía en la casa en que prestaba servicio, dormía en el domicilio de sus padres. Varios criados que llegaban a Carbajal procedían de los pueblos de secano existentes entre las riberas del Esla y del Cea.

Se hacían también contratos ocasionales (para segar, escavar...) o más duraderos (en la época de la trilla). Igualmente, se llamaba a mujeres para cocinar el día de la fiesta o casos similares.

La presencia de criados dependía mucho de la situación de cada familia. Mis padres, por ejemplo, contaron con criada algún tiempo mientras los hijos éramos pequeños; y durante más tiempo tuvieron criado, hasta que yo (el mayor de los varones), a partir de los quince-dieciséis años podía afrontar ciertos trabajos, especialmente en verano, y eso que yo solamente estaba en vacaciones, si bien eran largas: Navidad, Semana Santa y casi los cuatro meses enteros de verano (desde comienzos de junio hasta finales de septiembre).

Aparte de mi padre, tuvieron criado –que yo recuerde– Wirón Díez (tenía dos hijas), Fulgencio Barrientos y Miguel Valladares.

También había criadas, que prestaban su servicio, por lo general, en familias con niños muy pequeños. A veces estas jóvenes eran del mismo Carbajal y solían pertenecer a casas con varias hijas solteras; aunque las había que llegaban de otros lugares. Yo conocí criadas en casa de don Julio, el maestro, en mi casa y en la de mi tío Miguel Valladares. Un caso particular era el del cura párroco, cuya criada solía recibir el nombre de «ama». Hay que tener en cuenta que en muchas

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

ocasiones el cura estaba atendido por un familiar directo (hermana o sobrina); si bien no era este el caso de Carbajal en mis tiempos, donde don Antonino contó con Francisca González hasta el final de sus días.

e) Mendicidad

Era relativamente frecuente la presencia de «pobres» (no se decía «mendigos») que iban pidiendo por las casas. Solían hacerlo en la misma zona, ya que algunos repetían visita cada cierto tiempo. La limosna habitual era un trozo de pan, que luego vendían. A veces se les daba algún complemento: tocino, fruta en época de recolección... Recuerdo uno al que, por la particularidad de sus ojos, los chicos lo llamábamos «el Pobre de los Ojos Tiernos».

Esta situación, que desgraciadamente viene de muy antiguo, dio lugar a una práctica de ayuda conocida como el «palo de los pobres». Consistía en un turno rotatorio que se hacía entre los vecinos para dar acogida al mendigo que llegaba al pueblo y se veía obligado a pasar allí la noche. Cuando un vecino había tenido a un pobre, pasaba un palo (de ahí el «palo de los pobres») al siguiente, para recordarle que le correspondía atender al próximo mendigo que deseara pernoctar en el pueblo. Se les ofrecía, normalmente, alguna dependencia aneja a la vivienda: cuadra, pajares..., en la que, al menos, no pasaban frío. Siendo yo niño seguía la práctica de esta costumbre y, aunque ya no se hacía uso de dicho «palo», se mantenía la referida expresión. Por cierto, recuerdo a mi padre y a otros vecinos avisar encarecidamente a los pobres que no fumaran dentro de estos lugares, donde había paja o hierba seca, argumentando que en otro pueblo se había producido un incendio por tal motivo.

Aunque no le correspondía con propiedad la etiqueta de «pobre» (según se pensaba entonces), sí se aproximaba bastante un personaje cuya presencia era habitual en Carbajal y otros pueblos vecinos. Me refiero al que todos conocían por el nombre de «Melino», natural de Palacio de Valdellorma. Vestía siempre un mono azul y tenía dificultades tanto en una mano como en una pierna, lo que le impedía caminar con normalidad; aparte de problemas para articular palabras, por lo que no era fácil entender lo que decía; más bien, había que intuirlo. No era infrecuente verle llegar al pueblo por el Valle, procedente de San Bartolomé u

Aurelio Valladares del Reguero

otros pueblos cercanos al suyo. Algunos niños (sobre todo, niñas) le tenían miedo, aunque desgraciadamente en ocasiones los chicos varones le gastaban bromas pesadas o burlas, lo que repercutía en sus reacciones violentas como mecanismo lógico de defensa. Con las personas mayores actuaba de forma tranquila y vivía de lo que se le daba. A mi madre le pedía peras de «muslo de dama» (él decía «muslo de moza»), porque estaban muy ricas; o sea, que sabía apreciar lo bueno. Alguien le insinuaba maliciosamente: «Pero, Melino, si todavía eres joven, ¿por qué no te pones a trabajar?». Él no se dejaba convencer y respondía con sagacidad y agudeza: «No tengo ganas de trabajar y Dios quiera que no me las dé nunca». Le gustaba jugar a los bolos, aunque sus carencias físicas le dificultaban lanzar la bola hasta el castro, si bien echaba mano de su ingenio para lanzarla rodando («tirar a la renta», se decía) y que así llegara a su destino. Habría sido un personaje ideal para ser pintado en alguna de las páginas costumbristas del Premio Nobel Camilo José Cela. Por cierto, de «Melino» habla el escritor leonés Julio Llamazares en el artículo titulado «La nieve de octubre», publicado en el diario *El País* (19-03-1991) y luego incluido en su libro recopilatorio *Entre perro y lobo. Obra periodística* (Madrid: Alfaguara, 2008, pp. 109-112).

4.- Cultura y medios de comunicación

El nivel cultural de los hombres solía ser, en igualdad de condiciones, un poco más elevado que el de las mujeres, entre otras razones porque se lo exigía la práctica del día a día. Ellos viajaban más y eran los encargados de llevar las cuentas de compras y ventas. No conocí analfabetos, aunque sí personas mayores que mostraban dificultades a la hora de firmar (más que escribir su nombre, lo dibujaban). Tal situación difiere bastante, por ejemplo, de la que pude constatar en tierras andaluzas a finales del siglo XX. Llegué destinado a Úbeda (Jaén) en septiembre de 1982 y todavía vi en alguna ocasión que personas de edad avanzada, al ir a cobrar su paga a la Caja de Ahorros, firmaban el recibo estampando su dedo, porque no sabían escribir. Conocí allí a hombres y mujeres que me manifestaron que se habían criado en cortijos alejados de núcleos de población y, en consecuencia, nunca habían pisado en la escuela.

Aunque no hubieran pasado de los estudios elementales, había personas

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

inquietas en Carbajal que escuchaban con sumo interés los informativos radiofónicos, leían –en la medida de lo posible– los periódicos... Merecen mencionarse, a este respecto, las tertulias nocturnas en que Eladio Díez Rodríguez demostraba estar muy enterado de los sucesos que ocurrían en Cuba o en el Congo, que comentaba con aquella serenidad y ponderación que le caracterizaba.

Que yo recuerde, solamente el cura (don Antonino) leía con relativa asiduidad un periódico provincial (el *Diario de León* o el *Proa*) y también vi hacerlo en ocasiones a Tirso Barrio. De forma muy ocasional algún vecino que viajaba a la capital traía un ejemplar si contenía noticias de especial interés, para enseñarlo a familiares y vecinos.

a) Representaciones de teatro

El teatro no era una práctica habitual, pero debo aludir a las manifestaciones esporádicas que había. Solían aprovecharse los portalones de la casas como escenario, con los correspondientes adornos de telas, dejando el espacio libre del corral para el público espectador.

Hasta finales de la década de los cuarenta del pasado siglo se estuvo representando en torno a las fiestas de Navidad la pieza titulada *Los Reyes*, de la que por fortuna se conserva el texto, gracias a una copia manuscrita realizada por Simón Carpintero García, fechada en Carbajal de Rueda en 1945. Circula en fotocopias, una de las cuales ha llegado hasta mí. Se trata de una obra, en la que alternan la prosa y el verso, que recrea los sucesos del nacimiento de Cristo hasta la adoración de los Reyes Magos. El mencionado Simón Carpintero, dotado de habilidades artísticas (pintura, escultura...), también sentía afición al teatro y él fue el encargado de dirigir las últimas representaciones conocidas de dicha pieza. Según he podido recabar de quienes fueron testigos de la puesta en escena de esta obra, los actores que interpretaron los principales papeles en las últimas funciones que se hicieron fueron estos: San José: Eutimio Ferreras, la Virgen: Cándida de la Varga, Ángel: Davino Ferreras, Rey Melchor: Marcelino Valladares, Rey Gaspar: Quintiliano de la Varga, Rey Baltasar: Florencio Ferreras, Pregonero: Fortunato Valladares, Herodes: Ambrosio Ferreras, Lucifer: Antonio del Valle, Cantora: Ascensión («Chon») Barrientos. Yo llegué a conocer a todas estas

Aurelio Valladares del Reguero

personas, aunque no tuve la oportunidad de comprobar sus dotes interpretativas, dado que, por lo que me cuentan, *Los Reyes* dejaron de representarse por el año en que yo nací.

Pocos años después –esto sí lo recuerdo– en el portalón y corral de Julián Gutiérrez un grupo de Gradefes puso en escena *El divino impaciente* de José María Pemán, cuyo papel protagonista (San Francisco Javier) fue interpretado por Manuel «Manolito» Torbado, de una familia de comerciantes muy conocida de dicho pueblo.

Bajo la dirección de la maestra doña Séfora Blanco se hicieron, al menos que yo recuerde, dos obras con participación de sus alumnos de la Escuela. Calculo que pudo ser en 1956 y el lugar elegido fue el corral de mi tío Miguel Valladares, pero el escenario no fue montado en el portalón, sino delante de la hornera, a base de telas apoyadas en postes. Las chicas representaron la obra *Fabiola*, sobre la famosa dama de la antigua Roma que decidió abrazar la religión cristiana y luego sería canonizada³². Mi hermana Mary, que participó interpretando el papel de la protagonista, conserva alguna foto (Foto 3). Los chicos llevamos a escena la obra *Tarsicio o el mártir de la Eucaristía*, basada en este santo, también de la época romana, martirizado en tiempos del emperador Valeriano³³. El papel del protagonista fue interpretado por Regino Díez Herrero (hijo de Benjamín e Inocencia). Yo trabajé de Niño 1º. Formaba parte de un grupo de cinco niños romanos que irrumpíamos en el escenario y luego la emprendíamos a golpes con el protagonista porque se negaba a enseñarnos lo que llevaba oculto entre las manos (la Eucaristía). Todavía recuerdo la primera frase que pronunciaba al entrar en escena: «¡Aquí, vamos a jugar!».

³² Existen varias versiones teatrales españolas partiendo de la famosa novela del cardenal inglés Nicholas Patrik Wiseman *Fabiola o la iglesia de las catacumbas* (1854). El texto utilizado en este caso fue una dramatización simplificada, con participación exclusiva de personajes femeninos, realizada por la escritora malagueña Carmen Núñez Rodríguez, *Fabiola. Drama en tres actos y en prosa*, Madrid: Casa Editorial Saturnino Calleja, s. a., publicada dentro de la colección «El Teatro de la Infancia. Galería Dramática para niños y jóvenes».

³³ El texto seguido en esta ocasión fue el de Ribé (S.D.B.) [seudónimo del religioso salesiano P. Ricardo de Beobide], *Tarsicio o el mártir de la Eucaristía. Cuadrillo en un acto en prosa y en verso*, Barcelona: Librería Salesiana, 1956 («Galería Dramática Salesiana», nº 18).

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

b) Radio

Oí comentar que durante la Guerra Civil (1936-1939) solamente había dos receptores de radio en el pueblo: el de Tirso Barrio Vega y el de mi abuelo paterno Indalecio Valladares, circunstancia por la que con frecuencia acudían a sus casas los vecinos para escuchar los famosos «partes» y estar al tanto de las incidencias de la contienda bélica. Cuando llegaba la noticia de una conquista por parte del ejército llamado nacional (Carbajal se encontraba dentro de la zona comandada por Franco), se avisaba a Nicanor del Valle Valcuende, reconocido militante de Falange, que hacía su correspondiente arenga, y también al cura (don Antonino), que ordenaba tocar las campanas o improvisaba algún rezo o acción de gracias, sobre todo si se había producido un hecho importante como la toma de Teruel o la batalla del Ebro. Rememoraba mucho tiempo después Florencio Ferreras (muy ligado a la casa de mis abuelos, en la que estuvo de criado) que mi abuela Fe se mostraba muy preocupada por la suerte de sus dos únicos hijos, mi tío Miguel y mi padre, ambos en el frente de batalla. El abuelo (que poseía un cierto nivel de instrucción, según me confirmaron algunos vecinos) mostraba un mapa y le explicaba el lugar donde se encontraba en ese momento cada uno. Ella suspiraba: *¡Ay, no sé si los volveré a ver!* Y él trataba de consolarla: *No te preocupes, mujer, que no les va a pasar nada.* Y, por fortuna, así fue.

Recuerdo todavía esa vieja radio (un mueble de madera más alto que ancho) colocada en la trébede izquierda de la cocina en la casa que había pasado ya a mi tío Miguel. Mis padres tardaron algún tiempo en adquirir una propia para la nueva casa en que nos instalamos. Yo no me acuerdo de este traslado, porque era muy pequeño, pero sí cuando un comerciante de Gradefes nos llevó un nuevo aparato, en formato apaisado y de la marca Iberia. Por entonces ya eran varias las casas del pueblo que disponían de este artilugio. En él se escuchaban canciones, programas variados y, sobre todo, los informativos (que seguían llamándose –como en el resto de España– «partes», en recuerdo de los todavía recientes en la memoria «partes de guerra»), donde era frecuente la voz del padre de familia: «¡Niños, a callar, que empieza el parte!» Aún mantengo grabada en mi mente la voz inconfundible de una locutora que repetía sistemáticamente: «Aquí Radio

Aurelio Valladares del Reguero

Andorra. Emisora del Principado de Andorra», desde la que podían escucharse todas las canciones del momento.

c) Cine

Para los habitantes de Carbajal el cine era un privilegio que solo estaba al alcance de los que vivían en poblaciones grandes o en la capital. Por ello fue todo un acontecimiento la proyección de la famosa película *Quo vadis?* en el «Cine Torbado» de Gradefes, anunciada por todos los pueblos de alrededor. Tendría yo unos ocho años cuando se organizaron diversas sesiones para poder complacer al público. Acudimos muchos chicos y jóvenes del pueblo en el camión de «Gelín», el molinero de Villacidayo, que conducía «Nino». Tuvimos que colocarnos, lógicamente, de pie, pero aquello no fue obstáculo para que la ida y la vuelta estuvieran en todo momento amenizadas por cánticos, entre ellos –todavía no se me ha ido de la memoria– aquel de *Las barandillas del puente / se menean cuando paso. / A ti solita te quiero, / de las demás no hago caso*. La verdad es que de la película me acuerdo menos: solamente los llantos de espectadores (sobre todo femeninos) en las escenas que mostraban los sufrimientos de los primeros cristianos en la Roma imperial. Para la mayor parte de los niños y jóvenes de Carbajal fue la primera vez que entramos en contacto con el llamado séptimo arte. Y menos mal que la propaganda se había encargado de poner de manifiesto que el contenido de la película iba acorde con los principios religiosos entonces en boga, porque, de no haber sido así, difícilmente nuestros padres nos hubieran dado el correspondiente permiso.

Otro recuerdo de esta época que conservo es el comentario que oí a una joven llegada de fuera, que deslumbraba a quienes la escuchaban con toda atención ponderando las excelencias de una maravillosa película que había visto: *De aquí a la eternidad*. Tan rimbombante título se me quedó grabado y me hacía pensar que debería de tratar sobre algo religioso, pero tan extraordinario que sería más propio de otro mundo. Por eso, cuando luego comprobé que era una película americana con la Segunda Guerra Mundial como trasfondo, me llevé una sorpresa mayúscula, porque me había imaginado otra cosa muy diferente.

En fin, de ciertos inventos modernos, los chicos de pueblos pequeños nos

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

teníamos que conformar con lo que oíamos, aunque pienso que nos hacía avivar la imaginación. Y yo fui de los afortunados, porque en el Seminario de León, al que llegué con once años, un día a la semana solían ponernos una película, con medios muy rudimentarios –esta es la verdad–, pero aquello suponía para nosotros el acto más esperado. Allí tuve la oportunidad de disfrutar de las hilarantes escenas protagonizadas por el famosísimo dúo cómico formado por Oliver Hardy y Stan Laurel, popularmente conocidos como «el Gordo y el Flaco».

d) Televisión

La televisión tardó en llegar a los hogares de Carbajal algo más que a otras poblaciones de la provincia. La primera vez que yo vi televisión fue en un bar de León y supuso toda una novedad, a pesar de que las imágenes no llegaban precisamente con mucha nitidez. Recuerdo, por ejemplo, que el 21 de junio de 1964 mi primo Carlos y yo nos fuimos a Cistierna en bicicleta (él en una BH y yo en una Orbea) para poder ver en el Bar Ferroviario la final de fútbol de la Eurocopa de Naciones entre España y la Unión Soviética, con el local abarrotado de gente (masculina, por supuesto). Regresamos contentos, tras la victoria de España, mientras seguían resonando en nuestros oídos los comentarios exultantes del célebre locutor Matías Prats.

Creo que fue al año siguiente cuando mis padres se decidieron (serían los primeros del pueblo) a comprar un televisor, con la duda de si funcionaría o no. Lo adquirieron en un conocido comercio de Cistierna y recuerdo la expectación en mi casa para comprobar si el experimento salía bien. El técnico colocaba la antena en el tejado, orientándola hacia el sur (en dirección al repetidor ubicado en Matadeón de los Oteros), mientras el jefe accionaba los mandos. Cuando por fin se comprobó que sí se recibía la imagen, todos prorrumpimos en un grito de alegría, pero quizá el que más lo exteriorizó fue el propio comerciante, frotándose las manos mientras decía: «¡Se ve, se ve!» Evidentemente, le importaba la venta de ese receptor, pero sobre todo estaría pensando en que se le abrían buenas perspectivas para futuros clientes. Si la memoria no me falla, costó el aparato, con su instalación, 24.000 pesetas, una cantidad más que importante en aquellos tiempos y difícilmente accesible para muchos vecinos del pueblo. No tardó mucho

Aurelio Valladares del Reguero

en cundir el ejemplo y poco a poco los tejados de las casas se iban poblando de antenas. Solamente había una cadena, que emitía entre la tarde y la noche, pero cualquier programa era bueno para entretenerse viéndolo, siempre –claro está– que las obligaciones diarias lo permitieran. Ni que decir tiene que fue causa de regañinas cuando los más pequeños se embelesaban ante el televisor más tiempo del que los mayores juzgaban como razonable. Resulta difícil olvidar aquellos telediarios (con el hombre del tiempo Mariano Medina), las galas musicales de los sábados, series españolas como «El Séneca» o extranjeras como «El Santo», obras de teatro en el programa «Primer Acto» o «Primera Fila», adaptaciones de famosas novelas, partidos de fútbol, etc.

Para las personas de mayor edad supuso una auténtica revolución: les costaba trabajo creer que pudieran ver lo que estaba ocurriendo a mucha distancia. Recuerdo que una señora, contemplando una actuación musical que había sido de su agrado, no dudó en aplaudir al final y, al decirle que era un gesto innecesario, argumentó: *¡Bueno, bueno, no dejarán de oír algo!* Tenía razón otra señora del pueblo que, ante lo maravilloso del invento, sentenciaba: *¡Ay, hijos, esto no es pagao con dinero!*

5.- Organización vecinal

Carbajal, como tantos pueblos de la provincia de León que no son cabeza de ayuntamiento, cuenta con una Junta Vecinal, formada por el presidente (alcalde pedáneo) y dos vocales. En mis tiempos se hablaba de «alcalde», «junta vecinal» y «vocales», no así de «alcalde pedáneo», término que empecé a oír al comienzo de la actual etapa democrática, que recuperó esa antigua y tradicional denominación. Ahora el alcalde pedáneo sale elegido de las urnas, mientras que en el régimen franquista no había elecciones, sino simplemente nombramientos desde el Gobierno Civil de la provincia.

Aparte de las funciones del cargo de presidente, en combinación con el Ayuntamiento de Gradefes, era frecuente que la pareja de la Guardia Civil (Carbajal estaba incluido en la zona atendida desde el cuartel instalado en Vidanes, a la entrada del pueblo) acudiera a su casa para recibir información o comentar algún hecho. Y el día de la fiesta era costumbre invitar a cenar a la

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

pareja que hacía su servicio durante la tarde-noche de ese día.

En otro lugar ya he ofrecido la composición de la Junta Vecinal desde 1922 hasta el presente, periodo que he podido completar gracias al *Libro de actas de la Junta Vecinal de Carbajal de Rueda*, que se inicia el 27 de octubre de 1925. De dicho documento he tomado muchos de los datos que se incluyen en el lugar correspondiente a lo largo del presente trabajo.

6.- Servicios comunes

Desconozco la fecha en que se instaló en Carbajal la luz eléctrica, aunque sí consta que en la década de los veinte del siglo pasado ya era una realidad en todos los pueblos del ayuntamiento de Gradefes, según confirma José Mourille López en su guía de la provincia³⁴. José Millán Urdiales señala para Villacidayo 1910³⁵, por lo que supongo que alrededor de ese año llegaría también dicho servicio a Carbajal. En el acta de la Junta Vecinal correspondiente al 18 de abril de 1927 se habla del pago de 88 pesetas con 55 céntimos a Amán Corral «por el alumbrado público», de lo que se deduce que desde un principio la energía provenía del molino de Santibáñez, propiedad de dicho señor.

En mis tiempos la luz que llegaba al pueblo seguía procediendo del mismo molino, ahora regentado por Ramón Corral (hijo del anterior), de donde se servía también el propio pueblo de Santibáñez y creo que alguno más de la zona del Monte. Al principio era suficiente la energía que llegaba para las escasas bombillas que lucían en las casas. Y, en consecuencia, solamente había servicio durante la noche. Con la llegada en la década de los sesenta de los primeros electrodomésticos (lavadoras, planchas, etc.) se ampliaba el servicio a las mañanas del sábado, que aprovechaban las mujeres para estas tareas domésticas. Ahora bien, la progresiva instalación en la misma década de otros aparatos eléctricos (máquinas de afeitar, televisores, ordeñadoras eléctricas, etc.) empezó a crear serios problemas de suministro, ya que la potencia resultaba insuficiente en horas

³⁴ *La provincia de León (Guía general)*, Toledo: Imp., Fot. y Enc. del C. de H. de María Cristina, 1928, p. 107.

³⁵ *El habla de Villacidayo (León)*, Madrid: Anejos del Boletín de la Real Academia Española, 1966, p. 85.

Aurelio Valladares del Reguero

punta. Si, por ejemplo, se iba a enchufar el motor de la ordeñadora, no se podían tener encendidos otros aparatos, porque aquel se paraba, con los trastornos consiguientes. Se le acusaba al molinero de que las tareas de molienda restaban potencial eléctrico, pero lo cierto es que el generador no estaba preparado para afrontar la nueva realidad, tan distinta de los años anteriores. Por fortuna, al cabo de un tiempo se pudo establecer la conexión con la red de «León Industrial» y se acabó el problema: había luz suficiente y a todas horas.

En cuanto al servicio de agua para el uso doméstico, el pueblo se servía de los dos caños existentes (el grande, junto a la Escuela, y el pequeño en la calle Grande), contruidos –como ya se ha apuntado en otro lugar– en 1931, así como del «Corcho» situado en la parte de arriba del pueblo, junto a la casa de Luis Villacorta. Dicho nombre se debe a que en un principio era un «corcho» tradicional (yo llegué a conocerlo así), que luego sería sustituido por una construcción de albañilería en forma cuadrangular con su tubo correspondiente para la salida del agua. Los dos caños recibían el agua de un depósito, cubierto con una losa de piedra y situado en un ensanche a la derecha del comienzo del camino del «Valle», frente a una huerta propiedad de Francisco «Quico» Vega. Una tarea típica de los chicos era acudir con los botijos o calderos al más cercano. Aunque en el caso del agua de beber, los que vivíamos en la parte de abajo del pueblo, llenábamos los botijos en el Corcho, porque el agua estaba más fría que en el caño de la Escuela. Hace unos años el Corcho fue trasladado varios metros más abajo, entre la curva de la calle y el huerto de Justiniano Rodríguez, y se ha transformado en un caño estrecho y alargado, con su tubo de agua y su pilón.

En una zona cubierta del corral de la casa de Luciano Valladares había un pozo artesiano del que se sacaba agua con la típica bomba que se accionaba con una palanca moviéndola de arriba hacia abajo. Otro procedimiento se instaló en mi casa cuando yo tenía unos siete u ocho años. En la pared que da a la Cañada se introdujo en el suelo, a golpe de maza, una tubería con agujeros en el primer medio metro, hasta encontrar agua subterránea, lo que se consiguió a escasa profundidad. Mediante una bomba, cuya palanca había que mover de un lado a otro, se lograba sacar agua y elevarla hasta un depósito colocado en el desván. Esto permitió disponer del líquido elemento en el fregadero de la cocina y, posteriormente, hacer un cuarto de baño con lavabo, wáter y bañera. Toda una novedad por aquel entonces.

En 1980 se llevó a cabo la instalación de agua corriente para las casas del

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

pueblo, servicio público por el que cada vecino tuvo que aportar 3.000 pts. y la prestación de diez jornales de trabajo. Así consta en el acta de la Junta Vecinal del 6 de enero de 1981, en la que se acuerda que, para lo sucesivo, los que deseen hacer la conexión deberán abonar las 3.000 pts. más lo equivalente a los diez jornales, cantidad que se establecerá de acuerdo con el salario mínimo fijado en cada momento por el Estado. En un primer momento el abastecimiento de agua corriente se hizo de los manantiales de las Mambriellas (en el Valle), canalizados a un depósito situado en la parte baja de la ladera. Pero pronto se vio que el caudal era insuficiente y hubo que recurrir a una nueva canalización, esta vez desde la fuente del Hompernal³⁶ (mucho más abundante) hasta un depósito situado en el Montín, muy cerca del Campanario, del que se servían la mayoría de las casas del pueblo, quedando el depósito primero para uso de las viviendas situadas en la parte más alta del casco urbano. Para ello hubo que proceder a la compra de la parcela en que se encontraba situada la referida fuente a los herederos de Emigdio Valladares Espada por un importe de 125.000 pts. (Actas de la Junta Vecinal del 25 de julio y 28 de septiembre de 1991). Desde hace unos años el depósito de las Mambriellas ha quedado inutilizado debido a su escaso caudal, con lo que todo el pueblo se abastece del manantial del Hompernal.

Hacia 1982 se instaló por primera vez un teléfono público en el pueblo, concretamente en casa de Luis Rodríguez y Araceli Ferreras. Aquí estuvo hasta 1991 (aproximadamente), en que pasó a la de Raimundo de la Varga, donde permaneció, como tal, durante unos años, cuando los vecinos pudieron contratar teléfonos particulares para sus domicilios. En la «Guía Telefónica 2011-12», por ejemplo, figuran en el pueblo doce abonados.

A la década de los 80 corresponde la dotación de alumbrado público para las calles del pueblo. Hubo una primera solución, consistente en colocar bombillas en el exterior de las viviendas de los vecinos siguientes: Paulino Gutiérrez, José Luis Urdiales, Pablo del Reguero, Gabriel del Valle, Luis Rodríguez, Jesús Barrientos, Benjamín Rodríguez, Clarencio Ferreras, Segundo Diez y Modesto Ferreras. Por todo ello había que abonar a estos vecinos el importe de dicha luz (Acta de la Junta Vecinal del 3 de enero de 1980). Años más tarde se afrontó la

³⁶ La ortografía y etimología de este topónimo se explica en el capítulo IV («Topónimos de Carbajal»).

Aurelio Valladares del Reguero

situación con un proyecto de alumbrado público más ambicioso, encargado al ingeniero D. Francisco Sandoval Macarro y cuyo importe ascendía a 1.788.898 pts., que sería aprobado en la Junta Vecinal celebrada el 22 de marzo de 1986. Cumplido el trámite reglamentario de exposición pública, se procedió a la contratación de la obra a D. Manuel Barranco Vadillo, que la ejecutaría por un importe algo inferior, concretamente 1.700.000 pts. (Actas de la Junta Vecinal del 17 de mayo y 22 de agosto de 1986).

En la primera mitad de la década siguiente se emprendió otra tarea de interés general para el pueblo: la pavimentación de sus calles. En la Junta Vecinal del 3 de agosto de 1991 se da cuenta del proyecto de pavimentación, en su primera fase, aprobado por la Diputación Provincial y el Ayuntamiento de Gradefes, del que correspondió pagar a la Junta Vecinal el 50% (2.007.000 pts.), cantidad de la que solamente pudo ingresar en ese momento, por falta de tesorería, 1.507.000 pts. en la cuenta del Ayuntamiento; si bien con el compromiso de abonar el resto tan pronto como fuera posible. Siguió la segunda fase, dedicada a la conocida como calle Pequeña por un coste de dos millones de pesetas (Actas de la Junta Vecinal de los días 4 de abril y 26 de julio de 1993) y posteriormente se llevó a cabo la pavimentación de la calle Grande, obra adjudicada a D. José Manuel González Álvarez por un importe de cuatro millones de pesetas (Acta de la Junta Vecinal del 8 de abril de 1995).

Paralelamente a estas obras de pavimentación y acerado de las calles se realizó la canalización del reguero que discurre a lo largo del pueblo, según acuerdo tomado en la Junta Vecinal del 4 de abril de 1993. En esta ocasión la obra se adjudicaría a la empresa Hermanos Aller Cascais por un importe de 1.771.000 pts., para lo que se contó con una subvención de 1.500.000 pts. concedida por la Diputación Provincial, quedando el resto a cargo de los fondos del pueblo, según se refleja en el acta de la Junta Vecinal celebrada el 26 de junio de 1993.

La verdad es que todas estas obras otorgaron al casco urbano del pueblo una fisonomía mucho más acorde con los tiempos modernos.

7.- Fiestas

a) San Miguel

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

El patrón de Carbajal es San Miguel Arcángel, bajo cuya advocación figura la parroquia. Desconozco la fecha en que se produjo este hecho y si la elección del caudillo de los ángeles fieles a Dios que derrotó al ejército de los ángeles rebeldes, según se nos relata en el *Apocalipsis* (12, 7-9), obedeció a alguna circunstancia concreta³⁷.

Ahora bien, hay que tener en cuenta que hasta mediados del siglo XX San Miguel contó con dos festividades litúrgicas: una general (el 29 de septiembre) y otras más específica dedicada a la Aparición del Arcángel San Miguel (el 8 de mayo), en la que se conmemoraba un hecho sucedido el año 490 en el Monte Gargano, en la región de Apulia, al sur de Italia. Fue suprimida en tiempos del papa Juan XXIII (1958-1963), por tanto, antes de las reformas litúrgicas derivadas del Concilio Vaticano II³⁸. En Carbajal se celebraban las dos fiestas: el San Miguel de septiembre y el San Miguel de mayo (así se denominaban). La principal era la del 29 de septiembre, a la que se agregaba un día más (el 30 de septiembre). Quedaba en un segundo plano la del 8 de mayo, con un solo día, aunque recuerdo que al menos una vez (pudo ser en 1955) se llevó música, signo externo que le otorgaba algo más de relevancia. Así lo conocí yo y nunca oí que hubiera sido de otra manera.

Pero, ¿sucedió así siempre o en algún tiempo fue lo contrario? En los documentos parroquiales, al referirse al titular de la parroquia, a veces se habla de «San Miguel Arcángel» (sin más detalles), pero es cierto que en muchos otros, al menos desde el siglo XVIII hasta el presente, se apunta como titular la «Aparición de San Miguel», es decir, la festividad del 8 de mayo, incluso en los últimos años, a pesar de haber desaparecido ya del calendario litúrgico católico. Es más, en el

³⁷ Durante treinta años largos viví en la ciudad de Úbeda (Jaén), que casualmente tiene también como patrón a San Miguel, si bien aquí es conocida la causa que lo motivó. Según la tradición, la ciudad fue conquistada por el rey Fernando III el Santo el 29 de septiembre de 1234, con la especial ayuda del santo del día, que desde entonces se convirtió en su protector y patrón. Historiadores modernos han puesto en entredicho el día y el año del referido acontecimiento histórico, pero ya resulta imposible variar la festividad.

³⁸ Una de las reformas es la concentración de las fiestas de los tres arcángeles (San Miguel, San Gabriel y San Rafael) en un solo día, precisamente el 29 de septiembre, por lo que la festividad de San Miguel no ha variado.

Aurelio Valladares del Reguero

trabajo ya mencionado de José Mourille López *La provincia de León (Guía general)*, al tratar de los días de fiesta de los pueblos del ayuntamiento de Gradefes, asigna a Carbajal el 8 de mayo, en tanto que el 29 de septiembre se lo concede únicamente a Valdealiso³⁹. Yo nunca oí nada al respecto, por lo que sospecho que este investigador se basara para el dato anterior en que la titularidad oficial es «la Aparición de San Miguel», sin tener en cuenta la realidad de los hechos.

Así pues, se me ocurre un planteamiento que quizá pudiera explicarlo todo. Aunque la fiesta oficial, de acuerdo con la advocación de la parroquia, era la de San Miguel de mayo, la gente de Carbajal prefirió dar prioridad a la de septiembre, por ser una fecha más propicia (final de la etapa de recolección) para el ambiente festivo. ¿Desde cuándo? Esto no lo sabemos por ahora, pero considero que sí puede afirmarse que así ha sido desde hace mucho tiempo, ya que, de lo contrario, hubiera quedado memoria entre las gentes del pueblo.

Caso muy diferente es el traslado coyuntural al tercer fin de semana del mes de agosto, que comenzó a finales de la década de los setenta y ha proseguido hasta hoy; todo ello como consecuencia de la mayor afluencia de público en esa fecha, al coincidir con las vacaciones de verano, en que muchas personas nacidas en Carbajal aprovechan para pasar unos días, con sus respectivas familias, en el pueblo que los vio nacer (Fotos 14 y 15).

Pero volvamos a la fiesta tradicional del 29 y 30 de septiembre, que en mi caso tuvo alguna coincidencia poco grata, ya que en casi todos los años que estuve en el Seminario de León justamente el día 29 de septiembre fue el señalado como final de las vacaciones de verano, lo que me obligaba ese día por la mañana a dejar el ambiente festivo y dirigirme a la capital. Esto hacía que esperara con más ilusión la llegada de San Juan en Santibáñez (el pueblo de mi madre) el 29 de agosto. Pero dejemos esta circunstancia personal a un lado.

La fiesta comenzaba la noche de la víspera con la hoguera que se hacía junto al lateral sur de la Escuela y que luego se trasladó a la salida del pueblo en dirección a Villacidayo. A lo largo de ese día los chicos nos encargábamos de ir acumulando ramas, maderas y todo tipo de objetos inservibles para echar al fuego. Había una especial predilección por los cestos viejos sin fondo, que se colocaban

³⁹ Toledo: Imp., Fot. y Enc. del C. de H. de María Cristina, 1928, p. 107.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

formando una chimenea lo más alta posible, que al final terminaba cediendo hacia un lado. El lanzamiento de cohetes iba preparando los ánimos para el día siguiente.

La mañana de San Miguel tenía como punto central la «Misa de Asistencia» (oficiaba el párroco del pueblo junto a los párrocos de Santibáñez y San Bartolomé), precedida de una solemne procesión con acompañamiento musical de la orquesta, voleo de las campanas, lanzamiento de cohetes, etc. La orquesta tocaba el Himno Nacional en la Consagración y, al finalizar la misa, acompañaba al cura hasta su casa. Esa misma mañana comenzaba el concurso de bolos, que duraba los dos días de fiesta. En los últimos tiempos se puso de moda el concurso de juego de «tute» por parejas. La comida era el momento entrañable para compartir el reencuentro de familiares y amigos, muchos de ellos venidos de diferentes lugares. Por la tarde-noche tenía lugar el típico baile, principal atractivo para las gentes (sobre todo jóvenes) que acudían desde los pueblos vecinos, que solía organizarse en una huerta o era cercana al pueblo. En mi niñez el sitio escogido fue el de las eras de Quintiliano de la Varga y Luciano Valladares, a la izquierda de la salida del pueblo hacia Santibáñez. Después pasó a la plaza de la Escuela y en alguna ocasión a alguna huerta de la salida del pueblo en dirección a Villacidayo. En los primeros años que yo recuerdo se organizaba al atardecer de ese mismo día un corro de lucha leonesa, que presidía el alcalde del pueblo. No faltaba la presencia de la Guardia Civil que vigilaba por si se producía algún incidente. La cena era menos reposada que la comida, ya que había prisa por acudir a la verbena, baile que duraba hasta altas horas de la noche.

El segundo día de la fiesta era conocido coloquialmente como San Miguelín (el uso del diminutivo era común al resto de los pueblos: San Juanín, Santiaguín, San Roquín...). La misa de este día se dedicaba a los difuntos de la parroquia. Por la mañana se celebraba también el pasacalles, con acompañamiento de la orquesta, que hacían los mozos por las casas, donde eran obsequiados con bebida y dulces. En época más reciente se hacía este recorrido con un carro de vacas llevado por los propios mozos. Proseguía el concurso de bolos del día anterior en el lugar fijado (la plaza de la Escuela, la era de Evilasio del Cano a la derecha de la salida hacia Santibáñez...). Y, al final de la mañana, tenía lugar el «baile vermut», de carácter más informal. Este día solía comerse más tarde, porque no se había madrugado mucho y el programa solía demorarse. Quedaba la tarde-noche para la última sesión de baile, con lo que se daban por concluidos los festejos.

Aurelio Valladares del Reguero

Parte fundamental de la fiesta era la música, hasta el punto de que se convertía en un elemento determinante para que los jóvenes de otros pueblos se decidieran o no por acudir. Todo dependía de las posibilidades económicas de cada momento. Hubo un tiempo en que los mozos varones del pueblo se encargaban de contratar y pagar la música, para lo cual se veían en la necesidad de realizar trabajos de interés común con el fin de recaudar fondos. Las familias en las que predominaban los varones veían un tanto injusta esta situación y alegaban que salían beneficiadas las casas en que había más chicas, que además eran las que más bailaban. Todo ello determinó que la Junta Vecinal ayudara con una aportación económica, hasta que terminó asumiendo la totalidad de los gastos. El acta de la sesión celebrada por la Junta Vecinal el 24 de septiembre de 1955 recoge el acuerdo de entregar a los jóvenes la cantidad de 500 pts. para los festejos de San Miguel de dicho año. En 1957 se elevó a 900 pts. y se iría incrementando en los años siguientes. A mí me tocó esta segunda etapa y un año (posiblemente fuera 1970) me correspondió cumplir el cometido de presentar cuentas ante el alcalde de entonces (Pablo del Reguero Corral) para fijar la aportación vecinal, que, junto a lo recaudado en el concurso de bolos, sirvió para cubrir los gastos de la orquesta.

En el escalón inferior de los amenizadores musicales se encontraban los «tamboriteros», formados por dos personas: una que tocaba el tambor y otra que lo hacía con un instrumento de viento. La verdad es que ponían voluntad, requisito necesario, con tan precarios medios, para ser capaces de mantener el ambiente festivo. De un pueblo de la zona me contaban una anécdota muy ilustrativa a este respecto. El más tímido del dúo, al comprobar que la fiesta se prolongaba y se les había acabado el repertorio de canciones, mostraba su inquietud al compañero: *¿Y ahora cuál tocamos?* A lo que este le respondía sin inmutarse: *No te preocupes: la misma, pero más alto.* En los tiempos de mi niñez fue famoso en todo el contorno el dúo formado por Quirico, de Villahibiera, que tocaba la gaita (una especie de dulzaina), acompañado por Fausto, con el tambor. El primero gustaba de tener al lado una botella de vino, necesaria –según argumentaba irónicamente– para mojar de vez en cuando la palleta (boquilla de la gaita). Fausto era más serio, con un gesto característico en la boca.

Lógicamente se prefería contar con una «orquesta», que solía estar formada por tres o cuatro músicos, siendo los instrumentos más habituales la batería, el saxofón, el acordeón y la trompeta. Fue muy conocida en los pueblos del contorno

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

«La Comparsita» (nombre debido sin duda al título del famoso tango cuyo origen se disputan uruguayos y argentinos), de Puente Almuhey. Me acuerdo de Facundo, que tocaba el acordeón con unos giros de cuello muy peculiares. En Cistierna estaban «Los Zapateros», alguno de cuyos componentes participó tiempo después, como miembro de una orquesta, en una escena de la película *Luna de lobos* (1987), dirigida por Julio Sánchez Valdés, basada en la novela homónima del leonés Julio Llamazares y rodada, precisamente, en la montaña de Cistierna y otros lugares cercanos. De Villahibiera procedía la «Orquesta Fernández», conocida popularmente como «Los hijos de Quirico» (el padre era el componente del dúo anteriormente mencionado). Uno de ellos se instaló después en Cistierna y regentó una empresa funeraria («Pascual») que sigue en la actualidad prestando servicios en toda la zona.

En el baile las mozas lo hacían por parejas y los mozos tenían que ir, también en parejas, a «sacarlas», lo que a veces ocasionaba algunos problemas, tanto para ellas como para ellos, cuando no coincidían las preferencias. Algunas mozas eran hábiles en sus movimientos para rehuir a uno de los solicitantes si no era de su agrado.

Los músicos se repartían por turnos para comer y dormir en las casas de los mozos. Estaban a disposición de los organizadores, que fijaban los horarios de actuación según requerían las circunstancias. De aquí procede el dicho popular relativo a quien está dispuesto a obedecer en todo lo que se le ordena, aunque en muchos casos sea en tono de broma: *Yo soy músico y cuando me mandan tocar, toco.*

Estoy hablando de los tiempos de mi niñez y juventud. Luego la situación fue cambiando con la aparición progresiva de grupos musicales (la palabra «orquesta» empezaba a sonar a cosa antigua) con instrumentos eléctricos, que interpretaban nuevos ritmos, incluyendo en el repertorio las últimas novedades. Y si el presupuesto no llegaba a tanto, las discotecas móviles animaban el ambiente. Ahora las actuaciones se atenían a un horario prefijado, con los oportunos descansos, sin salirse lo más mínimo del guión. Aparte de que los nuevos instrumentos electrónicos no permitían actuaciones de pasacalles, procesiones o similares.

Todo esto iba influyendo en el progresivo cambio en cuanto a los gustos musicales, cuestión en la que se notaba una clara diferencia entre los pueblos y la capital. Quien visitaba León y regresaba afirmando haber bailado en la Sala de

Aurelio Valladares del Reguero

Fiestas Club Radio en una actuación del Dúo Dinámico era mirado con envidia. Recuerdo, a este respecto, a Ángel «Gelín» (hijo de Graciano Urdiales y Mercedes Gutiérrez), que vivía en la capital, pero solía pasar los veranos en casa de sus abuelos maternos (Julián Gutiérrez y Florentina Rodríguez). Se integraba perfectamente entre los chicos de Carbajal, pero al convertirse en joven venía acompañado de una guitarra y se soltaba cantando las canciones que ya causaban furor en la capital leonesa. Su interpretación del «Rock de la cárcel», al estilo de Elvis Presley, dejaba ensimismados a los chicos y chicas que lo escuchábamos sin perder detalle. De todas formas, esta novedosa realidad no era obstáculo para que los jóvenes se sintieran más que satisfechos bailando al ritmo de canciones de corte más tradicional.

b) Otras fiestas de Carbajal

Ya me he referido a la festividad de la Aparición de San Miguel (8 de mayo), popularmente conocida como «San Miguel de mayo». Era de un solo día y no causó mucho trastorno la decisión eclesiástica de retirarla del santoral a comienzos de la segunda mitad del pasado siglo.

Siempre ha sido objeto de especial veneración la Bendita Peregrina, cuya festividad se celebra el día 2 de julio (la Visitación de la Virgen a su prima Santa Isabel). Parece ser que la imagen que hoy se conserva en el templo parroquial procede de una antigua ermita del pueblo, situada en la zona norte, muy cerca del cauce del río, como ya se ha indicado en otro lugar. El día de la fiesta se la sacaba en procesión (Foto 13) y se le cantaba un himno compuesto al efecto.

En la década de los ochenta y comienzos de los noventa del pasado siglo un grupo de personas del pueblo trató de reivindicar y potenciar su festividad. Tengo muy presente la fiesta del 12 de agosto de 1989, en que me encomendaron el «pregón», que realicé desde el balcón de las casas de Pablo del Reguero - Amparo del Valle y las hermanas de la Varga Llamazares ante el público congregado en la plaza de la Escuela (Foto 11). Actuó a continuación el «Grupo de Paloteo» de Gradefes, formado por niños, con una muestra de bailes regionales (Foto 12). Hubo también un concurso infantil de pintura, que recuerda con especial cariño mi hija Marta, que consiguió uno de los premios con un trabajo que tituló «El pato

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

peregrino». El Ayuntamiento de Gradefes colaboró agasajando a los presentes (había gentes llegadas de los pueblos vecinos) con bocadillos y bebidas, aportación que se vio refrendada con la presencia del alcalde del municipio. Sin embargo, hubo sectores del pueblo que interpretaron esta fiesta como un intento de suplantar a la del patrón (San Miguel). Desde mi modesta perspectiva, no vi tal peligro, aunque considero que la lejanía de mi residencia me convierte en una de las personas menos indicadas para opinar sobre el particular. Como sentenció en su día el sabio matador de toros, «tiene que haber gente *pa tó*». Lo cierto es que aquel fervor «peregrino» fue apagándose progresivamente, si bien queda como recuerdo la construcción de varias pequeñas capillas con la imagen de la Peregrina: al comienzo del camino de Valdealzón y el de Ranero, en la salida de Villacidayo hacia Villanófar... (que yo recuerde ahora).

En Carbajal siempre hubo mucha devoción a San Roque, hasta el punto de que el día 16 de agosto era festivo. No en vano uno de los altares laterales de la Iglesia (el de la izquierda) está presidido por su imagen, que se sacaba en procesión. Había una cofradía con una dilatada historia. Recuerdo haber visto un libro de actas con formato en cuarto y cubiertas de pergamino, lo que revela la antigüedad de esta hermandad, pero que desgraciadamente se ha debido de perder⁴⁰. Eran muchas las personas que pertenecían a ella, que estaban obligadas a asistir a los entierros de los cofrades difuntos, donde uno de los asistentes portaba en mano la insignia correspondiente. También debían asistir a los oficios que se cantaban el día de la fiesta, después del rosario; ceremonia en la que unas cuantas veces me tocó acompañar en los cánticos a don Antonino. Y, por supuesto, desde los días anteriores se seguía con fervor la novena, con cantos cuyo estribillo

⁴⁰ Calculo que fue hacia 1967, durante unas vacaciones cuando cursaba estudios en el Seminario Mayor de San Froilán de León. El párroco don Antonino reclamó mi presencia en su casa para echarle una mano en las tareas de realizar un recuento de los libros parroquiales que le habían solicitado desde el Obispado, con la indicación de que los sacerdotes podían ayudarse para ello de «seminaristas mayores», como era mi caso. Justamente me llamó la atención este libro, que se diferenciaba, por su formato, de los restantes. Estaba todavía en uso, con páginas en blanco. Hoy día se encuentra en paradero desconocido, ya que no aparece ni entre los libros parroquiales recientes que se conservan en la actual Unidad Pastoral de Gradefes (a la que actualmente pertenece la parroquia de Carbajal) ni entre los antiguos que pasaron al Archivo Histórico Diocesano de León.

Aurelio Valladares del Reguero

decía así: *Pues médico eres divino / con prodigiosas señales, / libranos de peste y males, / Roque santo peregrino*. Algo similar ocurría con San Antonio de Padua (13 de junio), como demuestra la presencia de su imagen en el retablo del altar mayor. Se le hacía su novena (como siempre, al final del rezo del rosario), en la que se le cantaba: *¡Oh, Antonio glorioso, / vencedor de Belial!, / conduce a tus devotos / al reino celestial; conduce a tus devotos / al reino celestial*. Algunas personas de Carbajal (entre ellas mi padre) pertenecían a la cofradía radicada en Santibáñez, donde su festividad era la más importante después de la del patrón, San Juan Degollado. Pero, además, la devoción a San Antonio de Padua era muy recurrente, sobre todo entre las mujeres, cuando se trataba de encontrar algún objeto perdido, echando mano de una popular oración que se rezaba en la novena: *Si buscas milagros, mira / muerte y error desterrados, / miseria y demonio huidos / leprosos y enfermos sanos. // El mar sosiega su ira, / redímense encarcelados, / miembros y bienes perdidos / recobran mozos y ancianos. // El peligro se retira, / los pobres van remediados, / cuéntenlo los socorridos, / díganlo los paduanos. // El mar sosiega su ira...*

También había gran devoción al Sagrado Corazón de Jesús, cuya fiesta se celebraba en Carbajal el tercer domingo de junio. Contaba con la correspondiente novena, así como la procesión de su imagen (expuesta en el altar mayor). Incluso recuerdo que un año hasta se llevó música, para realzar la festividad.

Otras fiestas religiosas se atenían a la costumbre mantenida en gran parte de los pueblos españoles de la época. Es el caso de San Antonio Abad (popularmente se decía San Antonio el Patero, apelativo que rima con el día de la festividad: el 17 de enero), en el que se ofrecían productos relacionados con la matanza de cerdo y que se subastaban a la salida de misa. El día de la Ascensión era el señalado para la Primera Comunión de los niños de entre siete y ocho años. Y el día del Corpus Christi los mismos niños vestían de nuevo sus trajes y acompañaban al Santísimo en la procesión arrojándole pétalos de flores. Además, este día las calles por donde pasaba la procesión se engalanaban con ramos de árboles apoyados en las paredes de las casas y todo tipo de plantas verdes y aromáticas en el suelo (carrizas, tomillo-cantueso, etc.).

Mención aparte merece el Carnaval. Siendo yo de corta edad, eran habituales los disfraces de la gente, que tendía a congregarse en la plaza de la Escuela. Algún mozo se introducía en el interior de un armazón formado por dos palos rematados en la punta con cuernos de vaca, todo ello cubierto con una tela

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

fuerte. Como si de un toro se tratara, hacía ademán de atacar a quien se encontraba delante, con el lógico miedo en los más pequeños. Siempre sorprendía con extraños disfraces la señora Jesusa (mujer de Ambrosio Ferreras). Recuerdo que un año apareció por la calleja con un cuerno de centeno que le tapaba casi todo el cuerpo, lo que produjo un fuerte impacto de temor entre los niños de menor edad. No sé si hubo órdenes expresas de prohibición o se trató simplemente de recomendaciones, pero lo cierto es que antes de concluir la década de los cincuenta, los carnavales habían desaparecido totalmente de las calles del pueblo, quedando como resto algunas bromas que se intercambiaban, sobre todo entre los chicos, con la consabida doble cantinela: *Por Antruido todo pasa, / la mierda por tu casa. // Aleluya, aleluya, / también por la tuya.*

Aunque no llegué a conocerlas, oí hablar muchas veces de las «Becerreras», unas populares fiestas a las que concurrían gentes de los pueblos vecinos. Se celebraban los domingos del mes de octubre en el soto, en el lugar que conserva el nombre (la Becerrera), terreno comunal –bastante fértil, por cierto– que en 1925 se repartió en lotes entre los vecinos.

c) Las fiestas de otros pueblos de la comarca

Las fiestas de los pueblos de alrededor concitaban la atención de pequeños y mayores, causando más de un disgusto familiar a la hora de determinar si los padres daban o no permiso para ir; decisión en la que influía, evidentemente, la edad. Los «Programas de Fiesta» eran colocados en sitios visibles de la Casa de la Escuela o en la cantina del «tío Julián». Lo atractivo de dichos programas era determinante a la hora de decidir si se asistía, incluso en los casos de coincidencia de la misma fiesta en pueblos distintos, optar por una u otra. Cuando la elección se inclinaba por la del pueblo más alejado, los mayores mostraban su contrariedad recordando este adagio: *El santo de más lejos, el de más devoción.*

Dejando aparte casos particulares y preferencias derivadas de circunstancias familiares, debo decir que durante varios años dos fiestas de pueblos cercanos atraían el interés de chicos y jóvenes: la de Santiago en Villanófar (25 de julio) y la de San Roque en Vega de Monasterio (16 de agosto).

La primera comenzaba por la mañana con la feria de productos relacionados

Aurelio Valladares del Reguero

con las faenas agrícolas típicas del verano, heredera sin duda de la antigua feria cuya celebración constataba ya en el siglo XVIII –como he apuntado en otro lugar– el escritor Francisco Mariano Nifo. Pero a los chicos y jóvenes lo que nos gustaba era la fiesta, con su baile, que se celebraba en una de las huertas rodeada de negrillos a la entrada del pueblo.

Los que no habían podido ir a la fiesta, comidos por la envidia, se tomaban su venganza contra los afortunados. Existía la costumbre de «trancar el camino», en la curva del Hompernal, con espinos, troncos de madera y cualquier tipo de obstáculo que dificultara el paso a los que ya bien entrada la noche regresaban de Villanófar. Esto obligaba a tener que saltar las sebes de las huertas lindantes y dar el correspondiente rodeo. Pero para que esta solución tampoco fuera fácil, se agregaba un inconveniente más: echar el agua de la fuente a esas huertas por donde se creía que iban a pasar. Claro está que me refiero a cuando no funcionaba todavía la carretera actual, sino que simplemente era un «camino real».

La fiesta de San Roque presentaba como dificultad (y al mismo tiempo atractivo) el tener que cruzar el río. La verdad es que a mediados de agosto la mayor parte del caudal de agua estaba ya desviada hacia las presas de riego, con lo que resultaba relativamente fácil pasar el río. Bastaba descalzarse y los que llevaban pantalón largo subirlo por encima de la rodilla. La fiesta se hacía en las eras, que quedaban de este lado, por lo que ni siquiera era necesario llegar al pueblo.

Para regresar se recomendaba hacerlo en grupo, de ahí la búsqueda que los hermanos mayores hacían con respecto a los pequeños, para que nadie se quedara más tiempo de lo debido. Las chicas, siempre más divertidas, animaban la vuelta con canciones como esta (válidas para otras ocasiones, ya que bastaba cambiar el nombre de la fiesta):

*Ya venimos de San Roque
y el novio no lo traemos,
porque guapos no los hay
y feos no los queremos.*

Los jóvenes mostraban más interés por el baile, en tanto que los de menor edad se entretenían en gastar en los puestos de venta el dinero que habían conseguido reunir. Recuerdo al señor Nicanor, de Nava de los Caballeros, que vendía caramelos y golosinas; a Ángel Cañón, de Villahibiera, que llevaba un carrito de helados tirado por un burro, con dos recipientes, para los de vainilla y

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

los de fresa, que valían a peseta la unidad, aunque pronto subieron a dos pesetas. Otro heladero que vendía en las fiestas del contorno, era Quevedo, de Cistierna, que atraía al chiquillerío prometiendo que el día de su santo regalaría los helados. A la lógica pregunta sobre la fecha, respondía: «San Quevedo es el 40 de octubre».

No faltaban los feriantes que con furgonetas o motocarros ponían a la venta bebidas (cerveza, refrescos, etc.) y tabaco. Generalmente eran personas que regentaban una cantina en los pueblos de alrededor.

Los excesos festivos tenían sus consecuencias al día siguiente. No se me olvidará la fiesta de Nuestra Señora del 8 de septiembre en Cistierna, allá por el año 1969 o 1970. Un grupo de chicos de Carbajal habíamos ido en la furgoneta DKW de Fidel el de Pesquera, quien debía recogernos para la vuelta; pero por extrañas razones no acudió hasta el amanecer del día siguiente, que para mayor desgracia apareció con nubes y amenaza de lluvia. Así pues, sin llegar a acostarme, tuve que ir a cargar sacos de grano a la era y descargarlos en la panera, tarea que no admitía la más mínima demora. Y lo mismo sucedió a otros, como fue el caso de mi primo Carlos.

8.- Vida religiosa

La religión dominaba la vida de los pueblos y ciudades de España en aquellos tiempos, por lo que me veo obligado a dedicar a este asunto unas cuantas páginas.

a) Párrocos

Las tres cuartas partes primeras del siglo XX se las reparten, casi equitativamente, dos párrocos: D. Fructuoso García Díez y D. Antonino Martínez Martínez.

Don Fructuoso, del que constan actuaciones en Carbajal desde septiembre de 1902, figura a principios de 1903 como «vicario del párroco» de Carbajal en el *Boletín del Clero del Obispado de León*⁴¹. Si bien, al menos hasta 1906, aparece

⁴¹ N° 6, jueves 12 [i. e. 19] de febrero de 1903, p. 68.

Aurelio Valladares del Reguero

en la misma publicación diocesana como párroco del pueblo don Isidoro Bayón Rodríguez, entre los «sacerdotes pensionados por el Montepío». Así consta en dos ocasiones: en el nº 2, 21 de enero de 1904, p. 33, y en el nº 14, 30 de julio de 1906, p. 386. La circunstancia apuntada hace pensar que don Isidoro Bayón en ese tiempo seguía ostentando la titularidad de la parroquia de Carbajal, pero posiblemente por problemas de salud (falleció en Carbajal el 26-05-1906) no podía atender las obligaciones pastorales, que quedarían en manos de un «vicario» nombrado al efecto, que en este caso sería don Fructuoso. En la *Estadística general del obispado de León* de 1908 figura ya este como párroco y contaba entonces con 29 años⁴². Así pues, lo tenemos ejerciendo su tarea en nuestro pueblo, al menos desde septiembre de 1902, con solo 22 o 23 años, lo que hace deducir que fue su primer destino y, a la postre, sería el último, ya que desempeñó su cargo hasta las vísperas de su muerte, que tuvo lugar en su población natal, El Valle de las Casas, el 8 de septiembre de 1936. Dejó un buen recuerdo en nuestro pueblo, como lo demuestra el hecho de que se colocara en su memoria una cruz de madera negra en el centro del cementerio de Carbajal, que yo recuerdo haber visto durante algún tiempo.

Aunque, por razones cronológicas obvias, no llegué a conocerlo, me veo en la obligación moral de apuntar un hecho que me afectó personalmente. Cuando yo ingresé en el Seminario de León (para el curso 1958-59), se me comunicó que disponía de una beca, derivada de una donación hecha en su día por D. Fructuoso García Díez y destinada al seminarista nacido en la que fuera su parroquia. Creo recordar que era de 460 pts. al año, que servía para aminorar la cantidad total de la pensión que se tenía que abonar (empezó siendo, me parece, de 4.500 pts. al año, si bien en los cursos siguientes se fue incrementando). Como contrapartida se me exigía –si la memoria no me falla– ofrecerle una comunión cada mes durante el tiempo de estancia en el Seminario y, si llegaba a ordenarme, una misa por cada año que hubiera disfrutado la beca. No era una cantidad muy grande, pero seguro que la entregada por él (cuyo montante desconozco) le supuso un gran sacrificio y algunas privaciones. Quede, pues, constancia de este rasgo de generosidad, a la par que me duele no haber satisfecho el propósito que él

⁴² León: Imp. de Maximino A. Miñón, 1908, p. 43. En la *Estadística general del obispado de León*, León: Imp. de Maximino A. Miñón, 1913, figura con 33 años (p. 44).

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

buscaba⁴³.

A los pocos meses del comienzo de la Guerra Civil tomó el relevo don Antonino Martínez Martínez, nacido en Villahibiera en 1907 y cuyo destino anterior había sido la cercana parroquia de Modino. Empezó a ejercer su ministerio en Carbajal a finales de 1936 o comienzos de 1937 (la primera actuación suya que consta en los libros parroquiales es un bautismo realizado el 31 de enero de 1937), después de que en el periodo intermedio, tras el fallecimiento de don Fructuoso, la parroquia fuera atendida desde Santibáñez por su titular don Fidel Alonso Andrés. En octubre de 1939 figura don Antonino como «ecónomo» de Carbajal en las páginas del *Boletín Oficial del Obispado de León*⁴⁴, publicación que tres años después (concretamente en julio de 1942) recoge su nombramiento como «párroco»⁴⁵. La toma de posesión oficial para dicho cargo tendría lugar en Carbajal el 4 de noviembre siguiente, según he visto reseñado en una estampa-recordatorio que ha llegado a mis manos. Lo desempeñó hasta 1975 y desde aquí atendía también la parroquia de Villacidayo. No ocurría así en el primer tercio del siglo XX, ya que durante varios años el pueblo vecino tuvo como párroco a don Miguel Sánchez de la Varga⁴⁶ (casualmente hermano de mi abuela paterna Fe, ambos nacidos en Villacidayo, hijos de Juan Sánchez Reyero y María Manuela de la Varga García). El hecho de ser del pueblo y disponer de vivienda propia (la primera de la fila derecha de casas existentes a la entrada de Villacidayo yendo desde Carbajal) salvaba el inconveniente de no contar el pueblo con casa rectoral. En la década de los treinta varió la situación: en 1934 figura como

⁴³ En una consulta reciente en el *Boletín Oficial del Obispado de León* he visto una «Relación de becas vacantes en los Seminarios de San Froilán y San Isidoro de León. Curso 1952-1953» (nº 7, julio 1952, pp. 289-297), en la que aparece bajo el nº 32 esta beca de don Fructuoso García Díez, por importe de 462 pts. anuales, cuyos destinatarios son, por este orden: 1º) Hijos o descendientes de don Felipe y don Eliseo García Díez, 2º) Id. de don Obdulio Díez, 3º) Id. de don Fructuoso García, 4º) Naturales de El Valle de las Casas, 5º) Naturales de Carbajal de Rueda y 6º) Libre disposición del Prelado (p. 293). Deduzco que fue quedando vacante en los cursos siguientes, hasta que aparecí yo en el de 1958-59 y, aunque figuraba en quinto lugar, me la adjudicaron.

⁴⁴ Nº 11, 10-10-1939, p. 688; nº 12, 09-12-1940, p. 738.

⁴⁵ Nº 7 (monográfico, con paginación independiente), 24-07-1942, p. 14.

⁴⁶ Así consta, al menos, en la *Estadística general del obispado de León* de 1908 y 1913, al igual que en el *Boletín* (nº 14, 18-07-1914, p. 377; nº 13, 02-08-1920, p. 332).

Aurelio Valladares del Reguero

«ecónomo de Villacidayo» don Luis de Martino⁴⁷ y cuatro años después es nombrado «encargado» don Abundio Rodríguez de Campos⁴⁸, sacerdote que fallecería el 29 de noviembre de 1942, a los 77 años, siendo párroco de Vega de Monasterio.

Por otra parte, los párrocos de Carbajal, Santibáñez y San Bartolomé colaboraban entre sí. En las «misas de asistencia» (día de la fiesta patronal, algunos entierros...) oficiaba de presbítero el titular de la parroquia y los otros dos actuaban como diácono y subdiácono, respectivamente. Yo recuerdo la presencia de don Eutimio Modino de Lucas y don Claudio Pacho Turienzo (como diáconos), por Santibáñez, y la de don Ángel Nistal Sandoval (como subdiácono), por San Bartolomé. Esta interrelación entre las tres parroquias se hacía realidad también con motivo de las confesiones generales que se programaban cada año, en cumplimiento del segundo mandamiento de la Santa Madre Iglesia. Para facilitar la confesión masiva actuaban los tres párrocos mencionados. Los de mi generación recordarán que se llevaba las preferencias don Ángel, aquel cura alto y bondadoso (era el de más edad de los tres) que acostumbraba a oír la confesión y, tras un escueto consejo, indicaba la penitencia, sin entrar en más detalles. Los chicos, sabedores de esta circunstancia, queríamos confesarnos con él, aunque en más de una ocasión don Antonino se las ingeniaba para convencernos de que los niños debían acudir a su párroco, dejando la libertad de elección solamente para las personas mayores. Lo normal era ver a los hombres acudir a don Ángel, en tanto que las mujeres –siempre más dóciles y condescendientes– se repartían entre los otros dos.

D. Antonino Martínez Martínez vivió en la Casa Rectoral que todavía hoy se conserva, con corral y dependencias anejas, así como un huerto de árboles frutales. En un principio tenía la entrada por el corral, aunque cuando yo andaba por los diez años, fue objeto de reforma, abriendo una puerta de acceso directo desde la vivienda a la calle y dejando las puertas grandes para uso exclusivo del corral. También hubo una reforma que afectaba al huerto contiguo, mediante una permuta con Raimundo de la Varga, propietario de otro huerto interior. Se le cedió a este la parte más alejada, pero con acceso a la calle y, a cambio, dicho vecino le

⁴⁷ *Boletín...*, nº 13, 20-08-1934, p. 317.

⁴⁸ *Boletín...*, nº 17, 12-12-1938, p. 496.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

cedió una parte de su huerto que se agregó al de la Casa Rectoral. Disponía la parroquia, igualmente, de una finca en el lugar denominado «la Viña», entre la carretera y la presa, que hasta la Concentración Parcelaria lindaba en su lateral norte con una huerta de mi padre.

Desde la muerte de don Antonino, el pueblo ya no contó con párroco propio, siendo desde entonces atendido por sacerdotes que tenían encomendados más pueblos. La Casa Rectoral, ha estado vacía, si bien durante algún tiempo la tuvo alquilada Paulino Gutiérrez, como almacén de su negocio de embutidos. También, después de algunas reformas, fue utilizada durante algunos veranos como albergue de niños de un colegio de Pozuelo de Alarcón (Madrid) en el que era profesora mi hermana Amelia, que pasaron temporadas de verano al modo de colonias. Alguna vez más se ha utilizado por otras personas, igualmente en régimen de alquiler. La propiedad corresponde al obispado de León.

El 12 de marzo de 1975 recibió el nombramiento de «encargado de Carbajal y Villacidayo» don Tarsicio Salas Martínez (Villacil de la Sobarriba, 15-08-1925 – 22-05-2000), que era párroco de Gradefes desde 1970. Estuvo hasta finales de 1993, en que la parroquia pasó a ser atendida hasta julio de 1996 por don Ángel Pérez Rodríguez, párroco de Santibáñez. Le seguiría don Herminio Villa Fresno (La Aldea del Puente, 28-03-1939 – León, 18-12-2014) desde agosto de 1996 hasta finales de septiembre de 2000. El 13 de septiembre de 2000 don Jorge García Rodríguez (Puente Castro, 04-09-1972) es nombrado como párroco de Gradefes y «administrador» de Carbajal, Villacidayo, Villanófar, Nava de los Caballeros y Garfín⁴⁹, puestos que desempeñó hasta 2004, en que fue destinado como Formador y Administrador del Seminario Diocesano. Durante un corto periodo de tiempo (desde septiembre de 2004 al mismo mes de 2005) prosiguió las tareas pastorales don Miguel Ángel González Barragán (Santa María del Páramo, 30-05-1967), que con fecha de 15-10-2005 fue destinado a Santander. Hay un periodo intermedio (desde octubre de 2005 hasta septiembre de 2006) en que la parroquia estuvo atendida desde la sede diocesana de León. Finalmente, el 1 de agosto de 2006 don César Peláez Álvarez (Carrizo de la Ribera, 30-04-1980) es nombrado «administrador» de Gradefes de Rueda, Carbajal de Rueda,

⁴⁹ *Boletín...*, nº 5, septiembre-octubre 2000, p. 563.

Aurelio Valladares del Reguero

Villacidayo, Villanófar y Garfín⁵⁰, cargo del que tomaría posesión el 16 de septiembre siguiente. Continúa ejerciéndolo en la actualidad.

El importante descenso demográfico en las poblaciones rurales, unido a la escasez cada vez mayor de sacerdotes, ha hecho que el obispado de León haya llevado a cabo un replanteamiento de la atención pastoral. En la actualidad Carbajal pertenece al arciprestazgo «Rivesla-Cea», formado por 136 parroquias, que están agrupadas en cuatro «Unidades Pastorales», siendo una de ellas la «U. P. de Rueda», con sede en Gradefes, desde donde tres sacerdotes atienden las 20 parroquias que la forman. Uno de ellos es don César, que tiene encomendadas las de los cinco pueblos mencionados.

b) La iglesia parroquial

Por el momento no dispongo de datos concretos que me permitan fechar su construcción, pero puede asegurarse que cuenta con varios siglos de historia. Siguiendo la práctica de los templos católicos, su cabecera está orientada hacia el este y tiene la entrada por el lateral sur. Delante de dicha entrada se encuentra un amplio patio, en el que destaca una cruz de piedra que con el paso del tiempo evidencia una ligera inclinación, con la siguiente inscripción al pie: AÑO DE 1814. SIENDO CURA DN JPH FERNZ CASTAÑON⁵¹. Bordeando este espacio, en pronunciado desnivel, se encuentra un pequeño huerto, en el que crecen matas de hinojo, separado por un muro de piedras, que sirve de protección a los que esperan en el patio. Aquí se detiene la gente para hablar antes y después de los actos religiosos. La verdad es que constituye un excelente mirador desde el que se domina todo el pueblo y gran parte de la ribera del Esla (Foto 16). Cuando yo tenía unos doce años, trajo don Antonino unas cuantas plantas de pino (de las que estaban siendo utilizadas para repoblar el monte de Modino, pueblo en el que él había estado antes de párroco) y varios chicos fuimos requeridos para hacer los hoyos y plantaciones en distintos lugares del patio (fueron unas seis o siete). Lucieron frondosos durante varios años estos pinos, que posteriormente han ido

⁵⁰ *Boletín...*, nº 4, julio-agosto 2006, p. 757.

⁵¹ Don José Fernández Castañón fue párroco de Carbajal desde 1810 hasta 1827.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

desapareciendo, hasta quedar en la actualidad solamente uno, a la derecha de la puerta de entrada al cementerio. La parte primera del patio, subiendo de la calle, estaba separada –mediante un profundo callejón de menos de un metro de ancho– de las dos casas contiguas (del Maestro y del Concejo), propiedad del pueblo. A consecuencia de las lluvias del mes de mayo de 1973, se desprendió el muro de contención, que causó graves destrozos en dichas casas (entonces deshabitadas), aparte de la amenaza de desprendimiento del terreno que podía llegar a afectar al templo. Durante un tiempo don Antonino decidió celebrar la misa en un altar lateral para hacer caer en la cuenta del peligro y forzar una rápida solución. Por fin se tomó la determinación de demoler las citadas casas y construir en su lugar un gran muro de cemento. Esta medida no fue muy bien aceptada por algún vecino, como quedó patente en una pintada hecha sobre el muro en la noche de un sábado de verano y que pudimos contemplar en la mañana siguiente al ir a misa. Con anterioridad se había reforzado la pared lateral izquierda del templo (la que da al monte), que mostraba alguna fisura, con dos muros perpendiculares de mampostería. Los trabajos fueron encargados al albañil del pueblo Fidentino García Postigo, al que ayudaron como «pinches» los vecinos siguiendo el tradicional sistema de «corrida». A mí me tocó un día cumplir con este cometido.

El patio, por el lado opuesto al de la entrada al templo, daba acceso al cementerio, recinto delimitado por tapias de mampostería. Una parte que sobresalía hacia el campanario y estaba techada tenía como destino –según se decía– dar sepultura a los que se consideraba sin derecho a reposar en tierra sagrada. No tengo referencias de que en mis tiempos se enterrara allí a nadie. Las sepulturas se hacían todas cavando la fosa en la tierra y luego se colocaba una cruz de mármol blanco o de hierro donde se hacía constar el nombre y fecha de muerte del finado. Siendo yo niño se construyó un panteón (el único existente) Tirso Barrio Vega, viudo entonces de María Eugenia Valladares Ferreras, casada con él en segundas nupcias. Se comentaba que había justificado la decisión con el siguiente argumento: *A Tirso Barrio nadie lo ha pisado de vivo y nadie lo va a pisar de muerto*. Esta familia hizo donaciones a la parroquia y tuvo como contrapartida algunos privilegios. Tirso los hizo valer y se colocaba en un reclinatorio muy cerca del altar, en el lado del Evangelio. Probablemente dentro de este contexto debe entenderse la construcción del mencionado panteón en el centro del cementerio y justo enfrente de la entrada. Desde hace unos años se han ido construyendo nichos alrededor aprovechando como frontal la tapia que

Aurelio Valladares del Reguero

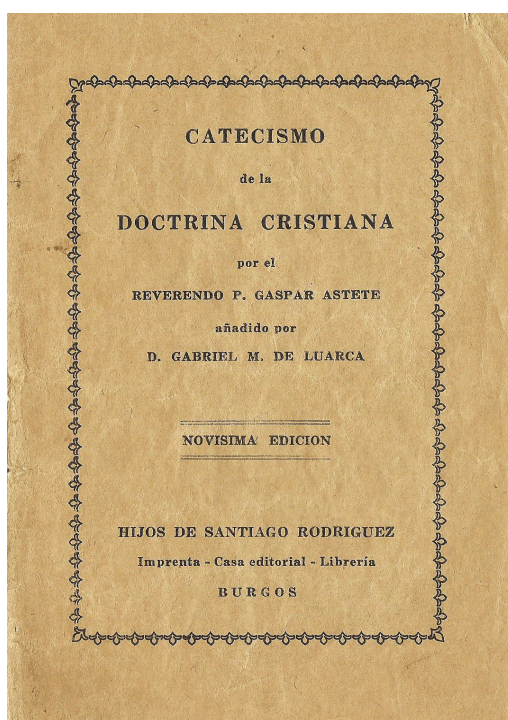
delimitaba el camposanto y ha desaparecido la parte techada a la que antes he hecho referencia.

En el lado oeste del templo, que da al monte, está situado el campanario, provisto de dos campanas: la grande en la parte sur y la pequeña en la norte. Se accede por una escalera desde el portal (pórtico) y por otra exterior, junto al monte. Del badajo de la campana grande pende una cadena que llega al coro de arriba, desde donde se puede tocar; siendo la forma habitual para que el señor cura (o un monaguillo) tocara a misa o al rosario y posteriormente dar «las tres». El badajo de la campana grande –según explicaba algún entendido– tenía un peso inferior a lo debido. Fuera o no así, lo cierto es que cuando se voleaba, si se hacía con mucha fuerza, el badajo no llegaba a tocar, con lo que la campana daba vueltas y únicamente se oían en la maza de madera los manotazos de la pareja de mozos (uno a cada lado) que ejecutaba la acción. Por supuesto, servía para hacer alarde de fuerza. Había incluso quien lo conseguía de forma individual, sin ayuda de compañero. En cambio, con la campana pequeña, por más fuerza que se imprimiera (y muchos lo intentaban) no se conseguía tal efecto. En la parte superior del campanario se puede ver el hueco donde en su día hubo un campanín, del que algunos vecinos actuales todavía se acuerdan. Se hizo una permuta con el pueblo de Santibáñez: ellos nos dieron la imagen de San Roque (de gran devoción en el pueblo, como lo prueba la existencia de una antigua cofradía) y nosotros les entregamos dicho campanín.

En la entrada del templo se encuentra el portal (o pórtico), de forma rectangular, con dos tabloncillos para bancos a lo largo de las dos paredes, el de la izquierda para las chicas y el de la derecha para los chicos. Era el lugar destinado a la catequesis del domingo (después de misa) para los niños en edad escolar. También aprovechaba el cura para preguntar el catecismo en el tiempo que mediaba entre el toque y «las tres» del rezo del rosario, particularmente en invierno. Había que aprendérselo de memoria, a lo que contribuía el oírse unos a otros. Muchas cosas no se entendían (había palabras que no eran de uso común) y rara vez el cura explicaba algún aspecto concreto, pero eso era lo de menos. Para Carbajal, al encontrarse en la zona norte de España, regía el catecismo del religioso jesuita P. Gaspar Astete, que comenzaba con aquella «Introducción de la doctrina cristiana» en forma rimada que se recitaban de memoria: *Todo fiel cristiano / está muy obligado / a tener devoción, / de todo corazón, / a la Santa Cruz, / de Cristo nuestra luz*, etc. Estaba presentado bajo el típico sistema de

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

preguntas y respuestas: *¿Sois cristiano? Sí, por la gracia de Dios. ¿Ese nombre de cristiano, de quién le hubisteis? De Cristo nuestro Señor. ¿Qué quiere decir cristiano? Hombre de Cristo, etc., etc.*⁵². La zona sur de España, desde Madrid a Andalucía, seguía el catecismo del también jesuita P. Jerónimo de Ripalda, muy similar en forma y contenido al anterior.



Al fondo de este portal había una puerta para acceder al campanario. En la pared, a la izquierda de la entrada al templo, se encontraba una tabla con los nombres de los muertos en la Guerra Civil («caídos por Dios y por España», se decía en los tiempos de Franco). En este caso eran dos: Victorino Ferreras Rodríguez (hijo de Víctor y Margarita) y Lucio Valparís Postigo (hijo de Pedro y Bernardina). Estos recordatorios los encontramos en la mayoría de las iglesias parroquiales españolas, lo que hace unos años motivó bastante polémica, en

⁵² Conservo un ejemplar impreso, sin indicación de año, en la Casa editorial Hijos de Santiago Rodríguez, de Burgos, formado por 64 páginas de 13,5 x 9,5 cm.

Aurelio Valladares del Reguero

particular a raíz de la Ley de Memoria Histórica (26-12-2007) del gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero.

En las últimas obras de reforma (a las que me referiré más adelante) el pórtico ha sido acortado en la parte de arriba, por lo que ahora queda al descubierto la escalera de acceso al campanario.

Al penetrar en el templo hay que bajar unos escalones, ya que el suelo está rebajado con respecto al nivel del patio y del portal. A la derecha se encuentra la pila de agua bendita, en piedra de forma redonda y con pie, de tamaño más que considerable. Todos los feligreses, al tiempo de entrar, tomaban el agua bendita introduciendo la punta de los dedos índice y corazón de la mano derecha, con los que se santiguaban a continuación. Era costumbre ofrecer los dedos mojados a las personas que llegaban detrás y evitarles tener que introducirlos en la pila.

En el interior del templo destaca el retablo del altar principal, de estilo barroco, del que se conoce la «Escritura del dorado», en la que se basó Albano García Abad para un interesante artículo publicado hace unos años⁵³. Habla de que hubo una primera oferta hecha por el maestro dorador Jerónimo de Cobos (de León) el 24 de agosto de 1698 y que ascendía a 3.500 reales. Debió de resultar muy elevada, por lo que se aceptó la de Antonio Ceballos Caballero (vecino de Arellinas de Valderaduey), que rebajó el precio a 2.737 reales. Intervinieron en el proceso el párroco del pueblo, don Jerónimo Díez Ordóñez, y el mayordomo, Francisco Díez. Me ha resultado un tanto sorprendente que en un estudio relativamente reciente y bastante detallado sobre el retablo barroco en la provincia de León no se mencione el de nuestro pueblo⁵⁴.

Acopladas en el retablo, se encontraban varias imágenes. La parte central estaba ocupada por el patrón, San Miguel, y detrás de él, en posición un poco más elevada, en el hueco de un ventanal, la Bendita Peregrina. En el lado izquierdo teníamos a San José, la Inmaculada y el Niño Jesús de Praga (este sobre una peana apoyada en la pared lateral, haciendo esquina con el retablo). Y en distribución correlativa, en el lado derecho, estaban las imágenes del Sagrado Corazón, San Antonio de Padua y San Isidro Labrador. Con la reforma litúrgica emanada del

⁵³ «El retablo de Carbajal de Rueda», *Diario de León*, domingo 19 de enero de 2003, p. 2.

⁵⁴ Me refiero al trabajo de Fernando Llamazares Rodríguez *El retablo barroco en la provincia de León* (León: Universidad, 1991).

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Concilio Vaticano II, se hizo un altar nuevo, separado del retablo (que no se vio afectado), para poder celebrar la misa de cara al público. Había, además, otras dos imágenes, colocadas una a cada lado sobre una peana, en la esquina del crucero: la Virgen del Carmen (lado izquierdo) y la Virgen de Fátima (lado derecho). Esta distribución, un tanto recargada, se ha simplificado en la actualidad.

En el crucero de la nave hay dos altares laterales: el de San Roque (en lado izquierdo) y el de la Virgen del Rosario (en el lado derecho), con sendas imágenes de sus titulares. Hasta la década de los cuarenta del siglo pasado se conservó una antigua imagen, tallada en madera, que el sacerdote e investigador Aurelio Calvo había descrito poco tiempo antes en los siguientes términos: «En la ornacina [*sic*] de la parte alta del retablo lateral izquierdo existe una imagen que los fieles llaman Santa Ana. Pero realmente debe de ser de la Virgen María; imagen gótica, del siglo XIII al XIV, sentada, con el Niño sobre la rodilla, en actitud de bendecir»⁵⁵. Yo no llegué a conocerla, pero sí oí muchas veces comentarios –y no precisamente positivos– sobre la desaparición sigilosa de dicha imagen, a espaldas de los feligreses, a los que no se dio ninguna explicación, lo que propició todo tipo de suspicacias y conjeturas. Algún vecino del pueblo cree haberla visto en León, pero sin detalles concretos que puedan llevar a su identificación⁵⁶. Si, como parece ser, la imagen posee un cierto valor histórico-artístico, se puede entender la medida de exponerla en un lugar más seguro. Pero, como he oído argumentar a más de uno, si no había ninguna mala intención, ¿por qué se realizó el traslado con tanto secretismo? ¿Se temía que las gentes lo iban a impedir? Lo importante es que la imagen se conserve y, en caso de ser localizada, podría arbitrarse la forma (conozco muchos casos similares al respecto) de conseguir una reproducción y buscar el lugar adecuado para su exposición en la iglesia parroquial.

A la derecha del altar mayor se encuentra la sacristía y a la izquierda el baptisterio, cuya entrada está en el crucero al lado del altar de San Roque. En las obras de reforma (de las que hablaré a continuación) se habilitó el baptisterio como capilla para la Bendita Peregrina y la pila bautismal se colocó junto al altar lateral de la Virgen.

⁵⁵ *El monasterio de Gradefes...*, León: Imprenta Provincial, 1936-1944, p. 99.

⁵⁶ Recientemente he realizado indagaciones, tanto en el Museo de San Isidoro de León como con responsables del Museo de la Catedral, con el resultado de que en ninguno de ellos tienen constancia de dicha imagen.

Aurelio Valladares del Reguero

En la parte delantera de la única nave había, a un lado y a otro, unos pequeños bancos destinados a los niños en edad escolar: los de la izquierda para las niñas y los de la derecha para los niños. En la izquierda estaba situado el púlpito, de madera, con su escalera de acceso, todo adosado a la pared. En alguna fiesta solemne se llevaba a un predicador que hacía su sermón desde aquí. Aunque el uso más frecuente del púlpito era ser el punto más idóneo para dirigir el rezo del rosario. En el balaústre de la escalera durante algún tiempo tuvo colocada don Antonino una larga vara de fresno, que le permitía alcanzar las cabezas de los niños para darles el oportuno toque de atención cuando se distraían intercambiando cuitas con el compañero.

A partir de los bancos de niños, se colocaban las mujeres en reclinatorios (cada una tenía en el suyo), siempre en el mismo sitio. Años después serían sustituidos por bancos. Los hombres, por su parte, tenían asignados los dos coros: el de arriba y el de abajo. Aunque no había una norma fija, los varones de más edad, por lo general, tendían a situarse en el de abajo.

Debo reseñar que en los últimos años se han realizado importantes reformas en el templo parroquial, que no solamente han servido para subsanar las partes deterioradas por el paso del tiempo, sino también para recobrar elementos estéticos que se habían perdido. Y, en tal sentido, considero digno de reseñar el acierto a la hora de descubrir la piedra original de los muros, especialmente patente en el baptisterio, habilitado ahora como capilla; todo un acierto. La Junta Vecinal se mostró sensible a esta tarea, como lo demuestra la concesión de una ayuda de dos millones de pesetas, acordada en la sesión celebrada el 19 de septiembre de 1999. Estas obras se completarían más tarde con la instalación de calefacción y acondicionamiento del patio (Acta de la Junta Vecinal del 24 de marzo de 2001).

c) Las prácticas religiosas

Ya me he referido a la vestimenta exigida para asistir a los actos religiosos celebrados en el templo. Veamos otros aspectos.

La misa se celebraba siempre por la mañana y el rosario por la tarde (los domingos y festivos a las cinco y los días de diario al oscurecer). La asistencia a la misa de domingos y festivos era prácticamente total, salvo por causas de fuerza

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

mayor: el trabajo de pastores y vaqueros, viajes, enfermedad, obligaciones inexcusables (por ejemplo, el riego en verano)... Disminuía algo en los mismos días la asistencia al rosario. Sin embargo, los días de diario sucedía lo contrario: a la misa solo acudían unas cuantas mujeres y al rosario, sobre todo en invierno, se agregaban los niños en edad escolar y algunos hombres; asistencia que se incrementaba cuando coincidía alguna «novena» (San José, San Antonio de Padua, Sagrado Corazón, San Roque, la Inmaculada, etc.), durante los ocho días previos a la festividad (que era el «noveno», lógicamente). Muchos de los cánticos religiosos que se recogen en el capítulo V se hacían al final del rezo del rosario, antes de la despedida con aquella típica plegaria que se repetía tres veces (*Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal, libranos, Señor, de todo mal*), seguida del *Ave, María Purísima... sin pecado concebida*.

Con independencia de la asistencia a los actos de culto, en los domingos y festivos (o sea, los días de precepto) no se podía trabajar, hasta el punto de que la autoridad civil podía intervenir sancionando al infractor. Valga la siguiente anécdota para corroborarlo. A mediados de los años sesenta un maderista de Cistierna, conocido por el aumentativo de su nombre («Pedrón»), en la tarde de un sábado cargó su camión de robles en el monte de Carbajal, a raíz de una corta que había contratado con el pueblo, pero con la mala suerte de que el vehículo quedó atollado en un tramo dificultoso del camino. Acudió a los vecinos para que le ayudaran con alguna yunta de vacas, herramientas..., pero al ser víspera de festivo y tener que concluir las tareas agrícolas iniciadas, pareció aconsejable posponer la intervención al día siguiente, ya sin premuras de tiempo. Así se hizo y a media mañana del domingo el camión pasó por el pueblo con su cargamento hacia su destino. Parece ser que el cura lo vio e, interpretando que los trabajos de carga se habían realizado ese día, presentó la denuncia y poco tiempo después el mencionado maderista recibió la comunicación de la sanción en metálico que debía afrontar. Entendía que no era justo y preparó sus alegaciones, para lo cual requirió de mi padre (entonces presidente de la Junta Vecinal) un certificado exponiendo los pormenores de lo sucedido. Recuerdo a este señor en mi casa mostrando su contrariedad, a la vez que esperanzado, al igual que mi padre, de que se aceptarían las razones y la multa sería anulada. Pues no fue así: la reclamación no surtió efecto y el maderista se vio obligado a cumplir la sanción. El día de precepto era sagrado y, como se desprende del suceso anterior, no valían excusas de ningún tipo. Lo importante en tales casos no era quebrantar el precepto a nivel

Aurelio Valladares del Reguero

personal, sino hacerlo a la vista de los demás, con el consiguiente escándalo. Está claro que corrían otros tiempos.

Durante la Cuaresma se agregaba un acto religioso más, el vía crucis (se conocía más por el nombre de «calvario», que tenía lugar a las doce del mediodía. Los días de diario era rezado, pero en los domingos se cantaba en cada una de las catorce estaciones. Los niños varones nos colocábamos en fila en el pasillo de la iglesia, de cara a los cuadros de cada estación, e íbamos haciendo el recorrido. En las estaciones de las «caídas» (3ª, 7ª y 9ª) nos arrojábamos al suelo para besarlo, ocasión que aprovechábamos para producir el mayor ruido posible, sin que don Antonino (tan serio para otras cosas) hiciera ademán de refrenar nuestros impulsos. Ante esta permisividad, al llegar a la 3ª estación, se producían los correspondientes empujones, con el fin de ganar el espacio entre reclinatorios y poder lanzarse al suelo sin obstáculo que lo impidiera. Preferíamos las otras dos caídas, que coincidían en terreno libre de reclinatorios, al final de la nave, aunque la 9ª presentaba el inconveniente de los escalones de la entrada.

Los actos religiosos se anunciaban con unos cincuenta toques de campana (algunos más en los domingos y festivos) y pasada media hora (algo menos en los días de diario) se daban «las tres», tres toques que indicaban que de inmediato comenzaba el acto. Las misas de difuntos, también llamadas «de ánimas» o «de réquiem» (en este caso por la primera palabra del «introito»), se indicaban espaciando los primeros toques. Los días de fiesta y algún domingo solían repicarse las campanas (a veces también se voleaban) antes de dar «las tres». El voleo de las dos campanas era habitual mientras duraba la procesión por las calles.

Las campanas servían también para otros fines, que se identificaban con facilidad por la forma y ritmo con que se hacían los toques. Y así se sabía si era «tocar a muerto», «tocar a concejo», «tocar a cendera», «tocar a quema», etc. Algunos de los toques tradicionales fueron cayendo paulatinamente en desuso, hasta terminar desapareciendo, como el del *Ángelus*, a las doce de mediodía, o el de las *Oraciones* (o *Ánimas*), antes del amanecer. Prudencio González, marido de Aurelia García y padre de Sagrario y Yamina, realizó muchas veces el segundo de los toques y en cierta ocasión se llevó un buen susto. Cuando se encontraba subido en el campanario, vislumbró en la oscuridad el movimiento de unas extrañas figuras por lo alto de las tapias del cementerio (contiguo al campanario). No resulta difícil imaginar lo que se le pasó por la cabeza. Al propio protagonista le oí más de una vez aquel adagio popular de que *el miedo es libre y cada uno puede*

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

tener el que quiera. Lo cierto es que no se atrevió a bajar hasta que la luz del día le mostró que eran las cabras de Luis Villacorta que merodeaban por allí.

Fui testigo de otra curiosa anécdota relacionada con esta costumbre. Un grupo de mozos venía, ya muy avanzada la noche, de la fiesta de un pueblo cercano y tuvo la feliz ocurrencia de subirse al campanario y tocar las campanas, con el consiguiente alboroto del vecindario, al ser quebrantado su sueño a unas horas tan intempestivas. La explicación fue muy sencilla: «lo que se pretendía era tocar a las ánimas». Se tomó, sin más, como una broma y no hubo mayores consecuencias.

Y, a propósito de las campanas, creo que las de Carbajal, como las de otros pueblos vecinos, se hacían y se reparaban en la población palentina de Saldaña.

Los viernes del tiempo de Cuaresma era obligatorio guardar ayuno y abstinencia (excepto para niños, ancianos y personas enfermas). Y esto si se había adquirido, al precio de una peseta por individuo, la «bula» pontificia, expedida en un papel que me hace recordar los folios actuales hechos con material reciclado; porque, de no ser así, afectaba a todos los viernes del año. En alguna ocasión, al explicar a mis alumnos de Literatura el episodio del «buldero» del *Lazarillo de Tormes*, aludía a los hechos anteriores y me miraban con extrañeza, como si los tiempos de mi niñez parecieran estar más cerca del siglo XVI que de finales del XX-comienzos del XXI. En esta época a la que nos referimos se hablaba de «guardar vigilia», de lo que deriva un dicho popular que se oía entre la gente: *pan, poco; chicho, nada; dijo madre que era gilia*.

El Domingo de Ramos, a falta de olivos y palmeras, se utilizaban ramos de pino, cortados en el pinar que tenía Víctor Ferreras al final de la ladera derecha del Valle Ranero, el único existente por entonces en el pueblo. Desde la tarde del Jueves Santo hasta la del Sábado Santo no se podían tocar las campanas y tampoco los monaguillos hacer uso en las ceremonias litúrgicas de la esquila (campanilla), que se sustituía por una carraca. Los matracos de los chicos y las carracas de las chicas ponían la nota sonora cuando en los oficios del Viernes Santo llegaba el momento de las «Tinieblas», en que se apagaban las luces y los chicos hacíamos todo el esfuerzo para producir el mayor ruido posible, con la consecuencia de que alguna vez el mazo del matraco salió disparado hacia el altar.

Muy popular era la celebración de la «Misa del Gallo» de Nochebuena, con el cántico del *Admitid, Madre amorosa...* Previamente se había colocado el «Nacimiento», poniendo las figuras sobre el musgo que los chicos habíamos

Aurelio Valladares del Reguero

recogido en el cercano Montín. La adoración al Niño, mientras se cantaban los villancicos, constituía la nota distintiva de las fiestas navideñas.

Por Año Nuevo se producía el relevo en la mayordomía, que desempeñaba un matrimonio, siguiendo el turno que marcaba la fecha de su enlace. Durante un año el mayordomo tenía encomendadas diversas funciones en los actos religiosos: encender y apagar las velas del altar, manejar el incensario en las misas que lo requerían, llevar la cruz en los entierros y procesiones, pasar por toda la iglesia el «cajón de las ánimas» después de la comunión en las misas de domingos y festivos, etc. A su esposa (la mayordoma) correspondían las tareas de barrer y limpiar periódicamente el templo. A mis padres les tocó el año 1959, en el que coincidieron dos «misas nuevas».

Un ritual asociado a la misa del domingo era «la Caridad», ofrenda de pan que se hacía en el momento del «Ofertorio», siguiendo un turno rotatorio entre los vecinos. Siempre la realizaba una mujer, que llevaba en una canastilla de mimbre («azafate») una oblada o media hogaza y trozos pequeños de pan que el cura bendecía y luego se daban a los asistentes a la salida de misa. Se hablaba de «tomar el pan bendito».

d) Monaguillos

Muchos de los chicos de mi generación pasamos por la experiencia de ser monaguillos, que en mi caso particular, en cierta medida, se prolongó durante la etapa de seminarista (1958-1967). Una vez hecha la Primera Comunión era el momento para que el señor cura te entregara la «Cartilla» con un plazo de tiempo para aprenderla de memoria. Era una cartulina impresa por ambas caras, que contenía las preces (todas en latín) que había que pronunciar a lo largo de la misa, concentradas en su mayor parte al comienzo. Lo más difícil de memorizar era el *Confiteor*, al ser la parte más larga.

El monaguillo tenía que llegar pronto a la Iglesia, nada más tocar a misa, para preparar las vinajeras, encender las velas y, llegado el momento, dar «las tres» desde el coro, sirviéndose de la cadena que pendía del badajo de la campana grande. Ayudaba a revestir al sacerdote (para colocarse el alba, ponerle en las manos que extendía hacia atrás el cíngulo, apretar los cordones del manipulo, etc.)

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

y, al finalizar la misa, a desvestirse. Cuando se quitaba la última prenda (el amito), se procedía a doblarlo entre el sacerdote y el monaguillo mientras mantenían ambos el siguiente diálogo: Monaguillo: *Prosit* («Que aproveche»). Sacerdote: *Gracias*. M: *Buenos días tenga usted*. S: *Buenos días*. M: *¿Ha descansado usted bien?* S.: *Bien*. *¿Y tú?* (o *vosotros*, si eran dos). M: *Bien también*. Y a continuación el cura echaba mano de la cestilla de los responsos, de la que sacaba las monedas para dar la paga. La primera que yo recibí fue de 25 céntimos, cantidad que pronto fue creciendo; aparte de que en las misas cantadas y de días festivos la paga era superior. Se entendía por «misa cantada» (en contraposición a la «misa rezada») la que en los días de diario se dedicaba a algún difunto, precedida de unos «oficios» que cantaban el sacerdote y los monaguillos desde el coro de arriba. Una señal de veteranía era recibir el encargo de cantar el «Parce» (*Parce mihi, Domine...* comienzo de la «lectio 1ª») o el «Taedet» (*Taedet animam meam...* comienzo de la «lectio 2ª»).

El monaguillo principiante empezaba junto a otro mayor, hasta que cogía experiencia y podía ayudar solo en las misas rezadas de diario. En las demás misas solían participar dos. Las tareas que había que realizar durante la celebración de la misa eran las siguientes: llevar a la sacristía el bonete con el que salía el cura hasta el altar, participar en las preces del principio (la parte más complicada de aprender), cambiar el misal dos veces: desde el lado de la epístola (derecho), al del evangelio (izquierdo), y después de la comunión en sentido inverso; acercar las vinajeras en el ofertorio y echar el agua en el cáliz (en el caso del vino lo hacía el cura), servir el agua para el «lavabo» (*Lavabo inter innocentes...*); tocar la esquila en la consagración (levantando la parte de atrás de la casulla del oficiante); llevar la bandeja en la comunión para colocarla debajo de quien comulgaba; sacar la canastilla de pedir en los responsos del final de misa...

Algunas tareas, como los dos cambios que había que hacer del misal entrañaban alguna complicación, porque, además, al cruzar de un lado a otro, había que hacer la genuflexión correspondiente enfrente del sagrario, ocasión propicia para resbalar o trabarse los pies con la alfombra. En las misas de difuntos el misal era muy pequeño y pesaba poco, pero en las otras el misal era grande y presentaba más dificultad. Por otra parte, para sembrar dudas en el monaguillo novato, se le decía que tenía que coger el misal con fuerza. Aunque no se explicitaba, que se te cayera el misal sería la mayor de las vergüenzas. Y a este propósito se solía contar una anécdota ocurrida varios años antes y cuyo

Aurelio Valladares del Reguero

protagonista creo que fue Agustín Campos (hijo de Máximo y Saturnina). No era de mucha estatura, pero sí robusto y fornido, de tal modo que la primera vez que cogió el misal siendo monaguillo, lo hizo con tal ímpetu –como consecuencia de las advertencias previas– que se lo echó por encima de la cabeza. Yo no fui testigo del hecho (quizá entonces ni había nacido), aunque lo oí contar muchas veces. Como suele ocurrir con estas anécdotas, posiblemente se exageró un poco, pero está claro que algo debió de ocurrir.

Y me permito referir otra anécdota, también ocurrida en tiempos anteriores a los míos, que si bien no es muy propia del recinto en que ocurrió, resulta graciosa y desmiente, en cierta medida, el carácter serio y grave que acostumbraba a mostrar don Antonino. Estando en la sacristía, mandó a su monaguillo que subiera al coro a tocar la campana. Salió este rápido a cumplir el encargo y cuando llegaba cerca de la escalera del coro, aprovechando que no había nadie en ese momento en la iglesia, dio rienda suelta a su vientre lanzando una descarga de ventosidades con sucesivos ruidos intermitentes. Llegó a oídos de don Antonino, que asomó la cabeza por la puerta de la sacristía y le lanzó esta recriminación no exenta de gracejo: *¡Oye! ¡Que te he dicho que toques, no que repiques!*

Todo lo anterior es válido para los tiempos anteriores al Concilio Vaticano II (1962-1965), cuando la misa se celebraba en latín y de espaldas al público. Con los cambios litúrgicos postconciliares quedaron modificadas sensiblemente muchas de las tareas de los monaguillos.

e) Cantores y cantoras

A la etapa preconiliar corresponde la participación de un grupo de hombres que, desde la primera fila del coro de arriba, intervenía en los cánticos en latín de las misas de domingos y festivos, incluido «cantar (o «echar») la epístola». De estos cantores recuerdo a Tirso Barrio Vega, Antonio del Valle Puente, Wirón Díez Andrés y Clarencio Ferreras Quirós. No contaron con relevo y sus funciones pasaron a ser desempeñadas por monaguillos y estudiantes de seminario o colegios de frailes. A mi me tocó hacerlo muchas veces.

Sí hubo más continuidad en el grupo de «cantoras», encargadas de los cánticos religiosos durante la comunión, en las procesiones, en las novenas, en las

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

estaciones del «calvario», los villancicos de Navidad, etc. Entre estas cantoras se encontraban las hermanas Anunciación «Anuncia» y Amparo del Valle Aller, Evangelina «Gelina» del Valle Aller, Esperanza Fernández de la Mata, Amor Barrientos Urdiales, María Luz Valladares del Reguero y las hermanas Sagrario y Yamina González García. Por cierto, alguna de ellas gozaba de una excelente voz. En un apéndice de este trabajo se ofrecerá una selección de su amplio repertorio musical.

f) Hijas de María

Cuando las niñas dejaban la Escuela, pasaban a formar parte del grupo de «Hijas de María», en el que permanecían hasta que se casaban. Los domingos por la tarde, después del rosario, hacían la «Visita a la Virgen», con cantos y rezos marianos, siguiendo un devocionario impreso que conocían como «Libro de las Hijas de María». También aprovechaba el sacerdote para tareas de catequesis. Amor Barrientos Urdiales, que fue en su momento presidenta del grupo, conserva fresca la memoria de esta época de su juventud, antes de casarse y trasladarse a Villacidayo.

g) Procesiones

El itinerario de las procesiones era siempre el mismo: se bajaba por la calle Pequeña y en la confluencia con la calle Grande se subía por esta para regresar a la Iglesia. Solía hacerse una pausa en la parte ancha de la calle Grande, delante de la casa de Fulgencio Barrientos. Por lo general tenía lugar antes de la misa, lo que permitía a los feligreses rezagados incorporarse disimuladamente en algún punto del trayecto. Durante su desarrollo se entonaban cánticos relacionados con la festividad, se voleaban las campanas, se tiraban cohetes (algunos niños no dudaban en salir de la fila para coger las varillas que caían)... Los santos (San Miguel, San José, San Isidro...) eran llevados en andas por los hombres, en tanto que las mujeres lo hacían con las imágenes de la Virgen (la Peregrina, la Virgen del Carmen...) y quedaba reservado para los más jóvenes el Niño Jesús de Praga.

Aurelio Valladares del Reguero

Abría la procesión el pendón, que tenía que llevar un hombre de cierta fuerza, ya que, además de la dificultad que de por sí entraña su manejo, debía esquivar algunos cables bajos que atravesaban las calles del recorrido. Modesto Ferreras era un asiduo en el cumplimiento de este cometido. En la cabeza del desfile se colocaban, para el lanzamiento de los cohetes, algunos mozos con el cigarro encendido, puesto que resultaba la forma más cómoda para prender la mecha de cada cohete, que otro mozo, situado junto a él, le iban facilitando (Foto 4). Junto al sacerdote se situaban tres hombres que portaban, respectivamente, una cruz y dos faroles a sus lados. Y no faltaban algunos estandartes marianos portados por las mozas. En ocasiones podía verse a personas, particularmente mujeres, que, en cumplimiento de una promesa, realizaban el trayecto con una vela encendida. Al ser escasa la población, todos tomaban parte en la procesión, a diferencia de lo que sucede en las ciudades, donde unos pocos participan de forma activa mientras la mayoría se limita a contemplar el desfile desde los lados.

Caso distinto era el de las «Rogativas» de los tres días previos a la Ascensión, en que se bendecían los campos. Un día se iba hasta la salida del pueblo en dirección a Villacidayo, el otro hasta la salida en dirección a Santibáñez y el tercero se hacía el recorrido habitual por las calles del pueblo. Sobre esta semana había una fórmula rimada popular que rezaba así: *Lunes, letania; martes, letania; miércoles, letania; jueves, la Ascensión; viernes a Mansilla, y sábado a León.*

h) Bautizos

Solían celebrarse pocos días después del nacimiento. Yo, por ejemplo, nací un 19 de julio y me bautizaron el día de Santiago (25 de julio). Estaba muy generalizada en el mundo católico la creencia de que los niños que morían sin bautizar no iban al Cielo, sino al Limbo de los Justos. En este contexto se entienden las prisas por la administración de este sacramento, máxime teniendo en cuenta los altos índices de mortalidad infantil, situación felizmente superada en los últimos tiempos.

La ceremonia se iniciaba en la segunda puerta de entrada a la iglesia (la que comunica el portal con el templo) y proseguía en el baptisterio, situado al lado izquierdo, a continuación del altar de San Roque. Los padrinos, escogidos entre

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

familiares o vecinos de confianza, tenían un notable protagonismo: eran los que presentaban la criatura (generalmente en brazos de la madrina) ante el sacerdote y respondían a las dos preguntas de este: *¿Infante o infanta?... ¿Cómo se ha de llamar?...* El padre del niño era un mero acompañante y la madre no asistía a la ceremonia.

Concluido el acto, en el recorrido desde la Iglesia hasta la casa del recién bautizado, la madrina lanzaba a los niños del pueblo caramelos y golosinas, y el padrino hacía lo propio con monedas. El chiquillerío les apremiaba con frases como estas: *Madrina roñosa, / echa la mano a la bolsa; padrino roñoso, / echa la mano al bolso*. Algunos chicos hacían el «rebusco», recorriendo de nuevo el trayecto, ya que siempre se encontraba algo que, con las prisas, había pasado inadvertido.

El papel de los padrinos no terminaba aquí, ya que era costumbre que por Navidad o el día del cumpleaños hicieran regalos a sus ahijados mientras estos eran pequeños. Incluso más tarde, cuando se casaban, el regalo de los padrinos de bautismo solía ser más generoso de lo que hubiera sido sin concurrir esta circunstancia.

Aunque los padrinos eran quienes comunicaban al sacerdote el nombre que iba recibir la criatura, es evidente que hacían de simples transmisores de la decisión previamente tomada por los padres. No obstante, se hablaba de casos en que el padrino había hecho valer sus prerrogativas dando el nombre que él había elegido sin contar con nadie. También se comentaba que en algunos pueblos de la zona era el cura el que tomaba la decisión teniendo únicamente en cuenta el santoral del día. Así ocurrió con un párroco de Cubillas, que llenó el pueblo de nombres poco habituales. De Cubillas, precisamente, era Wirón Díez Andrés, esposo de Teresa Ferreras Rodríguez y padre de Presenta y Margarita «Ita». La gente de Carbajal lo llamaba «Uvirón», porque nada sabía de San Wirón, un obispo que ejerció de misionero en tierras de los Países Bajos allá por el siglo VII y cuya festividad se celebra el 8 de mayo.

i) Primera Comunión

La festividad de la Ascensión era el día señalado para que los niños que en ese año

Aurelio Valladares del Reguero

habían cumplido o iban a cumplir los ocho años (con algunas excepciones) celebraran su Primera Comunión. Las niñas vestían siempre de blanco, en tanto que en los niños se alternaban los trajes blancos con los típicos trajes marineros. Este día se complementaba con el del Corpus Christi, en que, con el mismo traje o vestido, llevaban en una canastilla pétalos de flores para arrojar al Santísimo durante la procesión.

Una de las Primeras Comuniones más llamativas fue la celebrada el 19 de mayo de 1955, la más numerosa que se recuerda en el pueblo. La hicimos (yo fui uno de los protagonistas) nada menos que nueve, aunque con un reparto muy desproporcionado, ya que solamente había una niña. Cada uno correspondía, por nacimiento, a un mes del año (1947), de acuerdo con el siguiente orden: Amador Díez Herrero (abril), Jesús del Valle Aller (mayo), Toribio Pato Aller (junio), el que suscribe: Aurelio Valladares del Reguero (julio), José Luis Ferreras Ordóñez (agosto), María Teresa Rodríguez Rodríguez (octubre), Saturnino Ferreras García (noviembre), Carlos Valladares González (diciembre) y finalmente Aquilino Ferreras Díez (febrero de 1948), que se agregó –no sé si hubo algún motivo especial– al grupo y que en el momento de redactar estas líneas es el único que ha fallecido. Una foto de todos, acompañados de nuestra maestra doña Presentación Valbuena, realizada en la huerta de casa de mi tío Miguel, ha dejado constancia para la posteridad (Foto 2).

j) Bodas

Lo habitual, siguiendo una vieja tradición española que todavía se conserva, era que las bodas se celebraran en el pueblo de la novia. Previamente tenían lugar las «velaciones» (nombre frecuente que se daba a las preceptivas «amonestaciones»), leídas por el cura en la misa de los domingos anteriores al día fijado para el enlace. Se hacían dos o tres veces (rara vez una sola) en las parroquias tanto del novio como de la novia. Todavía mantengo en la memoria el texto que, siempre invariable, pronunciaba con solemnidad don Antonino antes del Ofertorio:

Desean contraer matrimonio, por palabra de presente, según dispone nuestra Santa Madre Iglesia ... [nombre del novio] ..., natural de

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

... y residente en, hijo de ... y, y ... [nombre de la novia] ..., natural de ... y residente en, hija de ... y ... Si alguno conoce algún impedimento de consanguinidad, pública honestidad o algún otro por el cual este matrimonio no pueda ni deba celebrarse, tiene la obligación grave de manifestarlo. Es la primera (segunda o tercera) vez que se proclama.

Y, al decir esto último, hacía con parsimonia una rasgadura en el papel, para dejar constancia fehaciente de las veces que se realizaba esta notificación pública. Lo de «el que conozca algún impedimento..., que hable ahora o calle para siempre» empecé a oírlo en las películas. Hoy día se simplifica el ceremonial colocando un papel en la puerta de las iglesias.

La ceremonia nupcial, al igual que en los bautizos, se iniciaba en la puerta del templo, donde a requerimiento del sacerdote los contrayentes manifestaban su compromiso, se hacía el intercambio de anillos, entrega de las arras, etc. A continuación se pasaba al interior del templo para la celebración de la misa.

En el regreso desde la iglesia hasta el domicilio de la recién casada, los padrinos cumplimentaban a los chiquillos de forma similar a como se hacía en los bautizos.

Quedan fuera del ámbito religioso las «cencerradas», que solían hacerse en las bodas de algunos viudos.

k) Misas nuevas

En el corto espacio que media entre los veranos de 1957 y 1959 se celebraron en Carbajal nada menos que cuatro «misas nuevas».

El 28 de julio de 1957 tuvo lugar la del sacerdote diocesano Felipe Barrientos Urdiales, que constituyó todo un acontecimiento. Delante de la casa de sus padres fueron colocados dos mayos (el de los casados y el de los solteros), hechos de sendos chopos traídos en camión desde el soto de Villacidayo. El día que se «pinaron» acudió toda la gente del pueblo, que pudo ver el esfuerzo de los hombres para llevar a cabo una tarea que no era nada fácil. Los solteros querían que su mayo superara en altura al de los casados y optaron por agregarle un

Aurelio Valladares del Reguero

empalme en la parte superior. La familia obsequió a los asistentes con bebida y dulces, mientras las solteras y las casadas improvisaron un certamen de coplas satíricas entre ellas. Tanto las de un bando como las de otro dieron buenas muestras de su habilidad versificadora y de capacidad para encajar con humor las críticas rivales. La víspera fuimos un buen número de personas a esperarlo a la Barca (venía de León en el coche de línea que circulaba por la carretera del otro lado del río) y desde allí fue trasladado en una carroza engalanada hasta el pueblo (Foto 5).

El momento culminante fue la misa solemne oficiada por el «misacantano». Los cánticos de la ceremonia estuvieron acompañados de un armonio traído al efecto y el sermón corrió a cargo del canónigo lectoral de la catedral de León don Felipe Fernández Ramos. Y concluyó la ceremonia religiosa con el emotivo «besamanos».

Al banquete, celebrado en la huerta que hay detrás de la casa, asistió un número de invitados como nunca se había visto. De mi casa estábamos todos, dados los lazos familiares (mi padre era primo carnal tanto del padre como de la madre). Hicieron de camareras las mozas de Carbajal (Foto 6), las cuales, al final del banquete, se pasearon por las mesas cantando a los invitados los tradicionales «pajarcitos» y consiguieron sacarse un buen dinero, que luego utilizaron para hacer una excursión al Santuario de Covadonga, repartidas en tres automóviles de servicio público de Gradefes (dos DKW y un «coche de punto») y en compañía de don Antonino, el párroco del pueblo.

El 13 de julio de 1958 tuvo lugar la «misa nueva» del P. Arsenio de Dios Rodríguez, religioso agustino. Aunque su familia estaba afincada en San Cipriano, optó por celebrar el acontecimiento en el pueblo de su madre (Raimunda Rodríguez Fernández) y donde él había nacido. No hubo mayos, como en la anterior, pero de nuevo todo el pueblo se volcó con el «misacantano». Una semana antes la Junta Vecinal había acordado hacerle un regalo consistente en una máquina de afeitar eléctrica con su estuche por importe de 875 pts., según consta en el acta correspondiente (6 de julio de 1958). La ceremonia religiosa y el banquete estuvieron a la altura de las circunstancias.

El verano de 1959 fue la feliz culminación de estas celebraciones con dos «misas nuevas» más, separadas tan solo por una semana: el 12 de julio la del P. Marino Juanes Aller (religioso carmelita descalzo) y el 19 del mismo mes la del P. Francisco Ferreras Carpintero (religioso agustino). Una vez más el pueblo de

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Carbajal acogió con alegría el doble acontecimiento, consciente como era de que estos hechos le otorgaban prestigio y reconocimiento. En ambos casos, el pueblo les hizo sendos regalos por importe de 800 pts. cada uno, según queda reflejado en las actas de la Junta Vecinal del 10 y el 13 de julio, respectivamente.

De estos cuatro clérigos solamente el segundo sigue ejerciendo en la actualidad su ministerio sacerdotal, en tanto que los tres restantes están secularizados.

1) Devociones populares

Además de las devociones de las que ya he hablado en el apartado de las «fiestas», debo referirme a alguna más.

La Sagrada Familia era el modelo en el que debían mirarse todos los hogares cristianos. En este contexto se inscribe la presencia rotativa de su imagen, custodiada en una capillita de madera provista de un cajón en la parte inferior con una hendidura para echar monedas de limosna. Realizaba el recorrido por el pueblo y estaba cada día en una casa. Se pasaba al vecino siguiente al anochecer. Cuando llegaba a casa, se rezaban unas oraciones de «recibimiento» y al otro día las oraciones de «despedida», tras de lo cual se llevaba a la casa correspondiente, que hacía el «recibimiento», y así sucesivamente. A mi casa llegaba desde la de Anselmo y María Ángela, y de aquí la llevábamos a la de mis tíos Miguel y Edelmira. Esto no excluía que en la iglesia tuviera la atención merecida, como revela este cántico que allí se le hacía: *Trinidad santa del suelo, / Jesús, José y María, / sednos acá nuestra guía / y después nuestro consuelo.*

Con especial fervor se vivía el «Mes de Mayo», dedicado a la Virgen. En el rosario de los domingos se le llevaban flores mientras se cantaba el popular *Venid y vamos todos, / con flores a porfía, / con flores a María, / que madre nuestra es.*

A los niños se nos recomendaba encarecidamente practicar los «Primeros viernes de mes», lo que suponía asistir a misa y comulgar (previa confesión, por supuesto). Muchas personas mayores, sobre todo mujeres, seguían fielmente esta piadosa costumbre. Estando estudiando en la Preceptoría de Vidanes (curso 1957-1958) todos los jueves primeros de mes íbamos andando por la tarde a Cistierna

Aurelio Valladares del Reguero

para confesarnos y al día siguiente comulgar. El cura de Vidanes (don Fructuoso Fernández García), que era quien dirigía la Preceptoría, guardaba las formas y prefería que nos confesáramos con otro sacerdote. El elegido era el coadjutor de Cistierna, un cura bajo de estatura y muy amable con nosotros. Se llamaba don Augusto García y creo que antes había estado de párroco en Vega de Monasterio.

Algo menos arraigada estaba la práctica de los «Primeros sábados de mes», esta vez en honor la Virgen María, con el mismo compromiso de ir a misa y comulgar.

9.- Vida escolar

a) La Escuela

Todas las personas que he conocido en Carbajal (nacidas aquí o en pueblos vecinos) habían recibido la formación elemental que se impartía durante la etapa escolar, con lo que no se podía hablar de analfabetismo. Cada pueblo de la zona contaba con su escuela y su maestro o maestra, lo que durante algunas décadas del siglo XX no sucedía, por desgracia, en otras zonas de España, con núcleos de población diseminados, a cuyos niños no llegaba la formación básica. En nuestro caso, al tratarse de un lugar pequeño, la escolaridad era mixta, con chicos y chicas juntos.

Conservo mi «Cartilla de Escolaridad», en la que consta como «fecha de iniciación de la escolaridad» el 15-09-53 y fijaba como «fecha de término de la escolaridad» el 15-09-61. O sea, que la enseñanza obligatoria estaba prevista para ocho cursos, desde que se cumplían los seis años de edad hasta los catorce. Tanto en mi caso como en otros muchos esta etapa era alterada cuando se realizaba fuera algún tipo de estudios, particularmente los de tipo religioso.

Yo realicé en la Escuela de Carbajal cuatro cursos académicos: 1953-54, 1954-55, 1955-56 y 1956-57, en los que tuve a dos maestras: en los dos primeros a doña Presentación Valbuena, natural de Quintana de Rueda, que se hospedaba en casa de mis tíos Miguel y Edelmira, y en los dos siguientes a doña Séfora Blanco, nacida en San Miguel de Escalada, que se hospedaba en casa de Julia Juanes (ya viuda) y que años después se trasladó a Gradefes, a raíz de su

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

matrimonio con Emilio «Emilín» Torbado, natural de este pueblo. Lógicamente conservo un recuerdo más vivo de la segunda, que supo estimularme con fino tacto pedagógico. Ella fue la que recomendó a mi padre la conveniencia de realizar estudios fuera del pueblo. Y así fue como mis padres optaron por llevarme al año siguiente a la Preceptoría de Vidanes, que dirigía el párroco de este pueblo, don Fructuoso Fernández García, natural de Cea, que luego pasó a ser capellán castrense en Madrid. Esta institución dependía del obispado de León y en ella se cursaba «Ingreso» y «Primero», como preparación para luego continuar en el Seminario Diocesano. Allí pasé el curso 1957-58, donde tuve como compañero a otro chico de Carbajal de mi misma edad, Jesús del Valle Aller. Estaba previsto que hiciera también, como casi todos, «Primero», pero durante el verano alguien sugirió a mi padre que era mejor iniciar dicho curso ya en el Seminario, por lo que tuve que examinarme en la convocatoria de septiembre, lo que me permitió en el curso 1958-59 hacer 1º de Latín y Humanidades (así se decía) en el Seminario de San Isidoro, situado en la salida de León por la carretera de Asturias. No se me olvida la instancia que tuve que escribir «de mi puño y letra» y en «papel de barba» (como era preceptivo), con amplios márgenes, para el mencionado examen de ingreso. Un buen rato se pasó mi padre a mi lado hasta que, siguiendo fielmente el ritual de las instancias (... *Expone... Suplica... Es gracia que el solicitante espera obtener del recto proceder de..., cuya vida guarde Dios muchos años...*) quedó cumplimentada, sin ningún borrón de tinta, para poder enviarla a su destino. Mi padre, por si acaso, había comprado otro folio, por si me equivocaba. Un año después ingresó en el mismo Seminario otro alumno de Carbajal: Toribio Pato Aller, pero este permaneció poco tiempo, no como yo, que cursé hasta el segundo curso de Teología.

Antes de mi primera maestra habían estado don Donaciano Fuertes y doña Gloria (que tuvo que abandonar la actividad docente por una grave enfermedad). Y después de doña Séfora estuvieron doña María Ángeles «Maruqui» de la Fuente (creo que era natural de Carbajosa), casada con el veterinario don Justo Llamazares, que vivieron algún tiempo en Carbajal, en la «Casa del Maestro», cerca de la Iglesia, y a continuación doña Justina de la Puente, natural de Valle de Mansilla, que también residió en Carbajal (tuvo alquilada la casa en que había vivido la familia de Pablo Pato y Oliva Aller). Posteriormente, el escaso número de niños motivó que en 1974 dejara de funcionar la Escuela, por lo que se estableció un servicio de autobuses que llevaba a los alumnos al Colegio o

Aurelio Valladares del Reguero

Instituto (según la edad) de Cistierna.

En mi época regía el viejo lema de que «la letra con sangre entra», por lo que el castigo físico para los alumnos traviesos o tardos en el aprendizaje se consideraba práctica habitual. También se decía: «quien mucho te quiere te hará llorar». La vara de señalar en el mapa o la regla de dibujo eran instrumentos idóneos para este menester. Y que no se enteraran en casa del castigo, porque los padres de entonces (¡qué diferencia con los de ahora!) eran muy propensos a repetir la acción. Y lo mismo sucedía si el correctivo era del cura.

Las lecciones se aprendían cantando en voz alta, lo que producía un ruido que se oía desde la calle y casas cercanas. Esto venía siendo habitual en las escuelas españolas desde tiempos anteriores, tal y como constata Antonio Machado en una de las cuartetas del poema «Recuerdo infantil» de su libro *Soledades*: *Y todo un coro infantil / va cantando la lección: / «mil veces ciento, cien mil; / mil veces mil, un millón»*. La maestra tenía dividida la clase, según las edades, en varios grupos, entre los que distribuía el tiempo de dedicación. A mí, particularmente, me gustaba mucho la Historia Sagrada, con aquellos entretenidos relatos que se hacían fáciles de recordar, como los de Caín y Abel, Esaú y Jacob, José y sus hermanos, Moisés en Egipto, Sansón y los filisteos, David y Goliat, etc.

El material escolar (enciclopedia, pizarra, lápiz, goma...) se llevaba en el cabás (de madera o de cartón fuerte) o en una bolsa de tela de forma rectangular que se cerraba en la boca con un cordón. Para las cuentas se utilizaba una pizarra individual, en la que se escribía con el pizarro (también llamado *pizarrín*) y se borraba con una almohadilla de tela que se ataba mediante un cordón al marco de madera de la pizarra. En los cuadernos se escribía con aquellas viejas plumas con las que había que mojar la tinta en unos tinteros comunes, bien en una mesa de cuatro o en un pupitre de dos. Con este procedimiento era imprescindible tener a mano un trozo de papel secante, para aplicar de inmediato a lo escrito e impedir que se corriera la tinta o se mancharan las hojas contiguas al cerrar el cuaderno. No existían todavía los prácticos bolígrafos que aparecieron años más tarde.

A diferencia de lo que ocurría en otros centros escolares de España, no recuerdo que al formar en fila para entrar en clase nos hicieran cantar el *Cara al sol*; lo que no quiere decir que, de haberlo obligado, no lo hubiéramos hecho, como tantas otras cosas de cumplimiento obligatorio en aquellos tiempos.

Coincidió con mi etapa escolar la famosa ayuda americana. Primero fue en forma de leche en polvo que se disolvía en un perol grande con agua del caño

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

lindante con la Escuela y que se calentaba en la estufa. Los niños llevábamos de casa un vaso de plástico, en el que se nos servía. No era de sabor muy agradable, pero la endulzábamos con una buena dosis de azúcar. Dudo bastante de la utilidad de esta leche en pueblos como el nuestro, donde muchas familias contaban con vacas. Quizá en otras zonas de España sí resultaba más provechosa la ayuda. En cambio, entiendo que fueron más beneficiosas unas latas grandes cilíndricas con mantequilla o queso. En particular aquel queso de color amarillento a mí me gustaba mucho.

Me viene a la memoria un acontecimiento que rompió un poco la monotonía de la Escuela. Tenía entonces unos siete u ocho años. Me refiero a la visita realizada por el P. Víctor de Carbajal (de seglar Ángel Valladares Fernández, hijo de Luciano y Gregoria), religioso capuchino destinado en Venezuela, acompañado de su hermano Fortunato, cargados con un montón de regalos. Nos reunieron, en presencia de la maestra, a todos los niños y niñas en edad escolar. Iban haciendo preguntas de cultura general (todas relativamente fáciles) y quien respondía correctamente escogía un regalo. Al final, no quedó nadie sin llevarse algo. Tanto mi hermana Mary como yo nos volvimos a casa con un libro cada uno, cumpliendo la recomendación de nuestros padres: «si os dan a escoger, elegid un libro antes que otra cosa». El mío era un ejemplar de lectura infantil y temática religiosa de los que se estilaban entonces, en tanto que mi hermana, unos años mayor que yo, se llevó una biografía de Josefina Vilaseca, una niña catalana que se había hecho muy famosa en toda España poco tiempo antes (1952), al haber pagado con su muerte la resistencia que opuso a un intento de agresión sexual, acción a la que se otorgó la aureola de martirio y fue muy comentada. Recuerdo que en un momento se presentó un objeto pequeño con formato de libro y se ofrecía a quien lograra abrirlo. Una chica se dejó llevar por la curiosidad y la sorpresa fue que el supuesto libro era un sacapuntas, lo que no dejaba de ser una novedad, ya que para sacar punta a los lápices nos servíamos de una navaja o un cuchillo.

Muchos niños y niñas del pueblo dejamos la Escuela antes de cumplir la edad reglamentaria, para ir a estudiar fuera, sobre todo a colegios de frailes y monjas. Varios chicos de mi generación pasaron por el colegio que la Comunidad de Religiosos de la Sagrada Familia tenía en la población palentina de Cervera de Pisuerga. Esta experiencia vino muy bien a la mayoría. A unos nos sirvió para convalidar los estudios eclesiásticos y acceder a estudios universitarios, en tanto que a otros el nivel de cultura adquirido les permitió conseguir puestos de cierta

Aurelio Valladares del Reguero

responsabilidad, como trampolín para posteriores mejoras profesionales. Un caso excepcional fue el de Antonia Barrientos Urdiales, hija de Fulgencio y Josefa, que después de hacer el bachillerato en Cistierna, en la década de los cincuenta conseguía la licenciatura en Ciencias Químicas en la Universidad de Valladolid.

En cuanto al edificio, como ya se ha dicho en otro capítulo, recordaré que se construyó (sustituyendo al antiguo, situado en el mismo solar) en 1926 con los ingresos obtenidos de la adjudicación de las suertes de la Becerrera llevada a cabo el año anterior. Funcionó como Escuela –ya lo he dicho– hasta 1974, fecha en que los pocos niños existentes en el pueblo fueron escolarizados en centros docentes (Colegio e Instituto) de Cistierna. La nueva situación creada hizo que se buscara una solución para dar utilidad a este inmueble. Y al igual que otros muchos pueblos que se vieron en la misma tesitura, se optó por su habilitación como Casa de Cultura para uso y disfrute de los vecinos. En la sesión del 17 de mayo de 1986 la Junta Vecinal aprueba el proyecto redactado por el arquitecto D. Fernando Alonso González, con un importe de 2.713.419 pts., de las que la Junta Vecinal debería aportar un 34% (922.562 pts.). Se encargó la ejecución al contratista D. Pedro Sánchez Calvo, por un total de 1.590.000 pts. (IVA incluido), según consta en el acta del 4 de septiembre del mismo año. Poco más de un año después la Junta Vecinal aprueba la certificación de obra presentada por el mencionado arquitecto (Acta del 31 de diciembre de 1987) y en la reunión del 15 de marzo de 1988 se aprueba y ordena el pago fijado al contratista, así como los honorarios del arquitecto. No concluyeron aquí las obras, ya que casi una década después se acuerda una nueva actuación, esta vez consistente en la reparación de fachadas, pintura interior y calefacción por caldera de gasóleo, todo ello presupuestado en 2.500.000 pts., para lo que se contó con una subvención del 50% por parte de la Diputación Provincial (Acta del 11 de octubre de 1997). Desde el cierre de la cantina de Guadalupe «Upe» Gutiérrez, se utilizó para jugar la partida, ahora ya con presencia de mujeres, sobre todo en la época veraniega, cuando hay más afluencia de público en el pueblo. Algunos años también se estableció un servicio de bar, con el fin de recaudar fondos para los gastos de la fiesta patronal.

b) Juegos infantiles

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Para los niños en edad escolar los juegos más frecuentes eran el *escondite* por las calles y callejas del pueblo (a veces en el corral y pajares de alguna casa); la *peonza* (también se decía *piuca*) en solitario o más bien en grupo, haciendo un corro en el suelo del que había que sacar, mientras giraba, las restantes peonzas depositadas en el centro; *a las perras*, haciendo chocar las monedas en una pared (la Escuela era un lugar muy utilizado) tratando de acercarlas a las de los demás, que se ganaban si la distancia era menor a la de un palo cuya medida había sido previamente convenida; el *jinque*, consistente en clavar en la tierra un palo de punta afilada y al mismo tiempo intentar derribar los palos clavados con anterioridad; el *pe-pe*, adivinanza de una palabra de la que se ofrecía como pista la primera sílaba (por ejemplo, *bo-bo* > *botijo*) y el acertante golpeaba con un cinturón a los demás participantes; saltar con las piernas abiertas sobre otro chico que estaba agachado, mientras se decía: «a la una anda la mula», «a las dos la coza» (había que dar un golpe en el trasero al mismo tiempo del salto), «a las tres Pepe, Julita y Andrés»...

Las niñas, por su parte, acostumbraban a *saltar a la comba*, bien con una cuerda corta de forma individual, bien con una larga (servían también las «sogueñas» que crecían en las sebes), movida por dos niñas mientras el resto saltaba; *jugar al corro* (casi siempre con acompañamiento de cánticos); *al garabás*, perseguir varias chicas agarradas de la mano a las restantes, que corrían sueltas y se unían a las primeras al ser atrapadas, haciendo cada vez más difícil la escapatoria de las libres; *a las tabas*, con los huesos de las articulaciones de las patas de oveja; *al bimbo*, empujando con el pie un trozo de teja por cuadros marcados en el suelo que representaban los días de la semana... Este último lo practicábamos también, aunque menos, los chicos.

La llegada de la nieve y el hielo ofrecía otras variantes recreativas. La formación de «señoritos» (así se llamaba a los muñecos) con la nieve o el intercambio de lanzamientos de bolas (si se apretaba la nieve podían producir daño) se convertían en entretenimiento de chicos y jóvenes. También nos gustaba coger los largos «chupiletes» (carámbanos) que se formaban en los verales de los tejados. Es cierto que también gustábamos de colaborar a la hora de hacer bolas (cada vez más grandes, a medida que se iban girando) en las huertas, con el fin de dejar libre el pasto para el ganado. En días de rigor invernal hasta el río se cubría con una fuerte capa de hielo que nos permitía transitar por ella cruzando de un lado a otro. No faltaba el típico gracioso que aprovechaba cualquier momento de

Aurelio Valladares del Reguero

descuido para lanzar una piedra de tal forma que fuera rebotando sobre la superficie, lo que originaba un ruido similar al resquebrajamiento del hielo, con la consiguiente salida en estampida hacia la orilla, ante el temor de poder hundirse. Y en el capítulo de maldades por parte del chiquillerío masculino estaban los «resbaladeros» que hacíamos en las calles, particularmente en el tramo final de la cuesta de subida a la Iglesia. Se marcaba un sendero y pasando varias veces sobre él, la superficie quedaba como un auténtico cristal, en el que era imposible mantenerse en pie. El camino de ida a la Iglesia para asistir al rosario, siendo ya de noche, y sobre todo el de regreso, se convertía en un auténtico ejercicio de equilibrio para las personas mayores, mientras los chavales quedábamos expectantes para reírnos de las previsibles caídas. Bien es verdad que la gente lo sabía y procuraba desplazarse por las orillas y así evitar los peligrosos resbalones, aunque algún despistado no reparaba en ello y sufría las consecuencias.

A veces los chicos varones no nos conformábamos con los juegos y nos lanzábamos a alguna aventura mayor, como la escapada que hicimos un grupo a San Bartolomé (lo habitual era decir San Bartolo) un domingo de verano cuando yo tenía unos doce o trece años. Nos hizo de guía Carlos González Postigo, que había estado varias veces en este pueblo y conocía muy bien el camino, ya que la mayoría (entre ellos yo) no habíamos pisado allí nunca. Dimos un paseo por las calles y charlamos con algún conocido (yo me encontré con un compañero del Seminario de León). Al final terminamos en una huerta cercana improvisando un corro de lucha leonesa, donde Silvino Rodríguez fue el encargado de dejar alto nuestro pabellón. La vuelta a casa creó algún problema a la hora de justificar aquella decisión que no había contado con el conocimiento (y consentimiento) de nuestros padres.

10.- Actividad agrícola

Los dos pilares básicos de la economía del pueblo han sido tradicionalmente la actividad agrícola y la ganadera. Voy a referirme, en primer lugar, a la primera, con la inclusión de aspectos relacionados con ella. Dejo para el apartado siguiente lo concerniente a la ganadería

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

a) Cultivos

Las gentes de los pueblos pequeños tendían a cultivar todos los productos posibles, para llegar a un mayor grado de autosuficiencia y tener que comprar solo lo imprescindible de lo que no se podía cultivar (aceite, arroz, azúcar, pimentón...).

Las fincas cercanas a casa eran las utilizadas para el cultivo de hortalizas: tomates, pimientos, vainas (judías verdes), lechugas, berzas, patatas tempranas, etc. Muchas casas tenían al lado un «huerto», por lo general cerrado con tapias, destinado a los árboles frutales (manzanales, perales, cerezales, guindales, cirujales, nogales, etc.) y algún trozo arado para las hortalizas.

Por «huerta» se entendía el prado, cerrado con sebes o alambres, en el que se segaba la hierba que se recogía seca para el invierno y también servía de pasto para las vacas. En algunas huertas cercanas a casa se segaba la hierba para dar como «verde» a las vacas, particularmente a las que producían leche.

Los cereales que se cultivaban eran cuatro: centeno, cebada, avena y, sobre todo, trigo. El centeno se sembraba en las fincas de las cuestas, lindando con el monte, que se llamaban precisamente «centeneras», pero fue disminuyendo poco a poco su cultivo, al ser de rendimiento más escaso; aunque su paja era la idónea para hacer los cueltos con que se chamuscaba al gocho en la matanza. También se segaba estando aún verde como herrén (se decía «harrén») para el ganado. En las décadas finales del siglo XX la actividad de los labradores se fue orientando cada vez más hacia la explotación de la ganadería vacuna lechera, lo que hizo que el cultivo del cereal fuera disminuyendo progresivamente en favor de los terrenos de pradera. Y por la misma razón empezó a sembrarse maíz, que hasta entonces era prácticamente inexistente.

En las fincas de secano se alternaba la siembra de cereal con la de legumbres: garbanzos, para el consumo humano, o titos, para los animales (especialmente los gochos). Y en las de regadío un año se sembraba cereal (trigo, cebada...) y al siguiente otros cultivos de ciclo corto, como remolacha forrajera, patata, fréjoles, habas (judías blancas)... La remolacha forrajera se utilizaba como alimento de las vacas durante el invierno, mezclada con paja molida. Se cortaba con una máquina de hierro, provista de un rodillo con cuchillas que se accionaba manualmente con una manivela. Además, en verano, se recortaban las hojas más

Aurelio Valladares del Reguero

bajas de la planta, que era un buen alimento para los gochos. Estos cultivos conllevaban una de las labores más ingratas, el escavar: quitar las malas hierbas con el escabuche y arreglar los surcos para el riego, así como entresacar las plantas en el caso de la remolacha. Y lo era no tanto por la fuerza que requería cuanto por la incomodidad de la postura, al tener que estar todo el tiempo con el cuerpo encorvado. En muchos casos esta tarea se daba mejor a las mujeres que a los hombres.

Durante unos pocos años se cultivó lino y menta. Una empresa facilitaba la semilla y se comprometía a recoger la cosecha. Para ello había instalado una báscula en el triángulo existente entre la presa y la carretera al lado izquierdo de la salida hacia Santibáñez, enfrente de la casa de Luciano Valladares. Se pesaba primero el carro cargado y luego vacío, para deducir el peso del producto entregado. Luego era transportado en camiones hasta la fábrica.

También se cultivaba la vid, en una modalidad de uva que se conocía como «híbrida». La vendimia, a comienzos de octubre, constituía un motivo de fiesta para la gente joven. Eran varias las casas que disponían de lagar para pisar la uva y obtener el vino, con el que solía haber para el consumo del año. La verdad es que no era de buena calidad e incluso había años en que terminaba agriándose un poco, pero se amortiguaba el efecto mezclándolo con gaseosa. En aquellos tiempos no se tiraba nada.

La casi totalidad de la población, incluidos niños y mujeres, estaba implicada en las faenas agrícolas. Como es lógico, los hombres se encargaban de las que exigían un mayor esfuerzo físico (arar, segar, cargar hierba o mies en el carro, encerrar hierba o paja en el pajar, etc.). Los jóvenes varones, apenas concluían la etapa escolar, se iban introduciendo en el mundo de los mayores en lo que respecta a los trabajos, si bien tenían como contrapartida positiva algunas circunstancias favorables (poder ir a la cantina, fumar, mayor libertad para ir a las fiestas de pueblos vecinos, etc.). Por su parte, las mujeres participaban en la realización de tareas complementarias: dar vuelta a la hierba, rastrear, hacer gavillas, encalcar la hierba en el pajar, escavar, etc. En las casas en que solamente había un varón, a la mujer le tocaba subirse al carro para cargar la hierba y las gavillas. Considero, por todo ello, que las mujeres de entonces tenían un mérito extraordinario, ya que, además de afrontar con exclusividad las tareas domésticas (comida, lavado y planchado de ropa, limpieza de la casa...), salían con frecuencia al campo para prestar su importante colaboración, especialmente en la época de

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

recolección.

Una estampa típica de algo tan habitual como cargar en el carro la hierba seca para encerrar en el pajar o las gavillas de mies para llevar a la era, podía ser esta: el padre cogiendo la hierba (con una horca de hierro) o las gavillas (con la horca gavillera) y elevarlas al carro; un joven varón dentro del carro colocando con las manos la carga debidamente, para evitar que se caiga durante el traslado (ayudado de una hoz en el caso de las gavillas); la mujer o una hija joven rastreando detrás del carro, y un niño o niña delante de la pareja de vacas para guiarla e ir parando el carro de trecho en trecho. Un magnífico ejemplo del trabajo compartido, con participación de todos los miembros de la familia, cada uno en la medida de sus posibilidades. Para el que cargaba el carro desde arriba suponía un serio inconveniente encontrarse con horcadas de hierba o gavillas con cardos, cuyas espinas se clavaban por todas las partes del cuerpo, especialmente en manos y brazos, aunque el uso de guantes solía aminorar el problema. Y cuando se trataba de encerrar la hierba en el pajar, los varones se ocupaban de descargar el carro y ponerse al boquero (las dos tareas que requerían más fuerza), en tanto que las mujeres y chicos de menor edad se encargaban de llevar las horcadas hasta el fondo del pajar e ir encalcando con el peso del cuerpo.

Hasta mediados de la década de los sesenta, con la llegada de las máquinas trilladoras, los trabajos de trillar la mies constituían el punto culminante de la actividad agrícola, en la que participaban, de una u otra forma, todos los miembros de la familia. Duraba casi todo el mes de agosto. Recuerdo que en mi casa muchos años terminábamos de trillar el día 28 de agosto (o rematábamos el trabajo en la mañana siguiente) para poder ir a la fiesta de San Juan Degollado (29-30 de agosto) a Santibáñez, el pueblo de mi madre. Desde muy corta edad (de ocho a diez años) se veía a niños de ambos sexos sentados en los trillos tirados por vacas, que debían conducir sirviéndose de la ahijada y, además, recoger los excrementos en un recipiente, para lo cual había que ingeniárselas para que los animales se pararan. Ahora bien, aunque no era una actividad agradable, los más pequeños buscaban el lado favorable, como si de algo lúdico se tratara. Se cantaba, se gastaban bromas... Colocarse en el aparvadero para hacer peso y arrastrar la paja trillada hasta el montón se convertía en un momento de regocijo. También era la ocasión para algunas maldades de chiquillos, como coger varios moscones de los que se agarraban en la cara y papada de las vacas, unirlos con una paja que les atravesaba el abdomen y echarlos a volar, lo que provocaba que apenas resistían

Aurelio Valladares del Reguero

un momento en el aire y pronto caían al suelo. En los días de trilla se comía en la era, bien en la caseta (si la había) o bien aprovechando la sombra del carro «arregañado» o cargado de mies para la trilla del día siguiente. Se hacía un corro y, con la cazuela en el medio, cada uno iba tomando con su cuchara la parte correspondiente. Los trabajos de limpiar y encerrar la paja solían hacerse en los primeros días del mes de septiembre, pero eran ya cometido de las personas adultas.

La aparición de las máquinas que trillaban y limpiaban al mismo tiempo supuso un ahorro verdaderamente impresionante. Lo que antes duraba más de un mes ahora quedaba reducido a un día. Eso sí, esas máquinas exigían un trabajo intenso, porque el servicio se pagaba por horas y había que estar alimentándolas de material sin descanso y también ir recogiendo en sacos el grano. De ahí que los vecinos se ayudaran unos a otros. Se perdía así la nota distintiva del verano, pero se ganaba en tiempo y esfuerzo, por lo que ya nadie añoraba los años anteriores. Y, claro está, este cambio se hizo aún más palpable con la llegada de las cosechadoras, que dejaban reducidas las tareas veraniegas a la mínima expresión. Por supuesto, esto no hubiera sido posible si años antes no se hubiera llevado a efecto la Concentración Parcelaria.

Algunos años, siendo yo todavía de corta edad, hubo vecinos –entre ellos mi padre– que a mediados de septiembre hacían la recolección del trébol, en un proceso similar al de los cereales: siega, acarreo a la era, trilla y limpia. La semilla tenía un buen precio en el mercado, por lo que su cultivo resultaba bastante rentable, aunque presentaba no pocos inconvenientes. La planta, al granar, tendía a perder la verticalidad, lo que hacía más dificultosa la siega; pero sobre todo los trabajos de la era (especialmente a la hora de barrer la trilla) se hacían muy exigentes como consecuencia del pequeño tamaño de la semilla. Y a todo ello se unía un problema más: el riesgo de lluvia de finales de verano-comienzos de otoño, que en no pocas ocasiones daba al traste con los planes. Poco a poco fui observando que esta práctica agrícola fue perdiendo predicamento, hasta quedar olvidada.

b) Comunidad de Regantes (Sindicato)

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Los pueblos de Pesquera, Santibáñez y Carbajal forman una Comunidad de Regantes (generalmente conocida como Sindicato), que se rige por un reglamento y cuenta con una junta directiva. Debió de ser creada en 1928 (o poco después), ya que en el acta de la Junta Vecinal de Carbajal del 8 de enero de 1928 se nombra a Tirso Barrio Vega como presidente de la comisión para el «proyecto de Sindicato de Riegos de este pueblo, Santibáñez y Pesquera». Los tres pueblos comparten una «presa» (así se denomina la acequia general de riego) que toma el agua del río Esla un kilómetro (aproximadamente) al norte de Pesquera y sirve para regar las fincas de sus respectivos términos. Su cabecera está compartida por el molino de Pesquera y la mencionada Comunidad de Regantes hasta el casco urbano del pueblo, donde se divide el caudal del agua entre ambos. En el tramo de carretera entre Carbajal y Santibáñez la presa cruza tres veces, a través de tres puentes que se hicieron cuando se llevó a cabo la construcción del camino vecinal a comienzos de la década de 1950: el de la Viña (la presa va en dirección nordeste-sudoeste) en el término de Carbajal, el de las Huelgas (en sentido noroeste-sureste) y el del Corzato (en sentido nordeste-sudoeste), estos dos en el término de Santibáñez. Desconozco la fecha en que se hizo dicha «presa», pero, a tenor de lo apuntado, debemos suponer que pudo ser poco antes de 1928. Y quizá surgió como un desdoblamiento del caudal destinado al molino de Pesquera.

Sí llegué a conocer, en cambio, la construcción del «canal» (más estrecho y de menor capacidad que la presa anterior), llevada a cabo en la década de los cincuenta. En este caso solamente afecta a Santibáñez y Carbajal, y con él se ampliaban los terrenos de regadíos de ambos términos, sobre todo del nuestro. Después de atravesar –oculto– el casco urbano de Santibáñez, va buscando la ladera del monte, que recorre hasta el límite con el término de Villacidayo, pasado el Valle Ranero, donde concluye su trazado. Cruza, también de forma oculta, el pueblo de Carbajal por su zona norte: penetra entre la huerta de Fulgencio Barrientos y la casa de Ovidio Ferreras, atraviesa las calles Grande y Pequeña, y sale por debajo de la casa y era de Francisco Vega.

Ha llegado hasta mí, a través de fotocopia, un documento fechado en 1953 relativo al estado de cuentas de la comisión nombrada para representar al Sindicato en las obras del nuevo canal, de acuerdo con el presupuesto aprobado en Junta General. Me parece ilustrativo para comprender la realidad del pueblo en aquel momento, por lo que paso a resumir su contenido. Consta de seis folios manuscritos por una sola cara. El presupuesto que se baraja asciende a la cantidad

Aurelio Valladares del Reguero

de 84.209,33 pts. y, según se especifica en el listado de jornales y gastos, esto corresponde a una primera fase del proyecto.

En el primer folio consta el estado de cuentas, que es el siguiente:

Por jornales pagados	32.052,86 pts.
Por cemento y demás gastos	35.483,00 pts.
Total de gastos	<hr/> 67.535,86 pts.

Ingresos	84.209,33 pts.
Pagos	67.535,86 pts.

Diferencia a favor	<hr/> 16.673,47 pts.
Más 28 sacos de cemento prestado y cobrados	1.162,00 pts.

Total diferencia en favor del Sindicato	<hr/> 17.835,47 pts.
--	----------------------

En los folios siguientes aparece la «Lista general de jornales y demás gastos hechos en [el] canal desde la Pontona de Ormigal [*sic*] hasta la bajera del Pueblo de Santibáñez».

Comienza con la relación nominal de los perceptores de los jornales y sus correspondientes cantidades. Aunque no se especifica a qué pueblo pertenecen, resulta muy fácil la identificación. Figuran en primer lugar 22 personas de Carbajal y a continuación 43 de Santibáñez. En Carbajal las cantidades oscilan entre las 50,00 pts. de Eutiquio Fernández y las 912 de Anselmo Rodríguez. En Santibáñez las diferencias son mayores: desde las 25,00 pts. correspondientes a cuatro personas (Pedro Fernández, Lázaro García, Ángel García e Ismael Reyero) a cantidades más altas que obedecen a circunstancias particulares: Eugenio Fernández y ayudantes: 4.453,00 pts. y José González –jornales y madera–: 2.762,50 pts. En el caso del primero (albañil de profesión) es presumible que se trate de trabajos específicos de albañilería y en el segundo, según se explicita, incluye jornales y material aportado. Por otra parte, no resulta extraño el mayor

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

número de personas participantes en Santibáñez, ya que las obras en cuestión se ejecutaban en un tramo de este pueblo. Este primer sector del canal discurre oculto a lo largo del casco urbano de Santibáñez y aflora a la superficie a la salida del pueblo en dirección a Carbajal.

Sigue la relación de facturas de gastos de muy diversa naturaleza, numerados hasta un total de 30, cuyo total asciende a la ya referida cantidad de 35.483,00 pts.

El documento aparece fechado en Santibáñez de Rueda a 18 de febrero de 1953 y lo firman seis personas: Pedro Corral, Fulgencio Barrientos, Aurelio Valladares, Emiliano García, José González y Anselmo Rodríguez. Se constata por los firmantes que la Comisión estaba formada por tres representantes de Carbajal (el segundo, el tercero y el sexto) y otros tres de Santibáñez. El tercero es mi padre, cuya firma he reconocido perfectamente. Y en cuanto a los representantes de Santibáñez, casualmente, dos de ellos (Pedro Corral, luego afincado en Villapadierna, y José González) son primos de mi madre.

Las 22 personas de Carbajal que figuran en el listado de jornales son los siguientes y por este orden: Luciano Valladares, Gabriel del Valle, Ciriaco Juanes, Eutimio Ferreras, Domingo González, Anselmo Rodríguez, Miguel Valladares, Bernardina Postigo, María Rodríguez, Pablo Pato, Francisco Vega, Ovidio Ferreras, Prudencio González, Luis Villacorta, Florencio Ferreras, Modesto Ferreras, Emiliano González, Quintiliano [de la Varga] Varela, Eutiquio Fernández, Ambrosio Ferreras, Fulgencio Barrientos y Aurelio Valladares.

c) Limpieza de la presa y del canal

Al menos una vez al año se procedía a la limpieza (se decía más «limpia») de la presa y del canal de riego, en la que participaban los regantes (podía ser más de uno por titular), previa convocatoria del presidente del Sindicato. Se fijaba una cantidad por jornal, cuyo montante final se descontaba de la aportación económica anual que debía hacer cada propietario de fincas de riego de acuerdo con la extensión de estas.

Era un trabajo que se llevaba con buen ánimo, ya que se convertía en motivo de encuentro y charla entre las gentes de los tres pueblos, que siempre resultaba

Aurelio Valladares del Reguero

agradable. Las personas de mayor edad solían ir delante repodando las zarzas y maleza que caía sobre el cauce, mientras que a los más jóvenes se les asignaba las tareas de más esfuerzo físico: sacar lodo, barro, cascajo... y arrojarlo a lo alto del malecón; trabajo que resultaba dificultoso en algunos tramos del canal en que las paredes eran muy altas o aquellas zonas de la presa con muchas ocas y lodo, particularmente entre Pesquera y Santibáñez. Se utilizaba un varal para marcar en el malecón el trozo que correspondía hacer a cada uno, que podía acortarse o alargarse según se estimara en cada tramo la labor que era preciso realizar. Lo llevaba el presidente del Sindicato, que solía ser de Santibáñez. En mis tiempos de adolescente, en los que me tocó esta tarea, ejercía esta función Celestino Díez, hombre de carácter serio que acostumbraba a fumar unos cigarros gruesos que se hacía de picadura. Los jóvenes de Carbajal de vez en cuando le hacíamos rabiar un poco protestándole de que a nosotros nos señalaba varales más largos que a los de Santibáñez, lo que no le agradaba nada, porque era poner en entredicho su probada imparcialidad. Los de Carbajal nos colocábamos siguiendo el sistema tradicional de turno circular (válido para todo tipo de actividades comunes), en sentido contrario al movimiento de las agujas del reloj. A mí me tocaba, por tanto, ir detrás de los hijos de Jacinto Rodríguez (Silvino, Fernando o Chencho) y delante de los de mi tío Miguel (Carlos o Toño).

Los corrillos que se formaban, siempre en un clima de camaradería y buen humor, servían para que los de más edad contaran historietas y algún que otro «trapo sucio» del pueblo, que los más novatos seguíamos con atención y sin perder detalle. En estas jornadas fue donde me enteré de más de un «chisme» de los que hasta entonces no había oído nunca hablar. Algún vecino, como Gabriel del Valle Valcuende, al que tenía conceptuado como persona muy seria, me sorprendió al comprobar su carácter irónico y mordaz relatando anécdotas.

Para realizar la «limpia» de la presa y del canal se cortaba previamente el agua, lo que daba ocasión para pescar con relativa facilidad. No era infrecuente encontrarse truchas y otros peces de buen tamaño aprisionados en algún recodo, por no haberles dado tiempo a escapar al notar la merma. También los cangrejos, al verse sin agua, salían de sus huras en los malecones, con lo que resultaba muy fácil la captura. Evidentemente esta circunstancia se daba más en las zonas altas (Pesquera y Santibáñez), donde el cauce de la presa es más profundo.

La tarea de la que estoy hablando daba lugar a curiosas anécdotas, como la que paso a relatar, sucedida cuando todavía era yo niño. Un grupo de los que

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

limpiaban la presa, al llegar al cerezal situado en el malecón de la finca que Tirso Barrio Vega tenía a la salida del pueblo, enfrente de las Pedragueras, y comprobar que el fruto estaba en su sazón, no dudaron en darle un buen repaso, con la consiguiente rotura de alguna rama del árbol. Este señor, que no se arredraba fácilmente y sabía lo que se hacía, no denunció a título personal a los causantes del desaguizado, sino que lo hizo al mismo Sindicato. Por entonces era presidente o vocal mi tío Juan Francisco García Urdiales (de Santibáñez), que se vio en la necesidad de bajar a Carbajal y hablar con su cuñado (mi padre), sobrino del denunciante (estaba casado en segundas nupcias con María Eugenia Valladares, hermana de su padre Indalecio), para ver la forma de «templar gaitas» y arreglar por las buenas el entuerto. Y, en efecto, así fue. La relación de mi padre con su tío fue siempre muy cordial. Hace poco, revisando unos papeles familiares, pude comprobar que él y su otro tío, Luciano Valladares, fueron los dos testigos que intervinieron en León en el acto civil del matrimonio de mis padres.

d) Otras formas de riego

Antes de hacerse el canal, la fuente del Hompernal y el Reguero de Ranero se utilizaron, en la medida en que era posible, para regar algunas fincas de los alrededores. Luego sus aguas pasaron a unirse a las del canal. Y varios años más tarde el caudal de la citada fuente fue canalizado hasta el pueblo para el uso doméstico.

A pesar de que en el pueblo el agua subterránea no se encontraba a muchos metros de profundidad, apenas se utilizaba el sistema de norias para el riego en aquellas zonas a las que no llegaba la presa ni más tarde el canal. Solamente me viene a la memoria la noria que tenía Luis Villacorta en su huerta de Ranero (la penúltima del Valle), aunque quizá hubiera alguna más que ahora se me escapa.

e) La Concentración Parcelaria

El minifundismo existente en Carbajal (al igual que en los pueblos del entorno) presentaba graves inconvenientes para el desarrollo agrícola. Se contaban con los

Aurelio Valladares del Reguero

dedos de una mano (y quizá sobraba alguno) las fincas que superaban una hectárea de extensión. Por otra parte, muchas de ellas no tenían acceso directo a un camino, lo que suponía tener que practicar todas el mismo tipo de cultivo, con el fin de no ocasionar excesivos trastornos a la hora de la recolección. Se hacía, pues, más que necesaria una medida como la «concentración parcelaria», que se inscribe en aquella etapa política de los llamados «ministros tecnócratas» de la última etapa del gobierno de Franco, con los que se produjo, al menos en lo económico (no entro en otros aspectos), un avance considerable para todo el país.

Después de varios años de gestación, se hizo realidad a finales de la década de los sesenta. Se planificó conjuntamente para los pueblos de Modino, Pesquera, Santibáñez y Carbajal. Aunque pertenecen a ayuntamientos distintos (los tres primeros al de Cistierna y Carbajal al de Gradefes), parece que primó el hecho de que los tres últimos tenían en común un Sindicato-Comunidad de Regantes, y con Modino formaban el primer tramo de la ribera derecha del río Esla. Peor suerte corrieron los pueblos siguientes (Villacidayo, Villanófar, Gradefes, etc.), a los que no llegó la concentración hasta varios años después.

Los trabajos a pie de obra estuvieron dirigidos por un ingeniero (don Mariano) y un perito (don Enrique), aparte de algún colaborador más.

Quedaron «excluidas» (era el término utilizado) las fincas que presentaban alguna particularidad, tales como huertos lindantes a las casas, las que tenían alguna construcción (las eras con caseta) o árboles frutales, etc. Entre las que eran objeto de concentración se estableció una distinción entre regadío y secano. Se procedió a la valoración de las zonas, estableciendo cinco categorías: desde la clase 1ª (la mejor) hasta la 5ª (la peor). Se tenían en cuenta la calidad del terreno o algún otro factor, como la cercanía al pueblo. Se formó una comisión de vecinos en cada pueblo para colaborar con los técnicos en dicha tarea. Tal valoración era fundamental, ya que repercutía en las nuevas parcelas: si estas eran en conjunto de mejor calidad que el total anterior, se obtenía menos extensión y viceversa.

Surgió algún problema sobre la marcha, como, por ejemplo, el hecho de que al llegar a las tierras en que confluían los términos de dos pueblos saltaba a la vista las diferencias de criterio de valoración seguidas por las comisiones respectivas. Pero estos desajustes se fueron subsanando.

Una vez hecha la valoración y la medición de todas y cada una de las fincas, se expusieron los planos en la Escuela para posibles reclamaciones por error en asignaciones de propiedad, disconformidad con la medición, etc.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

En una fase posterior cada propietario formuló de forma explícita sus peticiones, siempre razonadas: tener en el lugar elegido una finca grande, preferir el terreno lindante a una finca propia que había quedado excluida, juntar parcelas pertenecientes a marido y mujer... Se respetó este criterio en buena medida. Sin embargo, hubo una primera adjudicación que originó algunas protestas, que derivaron en modificaciones, antes de llegar a la definitiva. Una de las razones esgrimidas era que se había equiparado las clasificaciones de las fincas de la presa con las del canal, cuando se entendía que, en igualdad de clasificación, las de canal eran de valor inferior; aspecto que no se había tenido en cuenta en la valoración hecha en su momento. Y finalmente llegó la adjudicación definitiva. Recuerdo que la colocación de los mojones para delimitar las nuevas fincas coincidió cuando yo me encontraba en el pueblo disfrutando de un permiso mientras cumplía el servicio militar en Segovia, por lo que deduzco que tuvo que suceder a finales de 1969 o comienzos de 1970. Varios jóvenes del pueblo colaboramos con el perito don Enrique en esta tarea, a cambio –por supuesto– de una gratificación que nos vino muy bien para nuestros gastos personales. Él llevaba los planos en la mano, donde figuraban superpuestas la situación antigua de las fincas y la de las nuevas, lo que le servía para indicarnos el lugar en que debíamos colocar los mojones de hormigón hechos al efecto.

He revisado algunos títulos de propiedad donde consta la firma del Director General del Servicio Nacional de Concentración Parcelaria y Ordenación Rural, hecha en Madrid el 23 de julio de 1968. Hay diferencias de fechas en lo relativo a actas de protocolización, autorización, pago de impuesto, registro de propiedad, etc., dado que unas tramitaciones se hicieron en Riaño, entonces cabeza del partido judicial al que pertenecían Modino, Pesquera y Santibáñez, en tanto que las correspondientes a Carbajal, tuvieron que hacerse en el partido judicial de León. Los documentos que yo he visto están fechados entre el 5 de noviembre de 1968 y el 3 de junio de 1970.

El resultado debe considerarse como muy positivo. Aunque siempre hay personas que creen que lo suyo es lo mejor y, por consiguiente, salen perjudicadas, la opinión generalizada fue favorable. De todas formas, a pesar de los logros conseguidos, sigue habiendo fincas pequeñas. Creo, si la memoria no me falla, que la parcela más extensa de los cuatro pueblos, adjudicada a Josefa Urdiales Valladares (de Carbajal) y que comprende parte de los términos de Carbajal y Santibáñez, tanto de la presa como del canal (Valdealzón y las Huelgas), apenas

Aurelio Valladares del Reguero

supera las siete hectáreas. Muy pocas parcelas, en definitiva, sobrepasan las cuatro o cinco hectáreas. Ahora bien, constituyó un paso importante teniendo en cuenta el acentuado minifundismo anterior.

Aparte de lo que supuso la agrupación de fincas, trajo consigo otras ventajas: mejores caminos y con acceso a él de todas las parcelas, simplificación en las madrices de riego, eliminación de obstáculos (gracias al trabajo con maquinaria adecuada)... Además, permitió que el propietario que tenía fincas en cualquiera de los cuatro pueblos afectados, podía agruparlas en el término donde residía, o al menos acercarlas. Esto afectó, por ejemplo, a matrimonios en que el marido era de un pueblo y la mujer de otro.

Se respetó el trazado de la presa y del canal. Desaparecieron muchas sebes y márgenes de fincas improductivos. Para los chopos existentes en las lindes de algunas fincas que se veían afectadas por la nueva demarcación, se dio un plazo para derribarlos al antiguo propietario; si no lo hacía, pasaba a propiedad del nuevo. Produjo, en consecuencia, un cambio enorme en la fisonomía del campo del pueblo y la desaparición de algún topónimo (la Palerona, el Camino Hondo...), al perder el referente que le daba nombre.

Como resultado de la Concentración Parcelaria, quedaron cinco fincas sobrantes en el término de Carbajal (conocidas bajo la etiqueta de «Masa Común»), que el Servicio Nacional de Concentración Parcelaria y Ordenación Rural, haciendo uso de la facultad que le atribuía la legislación vigente, cedió para su explotación a la Junta Vecinal. Todas ellas son de escasa extensión: una en el Pico de Ranero, otra en el Hompernal, otra en el Soto Molino y dos en la Peregrina. Desde entonces el pueblo las ha venido arrendando, con el consiguiente beneficio económico; si bien las cantidades no son muy relevantes (por ejemplo, en 1972, el arriendo se fijó, respectivamente, en 100, 350, 800, 400 y 500 pts. anuales).

11.- Actividad ganadera

Como ya adelanté en el apartado anterior, la ganadería constituía el segundo pilar básico de la economía del pueblo. Es más, en las últimas décadas del siglo XX esta actividad fue ganando terreno, particularmente la explotación del ganado bovino,

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

haciendo que la agricultura quedara prácticamente supeditada a ella. Por desgracia, desde hace poco menos de un lustro, ya no se puede hablar de ninguna de las dos actividades que durante siglos han sido el soporte y razón de ser del pueblo de Carbajal. Creo que los dos últimos vecinos que tuvieron explotaciones de ganado vacuno (particularmente vacas de leche) fueron Jesús del Valle Aller y José Antonio Valladares González. Son las consecuencias de los nuevos tiempos, que ha dejado abocado al pueblo a ser residencia de jubilados o lugar de vacaciones para segundas y terceras generaciones.

a) Ganado vacuno

El ganado vacuno ha sido siempre el de mayor importancia para la gran mayoría de los vecinos del pueblo, puesto que en él confluyen dos aspectos básicos: ser el animal más utilizado para las labores agrícolas y servir también para la explotación de carne o de leche. La llegada de la maquinaria agrícola anularía la primera faceta, pero intensificaría de forma muy importante la segunda.

Siendo yo muy pequeño todavía utilizaban yuntas de bueyes para las tareas agrícolas Fulgencio Barrientos (y su hijo Jesús «Chuche») o los hijos de Luciano Valladares (Marcelino, Martiniano «Marti» y Fortunato «Nato»). Pero muy pronto desaparecieron en favor de las de vacas, mucho más rentables (daban terneros y leche), aparte de que la diferencia de fuerza (si era una buena pareja de vacas, claro está) no era grande. Oí contar a un vecino del pueblo que en cierta ocasión una pareja de bueyes no podía sacar de la maleza el tronco de un chopo grande que acababan de cortar y él lo consiguió con su pareja de vacas. Algún vecino tuvo algún toro semental: mi padre (durante muy poco tiempo), los hijos de Luciano Valladares y más tarde Volusiano «Chano» García, aunque este para uso casi exclusivo de su ganado. Esto obligaba a llevar las vacas que estaban «toras» (en periodo de celo) a otros pueblos en que había semental. A mi me tocó muchas veces ir a Santibáñez, donde mi tío Ángel Corral tuvo durante bastante tiempo dos toros, que iba renovando con el tiempo.

A comienzos de la década de los sesenta vino el sistema de inseminación artificial, gestionado desde la Diputación Provincial de León, que disponía de una granja con magníficos ejemplares. Al principio hubo cierto recelo sobre la

Aurelio Valladares del Reguero

efectividad de esta nueva técnica, aunque pronto se empezaron a ver los beneficios. En pocos años la cabaña mejoró de forma notoria, sobre todo cuando se buscaba conseguir hembras de buena producción lechera; aparte de evitar el riesgo de contagio de enfermedades que conllevaba el método tradicional. Durante varios años el veterinario encargado de este cometido en los pueblos de la zona fue don Justo Llamazares, que se casaría con la maestra de Carbajal (doña «Maruqui» de la Fuente) y ambos vivieron algún tiempo en la «Casa del Maestro» que había cerca de la Iglesia.

A finales de la década de los cincuenta empezó a desarrollarse, aunque muy tímidamente, un principio de explotación lechera, con la presencia diaria de lecheros de Cistierna o de León (con motocarros o pequeñas furgonetas) que compraban este producto a unos pocos ganaderos y pagaban a mes vencido. La progresiva mejora de la raza hizo que esta actividad se fuera incrementando con la participación de muchos productores más y la aparición de firmas comerciales reconocidas que hacían la recogida diaria en camiones. Años después se generalizaría el uso de recipientes dotados de nueva tecnología por parte de los ganaderos y la recogida en camiones cisterna adaptados a esta función. A partir de aquí se puede hablar ya de explotaciones modernas. El pago mensual de la leche entregada venía a ser una especie de sueldo con el que el ganadero se asemejaba a cualquier trabajador o funcionario. Es decir, percibía de forma periódica una cantidad de dinero y no dependía exclusivamente de circunstancias más esporádicas, como era la venta de productos después de la recolección o de algún animal cuando llegaba su momento.

Una prueba de la importancia de las vacas en la vida de los habitantes de Carbajal era que todas tenían un nombre propio de identificación, que no solo era conocido por los miembros de la familia del dueño, sino también por el resto de los vecinos. En ocasiones aludían a algún rasgo físico del animal, pero en otros muchos casos la elección era arbitraria. Los nombres más frecuentes que recuerdo eran: Paloma, Chata, Gacha, Chaparra, Macarena, Rubia, Bardina, Bura, Morena, Pinta, Sirga, Bonita, Linda, Galana, Estrella, Montañesa, Princesa, Mora, Lucera, Serrana, Coronela...

b) La vacada

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

La mayor parte de las vacas del pueblo, salvo las que se empleaban con asiduidad en las labores del campo o se las atendía de manera especial por ser buenas productoras de leche, formaban la «vacada» (también llamada «hacienda»), que desde la primavera al otoño pastaba en terrenos comunales: por la noche en el monte y por el día en el soto del río. Se encargaba de su cuidado el «vaquero», función que en mis tiempos desempeñaron dos vecinos del pueblo: primeramente Alberto García y a continuación Francisco «Quico» Vega. Para ayudarle en sus tareas estaba establecido el servicio de «vecería», turno rotativo cuya duración venía determinada por el número de reses que se aportaban (creo recordar que era a razón de medio día por animal).

Al atardecer la vacada se dirigía al monte y en la zona de ensanche del Valle se detenía un rato en espera de las reses que se habían parado en el pueblo (para dar de mamar a sus terneros, ser ordeñadas...) o las que durante el día habían estado realizando trabajos (por ejemplo, trillando), tiempo que aprovechaba el vaquero para merendar y coger en su zurrón los alimentos de la cena. Se reanudaba la marcha valle arriba y luego, unas veces por Valmediano y otras por Valpedroso, se llegaba hasta lo alto de la loma, cuidando de que no se rezagara ninguna vaca o se saliera de la manada (es lo que se conocía como *arimar* o *arrimar*). Aquí concluía la tarea del «vecero» (también se decía «buicero»), que volvía a su casa, pero que la reanudaba al día siguiente muy de mañana. El vaquero, por su parte, continuaba con la vacada, atravesaba el Valle Ranero y subía hacia la Majada, donde pasaba la noche. En este lugar tenía construida una choza para su uso. Al amanecer las vacas empezaban a descender hacia el Valle Ranero, en el que debía encontrarse el «vecero» esperándolas para detenerlas hasta que estuvieran todas. De ahí que se hablara de «ir de espera». Unas veces se hacía en la boca de Valdenavar (cuando en la tarde anterior se había ido por Valpedroso) y otras en la de Valdelaloca (si se había realizado por Valmediano).

Se regresaba a media mañana y, al pasar por el pueblo, se agregaban o se quedaban las vacas que se precisaba, según los casos, y las demás continuaban hacia el soto. Aquí la ayuda consistía fundamentalmente en vigilar que no se salieran a los sembrados cercanos y causaran destrozos. Por la tarde se regresaba al pueblo y continuaba el ciclo. Las cencerras (se utilizaba más este término que el de cencerro) que llevaban algunas vacas, junto a las voces del vaquero y el «vecero», anunciaban la llegada al pueblo, bien cuando subían por la Cañada desde el soto o bien cuando bajaban del Valle, con lo que daba tiempo a

Aurelio Valladares del Reguero

prepararse para recoger algunas vacas en la cuadra o soltar aquellas que debían unirse a la manada.

Cuando todas las reses se encontraban estabuladas y se iba a iniciar la salida hacia el monte o el soto, el «vaquero» lo anunciaba mediante el toque de campana correspondiente o haciendo uso del «turullo» por las calles.

Desde muy corta edad (antes de cumplir los diez años) empecé yo a ir de «vecero» con el señor Alberto. Recuerdo que, para hacerme más atractiva la tarea encomendada, me regaló un «porraco», cayado hecho con una rama de pie de roble, aprovechando para la curvatura la parte de la raíz, que luego terminaba de moldear en el fuego. Lo conservé durante mucho tiempo sin consentir que nadie me lo arrebatara. Fueron más las veces que me tocó actuar con «Quico» Vega, hasta que llegó el momento en que este cesó en su función como vaquero (pasó a ser pastor de ovejas) y ya nadie más se encargó de tal misión. No obstante, la vacada duró algún tiempo más (los «veceros» se tenían que hacer cargo de todo el trabajo) y, finalmente, terminó desapareciendo.

Posteriormente, tantos los pastos del monte (especialmente el «pastizal de Ranero») como los del soto se han venido arrendando –incluso a ganaderos de otros pueblos de la provincia–, por lo que la Junta Vecinal ha contado con una fuente más de ingresos para sus arcas.

Por otra parte, hay que señalar las plantaciones de pinos en el monte y de chopos en el soto, a través de ICONA, de las que derivará una importante fuente de ingresos para el pueblo. De hecho, en el soto se han hecho algunas cortas en los últimos años.

c) El hierro de San Antón

La muerte por enfermedad de una vaca suponía un trastorno económico considerable para la familia afectada, lo que explica que una sociedad rural poco modernizada, cuando veía cercano el peligro, echara mano de cualquier procedimiento en busca de remedio. Yo vi más de una vez colocar estampas de santos en las cuadras junto a un animal enfermo, rociar el establo con agua bendita o conservar en él durante el año el ramo de pino bendecido para la procesión del Domingo de Ramos.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

En este contexto debe interpretarse el llamado «hierro de San Antón», consistente en una barra de hierro terminada en una pequeña cruz de cuatro brazos iguales, provista de un mango de madera utilizado para su manejo. Cuando había indicios de epidemia en el ganado vacuno se marcaba con dicho hierro a las vacas, una vez puesta al fuego la parte de la cruz. Siendo yo pequeño (calculo que fuera por el año 1953 o 1954) se puso en práctica una vez. Aprovechando la llegada del monte de la vacada y la habitual parada en el Valle, se llevó allí el resto de las vacas y se procedió a marcarlas a todas, tarea no fácil, porque al sentir el calor del hierro resultaba dificultoso sujetarlas. En el artículo de Francisco Javier Rúa Aller «Costumbres leonesas en torno a San Antón y el fuego» (*Revista de Folklore*, Tomo 29, nº 338, 2009, pp. 66-72), se recoge el testimonio de Amor Barrientos relativo a Carbajal. Por lo que allí se dice deduzco que muy probablemente se refiere al mismo hecho al que acabo de aludir. No tengo noticia de que se repitiera esta aplicación en años siguientes.

d) Ganado ovino

Eran muchos los vecinos de Carbajal que, en mayor o menor cantidad, tenían ovejas, hasta el punto de que había tres pastores que cuidaban sus respectivos rebaños (se hablaba más de «ganados»): Máximo Campos (marido de Saturnina), Domingo González (marido de Regina) y Benjamín Díez (marido de Inocencia). En el ganado de este último estaban las ovejas de mi padre, de mi tío Miguel, de la familia de mi tío Luciano (hermano de mi abuelo), de Gabriel del Valle y de Wirón Díez (no sé si de alguien más que ahora no recuerdo). Luego se produjeron reajustes, a medida que alguno de estos pastores, iban cesando, debido a la edad, en su función. Hubo un momento en que Francisco «Quico» Vega, después de dejar de ser «vaquero», cambió de actividad y se convirtió en el único pastor del pueblo (y, a la postre, sería el último); pero creo que al final se trataba de ovejas exclusivamente de su propiedad.

Los pastores identificaban perfectamente a cada oveja, pero para los demás (incluidos los propios dueños) no resultaba tan fácil. Eso explica que se les hiciera una marca en la oreja para conocer las que eran de uno y de otro. Recuerdo que las de mi padre llevaban cortada totalmente la punta de la oreja.

Aurelio Valladares del Reguero

Ya he hablado en otro apartado de las muchas «cortes» existentes en el pueblo, lo que demuestra la importancia del ganado ovino. La venta de corderos y de la lana constituía una fuente de ingresos, siendo el coste de su mantenimiento relativamente pequeño. Además, se apreciaba mucho el estiércol que producía.

En la época en que parían las ovejas y generaban más cuidados, se establecían turnos de ayuda al pastor entre los propietarios de cada rebaño (se hablaba de «ir de ayuda»). Al igual que en las *vecerías* (con las vacas), era una tarea en muchos casos encomendada a los más jóvenes de la casa. A mí me tocó hacerlo más de una vez, cuando apenas había empezado a ir a la Escuela. No se me olvida la regañina que me echó un día el señor Benjamín por la zona de la Majada cuando entendí al revés lo que me había indicado y las ovejas fueron a parar donde no tenía previsto.

Cada pastor solía ir acompañado de dos perros: uno pequeño para cuidar las ovejas y otro grande (a veces provisto de carrancas en el cuello) para la defensa contra posibles ataques del lobo, que de cuando en cuando causaba algún estrago.

El mes de junio era el indicado para esquilar las ovejas, ya que así tenían todo el verano por delante para que les creciera la lana y poder soportar mejor los rigores invernales. Para los niños constituía todo un acontecimiento, ya que era la única ocasión en el año en que se tenía contacto con estos dóciles animales. Y desde muy corta edad prestábamos nuestra colaboración cogiendo a cada oveja, que derribábamos para que quedaran las patas hacia arriba, que luego eran atadas con una cuerda, dejándolas inmovilizadas para el esquila. Las primeras en caer en nuestras manos eran las que tenían cencerra, lo que nos permitía entretenernos un rato produciendo ruido con estos objetos sonoros. Se esquilaba con unas tijeras grandes, que se procuraba tener bien afiladas. A veces se producían cortes en la piel, en las que se echaba un poco de zotal para evitar que las moscas se concentraran en la herida.

La lana recolectada servía para rellenar los colchones (todavía no había llegado la época del Flex y otras marcas similares) y el resto se vendía. Había compradores que visitaban todos los años el pueblo para realizar la compra.

Como ya he apuntado en otro capítulo, era costumbre sacar del ganado alguna oveja que hubiera quedado machorra o algún cordero macho para engordarlos a partir de los meses finales de verano y luego matarlos para el consumo de la casa. Quiero referir, a este propósito, un caso que me sucedió cuando yo rondaba la edad de diez años o poco más. Teníamos un corderillo que

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

poníamos todos los días a pacer en la huerta contigua al corral, atándolo con un cordel a uno de los árboles frutales. Yo era el encargado de sacarlo por la mañana y encerrarlo antes de anochecer. Pero un buen día se me fue el santo al cielo: me entretuve más de la cuenta jugando, cené y, ya avanzada la noche, me acosté. Cuando intentaba conciliar el sueño, a través de la ventana de mi dormitorio, que daba al corral, me llegaron los lastimosos balidos del cordero. Inmediatamente me di cuenta del olvido. Salté como un resorte de la cama, me vestí y bajé la escalera con todo sigilo para que mis padres no lo notaran. Me encaminé hacia la huerta y, apenas me vio llegar, se vino corriendo desesperado hacia mí y se metió todo tembloroso entre mis piernas, sin querer apartarse; hasta que lo llevé al sitio habitual de todas las noches y se tranquilizó. Era evidente que había pasado auténtico miedo. Me dejó impresionado la escena, a la vez que me produjo una sensación de satisfacción interior, al comprobar esa demostración de afecto por parte del aquel pequeño animal que encontraba en un chaval como yo su refugio y protección. A lo largo de mi vida he recordado muchas veces este hecho conmovedor. Desde entonces estoy seguro de que los corderos, a pesar de que tradicionalmente se considera que son «mansos» y lo aguantan todo, tienen también su rinconcito para los sentimientos. Una excelente lección de esas que se aprenden cuando se vive en contacto directo con la naturaleza.

Apenas había cabras en el pueblo. Solamente recuerdo unos pocos ejemplares que tuvo algún tiempo Luis Villacorta. Se decía que perjudicaban mucho el monte, al comerse los brotes de roble.

e) Otros animales domésticos

La falta de medios de transporte hacía necesaria la utilización de caballos-yeguas y burros para viajar. Algunos vecinos tenían caballo, pero eran más los que preferían las yeguas, de las que obtenían una cría. Y así sucedía en el resto de los pueblos de la zona, lo que explica la existencia de una «parada» (también se decía «puesto») de sementales en Vidanes, dependiente del Ministerio del Ejército, que dirigía –creo recordar– un suboficial, ayudado por varios soldados que cumplían allí el servicio militar. En Carbajal durante algún tiempo funcionó la «yeguada», manada de yeguas que pastaba en lugares comunes (fundamentalmente, el soto del

Aurelio Valladares del Reguero

río) desde la primavera al otoño, con un «yegüero» encargado de cuidarlas. Recuerdo que Regino Díez Herrero (hijo de Benjamín e Inocencia), siendo todavía muy joven, realizó esta tarea.

También había burros (tanto machos como hembras), utilizados más para el transporte de pequeñas cargas dentro del pueblo, aunque también para viajes de recorrido más corto. Era muy apropiado para ir, por ejemplo, a la feria de Gradefes o al mercado de los jueves de Cistierna.

Estos animales fueron muy útiles hasta finales de la década de los cincuenta, en que empezaron a disminuir considerablemente, sobre todo en el caso de las yeguas. Permanecieron más tiempo los burros, que seguían siendo eficaces para algunas tareas del campo, tales como aricar, transportar cargas pequeñas, etc. Pudo influir en ello la construcción del camino vecinal, que hizo posible contar con un servicio público de autobús (entonces se hablaba de «coche de línea») y que circularan con relativa facilidad camiones, furgonetas y otros medios de locomoción. Antes de esto el ganado caballar había sido el medio ideal para cruzar el río y poder hacer uso de los vehículos que circulaban por la carretera que discurría por los pueblos del otro lado, construida mucho tiempo antes.

Un caso particular era el de los machos (no se usaba el término mulo) de Julián Gutiérrez o los caballos de Pablo Pato, utilizados para la venta de ultramarinos por los pueblos de la zona, asunto del que ya he tratado en otro capítulo.

También he hablado en un apartado anterior de otros animales importantes para la economía doméstica, como las gallinas, los conejos y, especialmente, los gochos, con todo el ritual de su matanza.

La presencia de otras especies era muy escasa. Recuerdo que tuvo patos Luis Villacorta; pavos, Florencio Ferreras; gansos, Fulgencio Barrientos; palomas, Volusiano «Chano» García, y poco más.

f) Ferias de ganado

Para la compra y venta de ganado se acudía a las ferias que se celebraban en pueblos de la comarca, que tenían fechas señaladas, donde también solía haber mercado de otros productos. Paso a citar las más frecuentadas por las gentes de

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Carbajal.

- Gradefes: el día tres de los meses de invierno (diciembre, enero, febrero y marzo), siendo el más importante el 3 de febrero (San Blas), festivo en este pueblo. La feria se celebraba en la explanada que había cerca del río, debajo del primer tramo del puente.

- Mansilla de las Mulas: el día once de cada mes. El ferial estaba situado en una amplia plaza, a mano derecha según se bajaba por la carretera. La más célebre era la de San Martino (11 de noviembre).

- León: se celebraba los sábados. El lugar era La Puentequilla (entonces en las afueras de la ciudad en dirección hacia Puente Castro). Por tal motivo los coches de línea realizaban aquí una parada.

- Almanza: tenía lugar los lunes y era famosa por la venta y compra de cerdos.

- Cistierna era más conocida por el mercado de los jueves, que todavía hoy perdura, aunque también celebraba ferias, siendo la más renombrada la de Santa Catalina (24 de noviembre). Al mercado se llevaban a vender legumbres y frutas, especialmente en burro. Los pueblos de la margen derecha del Esla llegaban a Cistierna cruzando el río, por encima de Modino, a través de un antiguo puente de piedra, llamado Puente de Mercadillo. Por la carretera del otro lado del río acudían muchos carros de machos y mulas procedentes de la zona de Fresno de la Vega cargados de hortalizas para su venta. Iniciaban la marcha el día anterior y solían hacer noche en Vidanes. En la casa en que yo me hospedé durante el año que estuve estudiando en la Preceptoría de este pueblo (curso 1957-58), paraban la noche de los miércoles varios de ellos, ya que la dueña, la señora Carmen, entonces viuda, disponía de una cuadra donde recogían los animales.

Guardo un grato recuerdo de la primera vez que me llevó mi padre, siendo yo muy pequeño a la feria de Gradefes. Tampoco puedo olvidar cuando años después le acompañé a la de Mansilla, a la que fuimos en el camión que justamente estrenaba ese día Elías Villacorta (acompañado por su hermano Domiciano, entonces ya afincado en Casasola). Me llamaron mucho la atención aquellos tratantes de ganado, ataviados con blusones azules, que con una tijera hacían su marca en los animales que compraban y anotaban el precio acordado en una libreta; pero sobre todo, su peculiar forma de fijar el trato, con fuertes apretones de mano, que a veces parecía que iban a descoyuntar el brazo del vendedor, y en ocasiones la presencia de un tercero que cogía las manos unidas de

Aurelio Valladares del Reguero

ambos en un intento de terciar entre las dos propuestas. En las ventas entre particulares se daba una señal al fijar el trato, pero con los tratantes profesionales, no era necesario, siendo suficiente garantía la marca personal que hacía en la res. En el caso de los terneros, las ventas solían efectuarse por peso, lo que obligaba al final de la feria a pasar por la báscula oficial del ferial y realizar en ella el pesaje, tras del cual se hacía la multiplicación correspondiente y se procedía al pago, y a continuación los tratantes llevaban los terneros a su camión. El rápido manejo que estos hacían de los fajos de billetes «verdes» de mil pesetas como si fueran simples papeles me dejaba anonadado.

Para la compra de ganado vacuno alguna vez se acudía a las ferias de Boñar o de Riaño. Mi padre fue en alguna ocasión a la de Boñar (era famosa la del Pilar, el 12 de octubre), donde pudo hacerse con buenos ejemplares de vacas de raza «ratina». También compró varios años en Riaño una pareja de jatos machos «bardinós» de aproximadamente un año, que se engordaban durante unos meses y luego se vendían para carne. Se les soltaba para llevarlos a beber agua al caño y siempre salían retozando y peleándose entre ellos. Yo era el encargado de conducirlos, mientras mi padre les preparaba la comida en el pesebre, sirviéndome de un buen palo; pero un día uno de ellos, ya grandecillo, se me revolvió en el corral haciendo ademanes de atacarme. Me entró el miedo en el cuerpo y empecé a gritar: *¡Papá, papá, que me embiste!* Mi padre no se inmutó y, desde dentro de la cuadra, se limitó a decirme: *Tú dale fuerte con el palo en el hocico y ya te dejará.* Y así, poniendo en práctica tan peculiar recomendación, logré evitar el conato de embestida. Los niños de entonces aprendíamos a defendernos por nuestros propios medios desde pequeños. ¡Qué lejos de los métodos actuales!

g) El paso de las merinas

Aunque se trata de un fenómeno ajeno al pueblo, considero procedente referirme a este ejemplo de la secular trashumancia que todavía seguía teniendo vigencia en los tiempos de mi niñez: el paso por nuestro término de ovejas de raza «merina», distinta de la raza «churra» existente en la zona. Llegaban a finales de primavera y regresaban a comienzos de otoño a través de la «cañada (o «cordel») de las merinas» (también se decía «meritas»). Procedentes del Sur (Extremadura y

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Salamanca), llegaban en ferrocarril hasta El Burgo Ranero. Desde allí emprendían camino a pie: atravesando la comarca del Payuelo cruzaban el río Esla más arriba de Gradefes y siguiendo la ladera del monte llegaban al Valle Ranero (en Carbajal), por el que subían y se dirigían, cruzando en diagonal hacia la ribera del Porma, por la zona de Boñar, hasta las montañas de Puebla de Lillo. Pasaban varios rebaños y en el último venían las caballerías que transportaban todos los enseres que utilizaban los pastores durante el tiempo que permanecían fuera de sus casas. A los más pequeños nos sorprendían aquellos enormes rebaños de ovejas diferentes de las nuestras y los grandes perros que las acompañaban. Tenían un camino para el paso, con derecho a utilizarlo desde tiempos muy antiguos, si bien no estaba señalizado. De ahí que las gentes acudieran a sus sembrados para evitar que se vieran afectados. A mí me tocó más de una vez acudir a una finca que tenía mi padre junto a la Pecina de Valmoro, en término de Villacidayo. Cuando se llevó a cabo la Concentración Parcelaria, quedó perfectamente delimitado el «Camino de las Merinas». Desde hace muchos años ya no pasan, y dicho espacio ha ido ocupándose progresivamente por las fincas lindantes. Recuerdo que un año les coincidió el camino de ida con una nevada tardía, por lo que tuvieron que refugiarse precipitadamente en algunas «cortes» del pueblo, lo que no impidió que murieran varios animales, poco acostumbrados a los fríos.

12.- Venta y compra ambulantes

Según he adelantado en apartados anteriores eran varios los vendedores que con periodicidad fija recorrían las calles del pueblo ofreciendo sus productos, bien de carácter general (los de ultramarinos) o específicos (carniceros, pescaderos o panaderos). Como lo hacían en días concretos y casi siempre a la misma hora, las vecinas estaban al tanto, para salir a la calle a realizar sus compras o se avisaban unas a otras.

Entre los vendedores de productos relacionados con la alimentación (ultramarinos en general), se encontraban los que tenían establecimiento en pueblos cercanos. Era el caso del señor Victoriano, de Villacidayo, que traía su mercancía en un macho (luego seguiría su hijo Jesús); lo hacía en un carro tirado por un macho Maturino (natural de Garfín), que tenía su establecimiento en

Aurelio Valladares del Reguero

Santibáñez, el que había pertenecido a mi abuelo materno Luis del Reguero; y de igual manera efectuaba el recorrido Pepe, «el del Feo», con comercio en Gradefes. A la inversa, los que regentaban tiendas de ultramarinos en Carbajal (Julián Gutiérrez y su hijo Paulino, y Pablo Pato) hacían lo propio en otros pueblos vecinos, particularmente en los del Valle (San Bartolomé, Valporquero...).

Entre los vendedores de productos específicos, estaba el carnicero de Gradefes Julio López, que llegaba hasta Santibáñez (su esposa era de este pueblo). Siendo yo de corta edad empezaron a venir por el pueblo algunos pescaderos de Cistierna, que en una moto Iso-Carro traían los pescados de consumo más frecuente y más baratos (chicharros, sardinas...), aunque poco a poco fueron incrementando su oferta. Estaba también Gabriel Cano Carpintero, apodado «el Charuto», de Sahechores, que venía un día a la semana con una bicicleta en cuyos portabultos (delante y detrás) llevaba sendos cajones con productos de mercería (hilos, cintas, botones, agujas...), debidamente ordenados, para la correspondiente venta.

A finales de los años cincuenta - comienzos de los sesenta se dejó de amasar en casa, con la llegada al pueblo de furgonetas de panificadoras (de Cistierna, Gradefes y luego Sahechores). La primera que recuerdo es la «Panificadora La Victoria» de Indalecio Bernardo, de Cistierna. Algún tiempo después se hizo una cooperativa entre panificadores de varios pueblos, GRAVALCU (nombre formado por la inicial de los tres ayuntamientos a los que correspondían: Gradefes, Valdepolo y Cubillas), que abastecían a los pueblos de la zona.

Dentro de los vendedores ocasionales tenemos a los «cacharreros», que exponían su mercancía en el suelo junto a la Escuela (botijos, platos, cacerolas, etc.). También se instalaban en la plaza de la Escuela los hojalateros, que encendían una pequeña lumbre, necesaria para aplicar el estaño con el que reparaban calderos, cazuelas y recipientes de todo tipo. Eran tiempos en que las cosas que se estropeaban, no se tiraban, como ahora, sino que se arreglaban. Muy conocido en la zona fue «Quico», un hojalatero de Vidanes (recuerdo del año que estuve en este pueblo que este señor vivía enfrente de la Iglesia). De cuando en cuando aparecían afiladores (muchos eran de origen gallego), que anunciaban su presencia con unos silbos de varios agujeros que emitían un sonido muy característico y fácilmente identificable. Llevaban un artefacto provisto de una rueda que accionaban con un pedal, en el que afilaban tijeras, cuchillos, navajas y demás objetos cortantes.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

También eran ocasionales los compradores de algunos productos, como lana, nueces, legumbres, etc. Sí aparecían con más frecuencia los pellejeros, que adquirían las pieles de los animales que se mataban en casa para el consumo particular, especialmente corderos/ovejas y conejos. La mayor parte de estos pellejeros procedían del pueblo vallisoletano de Villalón de Campos, que a veces aprovechaban para vender sus típicos quesos. Fue muy popular un hombre corpulento, de nombre Lucio, aunque todo el mundo lo conocía como «la Tía Tuna». Creo que se afincó durante un tiempo en Vidanes y hoy día dos hijos suyos regentan un puesto en el mercado de León.

13.- El río Esla: utilidad y obstáculo

El río Esla constituye la columna vertebral de toda la zona. Es una gran fuente de riqueza, ya que sus aguas riegan los campos y, en su momento, sirvieron para mover los molinos harineros, alguno de los cuales también generaba en su día energía eléctrica. Tampoco era despreciable el capítulo de la pesca para algunas personas expertas en estas prácticas. A nivel personal, no puedo olvidarme de los cangrejos que cogía, siendo todavía un chaval, en las partes del río en que la profundidad era pequeña, a veces aprovechando cuando iba de «vecería». Mi lugar predilecto era el tramo existente entre la Calera y la Tabla de la Becerrera. Me resultaba muy atractivo ir levantando piedras y, cuando veía un ejemplar, ir acercando una mano por delante mientras esperaba con la otra a que hiciera su típico movimiento hacia atrás para capturarlo. Eran aquellos cangrejos de color oscuro que, por una extraña enfermedad, desaparecieron en muy poco tiempo de los ríos españoles a finales de la década de los setenta. Ahora tenemos que conformarnos con esos cangrejos larguiruchos de color rojizo, parece ser que de procedencia americana, que a mí no me saben igual, quizá también porque se crían en piscifactorías. Desde hace años la actividad de la pesca (ahora se dice que es un deporte) está reglamentada, por lo que ha quedado reservada para los profesionales que cuentan con la correspondiente licencia y se ajustan a la normativa dictada por la Junta de Castilla y León. La pesca libre por parte de cualquier vecino es ya un recuerdo del pasado.

A pesar de estos beneficios innegables, sin embargo, durante mucho tiempo

Aurelio Valladares del Reguero

el mismo río ha supuesto también un serio obstáculo para la comunicación entre las dos márgenes, salvo en la época veraniega, en que la sequía hacía mucho más fácil cruzarlo de un lado a otro. Me estoy refiriendo ahora a los tiempos anteriores a la puesta en funcionamiento del pantano de Riaño, con el que cambió ostensiblemente la situación.

a) Crecidas del río

Siempre fueron motivo de especial preocupación las terribles crecidas que algunos años se producían en los últimos meses de invierno y primeros de primavera, coincidiendo con fuertes nevadas o la época de deshielo en la montaña. Especialmente llamativa fue la crecida de finales de enero de 1958, de la que se hizo eco la prensa nacional. Yo estaba entonces estudiando en la Preceptoría de Vidanes y recuerdo que la gente se acercaba al río y observaba con preocupación que el nivel del agua iba subiendo de forma alarmante, hasta prácticamente rebosar el hueco del puente que comunica este pueblo con Modino. En más de una ocasión el soto quedó anegado por las aguas casi por completo y sufrieron importantes inundaciones las fincas lindantes. Y son muchas las noticias que se conocen, a lo largo del tiempo, relativas a destrozos ocasionados en los pocos puentes que cruzan el río. El propio soto de Carbajal da fe de esta circunstancia, con rastros de las variaciones que ha sufrido su curso. Conservo en mi memoria, por ejemplo, alguna crecida en que las aguas del río llegaban hasta el Pozo Calderón (al final de la Cañada) y luego seguían bordeando las fincas de Solarriba hasta la Calera. Posteriormente sería encauzado hacia el lugar por donde discurre en la actualidad, pero durante algún tiempo quedó una gran masa de agua en esta zona, por donde tenía que cruzar el ganado (y consiguientemente las personas) para llegar al soto. A tal fin se hizo un paso a base de echar ramaje y espinos, con piedras encima, hasta aflorar a la superficie. Por allí pasaban las personas, ya que no impedía el curso de la escasa corriente de agua, procedente de fuentes de la zona del Argañal. Si corría un poco más de agua, se saltaba entre las piedras grandes. No obstante, la profundidad era importante, hasta el punto de que las vacas tenían que cruzar a nado, porque en el centro no hacían pie.

Estas crecidas del río, con las consiguientes variaciones del cauce en

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

algunas ocasiones, posiblemente sean el origen de conflictos entre pueblos a la hora de fijar los límites del soto de cada uno. Así, por ejemplo, el pueblo de Vega de Monasterio en 1960 llevó a cabo unas plantaciones en el paraje conocido como Pico del Soto de Abajo, de unas cinco hectáreas de extensión, que Carbajal entendía como suyo (Acta de la Junta Vecinal de 9 de diciembre de 1960). Según el acta del 11 de junio de 1961, que firman 23 vecinos, se ve la necesidad de llegar a una solución consensuada y para ello se acuerda elevar un escrito a los Ayuntamientos de Gradefes y de Cubillas, solicitándoles que intervengan y se proceda al deslinde de los límites entre Carbajal y Vega. Y años después, en la reunión de la Junta Vecinal del 4 de julio de 1983 se acordará instar a las Juntas Vecinales de Villacidayo y Vega para que, acompañados del Guarda Forestal, se determinen los límites de los pueblos.

Todavía en fechas más recientes perduraban aún los problemas apuntados, hasta el punto de que el 19 de septiembre de 1988 se celebra, precisamente en Carbajal, una reunión de representantes de las Juntas de Carbajal, Villacidayo, Vega de Monasterio y Quintanilla. Y, a consecuencia de ello, la de nuestro pueblo acuerda solicitar al Ayuntamiento de Gradefes que inste al Instituto Geográfico Nacional para que designe un perito que proceda al deslinde de los terrenos comunales o propios de cada una de las Juntas Vecinales, y que se paguen los gastos a partes iguales y que todas se comprometan a aceptar el arbitraje o dictamen emitido (Acta de la Junta Vecinal del 24 de septiembre de 1988). El asunto no quedó resuelto, tal y como se desprende del contenido del acta de la Junta Vecinal del 4 de diciembre de 1989.

b) Puentes sobre el río

En la zona más cercana a Carbajal han existido, desde tiempos antiguos, dos puentes: el del Mercadillo, que une Modino con Sorriba, y el de Gradefes, que une esta población con el lugar conocido como «la Alegría», entre Villahibiera y Sahechores. Ambos puentes están documentados desde la Edad Media, ya que según apunta el sacerdote e investigador Julio de Prado Reyero, «en el año 1234 la Condesa doña Sancha en su testamento hace mandas a los Puentes de Gradefes

Aurelio Valladares del Reguero

y Mercadillo»⁵⁷. Ahora bien, no siempre funcionaron de forma ininterrumpida, ya que las crecidas del río los tuvieron inutilizados en ocasiones, hasta poder ser reparados. En cuanto al del Mercadillo, el citado investigador habla de los problemas que tuvo a consecuencia de una crecida en 1674, de una reparación en 1746 y de las obras llevadas a cabo en 1992 para reforzarlo⁵⁸. Y por lo que respecta al de Gradefes es ilustrativo el testimonio de Sebastián de Miñano a comienzos del siglo XIX, en que nos habla de que el paso del río se hacía a través de barcas, porque se encontraba destruido el puente de piedra⁵⁹. Esta destrucción se produjo durante la Guerra de la Independencia (1808-1814). El actual puente fue construido sobre los restos del antiguo Puente de la Magdalena, según el proyecto redactado por Bienvenido Oliver en diciembre de 1904⁶⁰.

Más reciente es el puente de Vidanes, construido en 1942, a través del cual la carretera local de los pueblos de la margen derecha del río (la que viene desde Gradefes) enlaza en Vidanes con la carretera que discurre por la margen izquierda. Se encuentra muy próximo al del Mercadillo.

c) Otros medios para cruzar el río

Dentro del trayecto de 19 kilómetros (aproximadamente) que media entre los puentes de Gradefes y Vidanes, Carbajal se encuentra justamente en el medio, lo que supone un inconveniente mayor para su comunicación con los pueblos del otro lado del río. Esta circunstancia explica sin duda que en esta zona se hayan intentado distintos procedimientos para cruzar el río, si bien han sido todos coyunturales y de corta duración.

⁵⁷ *Un viaje histórico por el Alto Esla*, 2ª edición, León: Instituto Leonés de Cultura, 1999, p. 182.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 182.

⁵⁹ *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, T. IV, Madrid: Imprenta de Pierart-Peralta, 1826, p. 339.

⁶⁰ Cfr. José A. Fernández Ordóñez, Tomás Abad Balboa y Pilar Chías Navarro, *Catálogo de puentes anteriores a 1936. León*, Madrid: Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos - Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas (CEDEX), 1988, pp. 558-562. También tratan estos autores del puente del Mercadillo (pp. 624-626).

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Uno de ellos fue una «barca», que dio lugar a un topónimo que todavía hoy se conserva. Entre Carbajal y Villacidayo, ya en término de este y frente a Vega de Monasterio, funcionó durante varios años este medio de transporte que servía para pasar el río de un lado a otro. Construida con madera, de forma casi plana y con ligera elevación de los bordes, llevaba un poste vertical que, al chocar en un cable fuerte de metal que iba desde una orilla a otra, impedía que se la llevara la corriente. El barquero presionaba con un palo largo en el fondo del río para hacerla avanzar y a veces lo conseguía simplemente con ir cogiendo el cable con las manos y haciendo fuerza con su cuerpo. Ejerció este cometido Eleuterio «Tello» Yugueros, que vivía con su familia en una casa construida en este lado del río, aunque la cercanía le hacía estar más relacionado con Vega (los hijos iban a la Escuela de este pueblo). Se accedía a través de una finca propiedad de mi padre y de mi tío Miguel, herencia de la madre de ambos, natural de Villacidayo (mi abuela Fe Sánchez de la Varga). En uno de los chopos de esta finca estaba agarrado uno de los extremos del cable en que se sujetaba el palo vertical de la barca. Quienes utilizaban este servicio abonaban al barquero una cantidad de dinero, de la que estábamos exentos mi familia y la de mi tío por la razón apuntada. Esta barca cumplió una importante misión cuando solo existía «línea de coches» (autobuses) por la carretera que discurría al otro lado del río. Había dos coches de línea de la Empresa Fernández, el Acebedo y el Portilla, así llamados porque unían estos dos pueblos de la montaña con la capital, León. El primero bajaba por la mañana y regresaba por la tarde, en tanto que el segundo (se le llamaba también el Correo, porque traía el correo desde la capital) lo hacía en sentido inverso. Los dos tenían una parada en los llamados «Campos de Vega», entre Quintanilla y Cubillas, donde se subían o apeaban, además de las gentes de Vega, las de Carbajal y Villacidayo, que cruzaban el río a través de la barca. Cuando el coche de línea que llegaba hasta Gradefes, alargó su recorrido hasta Santibáñez, fue haciendo innecesario este servicio, lo que llevó a su desaparición a comienzos de la década de los sesenta del siglo pasado.

En la otra parte de Carbajal, al comienzo del término de Santibáñez, entre los lugares conocidos como el Concarrón y la Reguera, funcionó durante algún tiempo el llamado «zeppelin», que cumplía la misma misión que la «barca» mencionada anteriormente. Consistía en un cajón grande de madera, con cabida para dos o tres personas, que se deslizaba a través de dos cables fuertes de metal. El recorrido desde este lado resultaba más fácil, ya que era descendente (al estar

Aurelio Valladares del Reguero

más alto el ribazo de donde salía que la parte del soto a la que llegaba), no así cuando se realizaba en sentido inverso, que requería el esfuerzo del encargado, que hacía presión con su cuerpo agarrando con las manos los cables. Comunicaba con Villapadierna y Palacio. Se construyó entre 1942 y 1943 por iniciativa del pueblo de Santibáñez, siendo alcalde Ángel Corral (precisamente tío mío y padrino de mi bautizo, casado con Sabina, la hermana mayor de mi madre). Estuvieron encargados de este peculiar artilugio varios vecinos de dicho pueblo, siendo el último Aurelio Fernández, sustituido en ocasiones por su hijo Honorino. Desconozco el origen de tan extraño nombre. Posiblemente le encontraron alguna similitud con aquellos famosos artefactos voladores que hicieron furor en la primera década del siglo XX, a los que dio nombre su inventor, el alemán Ferdinand von Zeppelin. Pedro Díez Corral (natural de Santibáñez y casado en Carbajal), en su página web sobre su pueblo natal apunta más detalles a este respecto. Dada la proximidad, las gentes de Carbajal utilizaron también este servicio.

Años más tarde (hacia mediados de la década de los sesenta) y también por iniciativa de Santibáñez, siendo alcalde José González, se construyó una especie de puente colgante que atravesaba el río y permitía la comunicación entre los pueblos de Santibáñez y Villapadierna. Estaba formado por dos cables de metal en los que iban colocadas tablas de madera, formando un pasillo de un metro aproximadamente de anchura, en tanto que otros dos cables, a mayor altura, servían de protección para los transeúntes. Resultaba muy práctico pasar por él en bicicleta (yo lo hice en varias ocasiones), ya que las tablas apenas se movían, a diferencia de cuando se hacía a pie, ya que el conjunto del puente vibraba bastante, lo que resultaba poco agradable. Calculo que a comienzos de los setenta ya había desaparecido.

d) El baño en el río

Durante los días calurosos de verano el río era el lugar propicio para darse un baño. Los sitios más idóneos eran los remansos o los «puertos» donde se desviaba el agua hacia las presas de riego, ya que al estar retenida el agua su temperatura resultaba más agradable. El puerto de la presa de Villacidayo, que quedaba

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

enfrente de la desembocadura de la Cañada, era el lugar en el que habitualmente nos bañábamos los de Carbajal, donde coincidíamos con los de Quintanilla, que acudían desde el otro lado. No solía haber problemas entre los chicos de uno y otro pueblo, que charlábamos de forma amigable, aunque alguna vez marcábamos diferencias arrojándonos piedras desde nuestros respectivos lados del río.

En un principio el baño era cosa exclusiva de los hombres. Yo conocí la época en que los chicos no metíamos al agua «en jitos», aunque pronto nos fuimos civilizando y ya usábamos bañador. A mediados de los 60 (no sé si por influencia de la apertura de España al turismo extranjero con Manuel Fraga Iribarne al frente del Ministerio de Información y Turismo) empezaron las chicas (solamente las solteras, por supuesto) a ir a bañarse al río, donde coincidíamos los jóvenes de ambos sexos. Esta muestra de desinhibición femenina no fue bien vista por alguna personas del pueblo. Y, a este propósito, no me resisto a contar una anécdota muy reveladora protagonizada por el cura, don Antonino, durante el sermón de la misa dominical. Sucedió en el verano de 1965 (podría equivocarme en el margen de un año) y coincidió que estaba en mi casa un compañero de estudios, que también fue testigo. La he recordado muchas veces y creo estar en condiciones de reproducir, prácticamente en su literalidad, las palabras con las que amonestó a la feligresía. Como era habitual en él, hizo una pequeña pausa, tragó saliva (esto era señal de que iba a decir algo importante) y se arrancó en estos términos:

De un tiempo a esta parte se viene observando que acuden también a bañarse al río las jóvenes del pueblo. Debéis saber que la promiscuidad de sexos en el baño es totalmente inmoral. Sí, ya sé que me diréis que en las playas se juntan hombres y mujeres; pero, claro, no me vayáis a comparar el río de Carbajal con un Sardinero de Santander.

La reprimenda originó los lógicos comentarios, con interpretaciones para todos los gustos. Pero la realidad fue rotunda y contundente: ni ese mismo domingo ni los siguientes las chicas cambiaron de actitud. Y don Antonino, seguramente viendo que la fuerza de los hechos era irrefrenable, optó por no repetir una recomendación que estaba condenada de antemano al fracaso. Es evidente que España estaba empezando a cambiar en sus costumbres, incluidos los pueblos pequeños. ¿Por qué Carbajal iba a ser menos que Santander?

La verdad es que en los últimos tiempos el baño en el río no tiene ya esa

Aurelio Valladares del Reguero

aceptación de antes. Quizá porque los jóvenes pueden acceder más fácilmente a otros medios de diversión. O muy probablemente también porque desde la puesta en funcionamiento del pantano de Riaño la corriente es continua y el agua mantiene una temperatura más fría, con lo que se hace menos apetecible dicha práctica.

e) El pantano de Riaño

Este embalse, que recoge las aguas del río Esla en la zona alta de su curso, comenzó a construirse en 1965 y, después de muchos problemas (con protestas, manifestaciones, etc.), cerró sus compuertas el 31 de diciembre de 1987. La polémica se había enconado de tal forma que en algunos momentos hubo temores de que no llegara a ponerse en funcionamiento. La Administración tuvo que aplicarse con tacto y prudencia a la hora de las indemnizaciones. Resulta fácilmente imaginable la zozobra de personas arraigadas en su pueblo, con sus fincas y su ganado, siguiendo la tradición de padres y abuelos, al verse forzados a rehacer la vida en otro lugar, distante y distinto del suyo, por mucho dinero que les dieran como contrapartida. Tengo grabadas en mi mente las preocupaciones, con dosis de pesar y de abnegación, que pude escuchar, junto a un grupo de seminaristas de los últimos cursos de carrera (estábamos en el Seminario Mayor de San Froilán de León), durante una excursión que realizamos en la primavera de 1967 por los pueblos de Vegamián y alrededores, meses antes de que fueran sepultados por el embalse del río Porma. Conservo con cariño una foto que nos hicimos con el muro del pantano de fondo.

Aunque los mayores beneficiarios del pantano de Riaño han sido los habitantes de la ribera baja del río, con la extensión del regadío por amplias zonas hasta entonces de secano, también ha supuesto un cambio importante para la ribera alta, en la que se encuentra Carbajal. Al estar regulado el caudal de aguas a lo largo de todo el año, se evitan las temibles crecidas, así como los problemas de sequía sufridos en algunos veranos. Quizá también ha perdido el encanto de antaño. Cuando en los últimos años me he paseado por el soto del pueblo, la verdad es que me ha resultado un paisaje casi irreconocible. Bien es cierto que ello es debido en gran medida al crecimiento de la plantación de chopos y al hecho de

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

que las vacas ya no pastan allí desde hace mucho tiempo.

14.- Vías de comunicación y medios de transporte

Los pueblos de la margen derecha alta del río Esla (desde Villanófar a Modino), donde se encuentra Carbajal, han sido los más sacrificados en cuanto a las vías de comunicación y medios de transporte público. Ya he aludido a que esta situación hizo más necesario el uso de caballerías: yeguas y caballos para los traslados de personas, caballos y machos para el transporte de mercancías (particularmente por parte de los cantineros y vendedores de ultramarinos) y burros para el acarreo de materiales, viajes a mercados (Gradefes, Cistierna...), etc. Las mejoras que se fueron haciendo en este sentido –bastante tardías, todo hay que decirlo– influyeron en que dichos animales fueran desapareciendo paulatinamente.

En 1951 comenzaron los trabajos para la construcción del «Camino Vecinal», desde Gradefes hasta Vidanes, obra que duró varios años. En la Junta Vecinal del 11 de mayo de 1951 se habla del proyecto, apuntando que los vecinos del pueblo tienen que afrontar los gastos de medición de la parte correspondiente, porque el Ayuntamiento de Gradefes se desentendió del asunto. Esto causó un gran malestar en el pueblo, ya que en la Junta celebrada cuatro días después se aprueba incoar un expediente para desagregarse del Ayuntamiento de Gradefes «por no apoyarnos para la construcción del Camino Vecinal» y pasar al de Cistierna. Es de suponer, aunque en las actas no se hace constar, que el pueblo de Carbajal tenía presente el ejemplo de Santibáñez, que pocos años antes se había separado del Ayuntamiento de Gradefes para pasar al de Cistierna. En la Junta del 11 de enero de 1952 se da cuenta de que el Ayuntamiento de Gradefes, en sesión plenaria celebrada al efecto, había denegado la petición de desagregación, en tanto que el de Cistierna se mostraba dispuesto a aceptar la inclusión de Carbajal. Disconforme con la negativa del Ayuntamiento de Gradefes, la Junta Vecinal acuerda comunicarle que «envíe el expediente a la autoridad competente para que ella decida lo que estime oportuno». Por otra parte, según se desprende del acta de la sesión del 11 de diciembre de 1951, los gastos derivados de la construcción del «Camino Vecinal» se afrontaron con el dinero sacado de cortas de madera en el monte.

Aurelio Valladares del Reguero

El conflicto no llegó a mayores y las obras siguieron su curso: se ejecutaron los trazados del vial, con sus cunetas, construcción de puentes para salvar la presa de riego o el Reguero de Ranero, etc. La entrada de Carbajal viniendo desde Villacidayo se realizó dos veces. Al principio se hizo siguiendo el camino real antiguo, que formaba una pequeña curva. Sin embargo, pronto se dieron cuenta de la conveniencia de que dicha entrada fuera recta, por lo que hubo que salvar la curva tomando parte de las fincas de las Pedragueras, reforma aceptada de buen grado por los dueños de las tierras afectadas (mi padre era uno de ellos), al considerar que beneficiaba al pueblo en general. En la Junta Vecinal del 25 de abril de 1955 se trata esta cuestión, apuntando que los propietarios afectados «ceden voluntaria y gratuitamente los terrenos ocupados», por lo que todos opinan que se realice la variante lo más pronto posible. Como resto de aquel cambio queda un espacio en semicírculo entre la carretera y la presa, un terreno de nadie que se ha utilizado como aparcamiento de maquinaria agrícola y en algún momento fue el lugar elegido para la hoguera de la víspera de San Miguel.

De aquellas obras, que coincidieron con mi niñez, conservo en la memoria la reata de burros (llegados de lejos) con los que se transportaba la piedra, desde el monte o el soto, para el firme del piso. A los chicos nos gustaba acompañar a los operarios porque cuando volvían de vacío nos dejaban montar en dichos animales. También llamaban la atención aquellos picapedreros fornidos que, provistos de unas gafas protectoras y de unas sandalias con grandes suelas, picaban la piedra dando golpes con martillos de hierro que movían mediante un mango largo.

Aunque en el momento presente aquel «Camino Vecinal» nos puede parecer un asunto menor, fue un avance más que considerable, ya que facilitó la circulación de vehículos. Eran pocos los coches que aparecían por el pueblo, aunque sí más los camiones, que pasaban por las calles de forma lenta, lo que permitía que los chavales nos agarráramos en la parte de atrás y siguiéramos así un trecho, hasta soltarnos cuando se salía del pueblo y se aceleraba la velocidad. La presencia de cualquier vehículo de motor provocaba la algarabía del chiquillerío. Y, a pesar de no estar asfaltado, se consiguió la llegada del «coche de línea». Quienes conocimos y sufrimos (la verdad es que a mí me tocó muy poco) la situación anterior, comprendemos el beneficio que supuso para toda la población de Carbajal. Aunque, eso sí, hubo que esperar hasta 1972 para que fuera asfaltada la carretera. Incluso hoy día pienso –en mi modesta opinión– que los

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

veinte kilómetros de carretera entre Gradefes y Vidanes o Sorriba, que se reparten casi equitativamente los ayuntamientos de Gradefes y Cistierna, hace tiempo que merecen una mejora. Se empezó un tramo, desde la salida de Gradefes hasta cerca de Villanófar, pero parece que el presupuesto no dio para más. Si los estímulos para vivir en estos pueblos no son muchos, como lo prueba el descenso continuo de población, esperemos que la carretera que les da acceso no sea un elemento que agrave aún más la situación. Podía explotarse –se me ocurre– como argumento a favor el hecho de que este trayecto forma parte de la conocida como «Ruta Vadiniense» del Camino de Santiago (con una notable pujanza en los últimos años), que baja siguiendo el curso del río Esla y en Sorriba cruza a Modino para seguir por los pueblos de la margen derecha del río (Gradefes, San Miguel de Escalada...) hasta Mansilla de las Mulas, donde se une al «Camino Francés», el más importante de los que lleva hasta Compostela.

Hasta finales de la década de los cincuenta la comunicación con la ciudad de León había que hacerla en los dos «coches de línea» que circulaban por la carretera del otro lado del río: el Acebedo y el Portilla. Ambos pertenecían a la Empresa Fernández, que desarrollaba su actividad en buena parte de la provincia de León. Para utilizar este servicio había que cruzar el río hasta Quintanilla o a los Campos de Vega (de Monasterio). De ahí el funcionamiento de la «barca» y el «zeppelin», de los que he hablado en el apartado anterior. Recuerdo aquel callejón de León (todavía hoy se conserva, en los números impares de la calle San Agustín, enfrente de lo que fue colegio de los PP. Agustinos), del que salían los autobuses de dicha empresa y donde, con apenas espacio, se desenvolvía con dificultad una muchedumbre de viajeros cargados de bultos. Calculo que hacia 1960 se trasladó a unas modernas cocheras en la calle Cardenal Lorenzana, lo que supuso todo un avance en beneficio de los usuarios y convirtió en una de las señas de identidad de la provincia leonesa aquella empresa fundada por Martiniano Fernández Fernández, (Castromudarra, 1901-Madrid, 1970). Se decía que este señor nunca se olvidó de su patria chica, lo que explicaba que muchos empleados (conductores, cobradores, etc.) procedieran de la zona de Almanza en la que se encuentra el mencionado lugar.

Hacia el año 1959 el «coche de línea» Gradefes (también de la Empresa Fernández), que salía de esta población por la mañana hacia León y regresaba por la tarde (por la llamada «Carretera de la Abadía», hacia Puente Villarente), alargó su destino hasta Santibáñez, cuando solo había camino vecinal y antes de ser

Aurelio Valladares del Reguero

asfaltada la carretera, de lo que se beneficiaban Villanófar, Villacidayo, Carbajal y Santibáñez.

Todos cuantos tuvieron la triste experiencia de soportar la realidad anterior pueden valorar, con conocimiento de causa, el grado de satisfacción que supuso en aquel momento contar al lado de casa con transporte público, un servicio que en los tiempos presentes es considerado como básico y elemental para cualquier ciudadano.

Durante varios años conducía este autobús Ceferino (casado con la maestra de Pesquera), persona seria y segura, que difícilmente se inmutaba ante las aglomeraciones de viajeros (especialmente los sábados, día de mercado en la capital). Nunca sobrepasaba los límites de velocidad. Le acompañaba, como cobrador, Elías, natural –creo– de Llamas, persona más extrovertida y habladora, que sí tenía que vérselas con los viajeros para poner orden. Hay que tener en cuenta que estos iban muchas veces cargados con toda clase de bultos. Y años más tarde, salvadas las dificultades que ofrecía cruzar el pueblo de Pesquera, esta línea alargó su recorrido hasta Modino. Incluso un tiempo después los jueves, día del tradicional mercado de Cistierna, hacía un servicio por la mañana hasta esta villa.

En los primeros viajes que yo hice a León, funcionaba todavía el «fielato», caseta en la que se realizaba el cobro de los arbitrios y tasas municipales sobre el tráfico de mercancías. Estaba instalado a las puertas de la capital, concretamente en Puente Castro. Llegados allí, todos los viajeros que llevaban algún producto alimenticio debían pagar o justificar que no iba destinado a la venta, sino al consumo personal. Esto último era lo que nos ocurría a los estudiantes con los típicos paquetes de chorizo u otros comestibles que nos acompañaban al regresar de vacaciones y que tan bien nos venían para complementar la dieta de los internados. También funcionó otro «fielato» colocado en el callejón que sale de la calle San Agustín que hacía de cocheras de la Empresa Fernández.

Debo mencionar, finalmente, el notable papel que representó la estación, situada en Cistierna, del tren de vía estrecha que cubría la línea León-Bilbao, utilizado por muchas personas de la zona (y Carbajal no fue una excepción) que emigraron en aquellos años a las provincias vascongadas, especialmente a la zona industrial de la capital vizcaína.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

15.- Deportes tradicionales

a) La lucha leonesa

Carbajal se encuentra dentro de la zona en que se conserva esta antigua y peculiar modalidad deportiva, practicada en los pueblos de la montaña y ribera alta de los ríos Torío, Curueño, Porma, Esla y Cea; o sea, la parte nordeste de la provincia de León. La forma habitual de referirse a un luchador era mencionando, al lado de su nombre, el del pueblo de donde era natural (*Felipe León, de Villaquilambre; Cayo de Celis, de Villaobispo...*). Siempre hubo una rivalidad entre los pueblos de la montaña y los de la ribera.

Existe una amplia bibliografía sobre el tema, con documentados e interesantes estudios de investigadores como Olegario Rodríguez Cascos, F. Javier García Blanco, José Antonio Robles Tascón o Fulgencio Fernández Fernández, por lo que no voy a entrar en pormenores sobre detalles técnicos o consideraciones históricas sobre el particular. Sí adelantaré que en el apartado del «Vocabulario» figuran varios términos relacionados con la lucha leonesa.

Muchos pueblos organizaban, de manera un tanto informal, el día de su fiesta patronal un «corro de lucha leonesa» (también se decía «aluches»), con trofeos (generalmente «copas» donadas por firmas comerciales) y premios en metálico para los ganadores. Dichos galardones estaban en función, lógicamente, del potencial económico de cada pueblo y del presupuesto fijado en cada momento. Solía tener como escenario la misma era o huerta en que se hacía el baile, con cuyo horario coincidía. Los micrófonos de la orquesta (desde que empezaron a utilizarse) servían para anunciar a los deportistas inscritos que les correspondía intervenir, por si alguno se despistaba con su pareja y se le pasaba la vez. Siempre había algún aficionado que se encargaba de mantener el orden entre los espectadores dando golpes hacia abajo con un cinturón de los utilizados en la lucha, al grito de *¡Corro, corro!*, con lo que el público, propenso a acercarse a los contendientes cerrando cada vez más el círculo, tenía que echarse hacia atrás si no quería recibir los impactos.

Conocí tiempos en los que salían sucesivamente contrincantes hasta que el último ganador se convertía en el campeón. Esta modalidad competitiva explica que normalmente hubiera un premio especial para el luchador que más rivales

Aurelio Valladares del Reguero

había «tirado». Esto hacía que, dentro de las típicas rivalidades entre pueblos, los luchadores de un lugar fueran saliendo al corro empezando por los teóricamente menos buenos, para ir desgastando a los contrarios y dejar a los mejores para intervenir al final. Entre los luchadores de Carbajal recuerdo a Evelio Ferreras y Aurelio García. Este era de Garfín, pero vivía aquí, al ser criado de Wirón Díez, y luego se casaría con Presenta Ferreras. Y como principal animador estaba Modesto Ferreras, de quien hablaré en particular más adelante.

Otras poblaciones de mayor entidad organizaban los «aluches» bajo los auspicios de la Federación Provincial, estableciendo diferentes categorías: pesos ligeros, pesos medios y pesos pesados, y en época más reciente (desde 2002) se intercaló la categoría de semipesados. En estos casos la competición se desarrollaba por unos cauces reglamentados. Se realizaba, dentro de cada categoría, el sorteo de los emparejamientos y se iban desarrollando las sucesivas eliminatorias, de acuerdo con las decisiones de un árbitro enviado por la Federación. Todos los luchadores participantes que quedaban sin premio percibían una cantidad de dinero en concepto de dieta.

Fueron famosos los corros de aluches celebrados en Cistierna, Mansilla, Boñar y, por supuesto, León. Aunque otras poblaciones más pequeñas también conseguían el patrocinio necesario para obtener el beneplácito federativo. En más de una ocasión asistí el día de Santiago al interesante corro que se hacía en Taranilla. Y más cercano a nosotros tenemos el caso de Sahechores, donde a final de la década de los ochenta y comienzos de la siguiente, en el marco de su fiesta patronal del 15 de septiembre (trasladada desde hace bastante tiempo al tercer domingo de dicho mes), se celebraron varias ediciones del «Memorial Auxilio Grande», patrocinado por su hijo Claudio Grande Moratiel, nacido en el mismo pueblo y empresario afincado en Madrid, que tras su fallecimiento (1993) prosiguieron alguna edición más sus hijos.

Hubo, pues, un momento en que los luchadores debían estar federados, lo que les daba derecho a contar con atención médica en el caso de lesiones producidas en el desarrollo de la competición. De Carbajal solo tengo referencia de que contara con licencia federativa Saturnino Ferreras García. Recuerdo que en uno de los «corros» organizados en Taranilla, al que yo asistí, tuvo que retirarse por la lesión producida en una costilla y al día siguiente, que yo tenía que ir a León, le acompañé a la consulta del traumatólogo de la Federación.

Tanto si actuaba de árbitro un aficionado del lugar (cuando era un corro

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

informal) como si lo hacía un árbitro de la Federación, la forma de marcar el resultado de cada lance era la siguiente: extendiendo los brazos en alto y en cruz, indicaba caída nula; alzando un brazo del ganador hasta colocarlo en posición horizontal, media caída (medio punto), y alzando el brazo del ganador colocándolo en posición vertical, caída entera (un punto). La eliminatoria solía hacerse hasta que un luchador conseguía dos puntos, salvo a veces en la primera ronda (si concurrían muchos participantes), en la que para aligerar la competición, se hacía a un solo punto. Si un luchador se soltaba, para revolverse con más facilidad y no caer de espalda, podía ser penalizado. Las decisiones del árbitro eran inapelables, aunque no faltaban las muestras de desacuerdo en algún sector del público cuando no compartía la decisión arbitral. Había veces en que resultaba difícil discernir entre las tres posibilidades (caída entera, media o nula), particularmente con luchadores que tenían gran habilidad para revolverse.

Vestían pantalón corto deportivo y camiseta, y los pies descalzos; aunque alguna vez vi que se permitían calcetines cortos, pero ningún tipo de calzado. Cada luchador apretaba el cinturón del contrario según su deseo. La mayoría de los luchadores eran diestros, lo que suponía que comenzaban a agarrarse con la mano derecha por dentro abrazando el cuerpo del contrario por la espalda y finalmente la mano izquierda por fuera, agarrada junto al vientre del rival. Si uno de los deportistas prefería «agarrarse a la izquierda», se sorteaba la mano por la que se comenzaba y se iba alternando en cada lance de la pelea, salvo que los dos coincidieran y no se hacía sorteo.

El resultado de los distintos corros era comentado durante días, sobre todo entre los hombres. Hasta para los más pequeños, aunque no los hubieran visto, resultaban bastante familiares los nombres de Felipe León (de Villaquilambre), Cayo de Celis (de Villaobispo), Frumencio Álvarez (de Palazuelo de Eslonza), Quintín Martínez (de Acebedo), Eusebio Tejerina (de Argovejo), Patricio Álvarez (de Carbajosa), Constantino «Tino» López (de Paradilla), Jesús Rueda (de Carbajosa)... Y, por supuesto, los de los pueblos más cercanos: Eutiquiano Urdiales (de Nava de los Caballeros), Luis Padierna (de Quintana de Rueda), Flavio de la Fuente (de Valle de Mansilla, casado con M^a Teresa Rodríguez, de Carbajal), Luis Ferreras (de Villacidayo, aunque luego afincado en Gradefes)...

Solían salir buenos luchadores entre los molineros, sin duda porque el hecho de estar acostumbrados a mover sacos de trigo y harina (que rondaban los ochenta kilos), era un excelente entrenamiento diario. Varios luchadores famosos eran

Aurelio Valladares del Reguero

«molineros»: Emiliano Álvarez, Cástor Álvarez y Patricio Álvarez, de Carbajosa; Juan Díaz, de Arcayos; Flavio de la Puente, de Valle de Mansilla; incluso puede incluirse en la nómina a Luis Ferreras, de Gradefes, hijo de Gelín, molinero de Villacidayo.

Pero para darse todo lo anterior era preciso contar con una base: la afición existente a este deporte, que empezaba a practicarse entre los chicos desde la más corta edad. La única fractura de huesos que he tenido hasta el presente fue la del cúbito del antebrazo izquierdo (lo he comentado en otro lugar, al hablar del médico), siendo niño, precisamente luchando en la pradera existente en el ribón de la Cañada, enfrente del río; además me cabe el honor de que lo hacía contra el que luego sería un profesional, el ya mencionado Saturnino «Nino» Ferreras. Cualquier momento era bueno para que los chicos nos fuéramos a una huerta cercana al pueblo y entabláramos nuestras particulares competiciones. Y si no teníamos un cinturón adecuado, nos agarrábamos de los pantalones del contrario o simplemente lo abrazábamos cruzando los dedos de ambas manos por detrás de su cintura. En Carbajal contábamos, además, con un animador irrepetible: Modesto Ferreras. Él se encargaba de provocar «piques» entre nosotros, en ocasiones inventándose argumentos: *Me he encontrado con... y me ha dicho que ayer lo tiraste, pero que te espera esta tarde para devolverte la caída*. Tenía tacto para animar al perdedor y que el afán de superación no fallara. Hubiera sido un buen entrenador deportivo.

b) El juego de bolos

También existe bibliografía sobre este juego que se practica en algunas zonas de la provincia de León, con interesantes trabajos publicados, como los de Olegario Rodríguez Cascos o Virgilio Cuesta Robles. No es mi intención entrar ahora en cuestiones técnicas, sino simplemente referirme a las particularidades de esta práctica deportiva en nuestro pueblo. Por otra parte, en el capítulo dedicado al «Vocabulario» incluyo varios términos propios de este juego.

Durante la época de buen tiempo, en las mañanas y tardes de domingos y festivos, era habitual organizar en la plaza de la Escuela partidas de bolos, en las que participaban dos equipos con varios jugadores en cada uno. Según el número

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

de jugadores, se fijaba un tope de tantos, y el que mayor número hiciera una vez superado ese tope, ganaba la partida. Para elegir «mano» (fijar el punto de lanzamiento) o «miche» (colocar el miche según se entendiera más beneficioso para el equipo), se lanzaba el miche al alto y había que acertar si caía «pico» o «plano». Quien acertaba, elegía, y empezaba el equipo que había elegido mano. Solía jugarse una jarra o un porrón de vino o de cerveza mezclada con gaseosa, de forma similar a como se hacía en las partidas de «tute» en la cantina. Tomaban parte tanto casados como solteros. Cuando en un equipo coincidían jóvenes y en el contrario personas de más edad, los primeros gustaban de elegir «mano», para ponerla lo más lejos posible, esperando que los rivales encontraran dificultades, al tener menos fuerza, para lanzar la bola hasta el castro. Alguno que había quedado fuera del reparto de jugadores entre equipos, se encargaba de llevar la cuenta de los tantos, con derecho, por supuesto, a tomar parte en la bebida que estaba en juego.

Los niños aprovechábamos los días de labor, en que los bolos estaban libres, para ir practicando. Si bien había algunos chicos que disponían de una bolera particular (generalmente con bolos y bolas de menor tamaño), lo que les permitía jugar con sus amigos en el corral de su casa.

Era bastante habitual que el programa de la fiesta patronal incluyera un concurso de bolos, en el que el trofeo más habitual era un cordero. Varios años se celebró en la era de Evilasio del Cano, a la derecha de la salida hacia Santibáñez. Además del interés competitivo, servía para recaudar fondos e incrementar la cuenta con la que se pagaban los gastos generales de la fiesta, ya que cada jugador abonaba una cantidad por cada jugada de doble tirada con la que concursaba, pudiendo hacerlo las veces que lo deseara.

En estos concurso se fijaba el punto de lanzamiento y la colocación de dos miches (uno a cada lado), que obviamente se mantenía durante el desarrollo completo del concurso. Al final se convertía en ganador quien había conseguido más puntos en una única jugada de doble tirada, una para cada lado. Según se veía la marcha del primer clasificado, había jugadores que se «empicaban» y volvían a jugar para intentar superar la puntuación que en ese momento iba ganando, lo que resultaba beneficioso para el presupuesto de festejos. En 1983 (la fiesta de San Miguel ya se había trasladado al tercer fin de semana del mes de agosto) me sonrió la fortuna y, sin haber sido nunca un buen jugador, logré yo el cordero. En el conjunto de todas mis tiradas solamente hice dos «ahorcados», pero tuve la suerte

Aurelio Valladares del Reguero

de que coincidieron justamente en la misma jugada. Otros participantes, con experiencia más acreditada que la mía, alcanzaron un número mayor de «ahorcados», pero en distintas jugadas. En fin, me llevé el cordero, que mató y desolló mi padre (el único experto de la casa en estos menesteres), y dio motivo a una comida de toda la familia, en que nos reunimos tres generaciones: padres, hijos y nietos. Conservo varias fotografías de la celebración (Foto 9).

c) La caza

En los tiempos de mi niñez y juventud había en el pueblo pocos cazadores, entendiendo como tales los que tenían en su poder una escopeta (por lo general de dos cañones y calibre 12). Entre ellos estaban Julián Gutiérrez y la mayoría de sus hijos varones (especialmente Paulino, que ha vivido siempre en Carbajal), Anselmo Rodríguez y su hijo Jacinto, Fulgencio Barrientos, Aurelio Valladares (mi padre) y quizá alguno más que no me viene ahora a la memoria. Se cazaban liebres, perdices, codornices, más raramente jabalíes, así como lobos y raposos. Mi padre conservó siempre unas fotos en que aparece satisfecho mostrando dos lobos recién cobrados y al lado el perro que le ayudó en la captura. Recuerdo que alguna vez mi padre se fue de caza de liebres y perdices, durante dos o tres días seguidos, junto a Julián Gutiérrez, por las zonas del monte en los términos de San Bartolomé y Valporquero.

La caza del lobo (y en menor medida la del raposo) tenía una consideración totalmente distinta de lo que ocurre ahora, en que se ha convertido en especie protegida. Para las gentes de entonces el lobo era una alimaña que causaba destrozos en los ganados de ovejas y había que eliminar de nuestros montes. Cuando se recibía noticia (generalmente a través de alguno de los pastores) de que merodeaba por la zona, se organizaban batidas con participación de muchos vecinos. Las personas de a pie abarcaban una amplia zona (en la que se suponía que estaba el lobo) e iban avanzando mientras daban voces y golpeaban con palos en los matorrales, con el propósito de conducirlo hacia un lugar en el que se encontraban colocados estratégicamente los cazadores para abatirlo en el momento de pasar por allí. A veces se unían los cazadores de pueblos cercanos con el fin de hacer más efectiva la maniobra. Había que unir fuerzas para luchar contra lo que

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

se entendía como un mal común.

Por la misma razón, cuando una o varias personas lograban matar algún ejemplar, lo paseaban orgullosas por las casas del pueblo (se decía *pedir pa[ra e]l lobo*) y recibían como recompensa los más diversos productos (chorizo, huevos, legumbres, etc.), aportación que solía ser más generosa por parte de aquellos que tenían más ovejas y, en consecuencia, eran los más beneficiados. Incluso se extendía la petición a algún pueblo vecino, al entender que el animal podía haber perjudicado a sus ganados y por tanto los dueños debían colaborar.

También se «pedía» cuando se trataba de un raposo, pero en este caso los donativos eran sensiblemente menores.

Esta práctica dio pie a una curiosa anécdota protagonizada por un grupo de chavales todavía en edad escolar, entre los que me encontraba. No es el caso de señalar al autor de la idea, ya que el resto del grupo secundamos el plan. Como dice el refrán, «lo mismo peca el que mata que el que tira de la pata». Nos hicimos con el pellejo de un animal, que envolvimos en una manta y, siendo ya de noche, iniciamos nuestra particular «ronda petitoria» por algunas casas del pueblo, especialmente en aquellas donde solo había mujeres (en las demás no nos atrevíamos). Explicábamos que se trataba de un tejón peligroso y la escasa luz que por entonces había a la entrada de las casas, favorecía el engaño. Contábamos a favor con el hecho de que en fecha reciente el pastor Máximo Campos, con la ayuda de un perro mastín de Fulgencio Barrientos, de nombre «Navarro», había capturado un ejemplar de este animal, muy raro en la zona. Pues bien, a pesar de las dudas que ofrecía nuestra improvisada argumentación, conseguimos algunos donativos. Sin embargo, no tardaron en surgir los temores de que aquella singular experiencia pudiera traer consigo consecuencias no deseadas, lo que nos hizo desistir del empeño. Al día siguiente llegaron las regañinas correspondientes y, como suele suceder en tales circunstancias, cada uno trató de quitarse la culpa echándosela a otro. De todas formas, las personas perjudicadas tampoco lo propagaron mucho (quizá no resultaban bien paradas ante el pueril engaño) y todo quedó como una travesura de chavales.

16.- Personajes populares

Aurelio Valladares del Reguero

a) Julián Gutiérrez Gallego: el humor por bandera

Oí hablar muchas veces del sentido del humor que desplegaban de continuo en su comportamiento dos personas de Carbajal, Isidoro Rodríguez Ferreras y Epifanio de la Varga del Valle. El primero falleció unos años antes de nacer yo y el segundo cuando todavía era de corta edad. Por consiguiente, no llegué a conocerlos y no tengo elementos de juicio directos sobre ellos.

Sí voy a referirme a otra persona, Julián Gutiérrez, por el que siempre sentí una especial simpatía, favorecida además por la vecindad y el trato amistoso que mantuvo con mi padre, con quien compartía aficiones cinegéticas, tal y como he apuntado anteriormente. El día de Santiago acudía sin falta, ya de mañana, a felicitar a mi padre por su cumpleaños y, mientras aceptaba una copa de orujo (no quería otra bebida en estos casos) y algún dulce casero que le ofrecía mi madre, mantenía un rato de amena conversación, de la que yo no perdía detalle, porque nunca faltaba alguna historieta graciosa o el comentario agudo sobre cualquier suceso.

Vestido siempre con un blusón azul, ofrecía la figura de uno de aquellos dómines de antaño que enseñaban a sus pupilos las cuatro reglas básicas para salir a flote en la vida. Porque, en efecto, el «tío Julián», que así era como lo conocíamos, siempre estaba rodeado de chiquillos, atentos a oír cualquier anécdota o chascarrillo. Y esto a pesar de que más de una vez nos gastaba alguna broma o nos hacía víctimas de un engaño. Tampoco importaba que las historias relatadas fueran o no verdad. Ya lo sabíamos de antemano, no en vano advertía: *¡Cuándo llegará uno a ser viejo para contar mentiras!*

Hablaba como quien, apoyado en la experiencia de la vida, parecía estar al cabo de casi todo. Una numerosísima prole, que logró sacar adelante en años muy difíciles, le otorgó la destreza suficiente como para afrontar la recta final de su existencia con una buena dosis de ironía, para así endulzar el inexorable paso del tiempo. Cuando llegaba la noticia de que alguien había muerto, acostumbraba a decir: *¡Hay que ver como caen!*

Como buen humorista, empezaba aplicándose a sí mismo su propia medicina. Antes de que alguien se atreviera a insinuar que echaba agua en el vino que vendía en la cantina, preguntaba con sorna: *¿Quién creéis que saca más bautizando, don Antonino o yo?* Igualmente reveladora de ese carácter bromista

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

del que en todo momento hacía gala es la anécdota que contaba sobre su boda, celebrada en Vidanes, de donde era su novia y luego su mujer Florentina. De acuerdo con la práctica habitual en los pueblos de la comarca, el cura recibía a los novios en la puerta de la iglesia, donde tenía lugar la ceremonia previa a la misa. Los chiquillos acostumbraban a concentrarse allí mismo para ver de cerca el ritual. El cura se puso a despejar el terreno empujando de forma expeditiva a los menores: *¡Venga, todos fuera de aquí!* El protagonista, de corta estatura (de ahí la confusión del sacerdote), tuvo que hacer valer sus derechos: *¡Oiga, oiga, a mí no me empuje, que soy el novio!*

El producto estrella de su cantina era, por supuesto, el vino. A los hombres que jugaban la partida de cartas les animaba al consumo argumentando: *El vino que tengo ahora es muy bueno para tener familia* (hijos). Para ponderar sus excelencias ante la clientela en general recurría a un repertorio de sentencias que hacían más contundente su argumentación, tales como *Lo que hace el vino no lo hacen las bellotas*; o de este otro proverbio más categórico: *El vino instruye y el trabajo embrutece*. Y en este mismo contexto se inscribe la siguiente adivinanza que gustaba proponer: *Un peregrino va por un camino, / se sienta junto a una fuente y no bebe agua. / ¿Qué beberá?* La respuesta resultaba obvia, propiciada por la propia rima del enunciado: *Vino*. Lo que el interlocutor no se esperaba era la apostilla que agregaba con un gesto de pícaro admiración: *¡Tócale los cojones al peregrino!*

En alguna ocasión, al que llegaba de fuera para comprar algún animal o la piel de otro, les indicaba la casa en la que uno de sus miembros tenía ese apodo («raposo», «marón»...), con el consiguiente chasco para el comprador y el supuesto vendedor, que no era tal, al comprobar ambos que se trataba de una broma. Otra vez llegó un anticuario en busca de mercancía. Le preguntó con semblante serio: *¿Usted compra cosas antiguas, sea lo que sea?* La respuesta fue rápida: *Por supuesto, todo lo que sea antiguo me interesa*. Le puso la broma en bandeja: *Pues mire, —apuntando hacia la Cañada— ahí tiene esa chopa y no me dirá que no es antigua, porque yo siempre la he conocido así*.

Un joven padre se encontraba a las puertas de la cantina y llevaba en brazos a su pequeño retoño, del que se mostraba orgulloso, porque ya empezaba a contestar con lógica a preguntas que se le formulaban. Delante del tío Julián quiso hacer una demostración de los avances del crío: *A ver, hijo, dile a este señor lo que se puede comprar con una peseta*. El tío Julián se adelantó a la respuesta

Aurelio Valladares del Reguero

infantil: *Niño, muy poca cosa*. Una forma elegante de indicar al padre que si quería premiar al nene por sus progresos, debía mostrarse más espléndido a la hora de comprarle en la cantina alguna chuchería.

La manera de ser del tío Julián perduró sin variación hasta el final de sus días: «Genio y figura... hasta la sepultura».

b) Clarenco Ferreras Quirós: un personaje singular

A Clarenco lo definiría como un personaje polifacético e imprevisible, lo que le confería una cierta singularidad. Su vida estuvo llena de contrastes. Al principio, rodeado de mujeres: su madre (que enviudó pronto) y sus cuatro hermanas. Luego de casado la situación cambió de signo, ya que tuvo cinco hijos y una hija, además de otra que murió de muy corta edad. Los niños de la Escuela fuimos a verla, cuando ya la tenían amortajada, con su ropa blanca, y la madre, Conce, asumía con resignación cristiana la cruda realidad diciéndonos: *Bueno, ella ya está en el cielo con los ángeles*. La vida no le regaló mucho, fue él quien se tuvo que ir abriendo paso.

La imagen primera que yo tengo de Clarenco corresponde a cuando se le veía por el pueblo ir al campo o venir con un burro de tamaño superior al habitual, cuyo nombre no podía ser más apropiado: «Soberbio». También lo recuerdo cantando desde el coro aquellas misas en latín de los domingos y días festivos, de pie, con porte serio y abriendo ligeramente las piernas, sobre todo cuando tenía que «echar la epístola». De su boca salían algunos latinajos muy peculiares, pero él no se arredraba ante una lengua desconocida. «Seguro que lo que estoy pronunciando –pensaría– es algo importante, porque las palabras suenan fuertes y dejan apabullado al personal».

Aparte de la faceta anterior, Clarenco hizo de todo: vendía «perucos» en Santiago (Villanófar), compraba cerezas que luego revendía en los pueblos del Valle, durante varios años fue minero en Vegamediana (actividad que sin duda afectó a su salud), hacía portes con una furgoneta Citroën CV... Y siempre sorprendía con alguna novedad. Unas veces podía ser conduciendo una moto Guzzi y remolcando con un cordel la bicicleta de su hijo mayor «Juven», cuando los dos se desplazaban hasta la mina. Otras veces era utilizando la furgoneta para

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

arrastrar trillos en la era, como si fuera un tractor; ahora con la colaboración de su segundo hijo, Aquilino.

En la conversación tenía salidas inesperadas y sentenciosas. Cuando se hallaba con un grupo de personas contemplando desde el ribón de la Cañada una crecida del río, empezó a verse venir por el agua un objeto extraño, que aparentaba llevar ropa, lo que hizo pensar que pudiera tratarse de una persona ahogada. Inmediatamente tranquilizó a los acompañantes: *¡No temáis, hermanos, que es la mi pelliza que baja desde Vegamediana!*

Pero para la memoria de muchos Clarencio ha quedado como un experto jugador de tute. En cada juego llevaba la cuenta de todo: triunfos, briscas, tantos que llevaba él, tantos que llevaba el contrario... Con cartas regulares era capaz de ganar al que las tenía mejores. Claro está, que también perdía. Pero siempre mantenía la compostura. Si jugaba de compañero, nunca se enfadaba con él si hacía una mala jugada. Se limitaba a echar una sonrisa y explicarle con buenos modales el error. Cuando la suerte se le mostraba esquiva, se limitaba a mirar fijamente sus cartas y decir: *Esto no lo entiendo*. Y si la situación no variaba y veía inevitable perder el juego, insistía: *Y sigo sin entenderlo*. En los tiempos en que se jugaba una jarra de vino o de cerveza, de la que bebían los cuatro jugadores y pagaban al final los perdedores, se hizo proverbial una frase cuya paternidad algunos le atribuyeron. El que iba perdiendo la partida sin esperanzas de remontar, al vislumbrar como irremediable que le tocaba pagar la consumición, agarraba la jarra y echaba un buen trago diciendo: *¡A menos perder!*

La fama de buen jugador de tute traspasaba los límites de Carbajal y más de uno en Gradefes, Mansilla o León, le retaba, porque si conseguía ganarle, suponía lograr una proeza de la que alardear ante sus amigos. Le oí contar que en cierta ocasión le presentaron a un señor que debía de ser muy rico y le propuso una partida de tute poniendo sobre la mesa un billete de mil pesetas (entonces era el de más valor). Clarencio rehuyó el envite, pero no por miedo a perder, sino esgrimiendo esta poderosa razón: *Pero, ¿qué hace usted, si yo no he tenido nunca un billete como ese en mis manos?*

Así era Clarencio y así perdura su figura en la memoria de quienes lo conocimos.

Aurelio Valladares del Reguero

c) Modesto Ferreras Ferreras: una fuerza de la naturaleza

En Modesto todo era ímpetu, vigor, poderío. Su físico lo propiciaba. No me imagino una procesión por las calles de Carbajal sin la figura de Modesto abriendo el paso con el pendón, que manejaba con soltura, esquivando los cables que atravesaban el recorrido, como si aquellas maniobras no precisaran fortaleza y habilidad.

Era zurdo, por lo que en el juego de bolos le gustaba poner el miche al lado izquierdo (prácticamente todos los jugadores eran diestros) o, si le tocaba poner la mano, alejarla lo más posible; aunque sus compañeros de partida le frenaban un poco porque se veían ellos también perjudicados. Para segar, tenía que ser diestro a la fuerza, ya que así lo exigen los estilos de guadaña que había entonces. Pero para él no había obstáculos: abría los brazos y trazaba una «ucha» de anchura más que respetable.

Ya de joven apuntaba maneras. Estando de criado en Modino en casa de Julián González (padre de mi tía Edelmira), protagonizó un incidente que le gustaba relatar. Se encontraba en el monte acompañado de un perro de nombre «Feo», cuando se toparon con un jabalí que les hizo frente. Se produjo un momento de tensión, en el que mantuvo el tipo, mientras animaba al perro: *¡Tieso, Feo!, ¡Tieso, Feo!* Lo relataba con tal viveza y expresividad que era difícil para los que le escuchaban no imaginarse la escena. Al final el jabalí optó por escapar, lo que refería con pena y un cierto arrepentimiento por no haberse lanzado al ataque directo. *Vamos, que lo hubiera cogido por las orejas y sacado a voleo*, decía mientras acompañaba con movimientos como si fuera un lance de lucha leonesa. Se lo oí contar muchas veces, porque los chicos le insistíamos: *¡Oye, Modesto!, ¿cómo fue aquello del jabalí de Modino?* Y lo repetía con la gesticulación necesaria para hacer vibrante el relato.

Era muy aficionado a los aluches, convirtiéndose en el principal animador para que entre los chicos del pueblo se practicara esta modalidad deportiva, como ya he apuntado en otro apartado. Hacía lo posible y lo imposible para asistir a los corros que se organizaban, incluso a considerable distancia de Carbajal. En uno de los celebrados en Taranilla, al que yo había acudido en coche con algunos miembros de mi familia, nos lo encontramos allí. Acababa de llegar en bicicleta, sin arrugarse ante la treintena de kilómetros que separan este pueblo de Carbajal,

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

con un terreno poco propicio, debido a las cuestas, a partir de Cistierna. Podías preguntarle por los luchadores de la provincia y daba razón de todos.

También le gustaban mucho los «luches» entre las vacas. Los chicos que íbamos de vecería, le dábamos cumplida información si se había producido alguno. A veces le poníamos intriga, y le obligábamos a pronosticar el resultado, antes de comunicárselo. Lo normal era que acertara, pero en ocasiones fallaba. Cuando sucedía esto, elevaba ligeramente la frente con acompañamiento de movimientos laterales de cabeza y abría los ojos, en un gesto típico suyo, mientras hacía patente su extrañeza: *¡No jodas! ¿Y dices que pudo la Bonita?*

No era infrecuente que se arrancara en solitario cantando con recia voz canciones de la montaña (él las llamaba «asturianadas»). También en los cánticos de la iglesia sobresalía su potente voz desde el coro de arriba.

Todos los chavales de Carbajal sabíamos que había hecho la mili en Villanubla (Valladolid). La cercana cuesta de Zaratán era familiar a nuestros oídos. Siempre manifestó su deseo de volver a ese lugar y rememorar tiempos pasados. Hasta que un día mi cuñado Marino Juanes se ofreció a llevarlo en coche. Al llegar al cuartel y exponer su intención de ver las dependencias en que había cumplido el servicio militar, produjo extrañeza entre los soldados y suboficiales del cuerpo de guardia, que se resistían a permitirle la entrada. Les mencionó los nombres de los oficiales de su tiempo, que –lógicamente– ninguno reconocía. Pero Modesto no se amilanó, hasta el punto de manifestar que después de haber hecho tantos kilómetros no estaba dispuesto a volverse sin conseguir su propósito. Tal fue la insistencia que llegó a conocimiento del coronel, que accedió a recibirle y le prestó toda serie de atenciones, sintiéndose orgulloso de acoger a un ciudadano español que, después de tanto tiempo, recordaba con sincero afecto el lugar en que había servido a la patria, justamente el cuartel que ahora estaba bajo su mando.

La boda de su única hija, Begoña, en Madrid dio pie a una anécdota reveladora de su carácter y personalidad. Se celebraba la ceremonia en un templo tan emblemático de la capital como la Real Basílica de San Francisco el Grande y, según me han contado, se dispuso a festejar el acontecimiento lanzando cohetes al cielo madrileño. Inmediatamente los invitados le advirtieron: *¡Modesto, que no estamos en Carbajal! Como venga la policía, se puede montar un follón.* No se inmutó y con la mayor naturalidad del mundo replicó: *Pero bueno, ¿es que el día de la boda de mi hija no se van a tirar cohetes?*

Al quedar viudo, decidió trasladarse a Madrid, para estar cerca de su hija y

Aurelio Valladares del Reguero

de sus dos nietos. Quienes pensaban que no se adaptaría al ambiente capitalino se equivocaron. Le gustaba pasearse por su barrio (al principio del Paseo de Extremadura) e incluso no dudaba en cruzar el río Manzanares y acercarse hasta la zona de Argüelles y Moncloa. No tenía inconveniente en confesar que le agradaba recrear la vista contemplando a las jovencitas que con la llegada de los calores lucían sus encantos corporales.

En fin, un personaje irrepetible. Quizá su nombre de pila desentonaba un poco, porque con su fortaleza y vitalidad resultaba un tanto difícil ir de «modesto» por la vida.

17.- Curiosidades sobre tres pueblos vecinos

GARFÍN: Coplas de las mozas

Las mozas de este pueblo han tenido fama de ser mujeres de temperamento. De ahí que se les dedicara unas «coplas» donde no quedan muy bien paradas. Se cantaban en los pueblos de la zona. Aunque no dispongo del texto completo, pueden valer estas estrofas:

Mozos si vais a Garfín / mirad bien a la derecha / que allí veréis a la Tina / que esa sí que manda mecha.

Su pelito es muy rubio / azules sus ojos son / el que quiera más detalles / pregunte a la Comisión.

Entre Goyina y Amparo / entre Placidia y Esther / bajaron los pantalones / a ese que viene a vender.

Una le agarra de un brazo / otra le agarra las piernas / y bajan los pantalones / al del Ángel de Cistierna.

El nombre no se lo digo / porque no me da la gana / porque es un pariente mío / y a nadie le importa nada.

Le salieron a un casado / a boca de Valdutero / y él con su cara de risa / ellas le tuvieron miedo.

Dejaremos el Hoyejo / bajemos a Mediavilla / allí veréis a Lucila / la que manda en la cuadrilla.

Estribillo: «¡Qué pena me da, Presenta! ¡Qué pena me da el pensar,

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

/ que te cepillas las cejas / con tijeras de esquilar! »

Las oí cantar repetidas veces siendo yo niño, particularmente a Cándido Carpintero Suárez, hijo de Simón y Aurora, un experto en ello, al que se acudía con frecuencia para que las cantara o resolver dudas sobre el contenido de alguna estrofa.

Según me han contado, el autor de estas «coplas» fue Pío Reyero, de Valdealcón, señor al que no conocí, pero tengo referencias de que era un hombre dotado de ingenio y buen sentido del humor, al que también se la atribuían composiciones similares sobre otros pueblos de la zona. Su carácter queda patente en una anécdota que le ocurrió y que él mismo no tenía inconveniente en relatar. Viajaba con su mujer a León y a la altura de Arcahueja se pararon a reponer fuerzas con la comida que llevaban, sentados en un lugar buscado al efecto. Al levantarse, a la buena señora se le quedó el vestido enganchado arriba, lo que dejaba al aire la parte posterior de sus sentaderas. Al pasar por el siguiente pueblo, Valdelafuente, las miradas y risas de las gentes con que se cruzaban le hicieron reparar en la causa. Se volvió contrariada hacia el marido y le recriminó: «¿Pero tú no lo estabas viendo? ¿Por qué no me has dicho nada». Y él, con la mayor naturalidad, respondió: «Sí, claro que lo veía, pero pensaba que *ibas de ofrecida*».

SAN BARTOLOMÉ: Leyenda de la cabra loca

En todos los pueblos de la comarca se tenía conocimiento de esta leyenda. Desde niño yo la oí contar muchas veces, aunque con matices diferentes. Como suele ocurrir en todo tipo de leyendas, hay una base verídica sobre la que se van entretejiendo elementos de ficción, hasta llegar a un punto en que resulta difícil discernir entre lo real y lo inventado.

Todo parte de un suceso ocurrido en la segunda década del siglo XX en un corral de ovejas de San Bartolomé conocido como «la corte de las Tiendas», en el camino que conduce hasta Garfín. Una noche se produjo un incendio en el que murieron abrasadas alrededor de un millar de ovejas y cabras. Alguno, para agregar dramatismo al hecho, aportaba de su cosecha que el sebo derretido de los animales llegaba a desparramarse por los aledaños de la corte. Desde el primer

Aurelio Valladares del Reguero

momento se pensó que había sido provocado y empezaron a recaer las sospechas en un pastor de Garfín que había tenido desavenencias, por cuestiones de pastos, con el vecino de San Bartolomé dueño del ganado siniestrado. Otros lo atribuyeron a que el de Garfín, comido por la envidia, no estaba dispuesto a permitir que el otro tuviera más reses que él. Fuera como fuere, lo cierto es que las investigaciones de la Guardia Civil no consiguieron aclarar el suceso, hasta el punto de que el Juzgado de Instrucción de León el 15 de mayo de 1918 absolvió al encausado por falta de pruebas. Recuerdo haber oído otra versión, según la cual el causante del siniestro había sido un pastor contratado por el dueño, al que este había despedido y, en venganza, decidió regresar una noche y provocar el incendio. Lo llamativo es que el delito (nadie admitía que el hecho hubiera sido fortuito) quedaba sin castigo, lo que hacía que los vecinos siguieran haciendo cábalas y alimentando rumores. Hasta que sucedió algo que otorgó al caso la aureola de leyenda. Algún tiempo más tarde otro pastor del pueblo, después de encerrar su ganado en una corte cercana, emprendía viaje de regreso a casa, ya de noche, cuando empezó a oír por el lugar en que se había producido el incendio unos balidos semejantes a los que emite una cabra al verse atrapada. Lo comentó a los vecinos, que fueron acudiendo sucesivos días para comprobarlo, pero no se encontró rastro de la supuesta cabra. No obstante, alguien reparó en un detalle importante: el extraño caso del balido de la cabra había comenzado a producirse justamente tras el fallecimiento del vecino de Garfín al que en un principio se había achacado el incendio. La leyenda quedaba servida: la cabra loca que emitía aquellos sonidos desgarrados era el alma del incendiario que vagaba su pena en el escenario del delito y a la hora en que lo había ocasionado. La noticia corrió como la pólvora por todos los pueblos vecinos, de los que acudían numerosos grupos de personas para verificarlo durante la noche y no faltaba quien aseguraba haber oído los extraños balidos. Parece ser que hasta el cura del pueblo se vio forzado a practicar un exorcismo en el lugar, lo que contribuyó a que se aplacaran los ánimos. De esta forma, hacia el año 1929 se dio el hecho por finalizado⁶¹. Sin

⁶¹ A este asunto dedica Jesús Ferreras Valladares el «Apéndice I» («La cabra de San Bartolomé. Episodio extraño acaecido en un monte leonés») de su libro *San Bartolomé de Rueda. El silencio de los carros*, León [Salamanca: Kadmos], 2012, pp. 103-110. Y agregará alguna puntualización en otro libro posterior: *Un lugar llamado Garfín. Aproximación a su historia y tradiciones. Sus antiguas ordenanzas*, León [Salamanca: Imprenta Kadmos], 2013, pp. 114-15.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

embargo, no desapareció de la memoria de las gentes, que lo han ido transmitiendo de padres a hijos. Ya se sabe: los sucesos pasan, pero las leyendas perduran.

VILLACIDAYO: El nombre alternativo de Cavite

Al pueblo de Villacidayo se le da el nombre de *Cavite* (otros hablan de *Cavite el Viejo*). Desconozco el origen. He preguntado a varias personas nacidas en él y nadie ha sabido darme una explicación. Me atrevo a pensar que quizá pueda derivar de la relación de alguno de sus habitantes (un militar, un misionero...) con la ciudad filipina de Cavite, en cuyas aguas tuvo lugar la famosa batalla conocida por su nombre (1 de mayo de 1898), con derrota de la flota española frente a la estadounidense, hecho que dio pie a la independencia de Filipinas.

Aurelio Valladares del Reguero

III.- LAS CASAS DEL PUEBLO Y SUS HABITANTES

En este apartado se hace un recorrido por todas las casas de Carbajal, indicando los habitantes que han pasado por ellas en los últimos tiempos hasta llegar al momento presente. Comenzamos por la calle Real (salida en dirección a Villacidayo) y continuamos la ruta siguiendo el movimiento de las agujas del reloj. Subimos por el lado izquierdo del primer tramo de la actualmente denominada calle Calatrava (calle Grande), doblamos a la izquierda y tomamos hacia arriba la calle de la Iglesia (calle Pequeña), bajamos por la calle Calatrava hasta la plaza de la Escuela y continuamos por la calle Real (calle de la Era), por donde discurre la carretera de Gradefes a Vidanes, por su lado izquierdo, con regreso por el lado derecho⁶².

La primera casa que se encuentra viniendo desde Villacidayo es la de Anselmo Rodríguez Rodríguez y María Ángela Juanes Valduviego, padres de Luis (casado con Araceli Ferreras Ferreras), Constanica (casada con Domingo del Reguero Corral, de Santibáñez, pueblo al que se trasladó) y Jacinto (casado con Carmelita Carpintero Suárez). Dentro del corral, en el frontal del fondo se encontraba una vivienda ocupada a finales de la segunda mitad del siglo XX por Lucas Rodríguez, padre de Anselmo. Todo el conjunto pasó a Jacinto y luego al hijo de este, Crescencio «Chencho», casado con María del Carmen «Carmela» González del Cueto, de Olleros de Sabero, padres de Susana y los mellizos Daniel y Ricardo. Desde hace unos años residen en León, aunque acuden con frecuencia a Carbajal.

⁶² Pedro Díez Corral (natural de Santibáñez y residente en Madrid, pero ligado a Carbajal por su matrimonio con Estefanía Juanes Aller) tiene una página web en la que aparecen fotografiadas casi todas las casas del pueblo y en cada una apunta datos sobre sus habitantes.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Casa de Epifanio de la Varga del Valle y Sierva Varela Mayo, padres de Natividad (casada con D. Gregorio, maestro), Cándida (casada con Fausto, afincados en Villacidayo), Quintiliano (a veces se le nombraba por el apellido materno, Varela, para evitar la confusión con su tío Quintiliano de la Varga del Valle; casado con Gloria Aller Ferreras, que luego se trasladaron a Villacidayo) y Raimundo «Mundo» (casado con Isabel Valladares Fernández, natural de Vega de Monasterio). En esta casa, que a veces funcionó con dos viviendas, habitaron algún tiempo tres hijos: Natividad y don Gregorio, Quintiliano y Gloria (antes de irse a Villacidayo) y Mundo e Isabel (hasta que se hicieron una casa nueva al comienzo de la calle Calatrava). Y también estuvieron algún tiempo en ella Pablo del Reguero y Amparo del Valle, antes de pasar a la que compraron a D. Julio Llamazares. La casa fue comprada por Jacinto Rodríguez Juanes y Carmelita Carpintero Suárez, que antes habían vivido en la casa contigua a la de los padres de Carmelita (Simón y Aurora). Actualmente vive en ella el hijo mayor, Anselmo.

Casa de Julián Gutiérrez Gallego y Florentina Rodríguez Hoyos, padres de María (León), Lucio (afincado en Santa Olaja de la Varga, padre del actual alcalde de la ciudad de León, Emilio Gutiérrez Fernández), Mercedes (León), Áurea (Madrid), Ismael (Santibáñez de Rueda), Guadalupe «Upe», Francisco «Paco» (Cubillas de Rueda), Esther (León), Silvio (León), Paulino, Antonino (Palacio de Valdellorma), Elia (León) y Vicenta (León). Procedentes de Valporquero (él) y de Vidanes (ella) se instalaron en Carbajal donde montaron un negocio de «cantina», que alternaban con la venta de vino y ultramarinos. Guadalupe «Upe» llevó durante mucho tiempo la cantina y Paulino se ha dedicado a la venta de vino y embutidos, con mucha aceptación en todo el contorno. Paulino se casó con Julia «Juli» Fernández García (natural de Pesquera) y tuvieron un hijo, Raúl, que actualmente es quien regenta el negocio, bajo el nombre comercial de «Embutidos Artesanos Gutiérrez».

Dos casas juntas de Víctor Ferreras Valladares y Margarita Rodríguez Fernández. Tuvieron cuatro hijos: Teresa, Jaime (muerto en accidente), Victorino (fallecido en la Guerra Civil) y Francisca «Quica» (casada con Porfirio Alonso, de Villapadierna, pueblo al que se trasladó). En la primera casa vivió Teresa, casada con Wirón [se le llamaba «Uvirón»] Díez Andrés (natural de Cubillas). Tuvieron dos hijas: Presentación «Presenta» y Margarita «Ita» Díez Ferreras.

Aurelio Valladares del Reguero

Luego pasó a Ita, casada con Arselín Díez Ferreras (de Villacidayo), padres de Juan Carlos, Luis Miguel y Ana María. Viven en León, pero acuden con frecuencia al pueblo. En la segunda casa vivió Presenta, casada con Volusiano «Chano» García Estrada (de Pesquera), padres de Julia María «Juli», María Teresa «Maite», María José y Miguel Ángel.

Casa Rectoral, propiedad del obispado de León. Desde comienzo del siglo XX estuvo ocupada por el párroco D. Fructuoso García Díez hasta 1936. Desde 1937 vivió en ella don Antonino Martínez Martínez, quien tuvo durante muchos años como «ama» a Francisca González. Aparte del corral y dependencias anejas, cuenta con un huerto de fruta que da a la calle. Entre la casa y el huerto se abría al exterior un camino estrecho que conducía al huerto de Raimundo de la Varga, que se encontraba detrás de este. Con la permuta de terreno solicitada por este vecino para hacerse su casa, el huerto parroquial quedó con la parte lindante a la casa, en tanto que la de más arriba pasó a Raimundo, donde construyó su vivienda. Recuerdo que había un nogal muy grande enfrente de la Escuela. La vivienda tenía acceso por el corral, si bien D. Antonino hizo una entrada directa a la calle, que posteriormente ha sido anulada, con lo que se ha vuelto a la situación primitiva. Después de D. Antonino (1975), ya no hubo más párrocos exclusivos del pueblo, por lo que la casa quedó desocupada. Durante unos años la tuvo alquilada Paulino Gutiérrez Rodríguez como almacén de su negocio de embutidos. Posteriormente se utilizó, en algunos veranos, como residencia para niños de un colegio madrileño que venían de «colonias», así como por otras personas en régimen de alquiler.

Dejando un pasillo y el reguero que baja del Valle (hoy canalizado) se encuentra la Escuela, en cuya cabecera está situado el Caño de Abajo o Caño Grande. Solía denominarse como la «Casa de la Escuela». Como ya he apuntado en otro capítulo, se construyó en 1926 con los ingresos obtenidos del reparto de las parcelas de la Becerrera hecho el año anterior, sobre el solar del viejo edificio que hasta esa fecha estaba en estado muy precario. En 1974 dejó de funcionar como centro docente, ya que los pocos niños del pueblo eran transportados en autobús al Colegio y al Instituto de Cistierna. A partir de 1986 se han realizado diversas obras de remodelación y consolidación del edificio con vista a su funcionamiento como centro cultural-recreativo para uso del pueblo. En la pared frontal, a la derecha de la entrada, estaba colocado un cajón de madera que servía

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

de tablón de anuncios, en el que se ponían los avisos de la Junta Vecinal o del Sindicato de riego, programas de fiestas de los pueblos vecinos, esquelas de los fallecidos en las poblaciones de la zona, etc.

Aquí se inicia la actualmente denominada calle Calatrava, que en mis tiempos siempre se la conoció como la calle Grande. Algunos argumentan que su nombre antiguo fue el de Calatrava, por lo que se ha intentado recuperarlo. Sin embargo, en documentos de 1931 (e incluso más recientes) esta calle figura bajo el nombre de «Buenavista». Y, por otra parte, he manejado documentación de los años 1935-1936 en la que se habla del «Camino de Calatrava» que, por la descripción apuntada, deduzco que discurría por la parte baja de la ladera norte del Valle, partiendo previsiblemente del casco urbano y dando servicio a las fincas existentes en esa zona. Sobre este particular se tratará más adelante.

En el lado izquierdo está la casa de Raimundo «Mundo» de la Varga Varela e Isabel Valladares Fernández (natural de Vega de Monasterio), padres de María Isabel. Fue construida a finales de los años 50, tras una permuta de terreno entre el huerto de «Mundo» y el de la Casa Rectoral. María Isabel (Maribel) está casada con Fidentino García «Tinín», hijo de Fidentino y Mercedes, y tienen dos hijas: Noelia y Laura.

Se abre a continuación una calle corta, en cuyo frontal del final está la casa de Nicolás de la Mata González, que pasó a su hija Honorina de la Mata Rodríguez, casada con Eutiquio Fernández Rodríguez (natural de Santibáñez), padres de Conrado (casado con Engracia Ubón), Adolfinia «Fina» (casada con Natalio), Gustavo «Tavo» (casado con Antonina), Esperanza (casada con Dionisio Díez, natural de Santibáñez) y Misericordia «Coya» (casada con Cecilio), todos ellos afincados en León. La casa pertenece actualmente a Esperanza y Dionisio, padres de M^a Isabel, Esperanza, M^a del Camino, Carlos y Beatriz, que la han remodelado y a la que acuden con relativa frecuencia desde León.

En el lado derecho se encuentra la casa de Cipriano González Díez y María Díez Urdiales, padres de Prudencio (casado con Aurelia García Prieto, con vivienda en la calle Real) y Abundio González Díez (casado con Dionisia Díez, afincados en Vidanes).

Aurelio Valladares del Reguero

Volviendo hacia la calle aparece una construcción propiedad en su día de Quintiliano de la Varga y Honorata Llamazares, y ahora de sus hijas.

De nuevo en la calle Calatrava tenemos la casa de Félix Ferreras Valladares y Francisca Ferreras (eran primos), padres de Araceli, José (casado con Concepción «Conce», de Santibáñez, residentes en Santibáñez y después en Modino), Modesto (casado con Dolores Rodríguez Fernández) e Hilario. Se dividió en dos. La parte primera pasó a Araceli (casada con Luis Rodríguez Juanes) y de esta a su hija Amparo, casada con Francisco Eugenio «Paco» Murcia Gordo, residentes en Bilbao, y padres de John. La segunda la heredó Hilario, casado con Julita González Postigo, padres de Ángel y Julio.

Casa (sin habitar) de Benjamín Rodríguez y Carmen Rodríguez, que la utilizaron como almacén de aperos de labranza. Pasó a su hija Virtudes y de esta a su hija Yolanda Juanes Rodríguez, que la tiene actualmente acondicionada como vivienda.

Casa de Bernardina Postigo Gómez (viuda de Pedro Valparís). Antes el matrimonio había vivido en una casa a la que se accedía a través del corral actual. Hijos: Lucio (muerto en la Guerra Civil), Ubaldo, Trinidad, Marcelina, Alipio, Vitalino, Encarnación, Pergentino «Tino» (afincado en San Bartolomé) y Aniano. Actualmente es propiedad de José Antonio Juanes Rodríguez, hijo de Severino y Virtudes.

Dejamos la calle Calatrava y comenzamos a subir por la calle Pequeña o calle de la Iglesia.

En el lado derecho, haciendo esquina con la calle Calatrava, se encuentra la casa de José Rodríguez Puente y Celedonia Fernández Valladares, padres de Dolores y Raimunda (afincada en San Cipriano). Pasó a Dolores, casada con Modesto Ferreras Ferreras, padres de Begoña, actual propietaria. Está casada con Fernando Martín (de Ávila), residen en Madrid y tienen dos hijos: Pablo y Fernando.

Sigue una casa que siempre conocí deshabitada, propiedad de Antonio del

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Valle Puente y Jacinta Aller Fernández, heredada por su hija Emilia.

Más arriba, en el mismo lado, tenemos la casa de Simón Carpintero García y Aurora Suárez, padres de Carmelita (casada con Jacinto Rodríguez) y Cándido. Quedó para este último, salvo la parte del corral, que heredó Carmelita y que más recientemente ha sido acondicionada para vivienda por su hija Ana Rodríguez, casada con Gere, padres de Laura y Verónica, residentes en Oviedo.

En el interior del corral de la anterior, lindando con la casa de Eutimio Ferreras y Teófila Díez, hay otra casa, en la que vivieron Jacinto Rodríguez Juanes y Carmelita Carpintero Suárez (antes de pasar a la de la calle Real), padres de Anselmo, Silvino, Fernando, Crescencio «Chencho» y Ana María. Actualmente es de Silvino, casado con Yamina González García, residentes en Oviedo y padres de Ana Rosa, Gema, Jorge, Sandra y Silvia.

Volviendo al lado izquierdo de la calle, enfrente de la casa de Modesto y Dolores hay un espacio abierto que da acceso a lo que fue la primitiva casa de Pedro Valparís y Bernardina Postigo, así como a las cuadras y pajares de los padres de Dolores Rodríguez (en la parte derecha). También había una vivienda, en la parte izquierda, habitada en su día por Facunda Fernández

Siguen, por el mismo lado, otras edificaciones de servicios varios (no viviendas): de Simón Carpintero, Eutimio Ferreras y quizá de alguien más.

En el mismo lado izquierdo, tenemos a continuación un amplio espacio abierto conocido popularmente como el Corral de los Guzmanes, desde el que tienen entrada varias casas.

La primera (cuya espalda da a la calle) corresponde a Segundo Díez Rodríguez y Cenobia Ferreras García, padres de Ascensión «Chon» (residente en Madrid), Leandra, Rosalina, Celita y Eloína. Ha vivido en ella Leandra, casada con Eulogio Fernández (muerto en accidente de tráfico siendo los hijos de corta edad), padres de Esperanza, José Domingo «Pepe» y Amor. El más ligado al pueblo ha sido Pepe, casado con Blanca Aláez (natural de Valduviego) y afincado en Gradefes, aunque sigue cultivando varias fincas del pueblo, ya con maquinaria

Aurelio Valladares del Reguero

agrícola moderna. Tienen tres hijas: Lorena, Leticia y Noemí.

Sigue, en la misma posición que la anterior, la casa de Benjamín Díez Rodríguez e Inocencia Herrero. Benjamín fue uno de los tres pastores de ovejas que había en el pueblo. Los últimos años los pasaron en tierras vascas (con los hijos). Hijos: Consuelo, Carmen, Avelino, Regino, Amador, Marisa, Visitación y Montserrat. La utilizan como segunda vivienda, para el verano, Visitación y su marido Alfonso González de Caso (natural de Pallide), residentes en San Sebastián y padres de Alfonso, Sergio y Silvia.

Formando un ángulo recto con las dos anteriores, hacia el interior, hay dos casas más. En la primera, de Félix Ferreras Valladares, vivieron de recién casados Luis Rodríguez y Araceli Ferreras, antes de ir a la calle Real.

La segunda casa es la de Valentín Fernández y Eleuteria García González, padres de Valeriano (casado con Antonia de la Varga Llamazares, residentes en León y padres de Valentín «Tinín», José Emilio, Gonzalo y Quintiliano «Quinti»).

Volviendo a la calle, a continuación de la casa de Benjamín e Inocencia, se encuentra un inmueble que estuvo mucho tiempo deshabitado, propiedad de Benjamín Rodríguez y Carmen Rodríguez. Posteriormente ha sido adaptado a vivienda por su hija M^a Teresa, casada con Flavio de la Puente, de Valle de Mansilla (pueblo en el que residen).

Casa de Victoria, madre de Publio, Socorro, Consolación «Consola», Amancio, Jerónimo y Benito Ferreras. La familia se afincó luego en Villacidayo, salvo Consola (casada con Francisco Vega del Río) y Amancio, que vivió en esta casa varios años. Estaba casado con Enedina Ordóñez (de Gradefes) y tuvieron dos hijos: José Luis (ahora vive en Quintana) y Chonina. Luego se fueron a vivir a Gradefes. Amancio ejerció durante varios años como Guarda.

Casa de Francisco «Quico» Vega del Río y Consolación «Consola» Ferreras. Quico fue vaquero del pueblo (después de Alberto García) y más tarde pastor, cuando ya habían cesado en esta actividad los otros tres pastores: Máximo Campos, Domingo González y Benjamín Díez. En esta casa vivió la madre de

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Quico, Claudia del Río (esposa de Bernardo Vega González), de la que recuerdo que durante varios años fue la persona de más edad en el pueblo. Hijos de Quico y Consola: Claudia (fallecida de corta edad), Ramón (casado con Balbina González Postigo), Javier (casado con Socorro Ferreras, viven en Villacidayo), Resurrección (vive en Cantabria), Claudia «Cayi» (afincada en el País Vasco y luego en Cantabria) y Bernardo (vive en León). Claudia tiene dos hijos ciclistas profesionales: Isidro y Carlos Nozal Vega. El primero se hizo muy famoso con motivo de la Vuelta Ciclista a España de 2003, que estuvo a punto de ganar, si bien al final quedó segundo en la clasificación general.

En la parte derecha de la calle, a la casa de Simón Carpintero siguen varios huertos: el primero de este (comunicado con la casa), el de Julián Gutiérrez y el de Aquilino Ferreras y Piedad Quirós (unido a su vivienda).

Casa de Aquilino Ferreras y Piedad Quirós, padres de Clarencio, Pilar, Aquilina, Manuela y Olegaria. Al quedar viuda, Piedad se casó en segundas nupcias, a comienzos de la década de los 40, con Esteban, de San Bartolomé. Vivió algún tiempo en esta casa la familia de Clarencio y Concepción «Conce» Díez Rodríguez, antes de pasar a la que había sido de Alberto García. La casa sufrió un incendio hacia finales de los años 60. Luego fue reformada.

Dos casas contiguas, propiedad del pueblo: la del Maestro y la del Concejo. Fueron construidas en 1928 con el dinero recaudado de las parcelas sorteadas en el Empotrado. En la década de 1940 y comienzos de la siguiente vivieron en la primera algunos maestros que ejercieron en Carbajal: don Donaciano Fuertes y doña Gloria, y varios años después doña María Ángeles «Maruqui» de la Fuente (casada con don Justo Llamazares, veterinario). El 21 de mayo de 1973, a consecuencia de un temporal de lluvias, se cayó el muro de contención del patio de la Iglesia sobre estas casas, con importantes desperfectos, lo que llevó a la decisión de derribarlas (Acta de la Junta Vecinal del 24 de mayo de 1973). Luego serían sustituidas por un muro de hormigón como medida de protección ante posibles corrimientos del terreno que pudieran afectar a la cabecera de la iglesia. Hubo alguna protesta con esta medida. Recuerdo la pintada que apareció una mañana de domingo y que todos vimos al ir a misa: «El muro de la vergüenza. Estropear la campana para arreglar el esquilón». Se produjeron los lógicos

Aurelio Valladares del Reguero

comentarios y conjeturas sobre el autor de la pintada, pero el conflicto no pasó de ahí.

Dando un giro de 180° se sube hacia la iglesia. En el último tramo, a mano derecha, se encuentra un corral de ganado de la familia Juanes y, a continuación, la conocida como «Sacristía Vieja», una caseta utilizada como almacén para enseres de la parroquia de escaso o nulo uso.

Al final de la calle, en la parte más alta, lindando con el monte, se encuentra la Iglesia parroquial, de la que hablo con más detenimiento en otro apartado.

Antes del último tramo que sube a la Iglesia, la calle da un giro a la derecha y se une con la calle Calatrava (popularmente calle Grande), que prosigue hacia el Valle.

A la izquierda de esta confluencia está la casa de Luis Villacorta Díez y María del Cano Díez, padres de Domiciano (Casasola), Humildad (Gradefes), Isabel, Servando (Asturias), Elías y Teresa (Cifuentes). Elías, casado con Milagros Quirós (de Santibáñez) tenía un camión con el que hacía transportes. Hace pocos años esta casa fue adquirida por Justiniano «Justi» Rodríguez.

Más arriba, en el camino que prosigue de la calle Pequeña hacia el monte, se encuentra la casa de Fidentino «Tino» García Postigo y Mercedes González Postigo, construida a finales de los años 50. Fidentino era albañil y trabajaba en los pueblos de la zona. Hijos: Fidentino «Tinín» (casado con María Isabel de la Varga) y Pilar «Pili» (casada con Moisés «Sesi» Bayón, de Santibáñez, padres de Sergio y Patricia; viven en Bilbao).

Al otro lado, a la derecha del camino que prosigue desde la calle Calatrava hacia el monte, está una corte de ganado con su huerto (llamado el Huerto de la Corte) de Indalecio Valladares, del que pasó a sus hijos Miguel y Aurelio, que lo compartieron durante muchos años y luego lo dividieron: parte superior para Aurelio (que pasó a su hija María Luz) y parte lindante con la curva de la calle para Miguel. La parcela de María Luz ha sido adquirida recientemente (finales de 2014) por el pueblo, para destinar la construcción como almacén y el terreno como

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

parque infantil.

A la izquierda de este huerto discurre una calle, sin denominación, que posiblemente sea el inicio del «Camino de Calatrava», al que anteriormente me he referido). Por ella se accede, a la derecha, a un huerto, luego partido, entre las hermanas Cecilia y Jacinta Aller Fernández. Hace pocos años fue adquirido por Luis Rodríguez y Mónica Urdiales, donde han construido una casa nueva.

También da acceso, a la derecha y a continuación de la casa anterior, a una finca que sube hasta el monte, de Aurelio Valladares, actualmente de su hijo Aurelio (el que suscribe), que la plantó de pinos en 1986.

La misma calle concluye, en la actualidad, en una huerta de Francisco Vega, en la que hubo una casa. Yo conocí de niño esta edificación, en estado de semirruina y que terminó desapareciendo. Todavía pueden apreciarse los cimientos.

Al comienzo de esta calle, a la derecha se halla la casa que fue de Mamés García y Dorotea Corral Marcos, padres de Paulina y María. Después de estar un tiempo deshabitada, fue adquirida por Emilio Campos Zapico y Milagros González Postigo. Emilio trabajó de caminero de Obras Públicas. Al jubilarse, se instalaron en León. Tienen tres hijos: María Cruz, Beatriz «Beti» y Emilio.

A la derecha de esta casa sale en cuesta hacia arriba la calle de la Varga, que comunica con el Valle Rabero y da acceso al monte (sendero hacia la Llana de Valdealzón) y a las fincas de secano situadas entre el monte y el Canal.

A la izquierda había tres corrales de ovejas, con algo de huerto, propiedad, respectivamente, de Julián Gutiérrez, Eutimio Ferreras y Simón Carpintero. Fueron demolidos y en su lugar se construyeron hace pocos años dos casas.

La primera la llevaron a cabo Conrado García Abad y Lucía Abad Ramos, matrimonio de León que venía con frecuencia a Carbajal (a él le gustaba mucho pescar en el río) y durante algún tiempo tuvieron alquilada la casa de los herederos de Luis Villacorta y María del Cano. Esta nueva casa pasó a su hija Mónica, casada con Raúl Gutiérrez Fernández, hijo de Paulino y de Juli. Tienen dos hijos:

Aurelio Valladares del Reguero

Jorge y Carlos.

La segunda pertenece a Luis Rodríguez Ferreras y Mónica Urdiales de la Varga, afincados en León, pero que la utilizan como segunda vivienda. Tienen dos hijos: Luis y Héctor.

Arriba, a la derecha, está la casa de Máximo Campos Rodríguez y Saturnina Zapico López. Máximo trabajó como pastor de ovejas. Hijos: Emilio (casado con Milagros González Postigo), Natalia (León)⁶³, Tino (murió de joven), Agustín (Cistierna) y Graciliano (Madrid). Hace unos años fue comprada y reformada por Félix Rodríguez (hijo de Benjamín y Carmen).

Casa de Isidoro Rodríguez Ferreras y Teodosia Ferreras, padres de Carmen y Laurentina «Tina». «Tina» se casó con Ramón Corral, molinero de Santibáñez, donde vivieron. La casa pasó a Carmen, casada con Benjamín Rodríguez Blanco (natural de Santibáñez), padres de Virtudes (casada con Severino Juanes Aller, padres de José Antonio, Yolanda y María Jesús), Félix (casado con María del Carmen del Río, padres de Daniel, Elena y Víctor, viven en Madrid), María Teresa (casada con Flavio de la Puente, padres de Maite, viven en Valle de Mansilla), Carmen «Carmina» (casada con Máximo Castellanos, padres de Alberto, viven en León y en Madrid), Isidoro (muerto de niño), Justiniano «Justi» (casado con María Teresa Tardío Alonso, padres de Raúl y Raquel, viven en Madrid) y Blanca (casada con Rafael «Falo» Díez Rodríguez, de Pesquera, viven en Barcelona). Actualmente está dividida y adaptada a dos viviendas: la de la izquierda es de «Justi» y la de la derecha de Félix. Las dependencias anejas situadas detrás de la casa (cuadras, pajares y huerto), con acceso por la calle de la Varga, pertenecen a Carmina y a Blanca. «Justi», aunque reside en Madrid, sobre todo desde que se ha jubilado, viaja con mucha frecuencia al pueblo.

Casa de Ovidio Ferreras Valladares y Delfina García Ingelmo. Perteneció en su día a los padres de esta (Pascual García Díez y María Eugenia Ingelmo). Con

⁶³ A Natalia me la encontré, casualmente, en una boda en Ávila (17-04-1977). Resultó que la novia (Josefina Jiménez), compañera mía de trabajo en Madrid, era sobrina por parte del marido de Natalia. Los dos nos llevamos una grata sorpresa por la coincidencia.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

la familia de Ovidio y Delfina vivió también el hermano de ella, Valentín. Hijos: Evelio (casado con Concha Fernández Renedo, de Santibáñez, viven en Bilbao), Balbina, Eleuterio «Tello» (vivió en Bilbao), Pascual (casado con Lourdes, de Rueda del Almirante) y Saturnino «Nino» (casado con Isabel Nicolás, viven en La Aldea del Puente, aunque él ha seguido cultivando las fincas de Carbajal; padres de Amaya y David). Quien más ha vivido en ella es Balbina, si bien recientemente pasa temporadas en La Aldea con su hermano «Nino».

Debajo de esta casa se encuentran unos corrales y el acceso a la huerta de Fulgencio y Josefa, que ocupa la parte de atrás de las casas de Ciriaco Juanes, Julia Juanes, Nicodemo Valparís y la de ellos mismos.

Delante, en la calle, hubo un tiempo unas pozas, que siempre tenían agua. Hoy ya no existen, porque me imagino que se canalizarían hacia el Canal, que pasa –oculto– justamente por allí.

Un poco más abajo, y también en la calle, se instaló un potro para herrar las vacas, hecho con fuertes maderos de roble.

Si nos vamos a la derecha de la calle, tenemos el huerto de la familia de Benjamín Rodríguez y Carmen Rodríguez.

Sigue una caseta, que algún tiempo sirvió de taller. Creo que en su día lo utilizó Fidentino García.

Bajando, a la derecha, se encuentra la casa de Domingo González Fernández y Regina Postigo, cuyo corral da a la calle. Domingo fue uno de los tres pastores de ovejas que había en el pueblo. Hijos: Severina (casada con Magín Ferreras García), Mercedes (casada con Fidentino García Postigo), Julita (casada con Hilario Ferreras Ferreras), Arturo, Milagros (casada con Emilio Campos Zapico), Balbina (casada con Ramón Vega Ferreras), Carlos (vivió en Asturias) y Pedro (vive en León).

Pasamos de nuevo a la izquierda y tenemos la casa de Ciriaco Juanes Valduviego y Cecilia Aller Fernández, padres de Severino (casado con Virtudes Rodríguez Rodríguez), Felicitación «Cion» (religiosa de Nuestra Sra. del Buen

Aurelio Valladares del Reguero

Consejo), Marino (casado con Amelia Valladares del Reguero), Enedina (casada con Víctor Gabriel González Fernández, de Pesquera), Estefanía «Fany» (casada con Pedro Díez Corral, de Santibáñez), Antonino (muerto a los siete meses) y Marina (residente en Madrid). Se ha dividido en dos partes. La de arriba pasó a Severino y, a la muerte de este, a su hija María Jesús Juanes Rodríguez. La parte de abajo pertenece a «Fany». Pedro y «Fany», que viven en Madrid, la utilizan como vivienda para el verano. Tienen tres hijas: Elena, Conchi y Esther.

Casa de Julia Juanes Valduviego. Vivió en esta casa después de enviudar de Nicanor del Valle Valcuende (matrimonio que había habitado una de las dos viviendas de los padres de este en la calle Real). Actualmente pertenece a su sobrina Marina Juanes Aller. Julia Juanes tenía una habilidad especial para curaciones de problemas de articulaciones. A muchas personas les solucionó lesiones en muñecas, codos, hombros, etc. Lo llamativo del caso es que ella no contó con ningún tipo de formación al respecto. Sus facultades en este terreno eran innatas.

Casa de Nicodemo Valparís Ferreras y Josefa «la Lola» Fernández Postigo, padres de Domitila, casada con Luis Nistal (vivieron en León); Soledad, casada con Adrián Fidalgo (León); Gaudencia, casada con Tarsicio Rodríguez (Gijón); Rosario, casada con Pedro Rodríguez (Boñar); María Luisa, casada con Vitalino Díez (Villanófar); Lucía, y Prisciliano «Nano» (Gijón). La casa pasó a Lucía, casada con Mariano Fernández Nicolás (natural de Santa Olaja de la Varga), que la derribaron y dejaron la parte anterior de jardín y en la posterior construyeron una nueva casa. Viven en León, pero visitan el pueblo con mucha frecuencia. Hijos de Mariano y Lucía: Míriam, Yolanda, Jacqueline y Sergio. Domitila y Soledad (incluso Lucía siendo muy joven) sirvieron algún tiempo en casa de mis padres cuando los hermanos mayores éramos pequeños. Con las que más trato tuve posteriormente fue con la primera (ya fallecida) y con Lucía, que siempre me han mostrado un aprecio especial, recordando las muchas veces que me tuvieron en brazos siendo yo muy niño, al que he tratado de corresponder con el mismo afecto. Modesto Ferreras me contó que en una ocasión me llevaba Domitila en brazos (cuando tenía yo pocos meses) y unos jóvenes –entre ellos él– le pedían con insistencia enseñar al niño, a lo que ella se negaba y trataba de esquivarlos, hasta que como consecuencia del forcejeo la criatura (o sea, yo) fue a parar al suelo; si

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

bien, por fortuna, sin ninguna consecuencia.

En el lado derecho, enfrente de la casa de Ciriaco Juanes, se encontraba la hornera y otras dependencias, junto a un huerto de frutales propiedad del mismo. La parte edificada fue arreglada y convertida en vivienda por Marino Juanes y Amelia Valladares, residentes en Pozuelo de Alarcón, (Madrid) y padres de Cecilia, Marcos y Daniel. Sigue un trozo de huerto, que pertenece a Marina Juanes. Y en la parte de abajo construyeron una casa nueva Víctor Gabriel González Fernández y Enedina Juanes Aller (con residencia en León), padres de María del Carmen, José Luis, Jesús, Juan Carlos y Víctor.

Casa de Genaro García Fernández y Francisca «Quica». Pasó a su sobrina Teófila Díez Rodríguez, casada con Eutimio Ferreras García (no tuvieron hijos). Dan a la calle los pajares y el corral, por el que se accede a la casa. Al fallecer, la heredaron los sobrinos (actualmente la tiene Leandra Díez Ferreras).

A la altura de esta casa, en la calle, se encuentra el Caño de Arriba o Caño Pequeño.

Casa de María Eugenia Valladares Ferreras, viuda de Felipe Urdiales. Pasó a su única hija, Josefa, casada con Fulgencio Barrientos Valladares (eran primos por línea materna), padres de Raineria (casada con Pompilio García Laso, de Santibáñez), Antonia (casada con Primitivo de la Iglesia, vivieron en Zaragoza, Orense y León), Ascensión «Chon», Felipe (casado con María, residen en Valladolid), Jesús, Amor (casada con Ángel «Gelito» Urdiales, de Villacidayo), María Eugenia (casada con Santiago Laso Rodríguez, de Santibáñez) y Ramona (casada con Antonino Martínez, de Villahibiera). Han permanecido de continuo en el pueblo los dos solteros: Ascensión «Chon» y Jesús. Esta casa quedó destruida por un incendio producido el día 5 de diciembre de 2016, cuando vivía en ella Jesús Barrientos Urdiales.

En el mismo lado se encuentra un huerto, que perteneció a Julio Llamazares (maestro) y fue adquirido por «Chano» García Estrada y Presenta Díez Ferreras.

Al lado derecho había unos pajares de Simón Carpintero, que pasaron a su

Aurelio Valladares del Reguero

hija Carmelita y luego al hijo de esta Fernando Rodríguez Carpintero, que los derribó para construir una vivienda totalmente nueva. Fernando, casado con Mili, viven en Oviedo, pero acuden con frecuencia al pueblo. Tienen tres hijos: Lorena, Ángela y Fernando.

Enfrente de la anterior se encuentra la casa de Alberto García y Catalina Postigo. Alberto fue el vaquero del pueblo, siendo yo niño. Hijos: Aurelia (del primer matrimonio de Alberto y casada con Prudencio González Díez), Fidentino «Tino» (casado con Mercedes González Postigo), Sabiniano «Sabi» (casado con Maruja Fernández, de Santibáñez), Nazaria, Honorio y Alejandrina. La casa fue comprada por Clarencio Ferreras Quirós y Concepción «Conce» Díez Rodríguez, en la que pasaron sus últimos años. En la actualidad vive en ella el hijo menor, Miguel.

Tenemos a continuación un espacio interior, por el que hay acceso a la casa, cuya entrada mira en dirección al monte, de Luis Rodríguez y Martina Urdiales, padres de Cristeta (León), Lucio (Gradefes), Constancio, Fidel y Porfirio. Su último habitante fue Porfirio (apodado «el Cheque»).

También en el interior hubo una casa pequeña, en la que vivieron algún tiempo Salvador Llamazares de la Varga y Valentina del Valle Aller.

Volviendo a la calle hay una edificación que ha servido de corral de ovejas y almacén, propiedad de Teresa Ferreras, que pasó a su hija Presenta, esposa de «Chano» García y luego a sus hijos. Y a los mismos propietarios corresponde la casa siguiente, antigua y de sólida construcción, en la que se conservan cabezales de roble que debieron ser el soporte de una balconada. Nunca la conocí habitada.

Entre esta casa y la siguiente hay una calleja larga que desemboca en la calle Real (calle de la Era).

Casa de Pablo Pato del Blanco (natural de Vega de Monasterio) y Oliva Aller Ferreras. Regentaban una cantina y tienda de productos variados, que vendían también por los pueblos de alrededor. Hijos: Alfredo, Araceli, Ángel («Gelín») y Toribio («Tori»). A finales de los 60 la familia se trasladó a

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Barcelona. En el interior del corral se accedía a la casa de Magdalena Ferreras, madre de Pilar, Ángeles, Oliva, Domingo y Gloria Aller Ferreras. Vivió en ella Domingo (apodado «el Caracol»), que aparte de las ocupaciones agrícolas y ganaderas, era barbero. Hace unos años los hijos de Pablo y Oliva (Araceli falleció relativamente joven) decidieron demoler todo el conjunto de las dos viviendas.

Dentro del corral se encuentran también unos pajares, propiedad de Emilia Fernández, madre de Jacinta y Cecilia Aller Fernández.

Entre esta casa y la siguiente hay una calleja, en forma de L, que dobla en ángulo recto a la izquierda y desemboca en la calleja larga anteriormente citada.

Casa (sin habitar) de Ovidio Ferreras Valladares y Delfina García Ingelmo. Pasó a su hijo Evelio.

Casa (sin habitar), a cuya puerta se accede por unos escalones, propiedad de Julián Gutiérrez Gallego y Florentina Rodríguez Hoyos.

Casa (sin habitar) de Ovidio Ferreras Valladares y Delfina García Ingelmo. Pasó a su hijo Pascual.

Haciendo esquina entre la calle Calatrava y la plaza de la Escuela, se encuentra la casa de Florencio Ferreras Valladares e Higinia Carpintero (natural de Casasola), que tiene su entrada por el corral. Hijos: Victorina (religiosa), Davino (casado en Pesquera), Presentación «Presenta», Francisco «Quico» (residente en Puerto Rico), M^a Paz «Pacita», Bonifacia «Boni», Lourdes y Lidia.

Entre el corral de esta casa y la siguiente hay una calleja corta, que desemboca en la calleja anterior.

De frente a la plaza de la Escuela tenemos una casa grande dividida por la mitad, entre los hermanos Julio y Honorata, hijos de don Antonio Llamazares Fierro (maestro nacional) y Mónica Avecilla Martínez.

La parte de la izquierda perteneció a don Julio Llamazares Avecilla (maestro nacional) y Julia Poyán, padres de Julia María, José Antonio y Rosa María. Don Julio ejerció como maestro en San Bartolomé. Más tarde se trasladó

Aurelio Valladares del Reguero

a Cistierna. La casa fue comprada por Pablo del Reguero Corral y Amparo del Valle Aller, padres de Julia María (casada con Luis, viven en León; padres de Alberto y David), Miguel Ángel (casado con María Isabel, viven en Sevilla; padres de Pablo y Leticia) y Manuel (casado con Yuli, viven en Tenerife; padres de Cynthia y Airan).

La casa de la derecha fue la vivienda de Quintiliano de la Varga del Valle y Honorata Llamazares Avecilla, padres de Antonia (casada con Valeriano Fernández García), Emma (casada con Simón, de Vidanes), Lore (casada con Hermenegildo «Gildo», de Quintanilla) y Celia. Ha vivido en ella Celia, casada con José Luis «Pepe» Urdiales Campos (de Villacidayo), padres de Nuria y Mónica (casada con Luis Rodríguez), aunque desde la jubilación, residen en León.

Esta última casa hace esquina con la calle Real, si bien era conocida desde la plaza de la Escuela hasta la salida hacia Santibáñez como calle de la Era.

Seguimos por el lado izquierdo de esta calle. Entrando por un espacio abierto había una vivienda, ocupada durante algunos años por la familia de Clarencio Ferreras Quirós y Concepción «Conce» Díez Rodríguez, padres de Juventino «Juven» (vive en Cistierna), Aquilino (vivió en Oviedo), Julio (afincado en Cifuentes), Nieves (casada con Carlos, de Quintanilla, con quien compartí Compañía en el periodo de instrucción del servicio militar en el campamento de El Ferral del Bernesga), Maximiliano «Maxi» (vivió en Madrid) y Miguel. Creo que nacieron en esta casa todos los hijos (incluida una hija más que murió de muy corta edad), a excepción del más pequeño, Miguel. Luego la familia pasó a la casa de Piedad Quirós (madre de Clarencio), en la calle de la Iglesia, y posteriormente a la de la calle Calatrava, que había sido de Alberto García.

A la derecha de esta entrada vivió Carola, madre de Máximo Fernández (herrero afincado en Santibáñez) y Erundina. Hace muchos años que está deshabitada.

Actualmente el acceso a esta casa y a la anterior está incorporado al corral contiguo a la casa de las hijas de Quintiliano de la Varga y Honorata Llamazares.

Casa de Prudencio González Díez y Aurelia García Prieto. Se accede a la vivienda a través del corral, que es el que da directamente a la calle. Hijas:

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Sagrario (casada con Pablo Álvarez Montes, afincados en Olleros de Sabero y padres de Luis, Marta, Mónica, Álvaro y Joana) y Yamina (casada con Silvino Rodríguez Carpintero, residen en Oviedo, pero con casa en Carbajal, en la calle de la Iglesia).

Casa de Tirso Barrio Vega. La ocupó al quedar viudo de María Eugenia Valladares Ferreras, con la que estuvo casado en segundas nupcias. Era natural de Llamas. Vivió algún tiempo con él su sobrina Teresa. Hace pocos años fue demolida y hoy solamente existe el solar.

Entre esta casa y la siguiente se encuentra el otro extremo de la calleja larga anteriormente mencionada, que baja desde la calle Calatrava.

Casa deshabitada durante años, propiedad de los herederos de Luciano Valladares Ferreras y Gregoria Fernández del Valle. Luego fue comprada y reformada por Ramón Vega Ferreras y Balbina González Postigo, padres de Ramón y María del Mar.

Siguen dos casas juntas, con corral y cuadras-pajares comunes, propiedad de Jesús del Valle Muñiz y Wenceslada Valcuende Rodríguez, padres de Gabriel y Nicanor. La primera estuvo habitada por Nicanor y su esposa Julia Juanes Valduviego. Murió el primero, sin descendencia y antes de fallecer los padres, por lo que luego la heredó su hermano Gabriel. La viuda se hizo una casa al lado de la de su hermano Ciriaco (en la calle Calatrava / Grande). La segunda fue vivienda de Gabriel del Valle Valcuende y Pilar Aller Ferreras, padres de Anunciación «Anuncia» (casada con Porfirio García Fernández, de Pesquera), Amparo (casada con Pablo del Reguero Corral, de Santibáñez, vivieron en Carbajal), Valentina (casada con Salvador Llamazares de la Varga, de San Bartolomé, vivieron en Carbajal y luego se trasladaron a Alcorcón, Madrid; padres de José María, Lourdes, Gabriel, Rosario y Luis Miguel) y Jesús «Susi». Pasó a Jesús, una de las contadas personas de mi generación que se quedó en el pueblo dedicado a actividades agrícola-ganaderas. Está casado con Pilar Pérez Alonso (natural de Soto de Valdeón) y tienen tres hijos: Jesús y los mellizos Javier y Marta.

Casa de Ciprián del Valle y Francisca Puente, padres de Antonio, casado

Aurelio Valladares del Reguero

con Jacinta Aller Fernández, padres, a su vez, de Evangelina (Gelina) y Emilia del Valle Aller. Evangelina se casó con Laudelino (Laude), de Modino, pueblo al que se trasladó. La casa pasó a Emilia, casada con Evilasio del Cano García, natural de Santibáñez, padres de Antonio y Luis Ángel. Al enviudar Ciprián, se casó en segundas nupcias con Emilia Fernández, viuda de Serapio Aller (padres de Jacinta y Cecilia). El nuevo matrimonio de Ciprián y Emilia no tuvo hijos.

Casa de Timoteo del Valle y Claudia de la Varga. Vivió con ellos su sobrina Rosalía, madre de Silvio Álvarez de la Varga, actual propietario, que reside en Zaragoza.

A continuación de esta casa se encuentra un huerto de la familia de Pablo Pato del Blanco y Oliva Aller Ferreras, separado de la carretera por la presa de riego, que luego cruza en diagonal la calle-carretera.

Pasamos al otro lado de la calle, en el que las edificaciones se prolongan más en dirección hacia Santibáñez. Regresando en sentido contrario, tenemos en primer lugar una casa de nueva construcción, llevada a cabo en 1985-1986 por José Antonio «Toño» Valladares González y Begoña Alonso Llamazares (natural de Santibáñez), padres de Óscar, levantada sobre el terreno de lo que fueron las cuadras y parte del corral de la casa siguiente, comprado a los herederos de Luciano Valladares y Gregoria Fernández. José Antonio se dedicó a actividades agrícola-ganaderas y Begoña ejerció como maestra en Olleros y después en Cistierna. Desde la jubilación de ambos, residen gran parte del año en León.

Casa de Luciano Valladares Ferreras, casado con Gregoria Fernández del Valle (natural de San Miguel de Escalada), padres de Daniel, Maximiano, Ángel (P. Víctor, religioso capuchino ordenado en 1937 y destinado en Venezuela), Ildefonso (fallecido de joven), Jacinto (P. Félix, religioso capuchino destinado en Cuba), Porfiria y María (religiosas), Martiniano «Marti» (casado con Áurea González, de Santibáñez, vivieron en Venezuela y después en Valladolid), Marcelino (casado con Martina, se trasladó a Villarrín del Páramo), Felicísima «Sima» (casada con Eutiquiano Díez García, de Pesquera, se trasladaron a Santander) y Fortunato «Nato» (casado con Amparo, con residencia en Madrid). De todos los hijos, los que yo recuerdo viviendo en esta casa son Martiniano

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

(antes de irse a Venezuela), Marcelino, Felicísima y Fortunato. La casa pasó a propiedad de Martiniano y Fortunato.

Entre esta casa y la siguiente sale el Camino de la Era, que continuaba en el Camino Hondo y proseguía con el del Soto Molino, si bien el segundo tramo cambió a raíz de la Concentración Parcelaria.

Casa de Fe Aller Robles, de quien pasó a su sobrina Ángeles Aller Ferreras, casada con Emiliano González Carvajal. Este matrimonio no tuvo hijos y vivió con ellos su sobrina (por parte de Emiliano) Trinidad González Vega, actual propietaria. Está casada con Carlos y residen en Palencia.

Casa de Eulogio Díez y María Rodríguez Yugueros, padres de Concepción «Conce» (casada con Clarencio Ferreras Quirós), Crescencia (afincada en Madrid) y Eladio. Pasó a Eladio, fallecido hace unos años.

Casa de Luis Rodríguez Juanes y Araceli Ferreras. Compraron la casa a la familia de Venancio y Victorina, que se trasladaron a Villapadierna. Tiene la entrada mirando hacia el sur y se accede a ella a través de unas puertas grandes que dan al corral. Hijos de Luis y Araceli: Asunción «Chonina» (vive en Bilbao), las mellizas María Purificación «Pura» y María Filomena «Mena» (con casa en la misma calle), Manuel, Amparo (tiene la casa de su abuelo materno Félix), Severino (casado con María Ángeles, residentes en Bilbao y padres de Íñigo), María Concepción «Conchi» y Luis. Lo que fue vivienda de los padres, corresponde ahora a Manuel, casado con Trinidad, residentes en Oviedo y padres de Patricia, las mellizas Inmaculada y Beatriz, y Sonia. La casa existente entre la anterior y la calle ha sido acondicionada para vivienda por María Purificación, casada con Blas Peña González, residentes en Bilbao y padres de Borja, Leticia y Leyre. El resto de edificaciones anejas pertenecen, en la parte izquierda, a María Concepción, madre de Adrián y residente en Bilbao, y en la derecha, donde se sitúan las cuadras y pajares, a Luis, casado con Mónica Urdiales de la Varga, con vivienda en la calle de la Varga.

Casa de Ambrosio Ferreras Valladares, casado en segundas nupcias con Jesusa (natural de Valdealcón). Hijos de Ambrosio: Cenobia (casada con Segundo

Aurelio Valladares del Reguero

Díez Rodríguez), Eutimio (casado con Teófila Díez Rodríguez), Afrodisio «Isio», Paulino (afincado en Gradefes, fue cartero de Villanófar, Villacidayo y Carbajal) y Magín (casado con Severina González Postigo). La casa pasó a Magín Ferreras García y luego a sus hijos Mercedes y José Abel, ya fallecidos.

Lindando con esta casa se encontraba un camino de acceso a las fincas de las Huertinas. Y a continuación había una caseta, en la que estaba la fragua del pueblo. Allí acudían los vecinos para arreglar diferentes piezas metálicas (rejas de arados y todo tipo de instrumentos), ayudándose unos a otros en el reparto del trabajo: dando al fuelle para avivar el fuego, participando en el golpeo alternativo sobre el yunque para modelar la pieza que se arreglaba... Era yo muy pequeño cuando la vi funcionar, pero pronto dejó de utilizarse, lo que ha llevado a su desaparición. Es posible que sea esta la «casa fragua» que se constata en el Catastro del Marqués de la Ensenada de 1752 (respuesta a la pregunta 23^a).

Actualmente la caseta de la fragua ha desaparecido y el camino de acceso a las Huertinas está anexionado a la casa y huerta de Magín Ferreras García.

Separados de la calle por la presa de riego, se encuentra un huerto de Florencio Ferreras Valladares y otro de Antonio del Valle Puente y Jacinta Aller Fernández.

Casa con escudo nobiliario propiedad de Fulgencio Barrientos y Josefa Urdiales, que no la habitaban, si bien era utilizada como almacén de grano y otros enseres agrícolas. Tenía a continuación un corral con unas puertas grandes (popularmente conocido como «el Caserón»). Por aquí se accedía también a un huerto de Gabriel del Valle y una huerta de la familia Barrientos-Urdiales. Parte de esta huerta fue adquirida por María Filomena «Mena» Rodríguez Ferreras (madre de Marisa, Alberto y Sara), que construyó hace unos años una moderna vivienda, a la que se accede por lo que fue el Caserón.

Corral y cuadras de Julio Llamazares Avecilla, luego adquiridas (junto a la casa) por Pablo del Reguero Corral y Amparo del Valle Aller.

Entre esta edificación y la siguiente se encuentra la «Callejina», que daba acceso, en la izquierda, a una huerta de Fulgencio Barrientos; al fondo, a otra de

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Simón Carpintero, y, en la derecha, a la de Miguel Valladares. En esta zona de huertas se aprecian restos de cimientos de lo que en su día debieron de ser viviendas.

Casa de Indalecio Valladares Ferreras y Fe Sánchez de la Varga (mis abuelos paternos). La casa anteriormente había pertenecido a los padres del primero, Ildefonso Valladares Corral y Ramona Ferreras Paniagua (lógicamente, bisabuelos míos), padres de Antonia, Luciano, María Eugenia e Indalecio Valladares Ferreras (la primera afincada en Quintana de Rueda y los otros tres en Carbajal). Indalecio y Fe tuvieron dos hijos: Miguel y Aurelio Valladares Sánchez (mi padre); además de una hija, Amelia, fallecida de corta edad el 25 de noviembre de 1921. La casa pasó por herencia a Miguel, casado con Edelmira González González (natural de Modino y madrina de mi bautizo), padres de Miguel, Carlos, José Antonio «Toño», Roberto y María Esther. José Antonio es el único de los hijos que se quedó siempre en el pueblo, utilizando el corral y las cuadras-pajares para su actividad agrícola-ganadera y utilizando como vivienda la que se construyó al final de la calle Real (ya descrita). Miguel, casado con Ana María Martínez Sanz, padres de Mónica, David e Íñigo, viven en Bilbao. Carlos, casado con Amelia García Otero, padres de María, con residencia en León. Roberto, casado con María del Carmen Sanz Martín, padres de Pablo y Miguel, viven en Valladolid. María Esther, casada con Francisco «Paco» García García, de Modino, padres de Cristina, viven en Cistierna.

Y concluimos el recorrido con la casa de mis padres: Aurelio Valladares Sánchez y Domitila del Reguero Fernández (natural de Santibáñez). Fue construida hacia 1950 en la huerta de mi abuelo Indalecio. Hijos: María Luz «Mary», Amelia «Meli», María del Carmen «Carmina», Aurelio y Luis Miguel. Hasta la construcción de esta casa, mis padres vivieron en la de los abuelos, donde nacimos Amelia, María del Carmen y yo (María Luz nació en Santibáñez, en casa de los abuelos maternos). Actualmente está dividida en dos viviendas. La de la planta superior pertenece a María Luz, casada con Bernardo Grande Moratíel (de Sahechores), afincados en Madrid, padres de Bernardo y Enrique. La planta inferior, remodelada, a Luis Miguel, casado con Pilar Narganes de Pablos (de Guardo, Palencia), padres de Héctor y Luis Miguel, han vivido en Cistierna, Ponferrada, León y actualmente en Benidorm (Alicante). La parte del corral con

Aurelio Valladares del Reguero

acceso a la calle y de los pajares-cuadras corresponde a Amelia (casada con Marino Juanes Aller, con casa en la calle Calatrava). Yo me quedé con la huerta que sigue al corral y limita con la Cañada. Estoy casado con Rocío Ruiz García, natural de Marmolejo (Jaén), y tenemos dos hijas: Marta y Rocío. Hemos vivido en Madrid, en Úbeda (Jaén) durante treinta años y, al jubilarnos los dos, hemos regresado a Madrid. «Carmina» se crió en Santibáñez con los tíos Juan Francisco García Urdiales y María del Reguero Fernández. Está casada con Agapito Piñán Torices (de Vega de Monasterio) y tienen tres hijos: Cristina, Álvaro e Ignacio. Viven en León y mantienen como segunda vivienda la casa heredada de los tíos en Santibáñez.

A continuación de esta casa sale la Cañada que conduce hasta el río y el soto.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

IV.- VOCABULARIO Y TOPONIMIA

1.- Vocabulario

Se recoge en este capítulo un amplio muestrario de los vocablos utilizados en Carbajal y que, lógicamente, son aplicables a otros pueblos del entorno. Es posible que algunos términos y expresiones resulten extraños a las nuevas generaciones, al haber caído en desuso por pérdida de su referente (ya no se usan ciertos instrumentos ni se realizan acciones habituales en el pasado), pero seguro que muchos de ellos los han oído en boca de sus padres y abuelos.

No tengo en cuenta aquellas voces que, aunque a primera vista pudieran parecer propias de nuestra zona, son comunes a otros lugares del mundo hispanohablante, como lo prueba el hecho de que estén registradas en las últimas ediciones del *Diccionario* de la Real Academia España. Ahora bien, sí incluyo aquellas que presentan variantes de uso con respecto a la normativa académica, explicando en cada caso la situación. Siempre que cite dicha obra (a través de la sigla *DRAE*) lo haré sobre la 23ª edición (2014).

<A>

Abarquillarse. Se dice de la madera cuando se curva, particularmente si se trata de tablas.

Abejina. Nombre que a veces se da a la abeja común. *Me ha picado una abejina.*

Abitorio. Nombre dado al insecto comúnmente conocido como *abejorro* (*DRAE*).

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Abono. Estiércol de animales (especialmente de las vacas) utilizado para *abonar* las huertas y tierras de cultivo. También sirve para denominar el lugar del corral donde se depositaba el estiércol de las vacas que se sacaba todos los días (alternando con *muladar*). Era muy valioso como fertilizante el abono de las ovejas, que se recogía en las **cortes** y se echaba en las fincas mejores, huertos de hortalizas, etc.

Aborrecer (el nido). Algunas aves, cuando ven o notan que alguien ha tocado sus nidos (los huevos, los pajarillos...) los **aborrecen** (abandonan). Especialmente delicadas en este sentido son las tórtolas. Otras especies, en cambio, prosiguen el proceso de incubación y cría hasta el final.

Abracinas. Dos tiras de tela fuerte o lona que se ponían en los cestos para pasar por ellos los brazos (de ahí deriva el nombre) y facilitar su transporte cargándolos a la espalda. Eran habituales en los cestos de **apañar** que utilizaban los chicos. Cumplen la misma misión que las correas que llevan las mochilas actuales.

Abreboca (o abrebocas). Lenguaraz, parlanchín. Viene a equivaler a *bocazas*: «Persona que habla más de lo que aconseja la discreción» (*DRAE*). ¡*Valiente abrebocas!* es una exclamación habitual para recriminar a quien ha dicho algo inoportuno o inconveniente.

Aburar(se). Tomar color negro o **buro**. Se decía del pan que se requemaba en el horno. Por extensión también se aplica al cielo cuando se cubre de nubes oscuras: *El cielo se está aburando*, dicen las personas mayores.

Acerandar. Limpiar el grano u otras semillas con la **ceranda**.

Achiperres. Trastos, objetos que se consideran de escasa o nula utilidad y que estorban en el lugar en que se encuentran. A veces se dice también **cachiperres**.

Acicera. Variante de *acedera* (*DRAE*). Estas plantas se comían en primavera, cuando están tiernas. Corrían bulos de que son dañinas, como queda patente en este refrán: *Aciceras por abril, / calentura pa morir; / aciceras por mayo, / calentura pa tó el año*. Recuerdo que los chicos del pueblo las comíamos sin mayores temores, a pesar de que conocíamos tales advertencias.

Acoronjarse. Ponerse **coronjosos** los muebles u objetos de madera por efectos de la carcoma.

Adil. Equivalente a *erial* (*DRAE*). Tierra que no se cultiva y en la que se crían hierbas y arbustos silvestres.

Aurelio Valladares del Reguero

Adobera. Molde de madera, de forma cuadrada, utilizado para hacer los adobes.

Adoberas. Lugar en el que se hacían los adobes porque su tierra arcillosa era la más adecuada. El barro rojizo de algunas zonas del monte resultaba muy idóneo. En mis tiempos de niño vi hacer adobes al comienzo de Valmediano, a la derecha del camino.

Adobero. Persona que hacía adobes. Mezclaba el barro con paja molida y abundante agua, y pisaba la masa con los pies descalzos. Luego se iba echando la masa en el molde (la **adobera**) y se dejaba secar durante unos días. Posteriormente se quitaba la **adobera** y quedaba formado el adobe. En este proceso había que regarlos para que no se resquebrajaran.

Afrecho. «Salvado», cáscara del grano (*DRAE*). Mezclado con agua se daba como comida a los **gochos**. Se utiliza en plural (**afrechos**) para referirse al conjunto de cosas mal hechas como consecuencia de una tarea ejecutada con impericia o desgana. Al causante de tales destrozos se le reprendía con frases como esta: *¿Qué afrechos son estos?*

Agarrarse. Pelearse, tanto referido a las personas como a los animales. En el caso de la personas tiene sentido el término, ya que se utilizan las manos (aunque sea a través del cinturón, como ocurre en la lucha leonesa). De aquí se ha extendido a las peleas de animales, aunque estos, obviamente, no pueden «agarrarse». Se decía mucho cuando dos vacas luchaban entre sí utilizando la cabeza y los cuernos: *Ya están agarradas, a ver cuál puede (gana).*

Agavanzal. Según el *DRAE*, fruto del *agavanzo* (para nosotros, **agavanzal**). Toma un color rojizo y termina ablandándose un poco, lo que permite su consumo. Tiene muchas pepitas en su interior, por lo que es muy pequeña la parte comestible. Si se consumen en exceso producen picor en el recto a la hora de defecar. De ahí el dicho popular: *Agavanzas del agavanzal, / pican en el culo y no dejar cagar.*

Agavanzal. Rosal silvestre. Variante de *agavanzo* (*DRAE*).

Aguantar. Realizar una tarea con mucha rapidez. *Segando hierba, aguanta más que tú* (siega más deprisa que tú). Viene a coincidir con la 10ª acepción que registra el *DRAE*: «Adelantar en el trabajo».

Aguatejo. Agujero en las tapias o cercas de los huertos por donde entra el agua utilizada para el riego.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Ahijada. Deformación de *aguijada* (DRAE). Vara larga, con una punta metálica en un extremo (**rejón**), que servía para picar a las parejas de vacas. Generalmente eran de fresno, aunque se preferían las de avellano, en este caso traídas de la montaña, donde abunda dicho árbol. En las labores de trilla, arado o si se iba subido en el carro, se picaba a las vacas por detrás; pero si se las conducía yendo delante de la yunta, se las picaba en los costados interiores, por encima del yugo. Para **celar**, se les daba en la parte frontal con la **ahijada** en posición horizontal.

Ahorcar /ahorca(d)o. En el juego de bolos es la jugada de mayor puntuación (once tantos, que se pueden incrementar si la bola derriba más de un bolo). La bola debe salir desde el interior del castro (cuadro en el que se sitúan los nueve bolos) por debajo del **miche**, salvando el bolo de la **cinca**. En muchos pueblos, si se derriba el **miche**, es válido el **ahorca(d)o**, pero en Carbajal se rebaja la puntuación de once a cinco tantos (se le decía *medio ahorca(d)o*).

Ahozar. Epéntesis de *hozar*: «Mover y levantar la tierra con el hocico» (DRAE). Acción propia de animales como los cerdos y jabalíes. Para evitar que los cerdos causaran destrozos en los cubiles por este motivo, se le ponía un **junquillo** en el hocico.

Ajuares. Cosas en desorden o realizadas de forma imperfecta. En algunos casos equivale a **telares**.

Ajustarse. Realizar el contrato («ajustando» el precio) como criado, vaquero, pastor, etc. *Su hijo se ha ajustado como criado en Santibáñez*. Muchos de estos tratos solían hacerse por San Pedro (29 de junio), al inicio del verano, cuando se acumulaban las tareas agrícolas y ganaderas.

Albando. Equivale a candente. Se dice cuando los metales toman color rojizo o blanquecino por efectos del calor.

Alejar. Aumentar y endurecerse la ubre de una hembra (generalmente se aplica a las vacas) en los días anteriores al parto. *Esta vaca ya aleja, parirá en dos o tres días*.

Alguacil. Se daba este nombre a la cría del **gocho** que se iba quedando más pequeña de tamaño que el resto de la camada. Cuando las camadas eran grandes (de diez o doce crías) siempre había una que crecía más lenta que las demás, generalmente debido a que mamaba de uno de los pezones traseros de la madre, que tenían menos leche. Desconozco el origen de esta curiosa denominación.

Aurelio Valladares del Reguero

Alicáncano. Equivalente a piojo. Se utilizaba este término en el ambiente escolar, donde se vigilaba que no hubiera niños que tuvieran en sus cabezas este insecto parásito, ya que podía pasar a los demás.

Aliestras. Especie de hilos en que terminan las espigas de algunos cereales (cebada, varias clases de trigo, etc.). Son rugosas y se adhieren con facilidad a las prendas de vestir, zapatillas, etc., lo que ocasiona picor en la parte del cuerpo afectada. Esta circunstancia se producía con frecuencia durante las tareas de siega, acarreo y trilla de dichos cereales.

Almorzar. Hacer el almuerzo.

Almuerzo. En mis tiempos era el nombre que se daba a la primera comida del día. Poco a poco, por influencia externa, fue debilitándose su uso en favor de *desayuno*, término más generalizado.

Aloriado, a. Atontado/a, aturdido/a. Se usa preferentemente con el verbo *estar*.

Alta (estar). Se dice de las hembras de gatos y perros cuando están en celo.

Aluche. Nombre genérico para referirse a las competiciones organizadas de lucha leonesa. No obstante, en el ámbito particular se decía **luche**.

Alvertero. Abertura en el margen de la presa o madriz por la que entra el agua de riego. También se aplica al caudal de agua que pasa a la finca. *Entra un buen alvertero en la huerta, en menos de una hora está regada*. Cuando el caudal de agua es grande se realiza el desvío por medio de compuertas de hierro o de madera. Si el procedimiento es más rudimentario (con palos, piedras, tapines...) se denomina **torquén**.

Alzar. Primera mano de arado que se da en la tierra como preparativo para el cultivo de la temporada siguiente.

Amachimbrar. Ensamblar, enganchar, aferrar. Entiendo que en este verbo se fusionan las palabras «macho» y «hembra», por lo que en un principio significaría acoplar dos piezas (generalmente de madera) insertando la parte cóncava (macho) de una en la parte convexa (hembra) de la otra. Luego ha ido extendiendo el campo de su significado. *Ahora está bien amachimbrado y no se va a soltar más*.

Amecer(se). Se aplica cuando se juntan las ovejas de un rebaño con las de otro.

Amurniar(se). Entristecer(se), afligir(se), estar cabizbajo. Se utiliza en forma pronominal y también como participio con valor de adjetivo: *estar amurniado*.

Ánimas. Almas del Purgatorio. Palabra usada en varias expresiones. Se llamaba *misa de ánimas* a la «misa de difuntos» o «misa de réquiem» (primera

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

palabra del *introito*), misa cantada encargada por los familiares de un difunto, en oposición a la «misa rezada» de los días normales. En el rezo del rosario, después de la letanía era corriente dedicar un «padrenuestro» a las «ánimas benditas del Purgatorio». En los «responsos» al final de la misa el cura rezaba por los difuntos (ánimas) y los fieles echaban monedas en una cestilla que portaba el monaguillo. También existió –aunque en mis tiempos había caído ya en desuso– la costumbre de tocar las campanas antes del amanecer: era el «toque de ánimas» o «toque de oraciones» (por las ánimas).

Antruido. Los tres días de carnestolendas, al igual que *antruejo* (*DRAE*). En dichos días eran frecuentes las bromas entre los chicos, justificándolas con estas palabras: *Por Antruido todo pasa, / la mierda por tu casa*. Y se devolvía la broma con estas otras: *Aleluya, aleluya, / también por la tuya*.

Aortar. Deformación de *abortar*, referido casi siempre a los animales y especialmente a las vacas.

Apañador. El que realiza las tareas de **apañar**.

Apañar. Recoger, cavando con la **zoleta**, hierbas y diversas clases de plantas pequeñas en cunetas, márgenes de madrices, fincas en las que ya se había recolectado el cereal, etc., destinadas para la comida de conejos y cerdos. Esta tarea la realizaban preferentemente los niños fuera del horario escolar. Lo apañado se recogía en el cesto, provisto de dos **abracinas**, con las que se sujetaba cargado a la espalda.

Aparvadero. Instrumento para recoger la paja después de trillada. Constaba de un tablón de madera largo y ancho, unido mediante una vara al yugo de la pareja (yunta) que tiraba. Había que sentarse encima del tablón, presionando hacia abajo, para que no saltara sobre la paja molida y quedara esta sin recoger. Era la tarea en que más disfrutaban los chicos.

Aparvar. «Recoger en un montón la mies trillada» (*DRAE*, 2ª acepción). Se realizaba con el **aparvadero**.

Apellucarse. Formarse grumos en una masa o pelotillas en la lana.

Apercollar. «Coger o asir a alguien, especialmente por el cuello» (*DRAE*, 2ª acepción). Se utilizaba para referirse a la pesca a mano de peces del río (truchas, barbos, etc.), tarea difícil, por lo escurridizo de su piel. La mejor forma de capturarlos era introduciendo los dedos pulgar e índice-corazón en la cavidad de las agallas.

Aurelio Valladares del Reguero

Aperruñar. Sujetar algo fuertemente con los dedos (posiblemente derive de *uñas*). También se usaba, en sentido figurado, para referirse a los tacaños, poco amigos de soltar (gastar) dinero.

Aperujar. Colocar **perujos**, apuntalar.

Apestañar. Variante de *pestañear*: «Mover los párpados» (*DRAE*). Se utiliza en frases negativas para denotar que se observa algo con mucha atención. *Le debe de gustar mucho al niño, porque no apestaña.*

Apostar. La acción de presionar por parte de un animal de la yunta recostándose sobre la vara del carro para hacer que el otro varíe su camino. Esto sucedía cuando los dos trataban de ocupar la misma parte de la vía, por tener menos piedras y resultar más cómoda.

Apoyar. En las tareas de ordeño, cuando la vaca adopta buena disposición para ello. Previamente se hacen unos toques con las manos en los pezones y de inmediato se nota que se ponen fuertes y aptos para facilitar el ordeño. Esta maniobra previa se suele hacer con un poco de agua, lo que sirve también para lavar los pezones y evitar que la suciedad caiga al recipiente en que se recoge la leche. Igualmente se aplica cuando se dispone a mamar el ternero, el cual instintivamente golpea hacia arriba con el hocico y la cabeza en la ubre de la vaca. *Tarda en apoyar, porque el ternero no es suyo.*

Apoyo. Acción o efecto de **apoyar** por parte de la vaca.

Aprender. Descubrir un nido de pájaro a otra persona. Los niños solían mantener cierto secretismo en esta materia con respecto a sus compañeros, lo que en ocasiones se utilizaba para intercambiar favores: *Si me dejas entrar en tu huerto a coger cerezas, te aprendo (enseño) un nido.*

Aquedar. Cuidar el ganado para que no se salga del lugar del pasto y se vaya a sembrados limítrofes causando destrozos en ellos. Esta tarea (*ir de aqueda*) se encomendaba preferentemente a los chicos.

Arca. Montón de piedras que señala el límite de las tierras de cada pueblo. Por ejemplo, la demarcación entre las tierras de Carbajal y de Villacidayo (pasado el Reguero de Ranero y al comienzo de los Pradales) se encontraba, antes de la Concentración Parcelaria, en medio de una finca propiedad de mi padre, que por esta razón la llamábamos «la tierra del arca».

Aricar. «Arar muy superficialmente» (*DRAE*). Se ejecuta esta labor en los sembrados de patata, remolacha, legumbres..., actuando en el surco para quitar las

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

hierbas malas y dejarlo bien marcado para facilitar el riego. **Máquina de aricar:** consta de una reja más ancha en la parte trasera y una o dos rejas más pequeñas en cada lateral, que, mediante un mecanismo accionado por una palanca, podían ensanchar o estrechar su campo de acción, acomodándolo a las necesidades de cada momento. Las más grandes (de cinco rejas) eran tiradas por parejas de vacas, para lo cual se utilizaba un yugo un poco más ancho de lo normal, con el fin de que cada animal caminara por un surco y no pisara las plantas. Pero en muchos casos se prefería otra máquina más pequeña (de tres rejas) tirada por un burro o caballo (y en ocasiones por una sola vaca), porque ocasionaba menos destrozos en el sembrado.

Arimar. Lo mismo que **arrimar**.

Armaduras. Los dos armazones de madera que se montaban en los laterales del carro, uno a cada lado, para acarrear la hierba y la mies. Constaba de dos picos (verticales) anclados en los **verbiones** y dos **latillas** (horizontales) que atravesaban los picos. En la parte delantera se unían con cordeles que formaban ángulo, mediante un palo en el vértice, lo que permitía salvar el cuerpo de los dos animales que tiraban del carro. En la parte trasera se ponía la **rabera**, consistente en dos palos largos acoplados al interior del carro, unidos por dos o tres tablas en la parte que sobresale. Para acarrear la paja molida se instalaban dos armaduras de madera con tablillas clavadas, unas en sentido vertical y otras en horizontal, ancladas a uno y otro lado del carro, complementadas con dos redes de cuerda, una en la parte delantera y otra (más grande) en la trasera.

Armante. Pieza de madera, con tres dientes (palos), que se acoplaba al astil de la guadaña para segar la mies. Su finalidad era que la mies cayera recta, para facilitar la formación de gavillas con las espigas en la misma dirección. También recibe este nombre el armazón de madera sobre el que se coloca el tejado de una casa, procedimiento más consistente y de mayor garantía que cuando se utilizaban zarzos para este mismo cometido.

Arparse. Agrietarse un objeto de vidrio o de loza. *Ten cuidado con ese vaso que se ha arpadado y está a punto de romperse.*

Arralladera. Utensilio metálico de forma semicircular, con un mango de madera, utilizado para arrastrar los excrementos, paja sucia, etc. hacia la canal que hay en las cuadras de ganado vacuno en la parte trasera del lugar que ocupa cada animal, para su posterior recogida.

Aurelio Valladares del Reguero

Arrancapotrines. Planta silvestre comestible con una pequeña raíz similar a la cebolla. Se produce, básicamente, en terrenos no cultivados.

Arratar. Atar las dos patas del mismo lado a una caballería, para impedir que se salga del lugar en que está paciendo. Por extensión se aplica al vestido femenino que oprime las piernas y ofrece dificultades al andar. También se dice **ratar**. *Esta falda me arrata (o rata) un poco.*

Arrebucir. Enrollar las prendas de vestir en la parte correspondiente a las extremidades (mangas de la camisa, parte bajera de los pantalones...). Su participio (*arrebucido/a*) servía para calificar el espacio o habitación de dimensiones reducidas (*esta habitación es muy arrebucida, apenas cabe una cama*) o el efecto derivado de esa circunstancia (*la cocina es pequeña y tenemos que estar todos un poco arrebucidos*).

Arrebujar. Envolver un objeto con papel o tela.

Arregañar. Elevar la parte delantera y bajar la trasera del carro, girando sobre su eje, para descargar el contenido. En las **carretas** había que soltar la yunta, ya que la vara del carro se elevaba también. Esto no era necesario en los **volquetes** (la otra modalidad del carro de vacas), dado que llevan la caja del carro sujeta a la vara mediante un pasador metálico, que, si se le quita la palanca que lo cierra, permite girar la caja sin que intervenga la vara. En las eras de trilla era frecuente **arregañar** el carro vacío en dirección al sol, con el objeto de generar más sombra, lo que venía bien a la hora de comer o descansar.

Arregazar. Subir los pantalones o faldas para no mojarlos cuando había que cruzar un lugar con agua, por lo que solamente era necesario descalzarse.

Arregonder. Durar una tarea más de lo deseado. Se aplicaba, sobre todo, a las faenas más molestas: segar, escavar... una finca grande.

Arresbragar(se). Abrir las piernas para ejecutar alguna acción: montar en caballerías, saltar sobre otra persona (en juegos de niños)... Se usa normalmente en forma pronominal. Verbo formado a partir de la voz *braga* y otros derivados (*bragada, bragadura*...). A veces se oye también, por deformación vulgar, *arresblagarse*.

Arretacar. Llenar un recipiente hasta el máximo posible, particularmente cuando se trata de materias que se pueden apretar (hierba, paja, ropa...).

Arriciar(se). Equivalente a *aterir*. Pasar mucho frío. Habitualmente se utiliza en forma pronominal. En el caso del participio (*arriciado*, vulgarmente *arriciao*)

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

puede significar también, en sentido figurado, estar distraído o con poco espíritu para hacer algo: *Hazlo ya y no estés ahí arriciao*.

Arrimar. Acción de arrear a la vacada cuando subía desde el pueblo al monte, hasta llegar al punto que determinara el vaquero. Ocurría al atardecer. Esta tarea se encomendaba al que iba de **vecería (buicero)**. A veces se oía **arimar**.

Arrocín. Variedad de la judía blanca, de tamaño bastante más pequeño, aunque sin llegar al de los granos de arroz (de donde deriva su nombre). Es una de las legumbres más apreciadas por su sabor. Había quien los llamaba «frejolines de arroz».

Arruchar. En el *DRAE*: «Desplumar (quitar el dinero)». Aquí tiene un significado más amplio: quitar a alguien dinero o cualquier otra cosa. Se utiliza preferentemente en el ámbito infantil-juvenil, por lo que siempre se trata de pequeños hurtos.

Aruñar. Según el *DRAE*: «(de *arañar*, infl. por *uña*)». *Aruñar* sería, por tanto, *arañar con las uñas*, ya que se puede arañar con cualquier objeto punzante.

Asfeado. Agrietado, irritado. Se dice particularmente de los labios como consecuencia del frío.

Asistencia (misa de). Misa solemne con participación de tres sacerdotes. Se celebraba el día de la fiesta patronal (San Miguel) y en algunos entierros. Para ello se combinaban los párrocos de Carbajal, Santibáñez y San Bartolomé. El titular de la parroquia oficiaba de presbítero y los otros dos de diácono y subdiácono, respectivamente.

Asobear. Enganchar la pareja de vacas al carro por medio del **sobeo**. Por extensión se aplica a la acción de atar o asir fuertemente algo. Por ejemplo, en la lucha leonesa se dice que un luchador tiene «bien asobead» al contrincante cuando lo mantiene bien agarrado, sujetándolo con el cinturón, de tal forma que le dificulta moverse y poner en práctica alguna «maña».

Asparavanes. Ver **esparavanes**.

Aspearse. Se dice de los animales que se dañan las patas y cojean como consecuencia de haber caminado por lugares de firme irregular o haber realizado trabajos agrícolas. De ahí la necesidad de herrar a las vacas y caballerías. El *DRAE* registra este verbo como una variante de *despearse*, con matices semánticos distintos, ya que lo define así: «Dicho de una persona o de un animal: Maltratarse los pies por haber caminado mucho».

Aurelio Valladares del Reguero

Astil (vulgarmente **estil**). Aunque según el *DRAE* se aplica al «mango, ordinariamente de madera, que tienen las hachas, azadas, picos y otros instrumentos semejantes», aquí queda restringido a las guadañas. Para las demás herramientas (hachas, azadas, picos, escabuches...) se utiliza el vocablo *mango*.

Atarazar. Cortar algo (con cuchillo, navaja... o con los dientes) de un solo tajo atravesándolo de uno a otro lado. Para el *DRAE*: «Morder algo o rasgarlo con los dientes».

Atijos. Cintas o cordones que sirven para atar (de ahí su nombre). Se aplica frecuentemente a los que llevan las alpargatas para que estas queden bien sujetas al pie, pero también a otros objetos, como fardeles, sacos..., para cerrarlos por su boca.

Atontonar. Forma epentética de *atontar*: «aturdir o atolondrar» / «entontecer» (*DRAE*). Se utiliza, sobre todo, en participio: ¡*Espabílate, que parece que estás atontonado!*

Atorquenar. Hacer **torquenes** para regar.

Atrecharse. Se aplica a la fruta que se arruga como consecuencia de heladas o, una vez recogida, por el paso del tiempo. Se utiliza mucho en participio (*atrechado/a*).

Atropador. El que va detrás del segador de la mies «atropándola» en gavillas y colocando estas en el gavillero. También tenía la misión de recoger las pajas que quedaban sueltas por la tierra con un rastro grande y acercarlas al gavillero. Esta tarea solía encomendarse a las mujeres y niños (en tanto que los varones adultos se encargaban de segar con la guadaña).

Atropar. Hacer gavillas con la mies segada o recoger la hierba seca en montones alargados para cargarla a continuación en el carro.

Aujero. Vulgarismo por deformación de *agujero*.

Añadir. Hincar las uñas en el suelo por parte de las vacas que tiran de una carga muy pesada o cuando suben con el carro una cuesta bastante pronunciada.

Avanzar. Acercar hacia el suelo las ramas de un árbol cogiéndolas por la punta o ayundándose de un **garabito**. Quizá se trate de una derivación vulgar de *abalanzar*.

Avena loca. Avena silvestre de mayor altura que la normal, pero cuya espiga no da grano. Crece mezclada con otros cereales o también en lugares aislados (márgenes de fincas, eriales, etc.).

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Avenirse. Formalizar un convenio con el médico, por el cual, mediante el pago de una cuota anual, se tiene derecho a utilizar sus servicios cuando se necesite. Igualmente ocurría con el veterinario para la atención de los animales (sobre todo las vacas y, en menor medida, los cerdos). Se hablaba en estos casos de *estar avenidos*.

Avesedo. Ladera del monte en la que da menos el sol. Equivale a *umbría*. Es la parte opuesta a la **solana**. Deriva del latín *aversus* («contrario», «opuesto»...), por lo que etimológicamente vendría a significar «el lado opuesto al sol».

Aviespa. Deformación de *avispa*.

Avocear. Forma epentética de *vocear*. Se decía que el vaquero *avoceaba* a las vacas (para conducir las por el soto o el monte).

Ayuda (ir de). Tarea de ayuda que se hacía con los pastores de ovejas en la época en que parían y los ganados (era más habitual hablar de *ganados* que de *rebaños*) generaban más cuidados. Se establecía por turnos entre los propietarios de cada ganado. Al igual que en las **vecerías** (con las vacas), era un trabajo que en muchas ocasiones se encargaba a los más jóvenes.

Azoritar(se). Variante vulgar de *azorar* (*DRAE*). Asustar(se), poner(se) nervioso.

Babera (o baberas). Calificativo despectivo equivalente a bobo, tonto. Deriva de *baba*.

Babieca. Calificativo similar a **babera**, del que posiblemente derive.

Bacinilla. Equivalente a *orinal*. Recipiente para recoger los excrementos del cuerpo humano. Solía colocarse debajo de las camas. No tiene el valor diminutivo («bacín bajo y pequeño») que le asignaba el *DRAE* en las ediciones anteriores, si bien en la última (2014) apunta la equivalencia a *orinal* (2ª acepción). Desde finales de los sesenta y comienzos de los setenta, con la progresiva instalación de cuartos de baños en las casas, ha ido cayendo cada vez más en desuso.

Balagar. Montón de gavillas depositadas en la era antes de la trilla. Cuando se acarreaba la mies, se empezaba haciendo el montón y la parte final de la carga se dejaba ya en el suelo formando un círculo alrededor, donde se comenzaba a dar

Aurelio Valladares del Reguero

vueltas con los trillos. A medida que iba bajando el nivel, se hacía la tarea de **esbalagar**, hasta terminar el montón.

Bálago. Paja de la mies (preferentemente de centeno) una vez que se le quitaba el grano sacudiendo las espigas sobre la parte inferior del trillo, al que se daba la vuelta dejando las piedras de moler hacia arriba. Esta paja se recogía en **cuelmos** (haces) y se guardaba hasta el invierno, para chamuscar los **gochos** que se mataban.

Balde. Recipiente de cinc de forma redonda, de unos 25 cm. de profundidad y alrededor de 40 cm. de diámetro, con dos asas (una enfrente de la otra), usado preferentemente para llevar la ropa de lavar. También servía para bañar a los niños y, en el caso de las personas mayores, para lavarse por partes: primero la cabeza y parte superior del cuerpo, y luego la parte inferior.

Balea. Planta silvestre que llega a tener un metro aproximado de altura, utilizada para hacer los **escobones**. Difiere del significado registrado en el *DRAE*: «Escobón para barrer las eras». Para barrer las eras tenemos los **ramaos**, más cortos de tamaño y de materiales más fuertes y resistentes.

Balsa. Arbusto parecido a la *mimbrera* (*DRAE*), cuyas ramitas, delgadas y flexibles, se utilizaban para hacer cestos. Abundan en el soto del río y en lugares húmedos. En la respuesta a la pregunta 4ª del «Catastro del Marqués de la Ensenada» (1752) se habla de la presencia de esta planta en el soto de Carbajal.

Barazón. Anilla de hierro que se ata en el centro del yugo por medio de una correa de piel y por la que entra el **puntal** del arado, el extremo del **cambicio**, etc.

Barbo. Pez de río abundante en la zona. Menos apreciado que la trucha, circunstancia que sin duda ha influido en que se use como calificativo despectivo hacia las personas de conducta reprochable: *Ten cuidado con él, menudo barbo está hecho*.

Barcillo. Nombre que habitualmente se daba al sarmiento de la vid. Se podaban después de realizada la cosecha. Se quemaban o a veces se reservaban para enterrar en el suelo y generar nuevas plantas en la finca que iba a destinarse a viñedo.

Bardino, a. Adjetivo aplicado a las reses de ganado vacuno de color ceniciento-blancuecino.

Barreal (o barrial). Tierra de labor situada en cuesta en la ladera del monte, en la que se sembraban cereales (centeno, trigo o avena), alternando cada año con

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

garbanzos o titos. En la provincia de León es relativamente frecuente el apellido *Barreales*.

Barreduras. Parte final de los montones y parvas cuando se «limpiaba». Era preciso barrer con el **ramao** y amontonarlo para poderlo coger con la **bienda** y echarlo en la máquina de limpiar.

Barrigada. Caída de barriga. En la lucha leonesa la *barrigada* era considerada caída nula, por lo que los luchadores que estaban a punto de ser derribados por el contrario procuraban revolve en el aire y no caer de espalda o de costado, lo que significaba un punto o medio punto, respectivamente, a favor del otro luchador.

Barril. Nombre con el que se denominaba el recipiente de barro comúnmente conocido como *botijo*. Se utilizaban, indistintamente, ambos términos. Una tarea típica de los niños era ir al caño o al «corcho» del pueblo con el barril / botijo para coger agua. También se llevaba al campo y, especialmente, a la era en la época de trilla.

Basto / Bastón. Formas coloquiales usadas para referirse al as de bastos de la baraja española. Con los otros tres ases ocurre algo similar: la **Copa** / la **Copona**, la **Espada** / la **Espadona** y el **Oro** / el **Orón**.

Baza. En el juego de cartas, cada una de las series o tiradas en que participan todos los jugadores echando una carta cada uno. El número de bazas ganadas no tiene repercusión, ya que lo que cuenta es la suma de los puntos conseguidos con las cartas ganadas. *Has hecho más bazas, pero has perdido*.

Bienda. Deformación de *bieldo*: «Bieldo de seis o siete puntas o dientes y dos palos atravesados, con los que forman como una rejilla» (*DRAE*). Instrumento utilizado para recoger la paja molida.

Biendada. Cantidad de paja que cabe en la **bienda** por cada acción. *Con diez o doce biendadas más terminamos de llenar el carro*.

Biendear. Coger la paja con la **bienda** para cargar el carro o meterla en el pajar a través del **boquero**.

Biendo. Deformación de *bieldo*: «Instrumento para aventar...» (*DRAE*). Era similar a la **bienda**, pero más pequeño, y se utilizaba para aventar las mieses después de trilladas (cuando no había máquinas de limpiar) y otros productos que se trillaban en la era (fréjoles, titos, garbanzos, etc.).

Bimba. Vocablo coloquial para referirse a la cabeza: *Me duele la bimba*. El

Aurelio Valladares del Reguero

DRAE lo considera «voz onomatopéyica» con el significado de «sombrero de copa».

Bimbo. Juego practicado por niñas y más ocasionalmente por niños. Se trazaba en el suelo el **castro** (por eso también se decía *jugar al castro*), formado por seis cuadros, distribuidos en dos filas, que recibían los nombres de los días de la semana, empezando por la fila derecha y volviendo por la izquierda. El jueves era la parte superior al miércoles y viernes, delimitada por una semicircunferencia. Había que mover un trozo de teja con la puntera de un pie (mientras el otro pie estaba alzado) y hacer el recorrido, cuadro a cuadro, incluido el semicírculo del jueves, empezando por el lunes hasta el final, siguiendo por el martes hasta el final y así sucesivamente. Solamente se podía dar un golpe de pie en cada jugada para hacer llegar la teja de un cuadro a otro.

Bobalán. Adjetivo coloquial derivado de *bobo*. Se utiliza con cierta carga afectiva, que aminora el significado peyorativo: *¡Qué bobalán eres, mira que creerte eso!*

Bobín, na. Aunque deriva de *bobo*, no es un calificativo peyorativo, sino afectivo. Todavía hoy lo utilizan muchas personas, sobre todo mujeres, como «muletilla» en la conversación: *Bueno, bobina, no te preocupes, que ya se lo diré.* Sí mantiene cierto matiz negativo cuando se utiliza para reprender a alguien por una acción desafortunada (pero siempre de forma cariñosa): *¡Ay, bobín, bobín..., si me hubieras hecho caso!*

Bocarón. Equivalente a **boquero** (palabra utilizada con más frecuencia).

Bociqueras. Deformación epentética de *bocera*: «Residuo que queda pegado a la parte exterior de los labios después de haber comido o bebido» (*DRAE*). En dicha deformación (usada solamente en plural) puede haber influido el vocablo *hocico*, ya que se utilizan con el mismo significado frases como *límpiase las bociqueras* y *límpiase los hocicos*, para reprender, particularmente a los niños, cuando eran descuidados en la forma de comer.

Bodega. Habitación de la planta baja de la casa, situada en la parte más fría, en la que se guardaban el vino y algunos alimentos (generalmente los derivados de la matanza del cerdo) que se utilizaban a lo largo del año.

Boja. Ampolla que sale en la piel, debido al roce con una herramienta de trabajo o del calzado en el pie, una quemadura, etc. El *DRAE*, en ediciones anteriores, localizaba este vocablo en Valladolid, aunque en la última (2014) lo

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

extiende a Castilla y León.

Bolso. Normalmente se da este nombre a lo que comúnmente se denomina *bolsillo* en las prendas de vestir (los del pantalón, la chaqueta, la falda...). Si acaso, se reserva el término *bolsillo* para referirse a los de tamaño más pequeño: el de la parte superior de la chaqueta (donde habitualmente se coloca un pañuelo de adorno) o el que va junto al cinturón del pantalón (destinado para colocar, precisamente, el «reloj de bolsillo» y que en los últimos tiempos parece el más propicio para guardar las llaves del coche).

Bomba (en). Locución adverbial para expresar que un lugar está lleno de agua, bien por efecto de la lluvia o por exceso de riego.

Bon. Parte alta entre dos surcos en la que se amontona la tierra y donde se encuentran las plantas sembradas (patatas, fréjoles, remolacha, etc.).

Boñica. Variante de *boñiga*, vocablo al que el *DRAE* da el significado de «excremento de algunos animales, especialmente del ganado vacuno y del caballar». Aquí, sin embargo, queda restringido al excremento del ganado vacuno. Para el caballar se utiliza el término **carajón**.

Boñiquero. Lugar situado en un extremo de la era de trillar donde se depositaban las **boñicas** de las vacas cuando estaban trillando.

Boquero. Hueco en la pared del pajar por el que se introducía la paja o la hierba seca. Estaba cerrado con una puerta de madera, generalmente de una hoja, aunque podía ser también de dos hojas.

Botillo. Nombre genérico utilizado para referirse al estómago de los animales.

Botoneras. Aberturas en las prendas de vestir donde se enganchan los botones. Es lo que comúnmente se conoce como *ojales*.

Brazao. Deformación de *brazado*: «Cantidad de leña, palos, bálago, hierba, etc. que se puede abarcar y llevar de una vez con los brazos» (*DRAE*). *Echa un brazao de hierba a las vacas, Lleva un brazao de leña a la cocina...*

Bresna. Pequeña astilla de madera que se clava en una parte del cuerpo al rozar con un trozo de madera cortada o resquebrajada, sobre todo si se hace en sentido contrario al del corte.

Brinquillo. Sinónimo de **junquillo** (de uso más frecuente).

Brisca. Juego de cartas (con la baraja española). Es el más sencillo y por ello permitía la participación de pequeños y mayores. Se podían jugar tres contra tres o cuatro contra cuatro. A veces intervenían más participantes y se utilizaban dos

Aurelio Valladares del Reguero

barajas, con lo que, con cartas iguales en una jugada, ganaba la que se echaba en segundo lugar. Un jugador de cada bando (el considerado más experto) llevaba la cuenta del juego y ordenaba a sus compañeros la carta que debía echar al llegarle el turno. A él había que hacerle las **señas** (con gestos de la cara) para que supiera en cada momento lo que se tenía, pero con cuidado de que no lo vieran los contrarios. La acción de echar una carta de mayor valor que otra de un jugador contrario recibe el nombre de **matar**. Y se llama **triunfo** el palo de la carta que debe mostrar el que reparte las cartas. Tanto en este juego como en el **tute** reciben el nombre de *brisca* las cartas de mayor puntuación: el as (once tantos) y el tres (diez tantos). Una estampa típica de las largas noches de invierno era juntarse en una casa varios vecinos para «jugar a la brisca».

Brunal. Árbol que da los brunos.

Bruno. Especie de ciruela de color oscuro, pequeña y de forma ovalada.

Brusco(s). Morro(s) del animal.

Bubiello. Nombre que se da al pájaro comúnmente conocido como **abubilla**.

Bubilete. Objeto de adorno de escaso valor. *No me pongas más bubiletes por ahí.*

Bufadera. Objeto utilizado como juguete por los niños. Consta de una pequeña tabla de madera con dos orificios por los que se introducen cuerdas, cuyos extremos se adaptan a los dedos de cada mano. Se da vueltas y se enroscan las cuerdas, lo que permite que con simples movimientos en sentido horizontal la tablilla dé vueltas produciendo un sonido a modo de bufido, de donde deriva el nombre.

Bufín (o bufina). Aire frío que sopla del Norte.

Buicero, a. Lo mismo que **vecero, a**. Posiblemente derive de *buey*, con lo que **buicero** sería la persona a la que le toca cuidar los *bueis* (plural más frecuente que *bueyes*).

Buro, a. Negro/a, oscuro/a. Se aplica a los animales y particularmente a los vacunos.

Burriquín. Burro de corta edad y que permanece al lado de su madre.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Ca. Forma vulgar abreviada de *casa*, que en mis tiempos de niño se oía con mucha frecuencia. *Está en ca su abuelo* (en casa de su abuelo).

Cabás. Cartera-maletín de cartón fuerte o madera, con un asa, que utilizaban los niños para llevar a la escuela los libros, cuadernos y demás material escolar. Viene a coincidir con la acepción 2ª que registra el *DRAE*.

Cabecear. Riego lateral de una finca a través de varias entradas. Lo normal en el riego de una finca es que el agua discurra desde una punta (la más alta) hasta el final. Pero si tiene alguna zona a la que, por lo inclinado del terreno, no llega el agua, es necesario hacer una **madriz** lateral con varias entradas para ir *cabeceando* (regando sucesivamente estas partes más altas).

Cabecero. Como palabra derivada de *cabeza*, sirve para designar la parte delantera de algo. Se habla, por ejemplo, del «cabecero del carro». También sirve para referirse a la parte estrecha de una finca.

Cabezales. Los dos maderos que van perpendiculares a la vara del carro y que delimitan la caja de este por delante y por detrás.

Cabezón. Parte delantera de la vara del carro, en la que va incrustado el **cabijal**.

Cabezuelas. Piezas de madera colocadas horizontalmente sobre la pared de una casa, de la que sobresalen algunos centímetros y que soportan el peso del alero del tejado.

Cabija. Palo redondeado, de unos quince a veinte centímetros, que se introducía en los agujeros (**cabijales**) del puntal del arado, cambicio, etc., y servía como tope de apoyo, al hacer el enganche al yugo de la yunta.

Cabijal. Pieza de madera que atraviesa en perpendicular la vara del carro a unos veinticinco centímetros de su punta, junto a la cual se ata el **sobeo** que une la vara al yugo de la pareja.

Cabijales. Agujeros hechos en el **puntal** del arado o extremo del **cambicio**, que sirven para introducir la **cabija** en la que traba el **barazón** que lleva el yugo de la yunta. Había varios, con el fin de poder escoger en cada momento el más adecuado a la longitud del cuerpo de los animales.

Cabijo. Palo redondeado de madera que se desliza por un agujero desde un marco lateral de la puerta hasta el marco contiguo de la pared y sirve para cerrar la puerta por dentro (**trancar**).

Aurelio Valladares del Reguero

Cabodeaño. Primer aniversario de la muerte de una persona. Se celebraba una misa en su sufragio, con asistencia de familiares, allegados y vecinos. En los aniversarios siguientes la asistencia a la misa quedaba reducida a los familiares más cercanos, con predominio casi exclusivo de mujeres.

Cabras. Pajas que quedan sin cortar al segar la mies con la guadaña. Esta situación solía ocurrir con los segadores principiantes, lo que era motivo de broma o de reproche. *Cruza bien la guadaña y no me dejes cabras*, solía advertir el padre al chico joven que todavía no tenía mucha experiencia.

Cabrear. Jugar al **tute** entre los dos jugadores que han perdido la partida, con lo que, en vez de repartirse el pago de la consumición de los cuatro, dan opción a que uno se libre, si bien el perdedor debe abonar el total de la cuenta.

Cacagüés. Deformación vulgar de *cacahuete*. Se utiliza fundamentalmente en plural: *cacagüeses*. Además de la provincia de León, su uso se extiende también a Asturias.

Cacha. Cayado o bastón corvo en la parte superior. Servía para ayudar a caminar a las personas mayores y para golpear a los animales. Los pastores solían llevarla siempre en la mano. También servía para amenazar a los chiquillos traviesos: *¡Andate con cuidado, que te doy con la cacha!*

Cachas. Las dos piezas simétricas, generalmente de madera, aunque con algún refuerzo metálico, que conforman el mango de la navaja, con una hendidura en la que se introduce el filo al cerrarse.

Cachiperres. Lo mismo que **achiperres**.

Cacho (de) pan. Se dice de la persona que es considerada de trato afable e incapaz de hacer mal a nadie. En el habla coloquial suele omitirse la preposición. Equivale a decir «es tan buena como un cacho de pan».

Cacido (vulgarmente **cacío**). Conjunto de platos y cazuelas utilizados para comer. *Vete fregando el cacío*. Se oía también en femenino (*cacida*). Fregar el caci(d)o, como cocinar, era tarea típica de la mujer.

Cacín. Cordero entre uno y dos años. A veces se sacaban del rebaño (que pastaba en el monte) y se engordaba en las huertas del pueblo, para luego matarlo, con lo que solucionaba la comida de varios días.

Cadicuernas. Variante de **cavicuernas**.

Cadillos. Pequeñas mazorcas aovadas y erizadas que produce una planta silvestre y que quedan adheridas a la ropa tras el más leve contacto. Los chicos las

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

recogíamos para lanzarlas unos a otros. El *DRAE* registra *cadillo* como nombre de la planta.

Cadril. Cadera, tanto del hombre como de animales de un relativo tamaño (vacas, burros, etc.). Se decía *me duelen los cadriles* después de estar mucho tiempo en posición encorvada.

Cadrilada. Nombre derivado de **cadril** que se da a una de las **mañas** de la lucha leonesa. Si se conseguía sacar a voleo al contricante, después de varias vueltas, *se metía la cadrilada* (sirviéndose de uno de los **cadriles**) para hacerle caer de espaldas (la caída que puntúa).

Cagaleta. Porción de los excrementos de algunos animales (ovejas, cabras, conejos, etc.). Equivale a lo que comúnmente se denomina *cagarruta*.

Cagarriatos. Excrementos de las gallinas. También se oye, aunque menos, *cagarriatas*.

Caída. Lance fundamental de la lucha leonesa, cuando un luchador hace caer al otro hasta dar con su cuerpo en el suelo. La de espalda era la verdadera caída y valía un punto. Si era de costado, valía medio punto. Y si era de barriga (**barrigada**) se consideraba «caída nula». En ocasiones era difícil determinarlo, por la rapidez de los movimientos, de ahí las discusiones: *Ha sido caída / No, ha sido media caída; Ha sido media caída / No, ha sido de barriga* (o *barrigada*). El árbitro marcaba la «media caída» elevando uno de los brazos del ganador en posición horizontal y en vertical si se trataba de la «caída entera» (de espalda).

Calabaza. Parte central de la rueda del carro, en la que va insertado el eje y de la que parten los radios. Es de madera y suele estar reforzada con aros de hierro. *Quedó atollado el carro hasta la calabaza*.

Calcioncillo. Deformación de *calzoncillo*.

Calducho. Guiso hecho con los primeros productos obtenidos del cerdo (sangre, asadura...) y pan migado. Era el plato estrella de la cena del día de la matanza, base de la fiesta que se hacía entre los participantes (familiares, vecinos o amigos) que habían colaborado en la matanza del cerdo.

Caliente (estar). Forma para referirse al periodo de celo en las yeguas y burras. A veces se utilizaba como sustantivo, precedido del artículo «el», con los verbos «salir» (*salir el caliente*: comenzar el celo) y «pasar» (*pasar el caliente*: desaparecer el celo).

Calisma / calisna. Deformación de *calima / calina*: «Accidente atmosférico

Aurelio Valladares del Reguero

consistente en partículas de polvo o arena en suspensión, cuya densidad dificulta la visibilidad» (*DRAE*).

Calle. En el juego de bolos, los dos espacios que hay entre las tres filas de bolos.

Callo. Según la 3ª acepción registrada en el *DRAE*: «Cada una de las chapas a modo de herradura, con que se refuerzan las pezuñas de las vacas o de los bueyes domésticos». Se colocaban en las dos pezuñas de las patas delanteras del animal, asegurándolas con clavos en el borde de la pezuña y ajustando la lengüeta (que lleva la chapa en un lado) sobre la punta de la pezuña. Algunas veces los bueyes y vacas más viejos se herraban también en las patas traseras, pero esta vez con **callos** sin lengüeta.

Calva. Zona de una tierra labrada en la que, por la mala naturaleza del suelo, apenas crece la siembra, desentonando con el resto. *No merece la pena segar esta calva, porque el trigo no ha llegado a granar.*

Calvario. Celebración del vía-crucis durante el tiempo de Cuaresma. Tenía lugar todos los días a medio día y se anunciaba con toque de campana (*Ya tocan al calvario*, se decía). Los niños varones en edad escolar nos colocábamos en fila en el pasillo de la iglesia y nos íbamos desplazando siguiendo las 14 estaciones señaladas en la pared mediante cuadros. En las tres estaciones de caídas de Jesús (3ª, 7ª y 9ª) nos arrojábamos al suelo para besarlo, momento en que muchas veces primaba más el jolgorio que la devoción. Los calvarios de los domingos eran más solemnes y se cantaba en cada estación.

Calvo. Juego consistente en lanzar un palo, desde una distancia previamente establecida, para derribar un palo abierto en tres ramificaciones que se colocaba de forma invertida a la manera de un trípode. Únicamente, siendo aún muy niño, recuerdo haber visto practicar este juego en la explanada existente junto a la Escuela. Pronto cayó en el olvido.

Calzapete. Planta silvestre de medio metro aproximadamente de altura que produce una flor amarilla. Aparece en praderas y terrenos sin cultivar, y no es aprovechable para alimento de animales. La connotación negativa de esta planta queda reflejada en la anécdota siguiente. La noche víspera de San Pedro (29 de junio) era costumbre que los mozos pusieran un ramo de flores en las ventanas o balcones de las casas donde había una joven en edad de merecer. Recuerdo que, en una ocasión, a una moza, no muy joven precisamente, le colocaron un ramo de

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

calzapetes, acción vituperada por la gente del pueblo al considerarla de mal gusto.

Cama. Huella que dejan algunos animales en el lugar (disimulado entre plantas y matorral, por lo general), que han utilizado de forma estable. Se aplica sobre todo a las de las liebres. Muchas veces oí este refrán: *Después de que marcha la liebre, palos en la cama*, para indicar que una acción se ejecuta tarde, cuando ya no es necesaria.

Camba. Pieza curva del arado de madera en la que va insertada la reja.

Cambicio. Palo grueso y largo de madera (generalmente de palera) que unía el trillo al **barazón** que pende del yugo de la pareja. Tenía varios **cabijales**, para fijar la longitud apropiada a los animales que tiraban (no era lo mismo si se trataba de novillas que de vacas de más edad y, por tanto, de cuerpo más largo).

Camellas. Los dos arcos que conforman el yugo, para ajustarlo a la cabeza de las vacas, entre los cuernos y las orejas. Todo hace pensar que el nombre proviene de la similitud con las dos jorobas de un camello.

Campana. Flor amarilla en forma de campana que salía en los prados en primavera. Se tomaba una con su rabo (tallo) y en él se iban introduciendo las demás flores hasta formar un collar.

Campanín. Campana pequeña que suele estar situada en la parte más alta de los campanarios. El campanario de Carbajal tiene el hueco vacío, porque el *campanín* que hubo en su día se entregó a Santibáñez a cambio de la imagen de San Roque.

Campera. Zona alta y llana del monte en la que hay escasa o nula vegetación, a la que se llega después de subir un valle. Si la campera es grande, recibe el nombre de **llana**.

Canal. Acequia de riego más estrecha y profunda que la **presa**. Durante mi niñez se construyó uno, que comenzaba por encima de Santibáñez, atravesaba (oculto) el casco urbano y luego se iba abriendo hacia la ladera del monte y, siguiendo esta línea, llegaba hasta el final del término de Carbajal, en el límite con Villacidayo, pasado el Reguero de Ranero.

Canciella. Especie de angarillas cuyos palos verticales de los extremos se insertaban en los agujeros de las **zapatas**. Uniendo varias se podía formar un cerco para aislar un grupo de ovejas. A veces se utilizaban en tierras centeneras en las que pernoctaban las ovejas para abonarlas, donde se iban moviendo para extenderse sucesivamente por todo el terreno.

Aurelio Valladares del Reguero

Canear. Propinar golpes a un niño como castigo por alguna travesura. *Se lo voy a decir a tu padre y te va a canear bien caneo.*

Caniego. Pan de centeno que habitualmente se daba al perro que tenía el pastor para cuidar las ovejas. Deriva de *can* (perro).

Cantaridos. Término para referirse a los cantos del gallo. Por extensión vale también para los humanos, cuando se emiten sonidos sin articular palabras.

Canto. Piedra de tamaño grande o mediano. Los de tamaño mayor reciben también el nombre de **morrillos**.

Canuestros. Leche de vaca recién parida. Se utilizaba para hacer un tipo de flan muy exquisito y, por ello, siempre que era posible (cuando la vaca daba mucha cantidad), se compartía con familiares y vecinos. En otros lugares se habla de *canostros* y el *DRAE*, por su parte, registra el vocablo *calostro*.

Caño. Construcción que tiene un pilar con un tubo en curva por donde sale el agua que se recoge en calderos, botijos, etc. para el consumo doméstico y un pilón alrededor en el que se almacena el agua que beben los animales. Una de las paredes del pilón tiene una hendidura en la parte superior por la que se va el sobrante. A finales de 1931 se construyeron en Carbajal dos caños: uno más grande, adosado a un lateral de la Escuela y otro más pequeño situado en la calle Calatrava (Grande). Este sustantivo tiene otro significado completamente distinto: rama de cualquier tipo de árbol. *No me importa que cojas alguna manzana, pero procura no romper ningún caño.*

Cañones (en). Locución adverbial para referirse a los pájaros que empiezan a echar pluma. Se distinguen tres fases en el proceso de crecimiento de los pájaros: en **chichas**, en **cañones** y **plumudos**.

Capador. Persona que tenía por oficio capar animales. Generalmente se hacía con cerdos, aunque también con otros animales domésticos: toros (que, después de castrados, pasaban a ser bueyes), pollos, etc. Recuerdo la presencia en el pueblo de algún capador, que anunciaba su presencia tocando una flauta similar a la de los afiladores. De esta actividad procede el adagio popular *el que más chifle, capador*, para indicar que en algunas ocasiones a la hora de elegir el candidato más idóneo desgraciadamente se tienen en cuenta factores accidentales y no los esenciales. Y, a propósito de «capar», reseñaré que a los niños varones de corta edad se les solía asustar diciéndoles: *¡Chavalín, que te capo!*, al tiempo que se alargaba la mano hacia la entrepierna del chiquillo, que instintivamente se

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

encogía, para luego reírse, al comprobar que era una broma (por supuesto, sin comprender lo que significaba «capar»).

Capital. Este vocablo quedaba reducido, prácticamente, a la riqueza en fincas de una persona. Cuando se decía de alguien que tenía un *buen capital* se hacía referencia a sus tierras, con independencia de otros bienes, como la mayor o menor cantidad de dinero que pudiera tener ahorrado en el banco, casas, etc.

Cara (hacer cara). Se dice del ganado vacuno cuando un animal se muestra desafiante ante otro y dispuesto a pelearse con él. La vaca que «hace cara» suele bajar un poco la cabeza y mirar de soslayo con los ojos muy fijos a la vaca que desafía. Si esta acepta el reto, responde con la misma actitud y seguidamente juntan sus cabezas y comienza la pelea. Si no lo acepta, sale corriendo y la que inició la amenaza puede quedarse quieta satisfecha de su superioridad o salir en persecución tratando de darle una cornada.

Carajón. Fragmentos en forma redondeada de los excrementos de las caballerías. En las corrientes de agua van separados, de ahí el reproche a las personas que se dispersan del grupo: *Vais como los carajones río abajo*.

Carbonera. Pájaro de tamaño aproximado al de la golondrina, de color oscuro (quizá venga de ahí su nombre) y una mancha rojiza en la cola, que suele merodear por corrales, pajares, cortes de ovejas, etc. y hace su nido en huecos de las paredes.

Carcaval. Zanjas que abre el agua de lluvia, cuando es muy abundante, particularmente en terrenos en cuesta. Viene a coincidir con *cárcava*: «Hoya o zanja grande que suelen hacer las avenidas de agua» (*DRAE*).

Cardenca. Variante de *cardencha*, nombre de una planta silvestre registrado en el *DRAE*.

Cardinas (pasarlas). Verse en apuros o dificultades. Equivalente a *pasarlas canutas* (expresión más generalizada).

Carga. Medida utilizada para el grano (cereales, legumbres...). Equivalía a doce **heminas** y ocupaba dos sacos o quilmas. Servía también como medida de superficie, ya que se tomaba como referencia la cantidad de trigo necesaria para la siembra. Ahora bien, al no ser una medida de superficie exacta, había discrepancias entre pueblos, incluso cercanos, que debían aclararse cuando se realizaban ventas o arrendamientos entre personas de diferentes pueblos. Lo mismo sucedía con las otras dos medidas inferiores: la **hemina** y el **celemín**.

Caridad (la). Ofrenda de pan que se hacía en la misa del domingo, en el

Aurelio Valladares del Reguero

momento del «Ofertorio», siguiendo un turno rotatorio entre los vecinos. Siempre la realizaba una mujer (casada o soltera), que llevaba en una canastilla de mimbre (el «azafate») una oblada o media hogaza, además de trozos pequeñitos de pan que el cura bendecía y luego se daban a los asistentes a la salida de misa (*era tomar el pan bendito*): un monaguillo, colocado de pie encima del banco del pórtico, llevaba en una mano la Paz (*portapaz*: una pequeña imagen de bronce) que daba a besar y en la otra mano sostenía el azafate de donde cada uno iba cogiendo el pan a medida que salía.

Carpanta. Galbana, pereza, flojera..., especialmente a causa del calor. Coincide con la 2ª acepción que registra el *DRAE* de este vocablo, si bien registra su uso en Salamanca.

Carpintear. Realizar trabajos de carpintería por parte de personas que no son carpinteros de oficio. El agricultor-ganadero de Carbajal (profesión de la casi totalidad de los vecinos) tenía herramientas que le permitían llevar a cabo muchas tareas de carpintería.

Carrajitos. Trozos pequeños de manteca de cerdo resultantes de derretir esta al calor. Mezclados con miga de pan formaban el plato de «migas», que se calentaban en la sartén y servían de complemento al desayuno durante una temporada después de la matanza del cerdo (**gocho**).

Carralina. Insecto de cuerpo semiesférico con puntitas negras sobre fondo anaranjado, comúnmente conocido como *mariquita*. Cuando se posa en la mano de una persona, suele hacer un recorrido casi completo antes de irse. Por eso los niños decíamos: *Carralina de Dios, cuéntame los dedos y márchate con Dios*.

Carrapata. Deformación de *garrapata*. Se oía con bastante frecuencia.

Carrapiello. Caparazón verde que envuelve la nuez, y que se abre y se desprende cuando madura este fruto. Vale también para las envolturas de la castaña y de la avellana, productos que apenas se dan por esta zona.

Carreta. Variedad del carro tirado por una pareja de vacas. La vara (a cuyos lados están colocados los animales) va unida a la caja del carro, por lo que a la hora de **arregañar** había que soltar previamente la yunta, lo que no era necesario con los **volquetes**.

Carriego (cesto). Cesto de mimbre grande y alto que se utilizaba en la vendimia para el transporte de la uva en el carro. Se llamaba así porque se dejaba en el carro y en él depositaban la uva los vendimiadores sirviéndose de cestos más

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

pequeños y manejables.

Carrigüela. Planta que sale en las tierras de labor y tiende a extenderse a ras de suelo. Era uno de los objetivos para quien **apañaba** con la **zoleta**.

Carriza. Equivale a *carrizo*, vocablo que sí registra el *DRAE*. Esta planta crece en **pecinas** y lugares del soto donde hay agua estancada con apenas corriente. Era una de las plantas que se echaba en el suelo de las calles por las que pasaba la procesión del Corpus Christi.

Carruchao. Se dice del carro cargado de hierba o de mies cuando lleva poca cantidad.

Cascabelillar. Árbol que da **cascabelillos**.

Cascabelillo. Fruto similar al **bruno**, pero redondo y de menor tamaño (como si se tratara de un «pequeño cascabel»).

Caseta. Quedaba reservado este nombre para la casa pequeña de adobe construida en la era para guardar todos los utensilios relacionados con la trilla: máquina de limpiar, trillos, cambicios, aparvadero, horcas de madera, palas de madera (para volver la trilla), biendas, ramaos, etc.

Castriarse. Acción de aparearse los conejos.

Castronerías. Restos de excrementos que quedan pegados en las patas traseras de los animales.

Castrear (o **castriar**). Cubrir el conejo a la coneja. Si no se disponía de un conejo macho, se acudía a un vecino que sí lo tuviera y luego se le solía pagar con una de las crías cuando se las separaba de la madre. Recordemos que la gestación en los conejos es muy corta: dura alrededor de un mes.

Castro. Espacio cuadrado delimitado por los nueve bolos utilizados en este juego. Para que la tirada puntúe la bola tiene que entrar en el *castro*. Así mismo recibe este nombre el conjunto de los seis cuadros juntos que se marcan en el suelo para el juego del **bimbo**, también conocido, precisamente por esta razón, como *juego del castro*.

Catalina. Rueda con dientes en la que van incrustados los pedales de la bicicleta, para mover la cadena que en el otro extremo va enganchada en el piñón de la rueda trasera. Esta denominación proviene de la rueda con dientes agudos en que fue martirizada Santa Catalina. El nombre más común entre los ciclistas es *plato*.

Cavicuerna. Planta silvestre de tallos fuertes, muy apta para hacer **escobones**

Aurelio Valladares del Reguero

y ramaos.

Cavicuernas. Fruto con forma encorvada, piel rugosa y tamaño pequeño que produce el ciruelo. Es comestible, aunque tiene un sabor ligeramente amargo. Quizá el nombre venga por su semejanza con un cuerno. También se decía **cadicuernas**.

Cebe. Alimentos que los familiares llevaban a los niños que estudiaban en un internado (chorizo, dulces caseros, fruta, etc.). Es una derivación un tanto irónica de *cebar*.

Cebón. Aunque teóricamente vale para cualquier animal cebado, se aplicaba únicamente al **gocho** que se engordaba para la matanza del año.

Ceganitas (se oía también **cegañitas**). Lo mismo que *cegato*: «Corto de vista, o de vista escasa» (*DRAE*). Pero en ocasiones, más que para referirse a una dificultad en las vista, servía como reproche a la persona que no acierta a ver lo que parece fácil: *¡Pero qué ceganitas (o cegañitas) estás, lo tienes ahí delante!*

Celar. Acción de moverse hacia atrás las parejas de vacas, bien solas, para engancharlas al carro, o bien, una vez enganchadas, para hacer retroceder el carro y colocarlo en el lugar adecuado.

Celemín. Medida utilizada para el grano (cereales, legumbres...). Equivalía a la cuarta parte de una **hemina**. Como en el caso de la **carga** y la **hemina**, servía también como medida de superficie. Existía el recipiente correspondiente a esta medida, consistente en una caja cuadrada de madera, aunque la más usada era la **hemina**, que se empleaba, además, para llenar los sacos. Este vocablo figura en una sentencia popular alusiva al escaso o nulo beneficio obtenido de una siembra: *Celemín cogí, / celemín sembré, / no perdí, / pero tampoco gané*.

Celemingar. Menear, mover una cosa de un lado a otro. Se hacía con los árboles, para que cayera la fruta madura. En la Escuela, donde se compartían mesas, era frecuente, cuando se echaba un borrón en el cuaderno, culpar a un compañero *por haber celemingado la mesa*. Quizá provenga de **cemingar** y este, a su vez, de **cingar**. El proceso evolutivo, por epéntesis, sería: *cingar* > *cemingar* > *celemingar*.

Cemingar. Lo mismo que **celemingar**.

Cendera. Aféresis de *hacendera* (*DRAE*, 3ª acepción). Trabajo en el que participan todos los vecinos por tratarse de bienes comunes: arreglo de caminos, preparar las suertes de leña en el monte, limpiar la presa y el canal de riego, etc.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

A veces se hacía la convocatoria a través de la campana de la iglesia, con un toque característico y, por tanto, reconocible. En la limpia de la presa y canal de riego se perdió ese carácter, ya que algunos propietarios de fincas no residen en el pueblo, por lo que se asigna un jornal a los participantes, con cargo al presupuesto de la Comunidad de Regantes (popularmente llamado Sindicato).

Centenera (tierra). Se dice del terreno adecuado para la siembra del centeno. Solían ser tierras en cuesta y ligeras, poco aptas para otros cultivos.

Cepa. Raíz de la **urce**, de forma irregular, parecida a las cepas de vid (de ahí su nombre). Su dureza la hace muy útil para la lumbre de casa, por el calor que da. Se sacaban con un azadón especial, con dos partes curvas de unos 25 centímetros cada una y puntas diferentes: una en posición vertical respecto al mango (como si se tratara de un hacha) y la otra en perpendicular (como si se tratara de un escabuche). Cumplían así la doble función de cortar y arrancar presionando sobre el suelo.

Cepo. Tronco hueco de un roble utilizado como colmena. Se le hacían unos cuantos agujeros con el barreno para la entrada y salida de las abejas. En mi casa teníamos uno junto a las **puertonas** que daban acceso al corral, en el espacio que media entre la tapia y la presa. Poco a poco fueron desapareciendo en favor de las colmenas convencionales.

Ceranda. Variante de *zaranda*, equivalente a *criba* (DRAE). Utensilio formado por un aro de madera con el fondo de cuero o de alambre, según el tipo de cereal o legumbre que se fuera a cribar.

Cerandada. Capacidad de la **ceranda** en cada acción. *Con dos cerandadas más ya termino esto.*

Cerezal. Nombre habitual que se da al *cerezo*. El DRAE solamente registra su uso en Asturias y Salamanca. Cuando hay variantes en los nombres de los árboles frutales, se prefiere el terminado en *-al*: *cerezal* (en vez de *cerezo*), *cirujal* (en vez de *ciruelo*), *guindal* (en vez de *guindo*), *manzanal* (en vez de *manzano*)...; quizá por influencia de otros como *peral* o *nogal*.

Cernada. Se usaba con el mismo significado que *ceniza*, pero para referirse a la que resultaba de la lumbre de la cocina y que había que retirar periódicamente. En las «cocinas económicas» caía en un hueco del que se sacaba con una paleta. *Hay que sacar ya la cernada*, se decía. No valía para otros casos, como, por ejemplo, la ceniza del cigarro.

Aurelio Valladares del Reguero

Cerracina. Deformación del sustantivo *sarracina* en su acepción familiar «destrozo o escabechina grandes» (S. Gili Gaya - M. Alvar Ezquerro, *Diccionario General Ilustrado de la Lengua Española*, 1987). *Entraron las vacas en el sembrado y menuda cerracina dejaron.*

Chapucín. Ave de agua de pequeño tamaño (aproximadamente como una codorniz) que se cría en las zonas del río donde el agua está remansada. Era frecuente verlos en el Pozo Calderón.

Chichas (en). Locución adverbial para referirse a los pájaros recién salidos del huevo, cuando su cuerpo está todavía totalmente desprovisto de plumaje. Siguen dos fases en el crecimiento: en **cañones** y **plumudos**.

Chicho. Forma coloquial de denominar la carne. Se hablaba, por ejemplo, de comidas con mucho o poco chicho (carne). Los viernes de Cuaresma, en que debía guardarse «vigilia» (ayuno y abstinencia), se decía entre los niños: *Pan, poco; / chicho, nada; / dijo madre / que era «gilia».*

Chiscar. Prender fuego.

Chito. Interjección para hacer callar al perro o ahuyentarlo.

Chivero. Apartado de las cortes de ovejas, hecho con tablones de madera y en el que el pastor mantiene separados a los corderos, hasta llegado el momento de sacarlos para que mamen.

Chocho. Altramuz. Da nombre a la planta y a su fruto. Este es utilizado para comida de los animales. Recogido en sacos se mantenía durante algún tiempo en agua (a remojo) para quitarle el amargor. Desprendiéndole la piel áspera que lleva (desplazando en sentido contrario las yemas de los dedos), es comestible. En muchos lugares de España es habitual ver este producto en puestos de feria junto a otras golosinas. Ya en mis tiempos su cultivo era minoritario, hasta que llegó pronto a desaparecer. Por entonces nunca tuvo el significado sexual (vulva de la mujer) que hoy es frecuente en muchos lugares de España y que, al desaparecer prácticamente el cultivo de dicha planta, también se ha extendido por nuestros pueblos.

Chopa. Chopo desmochado. Las ramas que salen (al igual que las de los chopos) se cortan a finales del verano y, después de dejarlas unos días al sol para secarse, se recogían en haces (atados con **vilortas**) y se guardaban para el invierno, ya que sus hojas servían de alimento a las ovejas durante los días de nieve o intenso frío en que no salían a pastar. Estas ramas eran también las que

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

servían de **emplanto** para los futuros chopos. Posiblemente esta circunstancia sea la que explique la terminación femenina del nombre (*chopa*), dado que viene a ser «madre» de nuevos chopos.

Chupa. Mojadura grande en toda la ropa del cuerpo, bien a causa de haber soportado una lluvia intensa o por haberse caído en el agua.

Chupe. Nombre coloquial para referirse al gusto o placer que produce algo que resulta agradable. Cuando una fiesta, una comida, etc. no había sido satisfactoria, se solía decir: *No ha tenido ni chupe ni chupadero*.

Chupiletes. Pedazos de hielo largos y puntiagudos que se forman en los **verales** de los tejados al derretirse la nieve en épocas de intenso frío. Equivale a lo que comúnmente se denomina *carámbanos* (DRAE).

Cienda. Aféresis de **hacienda**.

Cima (por). Vulgarismo de la locución adverbial *por encima*.

Cinca (bolo de la). Primer bolo de la fila del lado del **miche**, cuyo derribo invalida la jugada.

Cincar. Verbo que en el juego de bolos sirve para denominar la jugada que no consigue puntuación, bien porque la bola no ha entrado en el **castro** (cuadro en el que se sitúan los nueve bolos) o porque ha derribado el bolo de la **cinca**. Por extensión vale también para expresar la acción de fallar en cualquier actividad.

Cinchar. Atar las **latas** o palos de las **sebes** con vilortas con vueltas entrelazadas. También se habla de *cinchar* a las caballerías, ajustando los aparejos a su cuerpo.

Cincho. Cada una de las ataduras que se hacían al **cinchar** las **sebes**.

Cinco (las). Merienda que se realizaba a media tarde, según se desprende del nombre, particularmente en verano, cuando eran más intensas las actividades agrícolas. Era similar a **las diez** de media mañana. Consistía normalmente en un trozo de pan con chorizo, tocino u otro producto similar, acompañado de vino. Muchas veces se hacía en el campo. *Hay que acabar esto antes de echar las cinco*.

Cingar. Menear, mover algo de un lado a otro. Se utiliza frecuentemente en el caso de los árboles (*se cingan* para que caiga el fruto), pero también en otros contextos: *Se me cinga un diente*, solían decir los niños. Ver **celemingar**.

Cirrio. Costras de hollín que se van formando en las chimeneas. De vez en cuando había que limpiarlo haciendo subir y bajar con un cordel un haz de hierbas

Aurelio Valladares del Reguero

o sacos viejos. También se decía **sarrio**.

Cirujal. Nombre habitual que se da al árbol del que se obtienen las ciruelas. Apenas se utiliza el más común de *ciruelo*. Ver **cerezal**.

Cisna. Se dice de la vaca de color rojizo pálido.

Cisno. Planta silvestre que aparece en las tierras de cultivo (sembrados de patatas, fréjoles, etc.) y que debe quitarse. También se le da el nombre de *cenizo*, vocablo que sí registra el *DRAE* (3ª acepción). Se **apañaba** para comida de conejos y cerdos.

Clamuras. Lamentos, quejidos... que se interpretan como exagerados o como fingidos. Parece evidente que deriva de *clamor*.

Coberteros. Piezas de piel utilizadas para tapar y proteger las melenas y **cornales** de las vacas enganchadas al yugo.

Cocina de horno. Igual a **hornera**.

Coco. Nombre con el que se designa cualquier tipo de gusano.

Coco de luz. Nombre con el que es conocida la *luciérnaga*.

Cocotazo. Golpe en la cabeza a consecuencia de una caída. Deriva de **cocote**.

Cocote. Viene a significar lo mismo que cabeza. Se usa en expresiones como *caer de cocote*, *tirarse de cocote* (en el agua, al bañarse). Todo hace pensar que deriva de *cogote*: «Parte superior y posterior del cuello» (*DRAE*).

Collar. Pieza de madera utilizada para atar los terneros al pesebre. Consta de un listón encorvado en forma de herradura, con dos agujeros en los extremos por los que entra un palo, llamado **llave**, que, girándolo, sirve de cierre.

Collareta. Argolla hecha con vilortas retorcidas usada para el cierre de **engarillas** (abrazando el palo extremo de estas y la estaca fijada en el suelo).

Colombrón. Ver **columbrón**.

Columbiar(se). Deformación de *columpiar(se)*.

Cumbio. Deformación de *columpio*.

Columbrón. Acto de dar la vuelta de campana. Se aplica a los objetos que caen rodando por una cuesta. Se dice entonces que *bajan dando columbrones*. A veces se oía *colombrón / colombrones*.

Comporta. Lo mismo que *compuerta*: «Plancha fuerte de madera o de hierro, que se desliza por carriles o correderas, y se coloca en los canales, diques, etc., para graduar o cortar el paso del agua» (*DRAE*, 2ª acepción). Es evidente que se

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

trata de una voz más antigua, al no haber diptongado en la sílaba tónica.

Concejo. Reunión de los vecinos del pueblo para tratar asuntos de interés común. A veces se aprovechaba el momento de la salida de la misa dominical. Si tenía lugar en un día laborable, se hacía la convocatoria tocando las campanas.

Concha. Nombre dado a la parte pequeña que queda después de utilizar varias veces un trozo de jabón. Estoy hablando de tiempos en que se usaban pedazos grandes de jabón, algunos de fabricación casera, que servían tanto para el aseo corporal como para lavar la ropa; poco que ver, en tamaño, con las pastillas de jabón actuales.

Conejo. En el juego de bolos, jugada en la que, al **micchar** (birlar), la bola solamente derriba el **miche**, lo que supone no conseguir puntuación.

Copa / Copona. Formas coloquiales usadas para referirse al as de copas de la baraja española. Ver **Basto / Bastón**.

Coplas (sacar). En Carbajal, como en tantos pueblos de España, algunas acciones consideradas ridículas eran motivo de mofa por parte de los convecinos. De ahí que cuando varias personas habían realizado algo de forma llamativamente torpe, a veces solían comentar: *Que no se entere nadie de esto, porque nos sacan coplas*. En mi niñez fueron muy populares las que hicieron a la señora Piedad Quirós (viuda de Aquilino Ferreras y ya con varios hijos) con ocasión de su nuevo matrimonio con el señor Esteban, un pastor de San Bartolomé. Aparte de que las bodas de viudos eran motivo habitual de chanza (las típicas cencerradas), estas contaron con una curiosa anécdota añadida: la novia probó el chocolate que preparaban para la fiesta, lo que le impedía comulgar (entonces había que guardar ayuno desde las doce de la noche anterior) y, en consecuencia, celebrar la ceremonia. Don Antonino, el párroco que debía casarlos, al comprobar que los novios se retrasaban en llegar a la iglesia (y eso que la novia vivía en la casa más próxima), encargó a un monaguillo que se acercara para conocer la causa de la demora. Cuando el cura recibió la sorprendente explicación, no le quedó más remedio que posponer la ceremonia para el día siguiente. Las coplas decían así: *No se casaron ayer, / mira si será bastante, / por ser golosa la novia / ha probado el chocolate. // No se morirá de sed. / El Soberbio lo ha traído, / ya lo sé, ya lo sé.* «Soberbio» era el burro de la señora Piedad, de gran tamaño, quizá de ahí su nombre. Esto debió de suceder poco antes o poco después de haber nacido yo (1947), dado que no conservo recuerdos del hecho, aunque sí del mencionado

Aurelio Valladares del Reguero

burro que todavía tenía la familia.

Corcho. Tronco de roble hueco incrustado en un manantial para mantener el agua limpia y facilitar la recogida con algún recipiente. En la parte de arriba del pueblo, a continuación de la casa de la familia Villacorta (luego adquirida por Justiniano «Justi» Rodríguez) había uno, que luego se cambió por una construcción de albañilería, aunque se le sigue llamando «el Corcho». Había varios *corchos* por otros lugares del campo de Carbajal, la mayoría de ellos ya desaparecidos.

Corito. Piel del cerdo que recubre el tocino y la parte externa del jamón. Por extensión sirve para referirse, de forma humorística e hiperbólica, a la persona o animal que están muy delgados: *No tiene más que el corito*.

Coritos (estar en). Estar en cueros, totalmente desnudo. Equivale a «estar en jitos».

Cornales. Correas de piel largas y fuertes que servían para uncir a las vacas o bueyes al yugo, sujetándolo en los cuernos (de ahí el nombre). Debajo se ajustaba la *melena* (DRAE, 5ª acepción) a la cabeza del animal para protegerla.

Cornijal. Esquina de una finca. *Solamente me falta regar el cornijal*, se decía. También se aplica a los dos ángulos inferiores de los sacos y **quilmas**. Para mover un saco lleno (o quilma) entre dos personas, una coge por la parte sobrante de la boca y la otra por los dos *cornijales*. Esta segunda acepción servía de referencia en expresiones indicativas de que algo se había hecho de forma equivocada o indebidamente: *¡Que los sacos se atan por la boca, no por los cornijales!*

Cornones. Nombre que reciben los cornezuelos que se forman en la espiga del centeno. Estos hongos son de color oscuro y tienen forma de cuerno (de ahí su nombre). Se recogían y se vendían para uso farmacológico. La costumbre de recoger *cornones* se fue perdiendo a medida que disminuía el cultivo de este cereal, en beneficio de los otros tres (cebada, trigo y avena). Las tierras centeneras poco a poco se iban sembrando de avena. Y si se mantenía algo era debido en gran parte por su utilidad para hacer los **cuelmos** para chamuscar el **gocho** que se mataba.

Coronjoso, a. Se dice de los muebles u objetos de madera agujereados por la carcoma.

Corral (de la Luna). Mancha circular que se ve alrededor de la Luna en determinadas circunstancias y que se interpreta como anuncio de que va a llover.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Esta noche va a llover, tiene corral la Luna.

Corraleta. Lugar existente en algunas **cortes** de ganado en el que se apartaba un grupo de ovejas para dar de mamar a los corderos o por otra circunstancia.

Corras. Aros formados con **vilortas** retorcidas que tenían diversos usos: unir el extremo de las **engarillas** a la estaca sobre la que giran y cerrar en el otro extremo, servir de collares para atar animales, etc.

Corredizo (nudo). Se dice de la atadura de cuerdas o cordeles cuando se forma un nudo que se aprieta si se tira del otro extremo. A veces se oye la forma vulgar **correízo**.

Corresenderos. Pájaro de plumaje pardo y tamaño ligeramente superior al de **pardal**, que acostumbra a posarse en caminos y senderos delante de los caminantes y precederles durante un buen trecho antes de levantar el vuelo, circunstancia que explica su nombre.

Corrida. Vocablo utilizado para denominar el turno de riego, de **vecería** u otra actividad que requería la participación sucesiva de los vecinos. En el caso del riego, se realizaban varias corridas entre los pueblos que formaban la Comunidad o Sindicato (Pesquera, Santibáñez y Carbajal) a lo largo del periodo de riego (de junio a septiembre) y su duración dependía de las circunstancias de cada momento (caudal de agua en la presa, necesidad del campo...). Se hacía en sentido descendente y si se pasaba la vez, ya no se podía regar hasta la corrida siguiente, so pena de ser multado si el «guarda» detectaba la acción.

Corro. Círculo rodeado de gente en el que se desarrolla la lucha leonesa. A los luchadores que debían intervenir se les anunciaba así: *¡(Fulano de tal) y (Mengano de cual), al corro!*

Corrusco. Trozo de pan con mucha corteza, circunstancia que se da con el primero que se corta de la hogaza, que suele ser el más solicitado.

Cortar el agua. Acción de lanzar piedras **pandas** (planas) sobre la superficie del agua del río, en una zona remansada, de tal forma que fuese rebotando varias veces antes de hundirse. Era frecuente entre los chicos disputar quién conseguía un recorrido más largo o, incluso, lograba que la piedra atravesara hasta el otro lado del agua sin hundirse.

Cortarse. Pisar excrementos blandos, denominados coloquialmente **navajas**.

Corte. Corral de ovejas. Constaba, por lo general, de una parte cubierta y de un huerto cerrado con tapias. En Carbajal había varias, tanto en las afueras y

Aurelio Valladares del Reguero

cercanías del pueblo como en distintos lugares del monte. Este vocablo fusiona, en cierta forma, dos de las acepciones recogidas en el *DRAE*: «4. Corral o establo donde se recoge de noche el ganado. 5. Aprisco donde se encierran las ovejas».

Coruja. Nombre genérico dado a las aves rapaces nocturnas de tamaño pequeño (tales como el *mochuelo*). Recuerdo de mi niñez que solían anidar en huecos de pared de las **cortes** de ganado existentes en el monte. El *DRAE* identifica este vocablo con el de *lechuza*, lo que no es válido para nuestro caso, ya que esta es de tamaño mayor y de plumaje más vistoso. Con *en* + *coruja* se forma el verbo *encorujarse*: «Encogerse, hacerse un ovillo» (*DRAE*).

Corzas. Dos barras de hierro en curva que, en los carros de vacas, van desde la parte superior de los dos laterales hacia abajo y se unen formando una horqueta antes de terminar en la vara del carro.

Coscas. Igual a *cosquillas*. El *DRAE* localiza su uso en Asturias, León y Salamanca.

Costana (o **costano**). Tableros que se colocan en los cuatro lados del carro para impedir que se caigan determinados materiales (patatas, remolacha, arena, estiércol, paja, etc.). El *DRAE* registra el vocablo **costana**, en su 3ª acepción, como equivalente a *adral* y localiza su uso en León, Palencia y Zamora.

Costrapada. Caída fuerte, dando todo el cuerpo en tierra. ¡*Vaya costrapada que se ha dado!* Viene a significar casi lo mismo que *costalada*, voz que registra el *DRAE*.

Cribo. Criba metálica de forma cuadrada colocada en la parte trasera de la máquina de limpiar el grano. Los había con agujeros de distinto tamaño, que se utilizaban según el tipo de grano o semilla que se limpiara. Solían colocarse dos o tres cribos superpuestos: el de agujeros más grandes arriba y el de los más pequeños abajo.

Cuadra (echar la). Limpiar la cuadra de los animales, sacando el estiércol y llevándolo al **abono** (o muladar). Primero se actuaba con la **arralladera** para arrastrarlo a la canal, y luego con una horca de hierro (para los residuos sólidos) o una pala (para el resto) se cargaba en el carretillo para el traslado. No era necesario el carretillo cuando el **abono** se encontraba al lado.

Cuartear. Agregar una segunda pareja de vacas para ayudar a tirar del carro en situaciones especiales: salir de un atolladero, subir una cuesta con mucha carga, etc. Se utilizaba un **estrinque** que iba desde el yugo de esta yunta a la cabeza del

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

carro donde estaba enganchada la otra pareja de vacas.

Cuarterón. Contraventana de madera que se abre y cierra delante del ventanal en que se encuentra el cristal. Se abre durante el día para que entre la luz de fuera y se cierra durante la noche cuando ya es precisa la iluminación eléctrica en la habitación.

Cubierto. Nombre dado al tenedor utilizado para comer.

Cubil. Sitio destinado para guardar los **gochos** (cerdos). Solía estar construido en los corrales de las casas, junto a las cuadras de vacas.

Cubilera. Derivado de *cubil*. Tiene el mismo significado.

Cucada. Acto de **cucar**.

Cucar. Copular, tener relaciones sexuales. Término coloquial usado en ambientes juveniles.

Cuchiflitos. Objetos menudos, generalmente referidos a comida. En algunos lugares de España se da este nombre a una modalidad de dulces caseros.

Cuelga. Collar formado por una cinta en la que se cosían roscas, caramelos, golosinas y otros regalos, y que se colgaba (de ahí su nombre) en el cuello del que celebraba su cumpleaños. Se hacía la noche de la víspera, buscando el momento en que el afectado estaba descuidado, para que fuera una sorpresa.

Cuelmo. Haz de mies (preferentemente de centeno), después de sacudir el grano (ver **bálago**). Servía para chamuscar el **gocho**, una vez matado, quemando las cerdas y levantando ampollas que facilitaban luego raspar mejor la piel.

Culo pajarero (a). Locución adverbial para indicar que un niño recibía un castigo con el trasero descubierto después de bajarle la ropa. *Le dio unos azotes a culo pajarero*. Esta expresión, que indudablemente está relacionada con *pájaro*, puede proceder del hecho de que las aves tienen poco plumaje alrededor del culo o de que el niño que recibe este castigo es colocado en una posición similar a la de los pájaros.

Cuquiello. Nombre que recibe el pájaro comúnmente conocido como *cuchillo* o *cuquillo*.

Cura. Nombre popular que se da a la chinche hedionda (*nezara viridula*), insecto de unos 15 mm de longitud, de color verde –que tiende a marrón cuando es adulto– y del que es característico el olor intenso y desagradable que desprende cuando es molestado. Posiblemente el nombre proceda de la similitud de su caparazón con la casulla o capa que usa el cura en ceremonias religiosas.

Aurelio Valladares del Reguero

Curro. Nombre alternativo para referirse al pato de corral. El *DRAE* localiza su uso en Asturias, Galicia, León y Palencia.

Curso. Término eufemístico para referirse al final del intestino.

<D>

De hoy en un año... que nos veamos todos con salud. Fórmula habitual de brindis entre las personas mayores, con motivo de una celebración (cumpleaños, fiesta con invitados...), en la **parva** cuando se encerraba la paja o en circunstancias similares. El invitado o persona que no era de la casa alzaba el vaso o la copa y decía la primera parte del brindis, a lo que respondían los demás con la segunda.

De hoy más. Locución adverbial equivalente a *de hoy en adelante*, *a partir de hoy*.

Descosido, a. Se utiliza coloquialmente como locución adverbial para ponderar la rapidez o eficacia en una acción. *Corre como un descosido*, *Come como una descosida*. Según el *DRAE*, «*como un...*: loc. adv. coloq. Con ahínco o exceso».

Deseguida. Adverbio de tiempo equivalente a «en seguida», «pronto», «inmediatamente».

Desmoquitar. Quitar la parte superior que sobresale de algo. Equivalente a *desmochar*.

Desnaguadero. Deformación de *desaguadero*: «Conducto o canal por donde se da salida a las aguas» (*DRAE*). Sirve para devolver el agua de la **presa** al río cuando no es época de riego o para aliviar el caudal si está a punto de rebosar, evitando así que salga o reviente en lugar no deseado.

Despeluciar. Variante vulgar de *despeluzar*: «Descomponer, desordenar el pelo de la cabeza, de la felpa, etc.» (*DRAE*).

Día del santo. Nombre que se daba al «día del cumpleaños». A diferencia de otros muchos lugares de España no se celebra el día del santo, sino el del cumpleaños; sin embargo, recibe la primera denominación, más usada que la segunda. *Mañana es tu santo, ¿cuántos años cumples?* La víspera del día del santo (entiéndase cumpleaños) a la persona afectada se le ponía la **cuelga**. La confusión entre los dos términos puede venir del hecho de que en muchas ocasiones era costumbre poner el nombre del santo del día al recién nacido, con lo que

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

coincidían ambos.

Diez (las). Pequeña comida que se realizaba a media mañana, según indica su nombre, cuando la jornada de trabajo resultaba intensa, circunstancia que solía darse con frecuencia en la época veraniega. Era similar a **las cinco** de media tarde. Se decía: *Vamos a echar las diez*.

Diquiera (que). Equivale a la preposición «hasta»: *Fuimos diquiera el río*. En frases exclamativas sirve para señalar una larga distancia en el tiempo o en el espacio: *¡Diquiera que venga!* (tardará en llegar), *¡Diquiera la majada!* (la majada queda lejos).

Diquiera poco. Forma utilizada para expresar una negativa a lo que se pregunta o se solicita. Conlleva un cierto tono irónico, ya que la atenuación que supone el adverbio «poco» no aminora la denegación, sino que la intensifica. Si a la petición de un chico a su padre para ir a una fiesta recibe como respuesta *diquiera poco*, no significa que queda «poco» para que le conceda el permiso, sino que está muy lejos de su pensamiento acceder a lo que se le pide.

Domona. Se dice de la vaca durante las primeras veces en que se unce al yugo y se muestra más reacia, hasta que se consigue domarla y no ofrece resistencia.

Don, doña. Forma de tratamiento para referirse a las personas de cierto relieve social: el cura, el maestro, el médico, el veterinario...; incluso se hacía extensivo a las esposas del médico, veterinario, maestro..., aunque no tuvieran la titulación académica correspondiente. El resto de las personas (que era la casi totalidad del pueblo), si eran mayores, recibían por parte de los más jóvenes el tratamiento de **señor/señora** (precediendo al nombre) y a nivel coloquial el de **tío/tía**.

Duerno. Tronco hueco de un árbol (generalmente roble) utilizado como comedero para los cerdos. El *DRAE* registra las formas *duerna* y *duerno*. En los cubiles de construcción más moderna se hacían ya de cemento, pero como tenían el mismo uso seguían llamándose con dicho nombre.

Dulzarrio, a. Equivalente a *dulzarrón* o *dulzón*: «De sabor dulce, pero desagradable y empalagoso» (*DRAE*).

<E>

Echada (estar). Se dice de la gallina clueca que *se echa* sobre los huevos para

Aurelio Valladares del Reguero

incubarlos. Se aplica también a todas las aves durante el proceso de incubación.

Embelga. El *DRAE*, en ediciones anteriores, localizaba este vocablo en Asturias y León (en la edic. de 2014 lo amplía a Aragón, Burgos, Cantabria, Navarra, Rioja, Salamanca y Zamora) con el significado de «bancal o era de siembra que se riega de una vez». Servía de referencia a la hora de sembrar, para que la simiente quedara bien repartida en toda la finca, sobre todo cuando esta era grande.

Embobarse. Entretenerse, perder el tiempo más de lo recomendable. *Te has embobado y no has llegado a tiempo.*

Embruciada. Cantidad que cabe en la cavidad de las dos palmas de la mano juntas. *Échale dos embruciadas de harina.*

Emburciada. Igual a **embruciada**.

Emburriar. Empujar a otra persona para hacerla caer. Expresión típica del lenguaje infantil. Variante de **tamburriar**.

Emburrión. Acción o efecto de **emburriar**.

Embutir. Verbo usado en sentido figurado para resaltar la acción de mentir. *¡Qué gordas las embute!* (se sobrentiende «mentiras»).

Empapizar. Se aplica al efecto de comer productos que exigen mucha secreción de saliva. *Estos dulces están muy buenos, pero empapizan mucho.* También se usa en forma pronominal (**empapizarse**), con el significado de comer en exceso, llenarse.

Empedrar (los trillos). Colocar en la superficie inferior de los trillos nuevos (o reponer en el caso de los viejos) los fragmentos cortantes de piedra. Era una tarea que requería cierta destreza, por lo que normalmente solamente la realizaban los **trilleros**. Al comenzar la temporada se mojaba con agua la parte empedrada, con el objeto de hacer crecer la madera y que las piedras quedaran más oprimidas, dificultando su desprendimiento.

Empizna. Costra a modo de herpes que se forma en la piel de algunos animales y que se puede contagiar a las personas. Se oye también **empisna**. A mí me ocurrió cuando tenía unos doce años con un gato de pocos días que me dieron y que yo cuidaba y acariciaba con mimo, hasta que me aparecieron las señales en la espalda y se comprobó el origen de ello. Se me curó aplicando un ungüento de fabricación casera elaborado por una señora de Gradefes (Joaquina Fernández), especialista en la materia, pero que no revelaba a nadie el secreto de la composición. Tuve que

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

ir en bicicleta a buscarlo, con las oportunas indicaciones sobre la casa en que vivía. Por supuesto, mi padre hizo desaparecer el gato de inmediato. Entonces no había sociedades protectoras de animales para su recogida.

Emplanto. Rama de árbol plantada en el suelo para generar un nuevo árbol. Las yemas que quedan ocultas se convierten en raíces y las yemas exteriores dan lugar a nuevas ramas. Se dice fundamentalmente de los chopos. Las ramas salidas de las **chopas** eran las más idóneas para ello.

Emponderar. Deformación epentética de *ponderar* (DRAE). Encarecer, exagerar.

Encadillar. Acción de quedar unidos el macho y la hembra del perro durante el apareamiento. Después de montar el perro a la perra se da la vuelta y los dos animales se mantienen durante un buen rato en posición opuesta unidos por sus órganos genitales. Se dice entonces que *están encadillados*. Posiblemente deriva de *cadillo*, cuya mazorca queda prendida en la ropa.

Encalcar. El DRAE lo registra como modismo de Asturias, León, Salamanca y Zamora: «Recalcar, apretar». Se usa para referirse a la hierba o la paja tanto cuando se cargaba en el carro como cuando se encerraba en el pajar. También valía para la verdura que se apañaba y se recogía en cestos o la hoja de roble que se metía en cestos o sacos. Se hablaba de *encalcar* el cesto o el saco.

Encalcatieiras. Pájaro parecido al **pardal**, pero de mayor tamaño, que anda por el campo y hace un movimiento con el cuerpo, moviéndolo hacia abajo como si fuera a encalcar la tierra que pisa, de ahí el nombre que recibe.

Encerrar (la hierba o la paja). Forma habitual para referirse a la faena de recoger la hierba seca o la paja e introducirla en el pajar.

Encetar. Igual a *encentar*: «Comenzar, empezar» (DRAE). Se usa sobre todo para referirse a los alimentos: *encetar una hogaza de pan, un jamón...*

Enfermón. Enfermedad contagiosa que afectaba a las gallinas.

Enganchar. Forma habitual de referirse al acto de unir la pareja de vacas al carro mediante el **sobeo**.

Engarilla. Deformación de *angarilla* (DRAE). Armazón de tablas utilizado para el cierre de las entradas de huertas, con la suficiente anchura para el acceso de los carros de vacas. Las había de menor altura (en este caso solían recibir el nombre de **canciella**), que se anclaban en las **zapatás** y servían en los corrales de ovejas para separar a estas por grupos.

Aurelio Valladares del Reguero

Engaritar. Engañar en asuntos de escasa entidad. Se utilizaba preferentemente en el ámbito infantil y juvenil. El *DRAE* lo registra (2ª acepción) como un término coloquial: «Engañar con astucia».

Enguilar. Trepár en un árbol cuando el tronco está liso, sin ramas que puedan servir de ayuda. Esta destreza se demostraba en los **mayos** que se colocan con motivo de la primera misa de un sacerdote del pueblo.

Enredar. Jugar entre niños cuando conlleva algún peligro o molestia para los mayores. Si el juego derivaba en algo no deseado, eran frecuentes lamentos como este: *¡Es que estos chavales no hacen más que enredar y luego pasa lo que pasa!*

Enseñado (estar). Estar acostumbrado, tener hábito en una práctica. Se aplica tanto a las personas como a los animales: *Mi hijo no está enseñado a segar, Esta novilla ya está enseñada a trillar.*

Entá. Todavía, aún. Procede de «en todavía». Cuando finalizaba algo antes de lo previsto, se oía esta sentencia: *Se acabó el pan de boda y los novios «entá» por casar.* También se oía **entavía**.

Entelar. Verbo intransitivo usado para referirse al proceso de inflamación del vientre de la vacas, especialmente visible en el costado izquierdo, que se producía tras ingerir gran cantidad de hierba tierna (sobre todo alfalfa o trébol) o hacerlo con mucha ansia. Podían llegar a asfixiarse y morir. Cuando se producía este hecho, se colocaban palancas de madera cruzadas debajo de la barriga para evitar que se echaran al suelo, lo que agravaba aún más la situación. Se procuraba que mantuvieran la boca abierta atravesándoles un palo que se sujetaba de un lado y otro, y también se les hacía masticar hierbas especiales (como el **pericón**) o ingerir mezclas de aceite y leche, todo ello con el propósito de favorecer la expulsión de aire a través de eructos. Si la inflamación no disminuía y seguía aumentando, no quedaba más remedio que clavar en el vacío del costado izquierdo el **fleme**, cuya vaina quedaba incrustada en el vientre y por ella salían el aire y residuos de comida. Si moría la vaca, su carne era aprovechada para el consumo, ya que no se trataba de ninguna enfermedad peligrosa. Todos los vecinos se solidarizaban comprando en la medida de sus posibilidades, con el fin de aminorar el trastorno económico ocasionado a su dueño. El *DRAE* (3ª acepción) registra este verbo como un modismo de León, pero aplicado a cualquier animal.

Entornar. Volcar el carro de costado, especialmente cuando va cargado (de hierba, mies, etc.), al pasar por un lugar en que una rueda se hundía más que otra.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Si se preveía el peligro, una persona se agarraba de las **latillas** del lado contrario y presionaba hacia abajo para evitar el vuelco.

Entrampar. Colocar un obstáculo que impide el paso, estorbar, interrumpir. *Entrampa unos maderos para que no se salgan las vacas.* Es frecuente el uso pronominal (**entramparse**): *Se entrampa en medio y no deja pasar.*

Entrecallar(se). Forma epentética de *encallar(se)*: «Dicho de un alimento: Endurecerse por quedar interrumpida su cocción» (*DRAE*).

Enveredar. Verbo utilizado como amenaza de castigo hacia alguien que había hecho algo incorrecto. Era frecuente oír a personas mayores dirigir a los chicos que habían participado en alguna travesura o se preveía que podían repetir la acción advertencias similares a esta: *Como os enverede no lleváis frío.* Habría, pues, que entender que la acción de *enveredar* suponía corregir y encaminar al infractor por la *vereda* justa.

Es que. Expresión habitual en el inicio de la justificación de una acción mal ejecutada u omisión de algo que se debía haber hecho. *Es que yo creía que... Es que se me olvidó...* Por eso los padres, cuando hacían un encargo a los niños, advertían: *Hazlo como te he dicho, que luego no hay «esques» que valgan.*

Esbalagar. Coger con la horca la mies del **balagar** y repartirla por el círculo de la trilla, a medida que el proceso de trillar iba avanzando.

Esberrizar. Se dice del ganado vacuno cuando emite un sonido característico, con la cabeza baja y mostrando inquietud o malestar. Es más frecuente en los toros, sobre todo cuando se encaran con otros para pelear o antes de atacar lo que ven como un peligro, al tiempo que escarban en el suelo con una pata delantera (es frecuente verlo en las plazas de toros). A veces lo hacen también las hembras y particularmente si, después de una pelea, eran corneadas fuertemente por la ganadora. Es distinto de *bramar*, que lo hacen elevando el hocico hacia arriba.

Esbocarse. Romperse parte del borde de un objeto de cristal, loza o barro (un vaso, un plato, una vasija...).

Esburciarse. Desprenderse, desmoronarse, venirse abajo... parte de un terreno en declive o un trozo de algo que está apilado.

Escagarruciarse. Variante, con el mismo significado, que *escagarruzarse*: «Hacer de vientre involuntariamente» (*DRAE*).

Escaleras (en el pelo). Forma de referirse a las imperfecciones en el corte de pelo de los varones. Muchas veces realizaban esta función personas poco expertas

Aurelio Valladares del Reguero

y los resultados negativos saltaban a la vista: *¿Quién te ha cortado el pelo? ¡Vaya escaleras que te ha dejado!*

Escamarse. Quemarse con agua muy caliente.

Escaño. Nos vale la 1ª acepción del *DRAE*: «Banco con respaldo en el que pueden sentarse tres o más personas». Era un mueble habitual en las cocinas, lugar de la casa en el que se reunía la familia para comer, hablar, etc. Con el fin de hacerlo más cómodo, solía tener una colchoneta en la parte del asiento.

Escavar. Arreglar los surcos de sembrados (patatas, fréjoles, remolacha, etc.) con el escabuche, quitando las malas hierbas y apilando la tierra alrededor de las plantas, para así facilitar el riego. Varía un poco del significado registrado por el *DRAE*: «Cavar ligeramente la tierra para ahuecarla y quitar la maleza». Era una de las tareas menos agradables, debido a la postura que había que adoptar.

Escavonar. Desmenuzar los terrones grandes (*cavones*: *DRAE*) antes de sembrar. Se hacía con mazas, escabuches o pasando la **rastra**.

Escobón. Escoba grande utilizada para barrer las cuadras, corrales, etc. Solía hacerse con **baleas** y otras plantas silvestres similares.

Escocar. Dejar a alguien sin dinero después de ganarle en juegos o apuestas, pero siempre referido a pequeñas cantidades.

Escoger. Verbo usado habitualmente para referirse a las tareas de limpiar las legumbres (fréjoles, garbanzos...) de piedrecitas u objetos extraños. Solía hacerse en la cocina, durante las largas noches de otoño-invierno.

Escogolladero. Restos de la acción de **escogollar**. *Han estado comiendo pipas aquí y mira el escogolladero que han dejado.*

Escogollar. Entresacar un producto de la vaina o cáscara que lo protege (por ejemplo, los granos de las legumbres, las nueces, las castañas, las pipas de girasol, etc.). Deriva de *cogollo*, entendido como la parte interior de algunos productos comestibles que cuentan con envoltura protectora.

Escombullir. Desenredar, esparcir lo que está muy junto y apretado. Se hacía con las gavillas de mies en la era para facilitar la trilla y con la hierba segada para que se secara más rápidamente. Y también se **vareaba** la lana de los colchones para que quedara *escombullida*.

Escornarse. Perder un cuerno el ganado vacuno como consecuencia de un accidente.

Escreño. Recipiente redondo, hecho con paja entrelazada y utilizado para

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

repartir el pienso de los animales.

Escuajaringar. Lo mismo que *descuajaringar*: «Desvencijar, desunir, desconcertar algo» (*DRAE*). Son varios los verbos (algunos recogidos a continuación) en los que se cambia el prefijo «des» por «es».

Escurecer. Deformación vulgar de *oscurecer*.

Escurreduras. Variante vulgar de *escurridura(s)*: «Última gota o resto de un líquido que ha quedado en el vaso, pellejo, etc.» (*DRAE*). Deriva de *escurrir*. Los monaguillos apeteían las **escurreduras** de las vinajeras después de la celebración de la misa.

Esgalla (a). Locución adverbial utilizada para significar la abundancia o exceso de una cosa. *Este año el nogal tiene nueces a esgalla* (muchas nueces).

Esganchar. Lo mismo que *desganchar*. Desprender las ramas de los árboles haciendo presión hacia abajo. En los frutales a veces se producía por exceso de peso, cuando estaban muy cargados de fruta. Ver **escuajaringar**.

Esgañar. Presionar a una persona o animal en el cuello cortándole la respiración. Posiblemente derive de *gañote* (parte superior de la tráquea), ya que es la zona donde se ejerce la presión.

Esgarrarse. Deformación de *desgarrarse*. Se dice de la madera que se resquebraja, generalmente por ser de mala calidad.

Esgotar. Sacar toda el agua de un pozo, pilón, poza, etc. Los pilones del pueblo se **esgotaban** de vez en cuando para proceder a su limpieza, tiempo durante el cual los animales no podían beber. Varía un poco del significado que el *DRAE* asigna a *desgotar*: «Agotar el agua en que está empapado algo, exprimiéndolo». Ver **escuajaringar**.

Esgrullarse. Agacharse, colocando el cuerpo «en cuclillas». Era la postura habitual para hacer las necesidades antes de que se instalaran los cuartos de baño con su correspondiente inodoro.

Esjuagar. Variante vulgar de *enjuagar*.

Esmiajar. Variante vulgar de *desmigajar*. Es frecuente su uso en forma pronominal: *Este queso está duro y al cortarlo se esmiaja*.

Esmoquitar. Igual a **desmoquitar**. Ver **escuajaringar**.

Espada / Espadona. Formas coloquiales para referirse al as de espadas en la bajara española. Ver **Basto / Bastón**.

Aurelio Valladares del Reguero

Espandillarse. Acción de dislocarse el hueso de la paletilla de los animales (vacas, caballos, ovejas, etc.), como consecuencia de caídas por una pendiente u otro tipo de accidente.

Espanzurrar(se). Variante de *despanzurrar* (DRAE). Romper(se) la panza. Se aplica habitualmente a los animales de panza prominente: sapos, ranas, etc. Ver **escuajaringar**.

Esparavanes. Aspavientos, gestos exagerados y afectados a la hora de mostrar admiración o sentimiento por algo. También se oye *asparavanes*.

Esparramar. Lo mismo que *desparramar*. Tiene su lógica, ya que, según el DRAE, *desparramar* es un cruce entre *esparcir* y *derramar*. Ver **escuajaringar**.

Espearse. Lo mismo que **aspearse**.

Espedrar. Lo mismo que *despedrar* (DRAE). Quitar las piedras de las tierras de labor. Ver **escuajaringar**.

Espelechar. Crecer, medrar, recuperarse de una enfermedad. Se decía de las personas, pero también se podía aplicar a los animales domésticos.

Espeluciar. Igual a **despeluciar**.

Espera (ir de). Cuando tocaba la **vecería**, había que ir de madrugada al Valle Ranero (unas veces en la boca de Valdenavar y otras en la de Valdelaloca) para «esperar» y detener las vacas que bajaban de la majada. Una vez que llegaba el vaquero detrás de las más rezagadas y estaba reunida toda la vacada, se emprendía camino hacia el pueblo y, posteriormente, hasta el soto.

Espigar. Se aplica a algunas plantas (lechugas, remolachas...) cuando echan un tallo con una mazorca a modo de espiga en la punta.

Espurrir. El DRAE registra este verbo como modismo de Asturias, Burgos, Cantabria, León, Palencia y Zamora, con dos acepciones: 1) «Estirar, extender, dicho especialmente de las piernas y los brazos». 2) «Desperezarse». Aparte de lo anterior, para nosotros tiene también el significado de «crecer» referido a las personas: *¡Hay que ver lo que ha espurrido este chico!*, si bien el DRAE localiza esta tercera acepción solamente en Asturias

Esquites. Utilizado (sobre todo por los niños y jóvenes) para expresar el empate o equilibrio entre las acciones de dos personas. Si un chico hacía un favor o una fechoría a otro y este le respondía de forma similar, zanjaban posibles diferencias afirmando: *Ahora estamos esquites*.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Estacón. Palo grande de madera afilado en la punta que se clavaba (golpeándolo con un mazo grande de madera) en el suelo y servía de soporte para los hilos de alambre (por lo general eran tres) que cerraban las huertas. Si los estacones eran de **palera** tierna, muchas veces brotaban y se convertían en nuevos árboles, lo que, unido a otras plantas que iban saliendo, estos cierres derivaban en **sebes**.

Estadal. Compás formado por dos listones largos de madera que servía para medir la superficie de las tierras, girándolo desde el vértice sucesivamente sobre un lado y otro.

Estazar. Deformación de *destazar*: «Hacer piezas una res muerta» (*DRAE*). Despiezar el **gocho**, separando los jamones, los tocinos, la parte carnosa (para hacer chorizos), la manteca, las orejas, las patas, etc. Tenía lugar uno o dos días después de haberlo matado y mantenerlo durante ese tiempo en un lugar fresco.

Estercar. Acción de defecar por parte de los animales. Vendría a significar *producir estiércol*. Verbo usado, por ser considerada forma más fina, en sustitución de *cagar*. Alguna vez oí el proverbio *Esterca más un buey que cien golondrinas*, para expresar que es preferible la acción de una sola persona experta en la materia que la de varias personas de escasas dotes.

Estil. Variante vulgar de **astil**. Mango de la guadaña, generalmente de madera, aunque los había también de metal hueco. Tenía dos manillas: una en el extremo alejado de la guadaña para la mano izquierda y otra en el centro para la mano derecha (se segaba de derecha a izquierda). La hoja de la guadaña llevaba un saliente en la parte más ancha por el que se sujetaba a un extremo del estil por medio de la **virola**.

Estrinque. El *DRAE* registra varias acepciones de este vocablo. En Carbajal se aplica a la cadena gruesa de hierro que se utilizaba para arrastrar objetos de peso (chopos o robles recién cortados), ayudar con otra pareja de vacas a sacar un carro cargado de un atolladero, etc.

Estrozar. Vulgarismo de *destrozar*. Voz usada frecuentemente entre personas mayores. Ver **escuajaringar**.

Aurelio Valladares del Reguero

Falsear. En la lucha leonesa contrarrestar la **maña** que ha practicado un luchador, de tal forma que el atacado consigue la caída del que tomó la iniciativa. *Lo ha tirado falseándole la mediana*, se decía.

Farocho, a. Imperfecto/a, tosco/a. Se aplica este adjetivo a la tarea mal ejecutada o a cualquier cosa que se ha hecho de forma defectuosa.

Fato, a. El *DRAE* recoge este adjetivo como propio de Asturias, Huesca y La Rioja, con significado igual al de *fatuo/a*: «Lleno de presunción o vanidad infundada y ridícula». Es válido para nuestro caso.

Fea (carta). En los juegos habituales de cartas (**brisca, tute...**) recibe este nombre la carta que no tiene puntuación y no es triunfo.

Feje. Haz de hierba, paja, leña..., atado con un cordel o con **vilortas**. El *DRAE* lo define como «Haz o fajo, especialmente de leña» y localiza su uso en Canarias y León.

Fenefa. Deformación de *cenefa*.

Feúra. Equivalente a *fealdad*. El *DRAE* lo registra como coloquialismo de uso en Colombia, Cuba, Ecuador y Venezuela. Entiendo que es un vocablo surgido por oposición a *guapura*, término al que el *DRAE* no asigna ningún localismo.

Fiestina. Segundo día de la fiesta patronal, que también se conocía con el diminutivo del nombre del santo (San Miguelín, San Juanín, Santiaguín, etc.).

Fisoria. Derivación vulgar de *cisoria*. Se dice de la navaja de hoja grande, que era de gran utilidad en la vida del campo. Los pastores, vaqueros y muchos agricultores solían tenerla siempre a mano.

Fleme. Instrumento de metal, a modo de puñal, provisto de una vaina o tubo circundante con borde saliente en la parte superior, utilizado para pinchar a las vacas que **entelan**, en los casos en que la inflamación del vientre no disminuye por otros procedimientos. Una vez clavado (en el vacío izquierdo), se saca el fleme y queda introducida la vaina, por la que sale el aire y residuos de comida. En otros pueblos de León recibe el nombre de *trócalo*.

Fonsear. Afanarse en una tarea dificultosa. *Después de estar fonseando un buen rato consiguió arreglarlo*.

Forrascar. Extender las brasas por la superficie del horno antes de proceder a amasar el pan. Pero también pasó a significar la acción de limpiar las brasas, después de amasar, con un haz de urces o plantas similares atado a la punta de un palo largo. Esta circunstancia, unida a la influencia del verbo *rascar*, hizo que

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

sirviera, igualmente, para referirse a la acción de frotar algo con objetos ásperos o hacerlo de forma insistente con los dedos de la mano.

Forroñoso. Objeto de hierro oxidado por la humedad o simplemente por el paso del tiempo. Quizá el adjetivo original fuera *ferroñoso*, en el que se funden dos vocablos: *ferro* (hierro) y *roñoso* (con roña, suciedad...).

Fréjol. Generalmente usado en plural (**fréjoles**). Variedad de las legumbres, conocidas más comúnmente como judías o alubias pintas. Vale tanto para referirse al grano como a la planta. El terreno de Carbajal era muy propicio para este cultivo. Recuerdo haber visto muchas veces un sembrado de fréjoles y otro de judías blancas (llamadas habas) al lado, con producción más generosa en el caso de los primeros. Se recogían las plantas a final de verano y se acarreaban a la era, donde se apaleaban con las horcas de madera para soltar el grano de las vainas. Las vainas vacías se cocían y servían de alimento a los cerdos. Si las lluvias llegaban pronto (circunstancia que se daba con bastante frecuencia), las plantas se llevaban directamente a casa y se guardaban en un lugar bajo techado. Luego, durante el invierno, tenía lugar la tarea de «escoger vainas»: separarlas de la planta y recoger en un recipiente los granos y en un cesto las vainas vacías. Una estampa típica invernal era «escoger vainas» en la cocina, al calor de la lumbre, mientras se escuchaba la radio, se conversaba o se rezaba el rosario en familia.

Frejolar. Tierra sembrada de fréjoles.

Friusco. Se dice del tiempo frío, aunque sin llegar a la intensidad del que se produce con las fuertes heladas o con nevadas. *Hoy está el día friusco.*

Fuera parte (por). Locución adverbial usada para referirse a un lugar o situación distinta de la habitual. *El niño es muy educado en casa, pero por fuera parte se comporta mal.*

Fumaque. Broma típica de los tres días de **Antruido**, aunque a veces se extendía a otros días del año, buscando como víctima a una persona de las más indefensas. Consistía en introducir en un puchero viejo u otro recipiente similar brasas sacadas del fuego y encima excrementos de animal, colocándolo en un lugar de la casa, sin que los dueños se enteraran, hasta que el humo pestilente que salía facilitaba descubrir donde se encontraba. Por supuesto, los bromistas se quedaban escondidos por los alrededores para observar la reacción de los afectados.

Aurelio Valladares del Reguero

<G>

Gacha. Se aplica a la vaca cuyos cuernos apuntan hacia abajo.

Gachapo. Recipiente estrecho y alargado, generalmente de latón, en el que se introducía la piedra de afilar la guadaña, durante la siega, siempre con un poco de agua, para mantener húmeda en todo momento la piedra. Tenía una especie de lengüeta en la parte superior para sujetarlo en el cinturón o **petrina** del segador. A veces se hacía con un cuerno de vaca al que se colocaba una trabilla de alambre para colgarlo del cinturón.

Gafa. Calificativo que se aplica a la tierra que ha quedado áspera y dura como consecuencia de la nieve o heladas de los meses de invierno. En sentido figurado se da el calificativo de **gafo/a** al hombre o mujer de carácter agrio, brusco o descortés.

Gafura. Se dice del tiempo de frío intenso y viento fuerte.

Galgas (en). Locución adverbial utilizada para indicar que la hierba (en el carro o en el pajar), así como la verdura que se apañaba o la hoja que se pelaba en el monte (en los cestos o sacos) está sin apretar, sin **encalcar**. A los chicos que regresaban con el cesto o saco «en galgas» se les reprochaba lo que se entendía como un intento de engaño.

Gallarota (o gallaroto). Especie de bola que sale en las ramas de roble y lleva unos pequeños picos formando círculo en la parte superior. Cuando aparecen en primavera, coincidiendo con el cambio de la hoja, tienen unos colores muy vivos y son blandas al tacto, por lo que gustaba mucho cogerlas a los niños. Luego toman un color oscuro y se endurecen. Es equivalente a *agalla*, término que registra el *DRAE* y lo define así en su 1ª acepción: «Excrecencia redonda que se forma en el roble, alcornoque y otros árboles y arbustos por la picadura de ciertos insectos e infecciones por micro-organismo». En otros lugares de España recibe el nombre de *gallarón*.

Ganar la cebada. Acción de revolcarse por parte de las caballerías, que se echan de costado en el suelo y se dan la vuelta hacia el otro lado, girando sobre su espinazo y con las patas hacia arriba.

Gancho (de cocina). Vara metálica de unos 40 centímetros de larga con la punta doblada en ángulo recto y el otro extremo, por el que se coge con la mano, formando una circunferencia para ser colgado en uno de los dos bordes de la barra

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

frontal de las «cocinas económicas». Servía para mover los discos concéntricos de la chapa en la que se colocaban los recipientes de cocinar (el del centro llevaba un agujero por el que se introducía la punta del «gancho») y también para remover la lumbre.

Garabás. Juego de niñas en el que varias se agarraban unas a otras por las manos y recorrían la calle con el objetivo de coger al resto de las niñas que estaban sueltas. Las que eran atrapadas se iban uniendo al grupo, con lo cual se cubría cada vez más espacio y se hacía más difícil la escapatoria de las que quedaban sueltas. La última niña que quedaba libre era la ganadora.

Garabito. Palo largo con un gancho curvo de hierro al final, utilizado para alcanzar las ramas de un árbol. Existía otro tipo: palo corto de madera con final en forma de arpón, que servía para **pelar** la hierba seca **encalcada** en el pajar. También da nombre a una **maña** de la lucha leonesa. El *DRAE* lo registra como una variante de *garabato*, vocablo que define así en su 2ª acepción: «Instrumento de hierro con punta en forma de semicírculo, que sirve para tener colgado algo, o para asirlo o agarrarlo».

Gargüelo. Variante de *garguero* (o *gargüero*): «Parte superior de la tráquea» (*DRAE*). *Se me ha entrampado algo en el gargüelo y me hace toser.*

Garrafa. Modalidad de red utilizada para pescar peces en el río. Se lanzaba a la superficie del agua de manera que cubriera el mayor espacio posible y poco a poco iban descendiendo los extremos por el peso de los plomos colocados en los bordes. Se formaba así una especie de bolsa en la que quedaban atrapados los peces.

Garrafear. Lanzar la **garrafa** al agua.

Gata. Gusano que se forma en el interior de la fruta (manzanas, peras, cerezas...). Se genera durante la etapa de floración, por lo que es conveniente sulfatar los árboles para evitar este problema.

Gatero. Abertura en las **sebes** de huertos y huertas por la que se escapaban o introducían los animales (vacas, ovejas...). Eran los sitios que había que vigilar cuando se cuidaba el ganado, tanto particular como la vacada del pueblo (cuando se iba de **vecería**). También era el lugar ideal para colocar cepos de alambre destinados a la caza de los zorros.

Gavillera (horca gavillera). Utilizada para cargar las gavillas en el carro. Consta de un mango de madera que lleva en un extremo un palo gordo transversal

Aurelio Valladares del Reguero

en el que van incrustados cuatro palos delgados, dos en sentido horizontal y otros dos en vertical, formando un ángulo recto o de unos ochenta grados. De esta forma no se deshacían las gavillas al lanzarlas al carro, donde las recogía el que estaba arriba ayudándose de una hoz. Para evitar que los gavilleros no se encontraran desbaratados como consecuencia del viento a la hora del acarreo, se colocaba la espiga de las gavillas (al tener más peso) orientada hacia el lado del que habitualmente soplan más fuertes los vientos. En los barriales se situaban los gavilleros en la zona más baja del terreno, para que el carro no tuviera que subir mucho, y en este caso con la espiga mirando hacia la parte más alta del terreno.

Gavilucho. Nombre dado al gavilán y a otras aves rapaces similares.

Gavión. Generalmente utilizado en plural (**gaviones**). Muros de piedras sujetadas con alambreras que se colocaban en la orilla del río para impedir que en las crecidas de final de invierno-comienzo de primavera el agua se llevara parte de las tierras. Este nombre denomina algunas construcciones militares que tenían una finalidad similar (*DRAE*). Recuerdo haberlos visto por las zonas de la Reguera y del Concarrón, en el término de Santibáñez.

Gocha. Una de las **mañas** de la lucha leonesa, consistente en trabar con una pierna la misma del contrincante (derecha con derecha, izquierda con izquierda). Era muy arriesgada y fácil de **falsear**, por lo que normalmente solo se ejecutaba cuando el cuerpo del otro luchador se encontraba ligeramente vencido.

Gochín. Cría del **gocho**.

Gocho, a. Este vocablo, recogido en el *DRAE*, es el habitual en Carbajal y los pueblos de la zona para referirse al cerdo. Al igual que otros sinónimos (cerdo, marrano, puerco, cochino, etc.) se utiliza también para calificar a la persona poco aseada.

Golisma. Ver **olisma**.

Gordas. Calificativo que se usa sin el sustantivo correspondiente, porque se sobrentiende. Por lo general se refiere a «mentiras»: *¡Qué gordas las mete!* Pero también se aplica a acciones vituperables o prohibidas: *Los vi ir con el tresmallo al río, ¡las hacen bien gordas!*

Grada. Instrumento metálico de forma rectangular con varias láminas en curva cuyas puntas se introducían en la tierra a modo de pequeños arados. Después de arar una tierra, se «pasaba la grada» para desmenuzarla y allanarla antes de proceder a la siembra. La movía una pareja de vacas.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Gradear. Pasar la **grada** por la tierra.

Grancias. Deformación de *granzas* (*DRAE*). Residuos de paja gorda, **pajones**, puntas de espiga con el grano sin descascarillar, etc. que salen después de aventar o cribar los cereales. En las «máquinas de limpiar» que se usaban en mis tiempos, superaban los cribos por los que colaba el grano y a continuación caían por una abertura debido a que pesaban más que la paja y no salían como esta despedidas hacia fuera debido a la acción del aire generado por las aspas movidas por la manivela. A veces se aprovechaban cociéndolas un poco (*encallándolas*) para comida de los cerdos o se echaban a las gallinas para que picotearan y sacaran los pequeños granos que contenían.

Grijo. Piedras de tamaño muy pequeño utilizadas para hacer el hormigón mezclándolas con arena y cemento. Se cogía en algunas zonas del soto por donde había pasado el río y en algunos valles del monte. El *DRAE* registra *grija* como término «desusado» y significado equivalente a *guijarro*.

Guchipero. Habitáculo de dimensiones pequeñas y condiciones míseras. Posiblemente derive de *gochipero*, que significaría el lugar solamente apropiado para los **gochos**.

Güeverear. Deformación de **hueverear**.

Güevero. Deformación de **huevero**.

Guía. Parte más alta de un árbol. *Solo quedan algunas cerezas en la guía, pero es muy difícil cogerlas.*

Guiar (el agua). Conducir el agua de riego por el lugar deseado, abriendo y cerrando surcos, poniendo y quitando **torquenes**, etc.

Guincho. Equivalente a *gancho*: «Pedazo que queda en el árbol cuando se rompe una rama» (*DRAE*, 2ª acepción). El *DRAE* registra el vocablo *guincho* con un significado distinto, pero precisando que es cruce de *gancho* y *pincho*.

Guindal. Nombre habitual que se da al árbol del que se obtienen las guindas. Apenas se utiliza el más común de *guindo*. Ver **cerezal**.

Gurgurutos. Palabra onomatopéyica para designar los sonidos que acompañan a las pompas que se forman en el agua (cuando llueve, cuando se hunde un objeto grande, etc.). Si se introduce una paja en un recipiente con líquido y, en vez de chupar, se sopla, también se forman *gurgurutos*.

Aurelio Valladares del Reguero

<H>

Habas. Nombre habitual que reciben las judías (o alubias) blancas.

Hacerla a oros. Frase utilizada para calificar una acción de la que se pretende obtener un beneficio, pero cuyo resultado es el contrario. La alusión a los «oros» (con clara connotación positiva) se convierte, pues, en irónica: lo conseguido es lo opuesto a lo que se quería. *Te has metido por ahí con el carro para aventajar y has quedado atollado, la has hecho a oros.*

Hacerla mocha. Frase usada para referirse a una acción de consecuencias negativas. *Segaste ayer la huerta y hoy ha llovido, la has hecho mocha.*

Hacienda. Manada de vacas de todos los vecinos que pastaban en lugares comunes (el soto del río y el monte). Al ir antepuesto el artículo, en vez de «la hacienda» se oye «la cienda»: *Ya viene la cienda por la cañada.* Alternaba este nombre con el más común de «vacada».

Harrén. Deformación de *herrén*. Cereal (particularmente centeno) que se segaba verde como alimento para los animales. Solía sembrarse en las tierras **centeneras** lindantes con el casco urbano. Y así debía de suceder en los demás pueblos, según se desprende de esta canción popular que se oía por la zona: *Madre, cuando voy a leña, / se me olvidan los ramales, / no se me olvida una niña / que habita en los harrenales.*

Harrenal. Tierra en la que se siembra el **harrén**.

Hecho (a). Locución adverbial de significado equivalente a «en línea recta», «sin desviación». *Empieza por ahí y sigue todo a hecho.*

Hemina. Medida utilizada para el grano (cereales, legumbres...). Equivalía a cuatro **celemines** y a una doceava parte de la **carga**. Como en el caso de la **carga** y el **celemín**, servía también como medida de superficie. Existía el recipiente correspondiente a esta medida, consistente en una caja rectangular de madera que se estrechaba en un extremo formando un ángulo, para facilitar el echar el grano en los sacos o quilmas. En el otro extremo tenía un asa para su manejo. Cada quilma o saco tenía cabida para unas seis heminas y creo recordar que rondaba los ochenta kilos de peso, si se trataba de trigo, y menos si era cebada o avena.

Hijada. Aféresis de **ahijada** cuando se anteponen los determinantes *la* y *una*, circunstancia que se produce en la mayoría de los casos en que se usa este vocablo. Lo habitual es decir *la hijada, una hijada*, pero, en cambio, *dos ahijadas*,

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

tres ahijadas...

Hijuela. Documento privado en el que se hace constar el reparto de los bienes de un difunto entre los hijos o herederos.

Hila. Tertulia mantenida por las mujeres mientras realizaban las tareas de hilar, particularmente durante las largas noches de invierno. En mi niñez se hilaba ya muy poco y el tiempo era aprovechado para otros menesteres: escoger vainas de fréjoles o habas, limpiar las legumbres (judías, garbanzos, etc.) de piedras u otros elementos ajenos... Por supuesto, lo que no faltaba era la conversación, en la que muchas veces salían a relucir los «chismes» del pueblo.

Hocejo. Instrumento de hierro utilizado para repodar árboles o cortar leña. Se distingue del hacha en que la hoja metálica del corte es más estrecha y alargada, con una curvatura al final, y el mango de madera es más corto. Deriva de *hoz*, otro instrumento con el que presenta alguna similitud.

Hogar. Espacio en el que se quema la leña en las cocinas de **horneja**.

Hoja. Alternancia en el cultivo de los cereales. Un año se hacía en las tierras de arriba, en dirección a Santibáñez (*hoja de arriba*), y al año siguiente en las tierras de abajo, en dirección a Villacidayo (*hoja de abajo*). Aunque no se seguía con rigor extremo, era válido para aquellas fincas pequeñas que no tenían acceso directo a los caminos. De esta forma, como se segaba la mies por las mismas fechas, no se estropeaban los cultivos a la hora de entrar con los carros para el acarreo. Con la Concentración Parcelaria cambió el panorama, ya que todas las fincas tienen acceso a los caminos. Además, al agruparse las parcelas, algunos propietarios solo tienen fincas en una **hoja**, con lo que no pueden seguir la alternancia; aparte de que el cultivo de cereal ha ido disminuyendo en los últimos años de forma muy considerable.

Horcada. Cantidad de hierba que se mueve en cada acción con la horca o el **horquín**. *Ya solamente quedan unas ocho o diez horcadas*, avisaba el que descargaba el carro de hierba a los que estaban dentro del pajar.

Horneja. En las cocinas antiguas (anteriores a las llamadas «cocinas económicas»), la cavidad donde se encuentra la lumbre y donde se cocina. Deriva de *horno*. En mis tiempos de niño apenas quedaba en el pueblo este tipo de cocinas.

Hornera. Construcción, aneja a la vivienda, donde se encontraba el horno para amasar el pan. Constaba de un habitáculo cuadrado, en uno de cuyos lados estaba

Aurelio Valladares del Reguero

situado el horno. Poco a poco se fue perdiendo la costumbre de hacer pan en casa, por lo que estas construcciones se readaptaron para otros menesteres: curar la matanza al humo, guardar aperos de labranza, etc. Solían tener una cocina, destinada a preparar comidas para los cerdos o a tareas relacionadas con la matanza, motivo por el cual esta construcción recibía también el nombre de **cocina de horno**.

Horquín. Horca de hierro de dos o tres dientes, utilizada para mover o cargar la hierba. Los empleados para cargar la hierba en el carro llevaban un mango largo de madera, necesario para esta tarea. En este caso se llamaba también «horca de cargar».

Hortelana. Se da este nombre a la planta aromática comúnmente conocida como *hierbabuena*. Era frecuente tener una mata de esta planta en huertos o jardines. Servía de condimento, sobre todo en el cocido.

Hospitalera. Vocablo utilizado en diversas expresiones exclamativas. *¡Eres la hospitalera!* (reproche), *¡Me cago en la hospitalera!* (enfado, contrariedad). Posiblemente surgiera como voz eufemística en sustitución de *hostia*, considerada malsonante y que en los tiempos de mi niñez estaba conceptuada como blasfemia y, por consiguiente, pecado del que había que confesarse.

Huerta del tío Pedro (ser de la). Terco, testarudo, cotumaz..., que persiste en mantener un error o una postura equivocada.

Hueverear. Fisgar, curiosear, indagar en asuntos ajenos.

Huevero, a. Adjetivo aplicado a la persona que **hueverea**.

Hura. Vale para nuestro caso la 2ª acepción del *DRAE*: «Agujero pequeño o madriguera». Se aplicaba a la guarida de animales de tamaño pequeño: ratones, cangrejos, etc. Cuando se cortaba el agua en presas de riego y acequias, se esperaba a que los cangrejos salieran de sus *huras* en los laterales, lo que facilitaba su captura.

<J>

Jabarda. Fatiga derivada de un esfuerzo grande. *Estoy que casi no puedo moverme después de la jabarda que me he dado segando todo el día.* También se usa con el significado de paliza: *Le dieron una buena jabarda por lo que hizo.*

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Jaburdear. Revolver, remover algo con minuciosidad. *¿Qué andas ahí jaburdeando en la cesta?*

Jamosta. Modalidad de lazada para atar con cuerdas o cordeles. Se hace un nudo cerca del extremo de la cuerda y dentro de él se desliza la parte restante hasta la punta, que tiene un nudo fijo como tope. Tirando del otro extremo se puede apretar hasta el punto deseado y, por otra parte, se deshace con facilidad. Era el procedimiento habitual para atar paquetes (con cuerdas) o fejes (con cordeles). En tales casos se hablaba de «atar a jamosta».

Jaramasco. Matorral formado por plantas de roble de poca altura u otras similares. Por lo común es lo que hay que cortar y quemar para despejar un espacio (un camino, un sendero...) o para favorecer el crecimiento de las ramas más grandes.

Jarapundia. Grupo de gente (especialmente joven) extrovertida y ruidosa. *¡Esta jarapundia no hace más que dar la lata!* Equivale a **jarca**.

Jarca. Lo mismo que **jarapundia**. *¡Vaya jarca que viene por ahí!*

Jato, a. Nombre habitual que recibe el animal vacuno desde que es destetado hasta los dos o tres años. Corresponde a la fase intermedia entre la del *ternero/a* y la del *novillo/a*, aunque con frecuencia tales delimitaciones resultan imprecisas.

Jergón (llenar el). Forma jocosa de referirse al hecho de comer mucho, especialmente cuando se va de invitado a un banquete. *¿Qué tal la boda? ¡Llenarías bien el jergón!* En los banquetes de boda que hacían en el pueblo solía primar más la cantidad que la calidad. Se trataba de que los invitados comieran hasta saciarse, es decir, *llenaran el jergón*.

Jeringar. Corresponde a la 3ª acepción que registra el *DRAE*: «Molestar o enfadar» (coloquialismo). Es frecuente su uso en frases exclamativas: *¡No te jeringa!*, *¡Hay que jeringarse!*, *¡Qué jeringa(d)o!*...

Jeta. Término coloquial para referirse a la vulva de la mujer. Equivalente a **jisca**.

Jícaras. Discos de material vidrioso que sirven para aislar los cables de alta tensión de los **palenques** que los sostienen. Una de las maldades de los chicos de mi época era lanzar piedras a las jícaras, de las que se desprendían fragmentos, con el consiguiente regocijo de quienes demostraban mejor puntería. Las que se encontraban en el par de **palenques** situado junto al vallejo de Valmaquila (de la línea eléctrica que pasa junto al pueblo) fueron repetidas veces objetivo de estas

Aurelio Valladares del Reguero

peligrosas travesuras, aunque, por fortuna, nunca llegó a producirse ninguna desgracia. El desnivel del terreno facilitaba los lanzamientos desde la parte de arriba, al ser más corta la distancia.

Jijas. Carne de cerdo picada para hacer los chorizos. Cuando se preparaba la masa en la artesa, con los correspondientes aliños, se guardaba una pequeña parte en un recipiente y durante varios días se freía en la sartén mezclada con miga de pan. Eran las «migas de jijas», frente a las «migas» normales, que se hacían con los **carrajitos** de la manteca de cerdo y miga de pan. Por supuesto, las primeras eran mucho más sabrosas. También se utiliza como calificativo de la persona débil y flaca.

Jinque. Derivado de *hincar*. Juego de chicos consistente en ir hincando (clavando) por turno un palo con punta afilada en una pradera, tratando al mismo tiempo de derribar alguno de los clavados con anterioridad. Si lo conseguía, lanzaba el palo derribado, golpeándolo con el suyo, lo más lejos posible. Mientras el perdedor iba a recogerlo, podía seguir derribando otros, pero con el cuidado de que estuviera clavado en el momento en que regresaba el perdedor y este lo hacía de nuevo. De no ser así, se convertía él en perdedor.

Jisca. Equivalente a **jeta**.

Jisco. Ventosidad hecha sin apenas ruido, pero sí percibida por el olfato de los demás.

Jiscolear. Fisgar, husmear... en asuntos ajenos o cosas desconocidas que no son importantes. A quien sufre un percance por tal motivo se le reprochará: *Eso te pasa por estar jiscoleando donde no debes.*

Jiscoleto. Trozo pequeño de una cosa.

Jiscos de lobo. Pequeños hongos que salen en terrenos áridos del monte o del soto y que se deshacen con facilidad al tocarlos. También llamados **pedos de lobo**.

Jisquero, a. Entrometido/a, chismoso/a.

Jitos (estar en). Estar en cueros, totalmente desnudo. Equivale a «estar en **coritos**».

Jo. Interjección usada para detener el ganado vacuno. En el *DRAE* se observa cierta disparidad de criterio en las voces empleadas para detener los animales domésticos utilizados en tareas agrícolas o transportes. En la entrada *jo* apunta como 1ª acepción el uso «para detener las caballerías», si bien en la 3ª acepción, habla del uso, que localiza en León, «para detener los bueyes o las vacas». Y en

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

la entrada *so* figura: «interj. U. para hacer que se paren o detengan las caballerías». En la zona de Carbajal está muy clara la distinción: *jo* se emplea para las vacas y bueyes y *so* para las caballerías (caballos, machos, burros...).

Jotar. Ayudar a mamar a los corderos que tenían dificultades para hacerlo, bien porque eran muy pequeños o bien porque la oveja los rechazaba. Esta situación se producía con frecuencia cuando una oveja perdía su cría y su leche se aprovechaba para complementar el alimento de otro cordero que no era suyo, al que en un principio no solía aceptar de buen grado.

Jote. Acto de obligar a una oveja a dejar mamar un cordero, sea o no suyo.

Jullarse. Caerse al suelo por efecto del exceso de carga que se lleva encima. Se utilizaba con frecuencia en juegos infantiles en los que uno o más niños se montaban sobre la espalda de otro que estaba agachado y que en ocasiones se iba al suelo, más que por la carga, por la fuerza con que se montaban los compañeros. Se convertía entonces en motivo de broma: *¡Te has jullado!*

Junquillo. Trozo de alambre con un extremo afilado que se clavaba en el borde del hocico de los **gochos** y luego se doblaba hasta unirlo al otro extremo, formando una especie de anilla. La finalidad era evitar que **ahozaran** en el cubil y causaran destrozos, ya que con él se hacían daño. Entiendo que deriva de *junco*, puesto que el alambre en un principio se asemeja a esta planta, incluido el extremo afilado, si bien una vez clavado se doblaba.

Jurriarse. Se dice de los animales (especialmente de las vacas) que defecan excrementos líquidos. Solía producirse en los terneros durante la etapa de lactancia o, siendo ya adultos, cuando consumían hierba tierna o algún tipo de pienso.

Jurriatera. Acción o efecto de **jurriarse**. *Esta vaca tiene jurriatera*. Cuando se trillaba con vacas y había que recoger en un recipiente los excrementos, tal circunstancia resultaba poco deseable.

<L>

Lambrón. Voraz, ansioso, insaciable. Solía aplicarse este calificativo a la persona que, teniendo que compartir comida con otros, trataba de llevarse a la boca más de lo que equitativamente le correspondía. No coincide con el *DRAE*,

Aurelio Valladares del Reguero

que registra este adjetivo con el significado de «goloso, aficionado a comer golosinas» y localiza su uso en Tierra de Campos.

Larguero. Pieza de cocina, generalmente de porcelana, con forma rectangular y alargada, en la que se colocaban los alimentos que luego se servían en la mesa.

Latas. Palos largos (generalmente de palera) que se ponían de forma horizontal abrazando arbustos u otros materiales para reforzar las **sebes**. De trecho en trecho se iban agarrando con lazos de **vilortas**.

Latillas. Tablas laterales en posición horizontal que formaban parte de las **armaduras** del carro.

Latre. Juerguista, vividor, jaranero.

Lavadera. Tabla rectangular de madera utilizada para lavar la ropa en pilones, en la presa, etc. Llevaba dos patas de palo en un lado para tomar forma inclinada y en la superficie superior tenía franjas acanaladas horizontales para facilitar el frotamiento de la ropa al dar jabón y en el aclarado posterior. Se complementaba con un cajón de madera donde se colocaba una almohadilla en la que las mujeres se arrodillaban para realizar esta labor.

Lavado del gato. Forma coloquial utilizada para referirse a la acción de lavarse la cara de forma rápida y, consiguientemente, con escasa eficacia. *Lávate bien con jabón y no hagas el lavado del gato*, era una habitual recomendación de las madres a los niños. El *DRAE* presenta como locución verbal coloquial *Lavarse a lo gato*: «Lavarse sin mojarse apenas y especialmente hacerlo pasándose por la cara un paño mojado». Se trata de una expresión bastante generalizada en el mundo hispanohablante.

Lebráncano. Liebre muy grande.

Lecherinas. Plantas comestibles que salían en los prados en primavera. Se llamaban así porque al cortarlas o masticarlas segregaban un líquido blanquecino semejante a la leche.

Leñar. Lugar en el que se amontonaba la leña acarreada del monte para el consumo durante el año.

Lila. Aféresis de **pelila**.

Limos. Semen, secreción de las glándulas genitales del animal macho.

Limpías. Placenta que generan las hembras de animales durante la gestación y que expulsan después del parto. *La vaca ha echado ya las limpias*, se decía.

Linar. Tierra de regadío y de muy buena calidad. Según el *DRAE* es la «tierra

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

sembrada de lino», pero la verdad es que este cultivo apenas se daba en esta zona. Recuerdo que solamente durante unos pocos años (a comienzos de los sesenta) se practicó este cultivo en Carbajal. Había una empresa que facilitaba la semilla y luego se comprometía a recoger el producto, que se llevaba en camiones. Sí hubo en el pueblo cultivo generalizado de lino en épocas del pasado, según atestiguan fuentes antiguas, como es el caso del varias veces mencionado «Catastro del Marqués de la Ensenada» (1752).

Lizaz. Aféresis de *alizace*: «Zanja, y en especial la que se abre para poner en ella los cimientos de un edificio» (*DRAE*). Servía tanto para nombrar la zanja como los cimientos. Las paredes de las edificaciones tradicionales solían construirse con piedra hasta una altura aproximada de medio metro y, a partir de aquí, se colocaban los adobes.

Llana. Zona amplia y llana (por eso el nombre) en la parte alta del monte, en la que no hay vegetación. De tamaño superior a la **campera**. De ella salen uno o varios valles o vallejos. En Carbajal había dos cerca del pueblo: la *Llana de Valmaquila* y la *Llana de Valdealzón*, que en más de una ocasión se utilizaban para jugar al fútbol.

Llapazo. Hierba de hojas grandes que aparece en prados y tierras de labor. Cuando se hacía la siega se quitaba, porque su tallo es duro y no es comestible para las vacas. Solamente era aprovechable cuando estaba tierno como alimento para los conejos.

Llave. Palo de madera que servía para cerrar el **collar** que se colocaba a los terneros para atarlos al pesebre.

Llevar. Se dice del agricultor que explota tierras ajenas en arrendamiento. La persona que no puede cultivar una o varias fincas de su propiedad por cualquier motivo (porque es una viuda sin hijos varones, porque la finca se encuentra en otro pueblo distante, etc.), encarga a otra (el **rentero**) que se la/s lleve, fijando ambas partes la modalidad de pago. En mis tiempos de niño lo habitual era pagar en especie (fundamentalmente en trigo) y se hacía en el momento de la cosecha. Posteriormente se fue generalizando el pago en dinero. En casos muy particulares se utilizaba la modalidad de **llevar a medias**, que suponía repartir por la mitad el producto entre el propietario de la finca y el que la cultivaba.

Llovisnear (o lluvisnear). Llover con poca intensidad. También se decía cuando caía aguanieve, que solía ser el principio de una nevada. Interpreto este

Aurelio Valladares del Reguero

verbo como una deformación de *lloviznar*: «Caer lluvia menuda» (*DRAE*).

Lobada. Matanza de varios animales hecha por una manada de lobos. En sentido figurado, se aplicaba también a la fechoría realizada por un grupo de jóvenes cuando estaban de juerga.

Lobín. Cría del lobo.

Lomada. Caída violenta de una persona. *Se cayó del carro y se dio una lomada tremenda.*

Luche. Enfrentamiento deportivo entre dos practicantes de lucha leonesa. Cuando se trataba de campeonatos organizados se prefería el término **aluche**, considerado más culto. Eran frecuentes los «luches» entre chicos, bien utilizando un cinturón o simplemente con la mano (entrelazando los dedos por detrás de la cintura del contrario). *Te echo un luche*, decía un chico a otro para retarle. Servía también para referirse a las peleas entre vacas. Cuando los chicos íbamos de **vecería**, nos gustaba informar sobre los *luches* producidos.

<M>

Machacar el ajo. Forma de referirse al «crotoreo» de las cigüeñas, ese peculiar ruido que hacen echando el pico hacia atrás y abriéndolo y cerrándolo repetidas veces. Dicho ruido se asemeja al que se produce al machacar el ajo en el mortero. *Ya está la cigüeña machacando el ajo*, se decía. En otros lugares de España se habla de «cocleteo», «castañetear»..., pero siempre con palabras o expresiones de base onomatopéyica.

Macho. Lo mismo que *mulo*: hijo de burro y yegua. Frente a la distinción habitual de otros lugares entre *mulo* y *mula*, según el sexo, aquí se hacía entre *macho* (sexo masculino) y *mula* (sexo femenino). Este animal estéril se dedicaba a faenas de transporte con carros. En Carbajal solo conocí los que tenía Julián Gutiérrez, que, junto a su hijo Paulino, los utilizaba para llevar el carro con el que hacía venta ambulante por otros pueblos del contorno. El uso de estos animales para las tareas agrícolas era habitual en los pueblos de Campos, al Sur y Sureste de la villa llamada precisamente Mansilla de las Mulas.

Madre. Matriz de las hembras. A veces a las vacas se les desprendía en el parto, por lo que se decía: *Ha tenido un mal parto y se le ha salido la madre.*

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Madreña. Zueco de madera que se utiliza en invierno y en días de lluvia para proteger el calzado del barro. También se utilizaba cuando se trabajaba con el estiércol. Deriva, por aféresis, de *almadreña*, vocablo usado en otros lugares. En mis tiempos de niño, cuando las calles no estaban asfaltadas, todas las personas del pueblo, mayores y pequeñas, las utilizaban. Incluso se llevaban para ir a la iglesia, en cuyo pórtico se dejaban mientras duraba la ceremonia.

Madriz. Acequia de riego excavada en el propio terreno. Una tarea habitual era *limpiar madrices*: segar con la hoz las hierbas y zarzas que crecen en los márgenes, retirar con la pala el lodo o cascajo acumulado en el fondo, etc.

Maimones. Animales imaginarios a los que se aludía para gastar una broma a niños o personas ingenuas. Equivale a *gamusinos*, término utilizado en otros lugares de España y que sí está registrado en el *DRAE*.

Majueto. Nombre que se da al árbol silvestre comúnmente denominado *majuelo* y al fruto que produce, unas pequeñas bayas que se comían, aunque la parte carnosa es muy pequeña.

Malecón, es (a veces se oye **malacón, es**). Margen de la **presa** o **canal** de riego (o **madrices** grandes), que separa, a uno y otro lado, el cauce del agua de las fincas colindantes. En él se depositan los materiales que se sacan en las tareas de limpia (lodo, piedras, cascajo, maleza recortada, etc.).

Maniego, a. Se dice del buey o de la vaca que solamente trabaja bien cuando se le engancha en el yugo en un lado determinado: mano izquierda o mano derecha. Había muchos animales vacunos que se adaptaban a cualquiera de las dos posiciones, pero algunos, si se les ponía en aquella a la que no estaban habituados, se mostraban reacios, dedicándose a apostar sobre la vara del carro, el cambio del trillo, etc., por lo que no convenía cambiarlos de mano. El *DRAE* mantiene un criterio completamente distinto, ya que lo hace sinónimo de *ambidextro*, adjetivo que se aplica a la persona «que usa con la misma habilidad la mano izquierda y la derecha o el pie izquierdo y el derecho».

Manta (regar a). Forma de riego utilizada en praderas y rastros, donde el agua avanza sin ninguna guía, por oposición a los sembrados de patatas, fréjoles, remolacha, etc., en los que el agua discurre por los surcos marcados en el terreno.

Manteca. Además de la grasa de animal (especialmente del cerdo), recibe este nombre la capa de nata que se forma en la leche de vaca una vez hervida. Se recogía en un recipiente y tenía varios usos: se comía después de extendida en una

Aurelio Valladares del Reguero

rebanada de pan, era el ingrediente principal para hacer las sabrosas **mantecadas** o servía para elaborar mantequilla. La leche de las vacas del país en mis tiempos era muy rica en nata. Luego, a raíz de la inseminación artificial, se fueron extendiendo otras razas que daban mayor cantidad de leche, pero con menos nata.

Mantecada. Dulce típico de la zona elaborado sobre la base de la **manteca** (de ahí su nombre) sacada de la leche de vaca. La masa se colocaba en moldes cuadrados o redondos rizados. En el primer caso se llamaban «mantecadas» y en el segundo «magdalenas». Vienen a ser parecidas a las comúnmente conocidas como *magdalenas*. Recuerdo de niño que cuando llevaba un recado a casa de un familiar o vecino, solía recibir como premio una mantecada.

Mantecón. Nombre dado al molusco negro comúnmente conocido como *babosa*. Equivalente a **ranabuey** (o **ranagüey**).

Manteo. Falda larga y de color negro que usaban las mujeres de mayor edad. Coincide con la 2ª acepción del *DRAE*: «Ropa de bayeta o paño que llevaban las mujeres, de la cintura abajo, ajustada y solapada por delante». Los aires modernos lo han ido desterrando, hasta su práctica desaparición.

Manzanal. Nombre habitual que se da al árbol del que se obtienen las manzanas. Apenas se utiliza el nombre más común de *manzano*. Ver **cerezal**.

Maña. Nombre genérico para referirse a las formas de ataque en la lucha leonesa. El garabito, la mediana, la gocha, la cadrilada..., son algunas de ellas.

Máquina de limpiar. Máquina para aventar la mies después de trillada. Por lo que yo recuerdo de niño, en la década de los cincuenta la práctica totalidad de los agricultores del pueblo disponían de una, si bien era frecuente el caso de hermanos o familiares que la compartían. Era rarísimo ver aventar los cereales con **biendo**, salvo cuando se trataba de montones pequeños o restos aislados, en los que resultaba más práctico. Se guardaba, junto con los trillos y otros instrumentos relacionados con la trilla, en las casetas construidas en las eras.

Marallo. Doble línea de corte de guadaña, el primero en un sentido y el segundo volviendo en dirección contraria. Es el resultado de dos **uchas** realizadas en sentido opuesto. Esta operación se hace para abrir un paso, ya que lo segado queda todo junto en el centro, o al comenzar a segar una huerta, con el fin de que la hierba segada no caiga sobre la maleza de la **sebe**.

Marcarla. Expresión utilizada en frases de sentido negativo para referirse al que no trabaja: *Llevas todo la mañana sin marcarla*. Equivale a «no dar golpe».

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Marcial. Cerdo de menos de un año que se engordaba para matar. José Millán Urdiales (*El habla de Villacidayo (León)*, Madrid: Anejos del Boletín de la Real Academia Española, 1966, p. 328) recoge el nombre de *marcialín* y opina que tal vez derive de «marzo», bien porque se mataban en ese mes o bien porque habían nacido en el mes de marzo anterior.

Marecer. Acción de cubrir el marón a las ovejas.

Marionda. Se dice de la oveja que está en celo.

Mata. Aunque en Carbajal se utiliza este nombre en el sentido que apunta la 2ª acepción del *DRAE*, «Planta de poca alzada o tamaño» (*mata de tomates, mata de perejil...*), la «mata» por antonomasia es el conjunto de robles jóvenes que ocupa un espacio del monte más o menos extenso. *Con esta mata tenemos para llenar el saco*, decíamos los chicos cuando íbamos a pelar hoja.

Matraco. Tablero de madera que llevaba instalado en el medio un mazo que, al girar sobre un eje, golpeaba alternativamente en un extremo y otro produciendo ruido. Los utilizaban los niños varones en los días de Semana Santa, incluso dentro de la iglesia en el momento de los oficios del Viernes Santo en que se apagaban todas las luces, fase de la ceremonia que recibía —precisamente— el nombre de las **Tinieblas**. Las niñas, por su parte, hacían uso de las *carracas*. Algunos echaban cera en las dos partes de la tabla en las que golpeaba el mazo, porque decían que así hacía más ruido. Todos los matracos eran de fabricación casera: los hacían los padres a sus hijos. Tenía, además, otra utilidad: servía para deslizarse por los «Barreros» que había al comienzo del Valle, en la ladera izquierda, enfrente de la huerta de «Quico» Vega, sentándose en él y agarrando el mazo entre las piernas. Algunas veces las posaderas se salían del **matraco** y, como era imposible parar, los pantalones sufrían las lógicas consecuencias.

Mayo. Árbol, generalmente chopo, alto y derecho al que, después de podarle las ramas y quitarle la corteza, se coloca junto a la casa de la que un miembro celebra su primera misa como sacerdote o fraile, o bien en otro lugar del pueblo que se considere adecuado. El día de la fiesta de la **misa nueva** se daba un premio al que conseguía **enguilar** hasta la **picuruta**.

Meano. Verga del cerdo.

Mecha (manda). Locución que expresa contrariedad. Equivalente a *manda narices, manda castañas...* u otras similares. Se utiliza también para calificar a una persona que no es de mucho fiar y con la que debe actuarse con cuidado: *El peor*

Aurelio Valladares del Reguero

es el más pequeño, que ese sí que manda mecha.

Mediana. Una de las **mañas** de la lucha leonesa, consistente en trabar la pierna correlativa del contrario y, apoyándose en la otra pierna, intentar despegarlo del suelo y derribarlo.

Medianía. Pared que separa dos espacios contiguos pertenecientes a distintos propietarios.

Mediavuelta. Otra de las **mañas** de la lucha leonesa. El atacante realiza un giro rápido con el cuerpo y con la cadera trata de derribar a su oponente.

Meritas. Equivalente a *merinas*. Los rebaños de *merinas* o *meritas* (se denominaban de las dos formas) llegaban a finales de la primavera, en ferrocarril, procedentes del Sur hasta el Burgo Ranero y desde aquí emprendían su marcha hasta las montañas de la provincia de León. Entraban en el término de Carbajal, desde Villacidayo, bordeando el monte y luego subían por el Valle Ranero arriba, para cruzar en diagonal a continuación hacia la ribera del Porma (por Boñar), hasta la zona de Puebla de Lillo. Regresaban a comienzos de otoño. En Carbajal, al igual que en los pueblos de la zona, se criaba la oveja «churra», que se adaptaba mejor a los rigores del invierno.

Meritera. Bolsa para guardar dinero u objetos pequeños de valor.

Meriteros. Pastores que cuidaban de los rebaños de **meritas**.

Metá. Forma arcaizante de *mitad* que en mis tiempos de niño todavía usaban algunas personas mayores.

Michar. Equivalente a *birlar* (DRAE). Ejecutar la segunda jugada en los bolos. Consiste en derribar el **miche** (de ahí su nombre) y al menos un bolo más. Vale cinco puntos, que aumentan según se derriben dos, tres o más bolos. Si solamente caía el miche, no se conseguía puntuación y la jugada recibía el nombre de **conejo**.

Miche. Bolo de tamaño más pequeño, que se sitúa en uno de los dos laterales del cuadro de bolos y delimita la acción del **ahorcado**.

Migas. Plato típico del invierno, relacionado con la matanza del cerdo. Había dos variedades. La más común se hacía en la sartén mezclando los **carrajitos** de manteca de cerdo con miga de pan. En la otra se cambiaba la manteca por las **jijas**. Estas eran más sabrosas, pero se consumían durante muy pocos días. Unas y otras se comían como complemento del desayuno.

Mirlar. Deformación de *birlar*. Equivalente a **micchar**.

Mis. Voz que, repetida, se usa para llamar a los gatos. También se utiliza

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

«misín, misín...».

Misa nueva. Primera misa oficial que celebraba el sacerdote después de ser ordenado. Tenía lugar, en la fecha más cercana posible a la ordenación, en su pueblo y constituía todo un acontecimiento no solo para la familia, sino también para los vecinos, que se mostraban orgullosos de contar con un ministro de Dios entre ellos. Se hablaba de *cantar misa*, refiriéndose al protagonista, que ese día recibía el nombre de *misacantano*. Uno de los momentos más emotivos de la ceremonia religiosa era el *besamanos*, que tenía lugar al final, cuando todos los asistentes se acercaban para besar las manos del nuevo ministro consagrado, que ofrecía las dos palmas abiertas y juntas, con las que acariciaba la cara de las personas más allegadas. El banquete organizado por los padres solía contar con más invitados de los que asistían, por ejemplo, a la boda de un hijo. En ocasiones el pueblo colocaba varios días antes un **mayo** o dos (el de solteros y el de casados) junto a la casa de los padres u otro lugar del pueblo, adornado con cintas y flores, y un ramo en la punta. Servía para el concurso de comprobar quién lograba **enguilarlo**, por lo que recibía un premio, que solía colgar de la punta del **mayo** y en muchos casos consistía en una botella de coñac Terry (con su peculiar red de hilo amarillo).

Mocha. Se dice de la vaca que por accidente ha perdido un cuerno (o los dos). De aquí deriva probablemente el significado negativo de la expresión **hacerla mocha**.

Mochear. Acción de embestirse los carneros chocando sus cabezas. Variante de *mochar*: «Dar golpes con la mocha / cabeza» (*DRAE*).

Modorro, a. Se dice de los carneros y ovejas que sufren una enfermedad en la cabeza que les hace dar vueltas en redondo. Se aplica en tono despectivo a la persona que ha hecho algo ilógico o disparatado (*¿Estás modorro? ¿Cómo se te ocurre hacer eso?*) o que persiste en el error sin hacer caso de nadie (*¿Qué modorro se puso, no hubo forma de quitarle la idea de la cabeza!*).

Moguera. Planta silvestre que crece en el monte, con muchas ramificaciones y pequeñas florecillas. Apenas llega a los 30 cm. de altura y tiende a extenderse a los lados. A veces se emplean para hacer escobas para barrer el corral, las cuadras, etc.

Moñín. Nombre dado al dedo meñique.

Morceñas. Pavesas que se desprenden de la paja de centeno cuando se

Aurelio Valladares del Reguero

chamusca el **gocho** recién matado.

Mordiato. Mordisco dado a una pieza de comer (manzana, trozo de pan, etc.).

Morena. Montón de leña cortada en el monte. Se solían hacer en sitios que resultaran accesibles a los carros para cargarla. A veces se utilizaba también como sinónimo de **gavillero**.

Morrillazo. Golpe dado con un **morrillo**.

Morrillo. Piedra grande. Tenía varios usos: en la construcción de paredes (cimientos y **lizaces**), como mojón de delimitación de las fincas, para hacer los **torquenes** de riego, etc.

Moruca. Lombriz de tierra. Se utilizaba como cebo para pescar en el río. Por asociación metafórica servía también para referirse al pene de los niños pequeños.

Mosca (cagar la). Acción de depositar la mosca los huevos en algún producto alimenticio en proceso de curación, por lo que al cabo de un tiempo salían las larvas, señal de que dicho producto empezaba a corromperse. *Los ha cagado la mosca*, se decía. Ocurría a veces con los jamones y otros productos similares, lo que se evitaba introduciéndolos en una **mosquera**.

Mosca (picar la). Acción de picar un insecto a las vacas en tiempo de calor, lo que hace que salgan despavoridas corriendo con el rabo levantado. En estos casos se decía que las *había picado la mosca*. Por extensión se aplica también, en sentido figurado, a las personas que se marchan precipitadamente de un lugar sin dar explicaciones. *Se fue como si le hubiera picado la mosca*.

Moscar. Efecto de **picar la mosca** a las vacas.

Mosquera. Cajón de madera cuyos cuatro lados (uno hacía de puerta) llevan una malla metálica de agujeros muy pequeños. Se colgaba del techo y en él se guardaban los jamones u otros productos sometidos al proceso de curación, evitando que las moscas pudieran acceder e incubar en ellos (que les *cague la mosca*).

Mosquilón. Cachete, golpe en la cabeza dado como castigo por una mala acción. Era una forma bastante habitual para reprender a los niños por alguna travesura.

Mostalilla. Nombre dado a la comadreja. Este animal escaseaba en la zona, aunque se veía de vez en cuando merodear por los corrales.

Motazo. Golpe fuerte recibido como consecuencia de una caída **a mote**.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Mote (a). Locución adverbial equivalente a *de bruces, de cara*. Se usa con verbos, en forma pronominal, como *ir* o *caer*: *No cogió bien la curva con la bicicleta y se cayó a mote en la presa*.

Muelle. Equivalente a **miga**: «Parte interior y más blanda del pan, rodeada y cubierta por la corteza» (*DRAE*).

Muelo. Montón de grano de cereal después de limpiar la paja.

Mullir. Echar paja molida en el lugar en que se recuestan las vacas en la cuadra. También vale para los cerdos en su cubil.

Mundilla. Escobilla, generalmente hecha de saúco, que se ataba a la punta de un palo largo y servía para barrer el horno de amasar el pan.

Murar. Acechar el gato al ratón. El *DRAE* lo registra como propio de Asturias, Galicia y León. En otros lugares se aplica al hecho en sí de cazar los ratones.

Murriata. Excremento del ganado vacuno. Equivalente a **boñica**.

Muslo de dama. Una clase de pera muy apreciada en la zona. Se recogía del árbol a comienzos del otoño.

<N>

Nabicol. Especie de nabo, de tamaño algo mayor y con hojas similares a las de la col, doble circunstancia que explica su nombre. Se utilizaba como alimento de animales (especialmente de los cerdos), aunque había quien los preparaba cocidos para consumo humano. El *DRAE* registra este término como sinónimo de *naba*.

Nación. Vulva de las hembras de animales. En las gochas (cerdas) aumentaba de tamaño cuando estaban en celo (**verridas**), lo que permitía saber el tiempo en que debían ser llevadas al verrón. Cuando se dilataba en las vacas preñadas era señal de que estaba próximo el parto.

Napla. Algas de color verdoso que se forman en la parte superior de las aguas recogidas en pilones, abrevaderos, estanques, etc.

Naranjinas. Fruto comestible de una planta silvestre que se encuentra en las **sebes**. Aparecen en racimos, son de tamaño pequeño, redondas y de color anaranjado, lo que explica su nombre.

Navaja. Nombre vulgar que se da al excremento humano o de algún animal

Aurelio Valladares del Reguero

(como el perro) que se encuentra en lugares de paso y puede pisarse, especialmente cuando está relativamente reciente y, por tanto, blando. Quien lo veía procuraba hacer esta advertencia jocosa al que lo acompañaba: *¡Cuidado, que te cortas!*; es decir, si la pisas, se te queda impregnada en el calzado. Estoy hablando de tiempos en que no había cuarto de baño en las casas, por lo que no era infrecuente toparse con heces humanas en lugares por donde se transitaba.

Navidacina. Día siguiente al de Navidad (26 de diciembre). Entra dentro de la costumbre de utilizar el diminutivo para nombrar el segundo día de una fiesta (San Miguelín, Santiaguín, etc.).

Negrillo. Nombre que recibe el álamo negro (en otros lugares se llama *olmo*). Su hojas, al igual que las de roble, servían de alimento, una vez cocidas, para los cerdos. Hace unos años se extendió una extraña enfermedad por muchos lugares de España que acabó con muchos ejemplares de esta especie.

Negrillón. Negrillo de tronco muy grande. En las plazas de algunos pueblos había uno de estos ejemplares. En el vecino Santibáñez se encontraba uno junto a la iglesia y a su alrededor se reunían los vecinos a la entrada y salida de misa. Desgraciadamente se secó debido a la enfermedad a la que antes aludía. Era muy famoso el de Boñar, villa de la ribera del Porma conocida por sus ferias de ganado del Pilar (12 de octubre) y sus «nicanores» (dulces), que se sentía orgullosa de que el suyo necesitaba de varios hombres con los brazos extendidos para poder abarcarlo.

Nevuscar. Deformación de *neviscar*: «Nevar ligeramente o en corta cantidad» (DRAE). Se decía también cuando empezaba a nevar: *Ya está nevuscando, nos espera una buena nevada*.

Niadero. Huevo huero (a veces se sustituía por una pelotilla que se le asemejara) depositado en el nido de las gallinas para incitarlas a que pongan allí sus huevos.

Nial, es. Cestos colgados en las paredes en los que las gallinas ponen los huevos. También servía para denominar los nidos de otras aves y pájaros. El proceso de cría de las aves se resumía en un refrán del que existen algunas variantes, pero que en esencia reza así: *Marzo nialarzo, abril güeveril, mayo pajarayo y en San Juan todos volarán*.

Nialada. Conjunto de huevos que una gallina ponía en un sitio no habitual y que se encontraba de forma casual. Recuerdo que mi madre más de una vez,

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

cuando notaba que el número de huevos que recogía diariamente era inferior a lo normal, me mandaba rebuscar por lugares recónditos del corral, argumentando que muy posiblemente alguna gallina estuviera haciendo **nialada** en un sitio desconocido. Y la verdad es que en más de una ocasión la búsqueda daba resultado positivo.

<O>

Oblada. Pan de un kilo aproximado de peso (frente a la hogaza, que solía ser de dos kilos). Era el tamaño habitual para las ofrendas que se hacían en la iglesia en las misas de difuntos (entierro, **cabodeaño**...). Después de la muerte de un difunto (normalmente durante un mes), una mujer de la familia (viuda, hija o nuera) asistía a misa diaria y en el Ofertorio se acercaba a la primera grada del altar con una **oblada** y una vela encendida.

Ocas. Hierbas acuáticas de color verdoso que salen en el fondo de las presas de riego, madrices, etc.

Ofrecido, a (ir de, estar). Promesa realizada a algún santo o advocación mariana de especial devoción por haber conseguido algo difícil: solventar una situación muy complicada, superar una grave enfermedad, etc. Había mucha variedad de cumplimiento, según las costumbres de cada lugar: asistir el día de la fiesta a la iglesia o santuario en que se encontraba la imagen venerada, participar en la procesión (a veces con los pies descalzos), realizar una ofrenda, llevar durante algún tiempo un escapulario o una prenda de vestir con los colores distintivos de la imagen sagrada objeto de devoción, etc. Una persona se trasladaba a un lugar porque *iba de ofrecida* o realizaba acciones como las apuntadas porque *estaba ofrecida a*...

Oilo (al). Locución adverbial equivalente «a la espalda», «auestas»..., usada fundamentalmente con los verbos «coger» y «llevar». *¿Quieres que te lleve al oilo?*, le decía el padre a su hijo. El origen está, según explica J. M. Urdiales (*El habla de Villacidayo*..., p. 135), en unos arrieros antiguos que iban por los pueblos de la zona vendiendo *oilo* (aceite de linaza) y otros productos, que cargaban a lomos de un macho y anunciaban así: *¡Al oilo, jabón, aceite, vinagre, azúcar y arroz!* Por imitación, los niños querían que los llevaran como el *oilo*, es decir, «a

Aurelio Valladares del Reguero

cuestas». Yo recuerdo haber oído mucho de niño esta expresión, pero no llegué a ver la venta de los referidos arrieros, que debió de ser de épocas anteriores.

Olisma (a veces se oye **golisma**). Acción o efecto de *olismear*, término que el *DRAE* define como «husmear noticias, curiosear». Para nosotros tiene un significado más amplio, lo que me hace pensar que deriva de *oler*. Así, cuando alguien «huele» (sospecha) algo que le interesa, busca cualquier pretexto para conseguir lo que pretende. Puede ser alguna noticia curiosa o chisme, pero también otras cosas de su agrado. Por ejemplo, se puede decir de alguien que, con la «olisma» de que un vecino acaba de recoger manzanas o peras en su huerto, se acerca a su casa alegando cualquier excusa, porque tiene la esperanza de que le dará algunas.

Oro / Orón. Formas coloquiales para referirse al as de oros de la baraja española. Ver **Basto / Bastón**.

Orujo. Licor extraído de los restos de la uva, después de obtenido el vino. Suele tener bastantes grados de alcohol. Era la bebida ideal para la **parva** que se tomaba de madrugada. Últimamente se utiliza para agregar, en dosis pequeñas, al café, tanto en las casas particulares como en bares y cafeterías.

Otoñada (se decía **toñada**). Hierba que se siega a finales de verano o comienzos de otoño (lo que explica el nombre). Si venía el tiempo lluvioso y había serios riesgos de no contar con días de sol para secarse antes de acarrearla, se dejaba para pasto de las vacas u otros animales.

<P>

Pación. El *DRAE* lo registra como un modismo de Asturias y Cantabria: «Pasto que produce un prado después de segararlo». En Carbajal se aplica también al pasto salido en terrenos no cultivados, del soto o del monte, donde pastaba la vacada: *Con lo que ha llovido este año el monte tiene muy buena pación*.

Pagar los pisos. Cuando un mozo iba a cortejar a otro pueblo, si repetía las visitas, señal de que la relación iniciada con una moza discurría por el buen camino, debía pagar en la cantina una ronda de bebida a los mozos del pueblo. Era lo que se llamaba **pagar los pisos**, norma no escrita cuyo incumplimiento podía derivar en que no le dejasen volver más. Cuando yo era niño se hablaba de esta

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

costumbre, pero en plan de broma, ya que prácticamente había caído en desuso; lo que no quiere decir que algún novio forastero no pagara una ronda en la cantina a los presentes, pero como simple gesto de gentileza, no como obligación.

Paique. Vulgarismo por contracción de *parece que*. Se decía: *Paique va a llover, Me paique esto termina mal...*

Pajar. Aunque, como el propio nombre indica, es el lugar destinado para guardar la paja, valía también para el sitio en que se encerraba la hierba seca. Se distinguía, pues, el *pajar de la paja* y el *pajar de la hierba*. Ambos solían estar juntos, dentro de la misma edificación, con frecuencia al lado o en la parte superior de las cuadras de las vacas.

Pajarcitos. Cántico popular que hacían las mozas al final de los banquetes de acontecimientos extraordinarios (bodas, misas nuevas...), dirigido a cada uno de los invitados con el fin de conseguir de estos alguna cantidad de dinero. Recibía este nombre porque la fórmula más generalizada comenzaba con las palabras *Cantaban los pajarcitos...* Un ejemplo podía ser este: *Cantaban los pajarcitos / a la sombra de un espino / y en su cántico decían / que viva el señor padrino*. En muchos casos las mozas tenían que hacer verdaderos malabarismos para encontrar la palabra que rimara con el nombre o apellido de la persona a la que se iba a cantar, lo que obligaba en ocasiones a variar la fórmula estereotipada.

Pajarina de Nuestra Señora. Pájaro de plumaje gris y negro, y cola larga. Es fácil verlo por el pueblo colocado en los cables de la luz o merodeando cerca de corrientes de agua (la presa, regueros...). En mis tiempos de niño, cuando casi todos disponíamos de un **tirapiedras**, disparábamos contra toda clase de pájaros, excepto dos: las golondrinas y las «pajarinas de Nuestra Señora», ya que matarlas, por no sé qué extrañas razones, era considerado pecado.

Pajera. Lugar contiguo a la cuadra en el que se echaba la hierba que se **pelaba** en el pajar, para luego cogerla aquí «en **brazaos**» y dársela a los animales.

Pajones. Trozos de la paja molida en los que coinciden los nudos. Como tienen más peso, cuando pasan por la máquina de limpiar van a parar a las **grancias**.

Palenque. Poste de las líneas eléctricas de alta tensión, hecho de hormigón. A finales de los años cuarenta del siglo pasado se construyó una de estas líneas que cruza en diagonal el término de Carbajal, desde Garfín en dirección hacia Villapadierna, y pasa muy cerca del pueblo. Cuando había fuerte tormenta, los palenques atraían los rayos y los truenos que acompañaban producían un ruido

Aurelio Valladares del Reguero

muy grande. Ver **jícaras**.

Palera. Árbol similar a los sauces. Puede llegar a tener un tronco grueso. Se cortaba para hacer estacas, **cambicios**, mangos de diversos instrumentos, etc. Es frecuente en las **sebes** que separan las huertas. Las ramas tiernas (**vilortas**) que salen cada año del tronco servían, por su flexibilidad, para hacer cestos o cinchas de haces. Las ramas un poco más grandes se utilizaban también como alimento para los conejos, que comían las hojas y roían la corteza. Su madera es poco consistente y, aunque arde muy bien, no es muy recomendable para la lumbre de la cocina, porque da poco calor y produce mucho humo.

Palerona. Palera grande, que solía tener el tronco desmochado y ahuecado, ya que este árbol envejece pronto.

Palo de los pobres. Turno rotatorio que se hacía entre los vecinos para dar acogida al mendigo que llegaba al pueblo y tenía que pasar allí la noche. Cuando un vecino había tenido a un pobre, pasaba un palo (el llamado «palo de los pobres») al siguiente, para recordarle que le correspondía atender al próximo mendigo que deseara pernoctar en el pueblo.

Pampurrio. Vocablo coloquial equivalente a *patatús*, *telele* u otros términos similares. *Le dio un pampurrio y hubo que llamar rápidamente al médico.*

Pan posa(d)o. Pan que está duro (en oposición a «pan tierno»), debido a que han transcurrido bastantes días desde que fue amasado. En sentido figurado se aplica como calificativo a la persona de poco espíritu, lenta en reaccionar.

Panadera. Paliza, zurra, tunda, vapuleo.

Panda. Cada una de las series en el juego de bolos en que uno de los dos bandos conseguía la puntuación fijada de antemano. Se establecía un tope mínimo de puntos y ganaba aquel que obtenía mayor puntuación en el momento de rebasar dicho tope, realizando cada bando el mismo número de jugadas. *Esta panda la hemos ganado nosotros, ¿echamos otra a setenta tantos?*

Panderete (a). Forma de colocar los adobes: en vez de ponerlos sobre la cara plana (que era lo habitual), se hacía sobre la cara más estrecha y larga. Esta modalidad, que suponía ahorro de material y de espacio, daba lugar a paredes estrechas y poco consistentes, solamente válidas para hacer divisiones en algunas dependencias como conejeras, gallineros, etc.

Pando, a. Plano/a, aplastado/a. Se aplica especialmente a las piedras de río, que están muy gastadas y planas, con formas redondeadas o elípticas. Las de

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

tamaño pequeño eran arrojadas por los niños para **cortar el agua**.

Panfirolada. Disparate, tontería, necedad. Es posible que derive de *pánfilo*: «Cándido, bobalicón, tardo en obrar» (*DRAE*), si bien con una metátesis silábica (panfirolada por panfilorada). El mismo *DRAE* recoge el término *pampiolada*, que define como «Salsa que se hace con pan y ajos machacados en el mortero y desleídos en agua», aunque también le asigna una segunda acepción de carácter coloquial: «Necedad o cosa insustancial». Esta última está muy próxima al significado del vocablo que presento.

Panguada. Golpe producido al caer de cuerpo entero en el suelo.

Pañiceras. Lugares húmedos existentes en las laderas de algunos valles del monte, donde salía hierba que pastaban las reses de la vacada o las ovejas. A veces, si afloraba cierta cantidad de agua, se hacía una poza para facilitar que allí bebieran los animales.

Papo (de la madreña). Parte delantera de la **madreña**, que va cerrada en curva para favorecer el caminar. Se entiende que el nombre procede de cierta similitud que tiene con el papo de las aves.

Papo (del trillo). Parte delantera del trillo, encorvada hacia arriba para no chocar en la paja al ser arrastrado. En cuanto al origen del nombre, sucede igual que con el **papo de la madreña**.

Parada. Según la 6ª acepción del *DRAE*, «lugar en que los caballos o asnos cubren a las yeguas». También se decía **puesto**. En la década de los 50 había una parada (o puesto) de sementales en Vidanes, a la que se llevaban las yeguas de la zona. Dependía del Ministerio del Ejército y estaba dirigida –creo recordar– por un suboficial, al que ayudaban algunos soldados que cumplían allí el servicio militar.

Paralís. Vulgarismo de *parálisis*. Se oía entre las personas de más edad: *A su padre le dio un paralís y desde entonces va en silla de ruedas*. Aunque el *DRAE* no lo recoge, el uso de este vulgarismo está bastante generalizado en muchas zonas rurales de España.

Pardal. Nombre habitual con el que es conocido el *gorrión*.

Pardalera. Pequeño cepo de alambre utilizado para cazar pájaros, muy en particular **pardales**, de donde deriva el nombre. Estaba formada por dos semicírculos que se sujetaban abiertos por medio de una pestaña en la que se colocaba el cebo. Cuando el pájaro se acercaba para comerlo, saltaba el

Aurelio Valladares del Reguero

mecanismo y por efectos de un muelle se cerraban bruscamente los dos semicírculos apresándolo.

Pareja. Equivalente a *yunta* (vocablo muy poco utilizado). Aunque valía teóricamente para cualquier par de animales enganchados al yugo, en Carbajal casi de forma exclusiva se refería a parejas de vacas. Siendo yo todavía muy pequeño quedaba alguna «pareja de bueyes», para la realización de los trabajos agrícolas, pero muy pronto desaparecieron.

Parlada. Conversación entre personas, generalmente como forma de pasar el rato. Se aplicaba con preferencia (por lo del tópico) a las mujeres: *Allí llevan un buen rato echando la parlada.*

Parluquiada. Derivación epentética de **parlada**, con el mismo significado. Ambas formas derivan de *parlar* (hablar).

Parluquiar. Echar la **parluquiada**.

Parniquebrar. Deformación de *perniquebrar*: «Romper, quebrar una pierna o las dos» (*DRAE*). Servía también para referirse a la rotura de patas de los animales.

Parte tarde (de). Locución adverbial de tiempo usada para referirse a algo que se realiza más tarde de lo habitual o conveniente. *Suele salir a misa de parte tarde y casi siempre llega cuando el cura ya ha empezado.*

Parva. Montón de paja molida con el trillo y recogida con el **aparvadero**. Si tenía forma de cono recibía el nombre genérico de «montón», en tanto que si se hacía en forma alargada se llamaba **parva**. Igualmente se daba este nombre al montón alargado que se hacía de la hierba seca para luego cargarla en el carro. También designa el refrigerio que se tomaba muy de mañana, antes del desayuno, cuando se realizaba una tarea que se iniciaba antes del amanecer. Consistía en una copa de orujo (aguardiente) acompañada de galletas o dulces caseros. Se hablaba de *echar la parva*. En este caso parece claro que deriva del adjetivo latino *parvus*, -a, -um (pequeño/a), ya que se trata de un «pequeño desayuno».

Parvón. Parva de paja de tamaño superior a lo habitual.

Pascuina. Día siguiente al de Pascua de Resurrección. Ver **Navidacina**.

Pavi. Voz usada de forma repetida para llamar a los pavos.

Pe-pe. Juego de niños. Uno tenía un cinturón en la mano y proponía adivinar el nombre de un objeto repitiendo la primera sílaba (por ejemplo, *ma-ma* = *madreña*; *pe-pe* = *petaca*). Quien acertaba tomaba el cinturón y golpeaba con él

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

a los compañeros, a los que tenía que perseguir porque salían corriendo. Se reanudaba con otra adivinanza.

Pecina. Laguna natural donde se acumula el agua procedente de algún manantial. Se aprovechaba para regar algunas fincas cercanas. Era muy conocida la *Pecina de Valmoro*, en el valle de este nombre (término de Villacidayo), que se abastecía de una fuente, con **corcho**, en la parte más cercana a Carbajal. Mi padre tenía una finca justo al lado, a la que me tocó ir más de una vez a segar y acarrear trigo, así como a cuidar para que no entraran los rebaños de merinas cuando subían a la montaña.

Pedir pa(ra e)l lobo / pedir pa(ra e)l raposo. Cuando se mataba uno de estos animales, quien lo había logrado salía a pedir por las casas de los pueblos cercanos exhibiendo la pieza capturada y recibía donativos en especie (legumbres, huevos, productos de la matanza del cerdo...). La muerte de una de estas alimañas (sobre todo en el caso del lobo) se consideraba un alivio para los ganaderos de los pueblos vecinos, por lo que debían obtener su recompensa. En consecuencia, los que tenían muchas ovejas solían ser los más generosos.

Pedos de lobo. Ver **jiscos de lobo**.

Pedrada. Calificativo aplicado a la gallina en cuyo plumaje se alternan los colores gris y blanco.

Pega. Pájaro de la familia de los córvidos, de color negro y blanco, que hace su nido en árboles altos, generalmente chopos. Su nombre común es el de *urraca*, no usado en los pueblos de la zona.

Pego. Cría de la **pega**.

Pejiguero, a. Adjetivo utilizado para referirse a la persona meticulosa, detallista, que repara en cuestiones de escasa importancia.

Pelar (el carro). Pasar el rastro por los cuatro lados de la carga del carro (de mies o de hierba), una vez puestas y apretadas las sogas, para recoger las pajas o hierbas sueltas que, de lo contrario, se perderían por el camino durante el acarreo.

Pelar (hoja). Pasar la mano cerrada a lo largo de las ramas de árbol arrancando sus hojas. Esta acción recibía también el nombre de **repelar**. Se aplicaba, particularmente, a la hoja de roble. Los niños íbamos al monte a *pelar hoja*, que llevábamos a casa en cestos o en sacos. Aunque los sacos tenían más cabida y exigían, por tanto, más trabajo, eran preferidos, porque una vez llenos gustábamos de echarlos a rodar por las cuestas cercanas al pueblo. La hoja de roble se hervía

Aurelio Valladares del Reguero

y mezclada con otros alimentos (o sola) servía de comida para los cerdos.

Pelar (el pajar). Sacar la hierba seca **encalcada** en el pajar mediante un **garabito** de madera o, si no estaba muy apretada, con un **relámpago**.

Pelar la pava. El *DRAE* limita esta expresión solamente a la conversación de enamorados, el hombre desde la calle y la mujer desde la reja o balcón de su casa. Para nosotros tiene un significado diferente: perder el tiempo en una actividad nada provechosa. Es frecuente, por ejemplo, que los padres o personas mayores se dirijan a hijos o jóvenes que están ociosos de esta forma: *¿Qué hacéis ahí pelando la pava?* O también que alguien muestre su enfado por una espera injustificada: *Y me tuve que quedar allí una hora pelando la pava*.

Pelerina. El *DRAE* ofrece dos acepciones muy próximas semánticamente: «1. Toquilla de punto, como capa corta, que usan las mujeres. 2. Cierta forma de esclavina». Generalmente hecha de lana y de color negro o tonos oscuros, se ponía encima de los hombros y caía sobre la espalda. En los tiempos de mi niñez era frecuente verla en las mujeres de más edad, pero muy pronto esta prenda de vestir fue cayendo en desuso.

Pelila. Variante de *pilila*: «pene» (coloquialismo recogido en el *DRAE*). Voz utilizada preferentemente en el ámbito infantil-juvenil.

Pellas. Partes que sobresalen en la base de las madreñas y en las que se colocan los **tarucos**: dos en la zona delantera y uno en la del talón.

Pelo. Cada uno de los cortes de hierba o alfalfa que se hacían al año. Se decía: *Esta huerta, si no le falta el agua, me puede dar hasta tres pelos de hierba*, o *Esta alfalfa va ya por el segundo pelo*.

Pelona. Voz coloquial para referirse a una helada muy fuerte. *¡Vaya pelona que ha caído!*

Pena (dar pena el sol). Quedar deslumbrado por el sol. De ahí el gesto instintivo de colocar la palma de la mano en la frente, por encima de los ojos, para evitar el impacto directo de los rayos solares. *No veo bien, porque me da pena el sol*. Esta situación se produce momentos antes de la puesta del sol, si se mira en esa dirección; o también (para los madrugadores) momentos después de la salida.

Penillo. Nombre dado a la planta conocida comúnmente como *cola de caballo*.

Peón. Palo redondo situado en la vara del carro, que se desplegaba durante las paradas para soportar gran parte del peso de la carga y así permitir descansar a los animales. Este era el «peón delantero», el más utilizado, pero también estaba el

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

«peón trasero», colocado en la zona de atrás del carro y que se ponía si se concentraba allí el mayor peso. Uno y otro se desplegaban cuando se soltaba la yunta y el carro debía permanecer cargado, para que así pudiera mantenerse en equilibrio.

Pera de Roma. Variedad de pera caracterizada por su piel rugosa y sabor dulce. Es una de las frutas más tardías en recogerse en los huertos del pueblo y cuyo consumo dura más tiempo.

Perdones. Regalos y golosinas que traían a los niños de las ferias de ganados, como consecuencia de haber vendido un ternero, una vaca, etc.

Perico. Nombre genérico dado a las aves rapaces diurnas de tamaño pequeño (alcotanes, cernícalos, halcones...) relativamente frecuentes en la zona. Anida en los robles y en los chopos de valles cercanos al monte. Recuerdo que en mi niñez no era raro quitar las crías del nido con el objeto de disecarlas al hacerse adultas. Durante el largo proceso hasta alcanzar el plumaje definitivo se las alimentaba con ranas, pájaros, etc.

Pericón. Planta silvestre que da una flor amarilla y es empleada, una vez seca, para remediar algunos males de las vacas (por ejemplo, cuando **entelan**).

Perigüela (cazuela de). Cazuela de barro un poco más oscuro y duro que el habitual en este tipo de recipientes. Soporta más el calor y resulta muy apropiada para algunos tipos de guisos. El nombre es una deformación de *Pereruela*, pueblo de la provincia de Zamora famoso por sus productos de alfarería hechos con un barro refractario que resiste altas temperaturas al fuego.

Perrera (mosca). Insecto de color marrón, forma aplastada y de vuelo corto, que solía adherirse a la piel del perro (de ahí su nombre), pero que, a veces pasaba a las caballerías y les producía mucha desazón.

Perrina, perrona. Nombres que designaban las monedas de cinco y diez céntimos de peseta, respectivamente. El *DRAE* localiza su uso en Asturias. Dichas monedas se conocían comúnmente como *perra chica* y *perra gorda* (*DRAE*).

Peruco. Pera pequeña y temprana. Muy apetecible, máxime al madurar en una época anterior a la de la mayoría de las frutas. Eran famosos los *perucos de Santiago*, que se daban alrededor de esta festividad (25 de julio).

Perujo. Poste de madera que se utiliza para apuntalar una pared o tapia que amenaza con caerse, para sujetar un árbol frutal grueso que se inclina excesivamente hacia un lado o para situaciones similares. Esta acción recibe el

Aurelio Valladares del Reguero

nombre de **aperujar**.

Petrina. Deformación de *pretina*: «Correa o cinta con hebilla o broche para sujetar en la cintura ciertas prendas de ropa» (*DRAE*). Aquí tiene un uso más restringido, ya que solamente afecta al cinturón utilizado por los hombres para sujetar los pantalones, aunque también servía para colgar el **gachapo** e incluso para azotar a los niños traviesos. En estos casos se golpeaba en la parte más carnosa del cuerpo para evitar lesiones. De ahí que se dijera: *Dale en las nalgas, que ahí no cojea*. Y como advertencia de los padres a los hijos pequeños para evitar posibles malas acciones: *Andate con cuidado, que suelto la petrina*.

Peúca. Uno de los nombres con que era conocida la *peonza*, utilizada por los niños en el juego. También se oía **piuca**.

Pía. Se dice de la vaca en cuya piel alternan el color blanco y el negro u oscuro. No coincide con el criterio seguido por el *DRAE* para el adjetivo *pío*, *a*: «Dicho de una caballería: De pelo blanco con manchas más o menos extensas de otro color». Es sinónimo de *pinta*: se oían los adjetivos «pía» y «pinta», indistintamente, referidos a la misma vaca.

Picadero. Madero grande y fuerte (generalmente de roble) en el que se apoyaban las ramas para cortarlas con el hacha y hacer **tozas**. Y, si estas eran gordas, **racharlas**. El nombre procede de que a esta tarea se la conocía como **picar la leña**.

Picar (la guadaña). Tarea consistente en machacar el filo de la guadaña mediante un martillo en ángulo (**pico**), actuando sobre un pequeño yunque clavado en el suelo. Se hacía cada varios días. Luego en la siega se avivaba el filo, antes de empezar cada **ucha**, pasando varias veces, en un sentido y en otro, la piedra de afilar que se guardaba en el **gachapo**.

Picar (la leña). Acción de cortar la leña en **tozas**, apoyando las ramas en el **picadero**. Cuando los trozos son gruesos se **rachan** (rajan), con el objeto de que resulten más manejables.

Picar las vacas por debajo del carro. Frase coloquial utilizada para referirse a quienes en un determinado momento no actúan de forma clara, sino a escondidas, ocultando sus verdaderas intenciones con el objeto de sacar algún provecho o perjudicar a alguien.

Picarse (el vino). A veces el vino que se cosechaba a nivel particular, pasado un tiempo y por circunstancias impredecibles, se agriaba. Hay que tener en cuenta

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

que Carbajal no es tierra de vino, aunque muchos vecinos tenían su viña que les cubría el consumo del año. Cuando «se picaba» un poco, se contrarrestaba el efecto mezclándolo con gaseosa. Muchos años se conservaba perfectamente en las pipas hasta la cosecha siguiente, lo que suponía un ahorro importante para la economía familiar.

Pico. Martillo de hierro con uno o dos extremos en ángulo que servía para **picar la guadaña**.

Pico / plano. Alternativa en el juego de bolos para dirimir el bando que elige al comienzo del juego, similar al «cara / cruz» realizado con una moneda. En este caso se tiraba al alto el **miche** y si caía de punta era «pico» y si lo hacía extendido era «plano». El que acertaba elegía «ir a mano» (fijar el lugar desde donde había que tirar y comenzar el juego) o «poner miche» (en el lado y posición que estimara más beneficiosa y tirar en segundo lugar).

Picojo. Palo afilado en uno de sus extremos que tenía diversos usos: se clavaba en el suelo de la **madriz** para hacer los **torquenes**, en el centro de la carga del cesto para sujetar el **repino**, en cualquier terreno para marcar una línea de separación, etc.

Picón. Tierra en forma de triángulo o parte de una finca que tiene dicha forma. *Voy a regar el picón de la huerta.*

Picos. Maderas verticales con orificios rectangulares por los que atravesaban las **latillas**, formando las **armaduras** del carro. Eran cuatro, dos a cada lado, e iban anclados en los **verbiones**.

Picuruta. Parte más alta de un árbol, edificio, etc. *Las cigüeñas tienen el nido en la picuruta del campanario.*

Pielga. Trozo de madera que se adapta a una de las patas delanteras de las caballerías y se cierra mediante una especie de **cabija**, para impedir que el animal corra y se escape del pasto en el que se ha dejado.

Pina. Cuña de madera que se introduce junto a una pieza del mismo material que se incrusta en otra, con el fin de que quede lo más ajustada posible. Así, por ejemplo, cuando se meten los **picos** de las armaduras del carro en los **verbiones**, se agregan las *pinas* necesarias para que la armadura quede fija y no se mueva.

Pinar. Aféresis de *empinar*: «Enderezar y levantar en alto» (*DRAE*). Se utiliza con frecuencia en el juego de bolos para referirse a la acción de poner de pie los bolos que se derriban durante el juego. También vale para otros objetos: postes,

Aurelio Valladares del Reguero

mayos, etc.

Pinche. Ayudante de los albañiles, encargado de realizar las tareas auxiliares: hacer la masa (arena y cemento), acercar los materiales al albañil, etc. Suelen ser chicos jóvenes que van aprendiendo poco a poco el oficio para convertirse luego en profesionales que se establecerán por su cuenta. Por extensión se aplica también al ayudante de cualquier tipo de actividad: *Aquí tengo a mi hijo de pinche.*

Pindio, a. Adjetivo que se aplica al terreno o espacio que presenta una fuerte inclinación. *Hay que subir con el carro por una cuesta muy pindia*, se decía cuando había que acarrear la mies de los **barreales** o la leña cortada en el monte.

Pintar. Dar rendimiento un cultivo. Se dice de una tierra que *ha pintado* bien o mal según ha sido el resultado de lo cosechado en ella. Se aplica también a las personas para indicar si le ha sentado bien o mal el clima y forma de vida de otro lugar: *Le ha pintado mal la mili, viene más delgado.* El *DRAE* registra esta segunda variante en la 14ª acepción («Dicho de una cosa: Probarle bien a alguien, sentarle bien»), pero sorprende que lo considere solo en sentido positivo. Quizá se trate de una definición incompleta.

Piojín. Pequeños parásitos que se adhieren al cuerpo de las gallinas. Cuando se veía a estas rascarse con frecuencia o picotear en alguna parte de su cuerpo, era señal de que tenían piojín.

Pionza. Deformación de *peonza*.

Piorno. Arbusto silvestre de ramas fuertes y espinosas que aparece en terrenos no cultivados (laderas del monte, soto del río...). Se utilizaba para hacer **escobones** y **ramaos**. El sitio poblado de este arbusto recibe el nombre de *piornal* (*DRAE*).

Pispar. Hurtar, robar. *Cuando quise darme cuenta me habían pispado la cartera.* Posiblemente se haya formado de *pispás* (*en un pispás*), locución adverbial coloquial registrada en el *DRAE*, lo que denotaría la rapidez con que se hace el robo.

Pispoletto, a. Se aplica al niño/a (o al/la joven) *vivaracho/a*, espontáneo/a, presumido/a. Su uso se extiende por otros lugares de España. Viene a coincidir con el adjetivo *pizpireto, a*: «Alegre, vivaz y algo coqueto» (*DRAE*).

Pistonudo, a. Extraordinario/a, muy bueno/a. Adjetivo utilizado para ponderar las buenas cualidades de algo o de alguien. Se usa mucho con sentido irónico: *¡Qué pistonudo eres!*

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Pita ciega. Forma de nombrar el juego de la «gallina ciega», por influencia del vocablo *pita*, usado para llamar a las gallinas. Aparte del juego tradicional consistente en reconocer con los ojos vendados al compañero que se atrapaba, valiéndose solamente del tacto, tenía aquí otra variante. Se enterraba ligeramente en el suelo un huevo de pájaro o un huevo huero de gallina, al que había que romper con un palo, avanzando con los ojos vendados desde una distancia previamente fijada.

Piuca. Ver *peúca*.

Plantón. Se dice de la remolacha espigada de la que se saca la semilla.

Plumudos. Tercera fase en el crecimiento de las crías de pájaros, cuando ya tienen el cuerpo totalmente cubierto de plumas. Las fases anteriores son: en **chichas** y en **cañones**.

Pocillo. Taza pequeña, aunque algo más grande que las utilizadas para el café. Servía de referencia en recetas culinarias: *un pocillo de aceite, dos pocillos de azúcar...* Se aproxima bastante a la 2ª acepción del *DRAE*: «Vasija pequeña de loza, como la que se utiliza para tomar chocolate».

Podeja. Instrumento de hierro, en forma de curva, utilizado para cortar arbustos, repodar **sebes**, etc.

Polvarera. Equivalente a *polvareda*. Nube de polvo levantada a causa del viento o por el paso de un carruaje o manada de animales.

Pon. Ser fantástico al que se alude para producir miedo en los niños pequeños. *Que viene el Pon, Si no comes te llevará el Pon...*

Pona. Cantidad inicial que «pone» en un juego cada participante. Se utilizaba genéricamente para indicar la cantidad mínima a la que se aspiraba en cualquier tipo de pretensión: *¡A ver si por lo menos me quedo con la pona!*

Pontona. Pontón ancho, construido con maderas o con cemento y tierra encima, que permite el paso de un carro.

Porraco. Derivado de *porra*. Especie de cayado formado por una rama de pie de roble con la parte de la raíz en curva, por la que se agarraba con la mano. A veces se calentaba al fuego para conseguir la forma deseada. Lo utilizaban los vaqueros, pastores o los que cuidaban el ganado, que no dudaban en arrojarlo contra los animales que no obedecían las órdenes.

Porretero, a. Calificativo aplicado, en tono afectivo, al niño que se muestra inquieto y travieso, pero al mismo tiempo gracioso.

Aurelio Valladares del Reguero

Portalón. Espacio techado del corral, abierto por un lado, en el que se guardaba el carro. Sus paredes servían para colgar diversos aperos de labranza: arados, guadañas, hoces, rastros, etc.

Pos luego. Expresión coloquial equivalente a «por supuesto», «desde luego», «claro está». A la pregunta hecha a alguien sobre si piensa ir a un lugar o hacer algo concreto, se le puede responder: *¡Pos luego, hombre, cuenta con ello!*

Posnera. Escondrijo en el que se guarda el dinero ahorrado u objetos conseguidos furtivamente, con el objeto de que no lo sepan los demás, aunque estos mantengan en muchos casos fundadas sospechas de su existencia.

Presa. Acequia de agua (más ancha y menos profunda que el **canal**) utilizada para el riego. Existe una que sale del río Esla aproximadamente un kilómetro por encima de Pesquera y recorre las fincas de Pesquera, Santibáñez y Carbajal. Está gestionada por la Comunidad (Sindicato) de Regantes de estos tres pueblos. Existen también las «presas de molino», de recorrido más corto, ya que los molinos suelen estar apartados del casco urbano y cerca del río. El *DRAE* reconoce estos matices semánticos en las acepciones 4ª y 7ª.

Prestar. Gustar, agradar. *Me encuentro cansado y no me presta ahora pasear.*

Primero (de). Equivalente a «primeramente», «al principio» (cuando se relata algo que ha sucedido).

Puelme. Suelto, poco apretado. Se aplicaba preferentemente a la tierra de labor, después de ararla y pasar la grada. Cuando estaba *puelme* era el momento idóneo para realizar la siembra.

Puerto. Para nuestro caso vale, con algunos matices, la 5ª acepción que recoge el *DRAE*: «Presa o estacada de céspedes, leña y cascajo, que atraviesa el río para hacer subir el agua». En la zona de Carbajal hay dos puertos: el de Cubillas, del que sale la presa de riego de la que se sirve dicho pueblo y otros más de la margen izquierda del río Esla, y el de Villacidayo, del que parte la presa que utilizan varios pueblos de esta margen derecha: Villacidayo, Villanófar, Gradefes... Cuando el verano llegaba un poco seco, los regantes afectados salían de **cendera** para reforzarlo con estacas, cantos y tapines, con el fin de que entrara la mayor cantidad de agua posible. Por encima de estos puertos se formaba una **tabla** de agua remansada, lo que la convertía en el lugar idóneo para bañarse.

Puertonas. Las dos puertas simétricas que dan acceso al corral y por las que puede entrar un carro incluso cargado de hierba (si el pajar se encuentra dentro del

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

mismo). Cuando sucedía esto último, no era infrecuente que alguien tuviera que subirse para encalcar la hierba a medida que iba pasando el carro o arrojar al suelo la parte que sobresalía. Por lo general, una de las puertas tiene dentro de ella otra más pequeña, denominada *postigo*, que se abre para el paso tanto de personas como de animales, mientras las dos grandes permanecen cerradas. En no pocas edificaciones del pueblo este es el acceso a la vivienda desde la calle, con la que no comunica directamente.

Puesto. Ver **parada**.

Pujos. Esfuerzos que hacen las hembras de animales en el momento de parir para expulsar la cría.

Puntal. Extremo de la vara del arado de madera que se engancha en el **barazón** que pende del yugo de la yunta. Contaba con varios **cabijales**, para fijar la longitud apropiada a los animales que tiraban.

Puntido / puntío. Zanja que se hacía en tierras húmedas y se llenaba de cantos que luego se tapaban, sirviendo de drenaje. También se utilizaba para denominar la corriente de agua procedente de un manantial oculto y que aflora normalmente en un declive del terreno, donde, si sale limpia y fresca, sirve para beber. Se distinguía entre el «agua de puntido» y el «agua de fuente», ya que esta última aparece en el mismo lugar en que mana.

<Q>

Que en paz esté / Que en paz descanse. Frases que las personas mayores acostumbraban a pronunciar cuando en el curso de la conversación mencionaban el nombre de un difunto. Se oía más la primera que la segunda. *Un día que iba yo con tu padre, que en paz esté, a Gradefes, nos encontramos...*

Quilma. Saco de tela resistente utilizado para el grano de los cereales y la harina. «Costal de tela gruesa», según el *DRAE*.

Quitameriendas. Flor azulada que sale del suelo al final de verano en praderas de secano. El nombre deriva del hecho de que en esa época del año, al anochecer antes, los lugareños adelantan la hora de la cena y prescinden de la merienda. El *DRAE* recoge esta voz, de la que ofrece una definición puramente técnica.

Quitante. Excepto, salvo. Vendría a ser una forma arcaizante del participio de

Aurelio Valladares del Reguero

presente del verbo *quitar*, que se podría sustituir por el gerundio: *Quitante* (quitando) *el abuelo, que estaba enfermo, todos asistieron a la boda.*

<R>

Rabera. Complemento de las **armaduras** del carro, que se colocaba en la parte posterior, a modo de *rabo* (lo que explica su nombre). Consta de dos listones largos de madera que, dispuestos en paralelo, se introducían en el interior de la caja del carro y en ellos iban incrustadas en perpendicular dos o tres tablas de madera. Esta parte trasera se sujetaba con cordeles a las **latillas** y en ocasiones, para más seguridad, los extremos delanteros de los listones paralelos se anclaban en el **verbión** delantero.

Rabiar (los garbanzos). Enfermedad que se producía en la planta del garbanzo. Cuando llegaba la hora de empezar a granar tomaba un color entre amarillento y blanquecino, lo que suponía que no echaba grano. Se decía entonces que «se rabiaba». A veces ocurría en fincas donde se podía regar, porque el agua le podía venir muy bien para el crecimiento, pero en ocasiones derivaba en esta enfermedad. De ahí que se oyera: *Es mejor no regar los garbanzos porque se te pueden rabiar.*

Racha. Trozos de madera resultantes de la acción de **rachar**.

Rachar. Rajar en sentido longitudinal los trozos de madera para hacer leña. El *DRAE* lo considera sinónimo de *rajar* (sin especificar más) y localiza el uso de este vocablo en Asturias, Galicia, León, Palencia, Rioja y Salamanca.

Rachón. Trozos de madera dispuestos para ser rachados.

Raigón. Aumentativo de *raíz*. Se utilizaba, casi siempre en plural (**raigones**), para referirse a las raíces de árboles grandes (robles, chopos, fresnos, nogales, etc.), que resultaban difíciles de sacar para dejar el terreno libre de impedimentos una vez derribado el árbol.

Ralada. Espacio de un sembrado en el que las plantas están más ralas (de ahí su nombre), bien por fallo del sembrador o bien porque esa zona de la tierra es de peor calidad y parte de la simiente se ha perdido. Se aplica también al pelo de la cabeza, cuando empieza a caerse: *ya se te va viendo una ralada en la coronilla.*

Ramalazo. Golpe de lluvia de corta duración pero de mucha intensidad. *De*

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

pronto cayó un ramalazo de agua que nos dejó completamente empapados. Derivado del vocablo siguiente.

Ramales. Aparte de otros usos comunes, sirve para designar las cortinas de agua que a veces se ven en el horizonte mostrando que allí está lloviendo copiosamente. Quizá derive de que los chorros de agua parecen ramales extendidos verticalmente.

Ramao. Escoba para barrer las eras, formada por materiales resistentes, como vilortas de fresno, ramos de **piornos** o **cavicuernas**... No lleva mango y exige inclinar el cuerpo para realizar la tarea con eficacia. Quizá proceda de *ramajo* y este de *ramaje* («conjunto de ramas o ramos», según lo define el *DRAE*).

Ramascazo. Golpe dado con un **ramao**.

Rampla. Deformación de *rampa*. En mis tiempos de niño se oía con bastante frecuencia.

Ranabuey (o **ranagüey**). Nombre dado al molusco negro comúnmente conocido como *babosa*. Equivalente a **mantecón**. Según J. M. Urdiales (*El habla de Villacidayo...*, p. 370), este nombre corresponde a unos «bichos semejantes a las ranas, pero más pequeños, de un verde mimético, por lo que resultan casi invisibles entre la hierba de las huertas, que es donde abundan...». No coincide con lo que yo recuerdo al respecto. Siempre oí llamar a esos pequeños batracios *ranas* (o *ranitas*) de *San Antonio*, que es la denominación habitual en otros lugares de España.

Raposo. Cuña que sirve para ajustar la reja que se incrusta en la parte final de la **camba** en el arado de madera. Tal vez se llame así, según J. M. Urdiales (*El habla de Villacidayo...*, p. 371), «por la manera como va metida, casi escondida»; es decir, como suele actuar el animal de este nombre.

Rasera. Parte del río en la que hay un pequeño desnivel del terreno, lo que hace que el agua se deslice con rapidez y tenga poca profundidad. Por ello era el lugar ideal para cruzar el río (por supuesto, en tiempo de verano, cuando disminuía el caudal), ya que bastaba con descalzarse y, si se llevaba pantalón largo (hombres adultos), remangarlo.

Rastra. Tablero rectangular con dientes de hierro en la cara inferior que, colocado a lo ancho y arrastrado por la pareja de vacas, servía para desmenuzar la tierra después de arada y al mismo tiempo allanarla, como tarea previa a la siembra. También se hacía una vez que había empezado a salir la planta, con

Aurelio Valladares del Reguero

objeto de oxigenar la tierra. El agricultor se ponía encima y desde ahí guiaba la pareja sirviéndose de cordeles cuyos extremos se ataban en los cuernos y las orejas laterales de cada vaca. A veces agregaba algún objeto de peso, con el fin de hacer mayor presión y que la tarea resultara más eficaz. Si se trataba solamente de allanar el terreno, se pasaba la rastra por la parte lisa (con los dientes metálicos hacia arriba). Recuerdo haber visto utilizar otro tipo de rastra más rústica, formada por un conjunto de ramas de espino atadas en la punta y sobre las que se colocaba un tablón en el que se ponía el que conducía la pareja de vacas. Se hacía en las huertas y prados, antes de crecer la hierba, para escardarla y repartir el abono (estiércol) que previamente se había esparcido.

Rastro (echar el). Cuando una pareja de novios estaba planificando su boda y quería mantenerlo en secreto hasta el momento de las **velaciones**, siempre había alguien que se enteraba y la noche anterior echaba un rastro de paja (como el que podía dejar un carro cargado y con un roto en la red) desde la casa del novio o novia hasta la iglesia y, además, de la casa del novio a la de la novia, si los dos eran del pueblo. Al empezar el día los vecinos lo veían e inmediatamente se propagaba la noticia, con lo que las velaciones perdían el efecto sorpresa.

Ratar. Aféresis de **arratar**.

Ratel. Deformación de *retel*: «Arte de pesca que consiste en una red, sujeta a un aro, en forma de bolsa y que se usa para la pesca de cangrejos de río» (*DRAE*).

Ratina. Calificativo que se da a una raza de vacas frecuente en la zona. Venía a coincidir con la raza comúnmente denominada «suiza parda». Estas vacas gozaban de gran estima, porque eran buenas productoras de leche y muy aptas para las labores agrícolas. Es presumible que tal vocablo provenga de la semejanza en el color de la piel con la del «ratón».

Rebatar (rebatarse). Romper, reventar el **torquén** por la fuerza del agua. Solía suceder cuando llegaba una crecida inesperada o la **represada** producida por la finalización del riego en una finca anterior. *Tenía la huerta a medio regar, porque se me había rebatado el torquén.*

Reblincar. Deformación de *rebrincar*.

Rebojo. Trozo de pan cortado de la hogaza. En mi niñez el cura del pueblo (don Antonino) reunía en el portalón de su casa el día de Todos los Santos, después de misa, a todos los niños y niñas en edad escolar y nos daba a cada uno un **rebojo** (también se decía **zoquete**) de pan. Eran los años difíciles de la

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

postguerra y a muchas familias les venía bien. Nos gustaba más el aguinaldo que nos daba el día de Reyes: esta vez era una naranja, todo un lujo para quienes no estábamos acostumbrados a ver esta fruta, propia de otras tierras más cálidas. Con el título de *Rebojos* el escritor leonés Antonio de Valbuena Gutiérrez, nacido (29-10-1844) y fallecido (13-03-1929) en Pedrosa del Rey (pueblo hoy sepultado bajo las aguas del pantano de Riaño), publicó una colección de cuentos humorísticos (Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1901). En el prólogo explica el significado de este vocablo y aprovecha para lanzar uno de sus habituales puyazos a la Academia de la Lengua, institución con la que no se llevó muy bien, por desfigurarle substituyéndolo por *regojo*. En la última edición del *DRAE* aparecen los dos vocablos. En la entrada *rebojo* apunta «Residuo de algunas cosas, especialmente de pan» y en la de *regojo*, que considera término desusado, «Pedazo o porción de pan que queda de sobra en la mesa después de haber comido».

Reburdiar. Murmurar, protestar por lo bajo, a veces emitiendo sonidos ininteligibles.

Rebusco. Acción de rebuscar en las tierras restos del producto después de haberse realizado la cosecha. No se consideraba un hurto actuar en fincas que no eran propias, ya que, una vez hecha la recolección, se aceptaba el ir a «rebuscar», teniendo en cuenta que quien procedía así lo hacía generalmente forzado por la necesidad. Había otro tipo de *rebusco*, esta vez con los niños como protagonistas. Después de las ceremonias de bodas y bautizos, en el recorrido desde la Iglesia hasta la casa, era costumbre que los padrinos lanzaran caramelos, golosinas y, a veces, monedas, que los niños nos apresurábamos a recoger. Pero después solíamos volver sobre nuestros pasos y hacer el *rebusco*, dado que con las prisas siempre había quedado algo sin recoger.

Recimo. Deformación de *racimo* que en mis tiempos de niño se oía con bastante frecuencia.

Regoltar. Variante de *regoldar* (eructar).

Regosta. Poste de madera, generalmente de roble, que se colocaba en las cuadras para separar las vacas e impedir que una invadiera el terreno de la compañera. Les servía también para rascarse.

Reguilete (beber a). Beber por la boca estrecha del botijo (para el agua) o del porrón (para el vino), dejando una cierta distancia con la boca, es decir, sin chupar. También se oía ...a *riguilete*. A quienes no lo hacían debidamente se les

Aurelio Valladares del Reguero

recriminaba: *No chupes y a ver si aprendes a beber a reguilete.*

Reguilón. Tramo del camino en cuesta pronunciada. El más conocido era el de la Becerrera, zona que en su día fue soto del río y se encuentra a un nivel más bajo que el resto del terreno. Cuando subían los carros cargados (de mies, patatas, remolachas, etc.), solía hacerse una pausa hacia mitad del trayecto, para que descansara la pareja de vacas, sujetando las ruedas con **morillos** o estacas. Con la Concentración Parcelaria quedó anulado y se hizo el acceso por la parte de arriba, donde se encontraba una de las fuentes más apreciadas del pueblo. Teniendo en cuenta que *reguilar* significa «Dicho de una persona o de una cosa: Moverse como temblando» (*DRAE*), hace pensar que la voz *reguilón* alude a la dificultad que conlleva subir por él.

Reguñir. Emitir sonidos que denotan malestar por parte de los animales (porque están encerrados mucho tiempo, porque tienen hambre...). También se aplica, en sentido figurado, a las personas. Es muy probable que se trate de una deformación de *regruñir*.

Regutir. Replicar o contradecir. Por ejemplo, cuando a un niño se le mandaba algo que no era de su gusto y este manifestaba su contrariedad, se le decía: *Hazlo inmediatamente y no me regutas.*

Reineta de patata. Variedad de la típica «manzana de reineta», caracterizada por el color pardo de su piel, semejante al de la patata, lo que explica su nombre.

Rejo (a). Locución adverbial usada para expresar que una acción se realiza a la fuerza, por semejanza con los animales, que obedecen cuando son picados con el rejo (o rejón) que lleva la **ahijada**. En sentido figurado, la persona que hace algo «a rejo» es porque se ha visto forzada a ello.

Rejón. Punta metálica afilada que se coloca en un extremo de la **ahijada** y sirve para picar (estimular) a las vacas.

Relámpago. Horca de hierro con los dientes doblados formando un ángulo recto y mango de madera. Servía para **esbalagar** la mies en la era, **pelar** la hierba del pajar (cuando no estaba muy **encalcada**), etc.

Relinchón. Nombre con el que se conoce el *pájaro carpintero*, también llamado *picamaderos*. Tiene un potente pico que le permite hacer un agujero en el tronco de los árboles, por el que accede al hueco del interior, donde construye su nido. El nombre viene del hecho de que emite un sonido que se asemeja al «relincho» del caballo.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Relleno. Trozo de masa, en forma ovalada, elaborado con miga de pan y huevo batido que luego se freía en la sartén o se echaba en el caldo del cocido. Era uno de los ingredientes habituales de las **viandas**.

Renagüey. Variante de **ranabuey** / **ranagüey**.

Renegrído. Mancha amoratada producida en la piel como consecuencia de un golpe. Equivalente a *cardenal*.

Renta (tirar a la). Ver **rodón (tirar a)**.

Rentero. Agricultor que **lleva** las fincas que son propiedad de otra persona.

Repelar. Ver **pelar hoja**.

Repinar. Llenar un recipiente sobrepasando el nivel de sus bordes, siempre que la materia lo permita. Se usaba mucho para referirse a la carga de los carros o de los cestos.

Repino. Efecto de **repinar**. Se aplicaba, preferentemente, a la parte que sobresalía en la carga del carro o del cesto donde se introducía lo **apañado** y que, en este caso, se sujetaba clavando la **zoleta** o un **picojo**. Los chicos que cumplían bien con su deber regresaban a casa llevando el cesto con **repino**. Si no era así, daba motivo a bromas de los mayores, que preguntaban con sorna: *¿Te ha quitado el repino la cigüeña?*

Replomo. Retroceso del caudal de agua y elevación de su nivel en una presa o madriz al encontrar un obstáculo. Para regar una finca grande, se colocaban compuertas o un **torquén** fuerte, según los casos, con el fin de retener todo o gran parte del caudal de agua, que, al elevar su nivel, entraba simultáneamente por todas las aberturas (**alverteros**) de la finca, evitando así tener que trancar la presa o madriz para cada una de ellas. *Mira cómo sube el replomo*, se decía. En las presas de los molinos se echaban las compuertas para encauzar el agua hacia la parte en que se encontraba el **rodesno** y se producía una situación similar. También ocurría cuando de forma casual caía un árbol al cauce o se desmoronaba (**esburciaba**) un trozo del malecón, etc. y se producía la retención. Entonces había que retirar cuanto antes el obstáculo, porque podía saltar el agua o reventar el malecón por sitios no deseados y causar graves destrozos.

Repodar. Recortar los arbustos de las **sebes**, la maleza de los **malecones** de la presa o de las **madrices**... Se distinguía de *podar*, que quedaba reservado para la acción de cortar las ramas de los árboles. No coincide con lo apuntado en el *DRAE*, que define la voz *repodar* de esta manera: «Recortar los troncos o ramas

Aurelio Valladares del Reguero

que al podar no quedaron bien cortados».

Represada. Cantidad de agua retenida en la presa, canal o una madriz y soltada de golpe. Corresponde al fenómeno posterior al descrito en el vocablo **replomo**. Cuando un regante terminaba la tarea en su finca, levantaba las compuertas o abría el torquén y llegaba la *represada* al siguiente.

Rescaño. Trozo de la hogaza de pan cortado de la parte del canto y que lleva bastante corteza, en oposición a los que contienen mucha miga y resultan menos apetecibles. Cuando en la comida el padre de familia cortaba la hogaza y repartía los pedazos (tarea que tradicionalmente le correspondía), solían surgir disputas entre los pequeños por llevarse los *rescaños*.

Rescolgarse. Colgarse de las ramas bajas de un árbol, con movimientos hacia arriba y hacia abajo, a modo de columpio.

Resno. Ácaro parecido a la garrapata que se adhería fuertemente a las patas de las vacas produciéndoles hinchazón y, por consiguiente, cojera. Había que arrancarlo de forma manual para evitar que el problema se agravara.

Respabilón (de). Locución adverbial equivalente a *de refilón*: de soslayo, en oblicuo...

Respetive (al). Locución adverbial equivalente a «con respecto a», «en comparación con». *Al respetive sale más barato comprarse el traje que la chaqueta sola*. Se trata de una deformación del cultismo latino *respective*.

Resquicera. Pequeña abertura en la pared. *Se nota el frío que entra por esa resquicera*. Deriva de *resquicio*, con el sufijo *-era*, presente en otras palabras, como *gatera*.

Restrallar. Crujir, chascar, resquebrajar. Palabra onomatopéyica que alude al ruido que se produce al romperse algo, particularmente si se trata de objetos de madera; o también cuando se queman algunas cosas. Una de las travesuras de los chicos de mi época era quemar **urces** verdes en el monte para oír como *restrallaban*.

Reteso. Ubre de las hembras de algunos animales. Por lo general se aplica a las vacas, aunque también a cabras y ovejas. Su tamaño era un excelente indicador de la producción lechera: *Mira qué reteso más grande lleva esa vaca, tiene que dar mucha leche*.

Retestar. Completar el contenido de un recipiente en todo lo que sea posible. *Tráete un cesto de paja bien retestado*.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Retestera (a la... del sol). Locución adverbial para referirse a algo que está expuesto al sol en los momentos en que calienta más. *Llegó a las doce de mediodía y le tocó esperar más de una hora a la retestera del sol.*

Retuercepescuezos. Pájaro de tamaño mediano cuya principal característica es que tiene el pescuezo largo sobre el que gira (*retuerce*) con facilidad la cabeza, lo que explica su nombre.

Revenir(se). Humedecerse algo, después de haber estado seco, como consecuencia del frío o de la humedad. En ocasiones la hierba segada que parecía estar ya seca no se podía recoger porque *estaba revenida*, lo que obligaba a dejarla más tiempo expuesta al sol. Es una variante de la 5ª acepción de este vocablo recogida en el *DRAE*: «Dicho de una masa, de una pasta o de una fritura: Ponerse blanda y correosa con la humedad o el calor».

Rezungar. Deformación de *rezongar*: «Gruñir, refunfuñar a lo que se manda, ejecutándolo de mala gana» (*DRAE*).

Ribera (la). Recibe este nombre el valle del río Esla desde Cistierna hasta Mansilla de las Mulas. Se opone a *la Montaña* (zona norte de Cistierna) y a *Campos* (zona sur y sureste de Mansilla). Cuando se habla de los «pueblos de la Ribera» se incluye a los que se encuentran dentro de los referidos límites tanto en la margen derecha del río Esla (Carbajal, entre ellos) como en la izquierda. Se distinguen también de los «pueblos del **Valle**» (también llamados los «pueblos del Monte»), aquellos que están situados en el interior, entre los ríos Esla y Porma por un lado y el Esla y el Cea por otro.

Ribón. Tierra que por uno de sus lados presenta un fuerte desnivel. Viene a ser sinónimo de *ribazo*, término del que serían válidas, con matizaciones, las dos primeras acepciones del *DRAE*: «Porción de tierra con elevación y declive» y «Talud entre dos fincas que están a distinto nivel». Se encuentra con frecuencia en los terrenos lindantes con el río. En Carbajal era muy conocido el que había al final de la Cañada, a mano izquierda. Era una pequeña pradera desde la que se contemplaba el Pozo Calderón y gran parte del Soto de Arriba y del río; siendo también el lugar ideal para ver las crecidas del río. Otros ejemplos eran el de la Calera (en la zona sur) y el de la Reguera (en el límite con el término de Santibáñez).

Riguilete (beber a). Ver **reguilete (beber a)**.

Ringle. Fila de las cepas de vid en las fincas dedicadas a este cultivo. El *DRAE*

Aurelio Valladares del Reguero

registra esta voz simplemente como sinónimo de *fila*.

Ringorrangos (hacer). Hacer movimientos en zigzag, andar haciendo eses. También se utiliza en el sentido apuntado por el *DRAE* (2ª acepción), que lo considera coloquialismo: «Adorno superfluo y extravagante». Recuerdo que en cierta ocasión una chica de Villacidayo me espetó en tono poco conciliador lo siguiente: *Los chicos de Carbajal / tienen muchos ringorrangos, / un pañuelo en cada bolso / y la moquita colgando*. Esta coplilla, que no había oído nunca, me sentó muy mal, hasta el punto de que durante un tiempo, cuando tenía que hablar de dicha mozuela, me refería a ella como la «chica de los ringorrangos», omitiendo su nombre de pila.

Riquín. Pájaro de color pardo oscuro y de tamaño muy pequeño, que construye su nido con hierbas y hojas en forma de horno. Es frecuente verlo por los corrales y pajares del pueblo.

Rito. Variedad de pez de río, de tamaño pequeño y unas manchas redondas longitudinales a los lados.

Rodea. Trapo de cocina.

Rodesno. Deformación de *rodezno*: «Rueda hidráulica con paletas curvas y eje vertical» (*DRAE*). Era habitual en los molinos de la zona. El agua lo hacía girar y este movía una piedra que actuaba sobre otra fija para moler el grano. También servía para producir energía eléctrica (el molino de Santibáñez dio luz durante años a este pueblo, Carbajal y alguno más del Valle. Se decía: *Das más vueltas que un rode sno*).

Rodón (tirar a). Forma de tirar la bola en el juego de bolos. Cuando la mano (el punto de tiro) está lejos y el jugador no quiere arriesgar a que se le quede corta la bola al lanzarla al castro, opta por tirarla a ras de suelo describiendo una curva calculada para que llegue *rodando* hasta el castro. En ocasiones no era por problema de lejanía, sino porque el jugador consideraba más propicia esta táctica en un momento del juego. Algunos llamaban a esta modalidad **tirar a la renta**.

Roncear. Mover la **ceranda** en sentido circular, haciendo que las hojas secas, pajas y material de desperdicio, al tener menos peso que el grano, se vayan acumulando en el centro, de donde resulta fácil cogerlo con la mano y tirarlo.

Rosnar. Equivalente a *rebuznar*: «Dar rebuznos. / Voz del asno» (*DRAE*).

Rosnido. Sonido emitido al **rosnar**.

Rucio. Según el *DRAE*: «Dicho de un animal, especialmente de una caballería:

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

De color pardo claro, blanquecino o canoso». Entre nosotros significa descolorido y se aplica a cualquier objeto.

Rugidero. Artefacto que sirve para «rugir», utilizado como juguete para entretener a los niños muy pequeños. Equivalente a *sonajero*.

Rungar. Comer algo que está duro produciendo ruido al masticarlo.

<S>

Sabariego (chorizo). Chorizo hecho con vísceras del cerdo (pulmón, corazón, etc.) y, por tanto, de inferior calidad al normal (hecho con carne). Solía echarse en el cocido y era un ingrediente más de las **viandas**.

Sacar una foto. Expresión usada como advertencia y reproche a la chica que se sentaba de forma descuidada e involuntariamente enseñaba sus prendas íntimas. Se llamaba su atención con frases como estas: *No nos saques una foto, ¿Vas a sacarnos una foto?* El posterior uso generalizado de los pantalones entre las chicas ha acabado con este problema.

Saleras. Maderas largas que se acanalaban y servían para echar la sal que se daba a las ovejas. Solían estar colocadas en los alrededores de las **cortes**.

Saltadero. Artefacto de madera colocado en un punto de la **sebe** para saltar de un lado a otro y evitar dar rodeos cuando se cruzaba una huerta. Solía consistir en dos estacas hincadas en el suelo y dos palos horizontales clavados en ellas. Por él podían pasar las personas, pero no las vacas.

Saltarse. Descascarillarse los objetos de vidrio, porcelana, loza o similares.

Saltón. Efecto de **saltarse**. *Se ha caído el plato al suelo y se ha hecho un saltón.*

San Martino. La feria de ganado más importante de la zona y una de las más antiguas de la provincia de León. Tenía lugar el 11 de noviembre (festividad de San Martín de Tours) en Mansilla de las Mulas.

Sanchi. Voz que se usa repetida para llamar a los conejos cuando se les echa comida.

Sansirolón, na. Adjetivo aplicado a la persona torpe, de poco espíritu o que

Aurelio Valladares del Reguero

demuestra escasas dotes a la hora de actuar. A veces se oye *sansirolé*.

Santos. Nombre coloquial dado a las ilustraciones de los libros especialmente en los ambientes infantiles. *Es un libro muy bonito y con muchos santos*, se decía para resaltar su interés. El *DRAE* (15ª acepción) lo hace sinónimo de *estampa* («dibujo que ilustra una publicación»). En otros lugares de España se hablaba de las «estampas de un libro». Aunque el término *estampa* se refiere a cualquier tipo de reproducción de un dibujo, pintura, fotografía, etc., por antonomasia es la de contenido religioso (*santos*). Tendríamos, pues, el siguiente proceso evolutivo: *ilustración / dibujo* > *estampa* > *santos*.

Sapada. Caída violenta de bruces, dar con la barriga en el suelo. Deriva de *sapo*, quizá porque este animal se mueve con dificultad y tiene una barriga pronunciada. El *DRAE* registra el uso de este vocablo en León y Salamanca.

Saque. Disponibilidad para el trabajo, capacidad de iniciativa. *¡Qué poco saque tienes!*, se reprocha a la persona lenta en reaccionar o en ejecutar una tarea.

Sarrio. Nombre que se aplicaba al hollín formado en las chimeneas. Es probable que surgiera este vocablo como una deformación de *sarro*: «Sedimento que se adhiere al fondo y paredes de una vasija donde hay un líquido que precipita parte de las sustancias que lleva en suspensión o disueltas» (*DRAE*). También se decía **cirrio**.

Sebe. Según el *DRAE*: «Cercado de estacas altas entretrejidas con ramas largas». En nuestro pueblo estaba formada por todo tipo de arbustos y de árboles (paleras, chopos...; incluso árboles frutales). A veces se reforzaba con las **latas**. Era el cierre habitual de las huertas, donde se podía dejar pastar a los animales sin peligro de que se escaparan, aunque a veces lo conseguían haciendo un **gatero**, que era preciso cerrar.

Secaño. Sensación de sequedad en la garganta y fuerte sed, como consecuencia de haber estado trabajando en horas de intenso calor. *¡Qué secaño tengo, acércame el botijo!*

Señas (hacer las). En el juego de la **brisca** (con la baraja española) hacer indicaciones, mediante gestos de la cara, al compañero que lleva la cuenta del juego y ordena la carta que debe jugarse en cada momento. Las habituales son estas: elevar las dos cejas, si se tenía el as; guiñar un ojo, para el tres; mover hacia afuera los dos labios, para el rey; torcer la boca, para el caballo; sacar la punta de la lengua, para la sota; mover la cabeza hacia un lado, si se tiene una brisca (un as

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

o un tres); mover la cabeza hacia un lado y otro (tener dos briscas); cerrar los ojos, no tener ni triunfo ni brisca. Por supuesto, había que hacerlo con cuidado de que no lo vieran los jugadores del bando contrario, ya que se les daba pistas para plantear las jugadas.

Señor, ra. Forma de tratamiento usada delante del nombre de pila (no del apellido): *el señor Luis, la señora María*. Era la forma de referirse, por parte de los más jóvenes, a las personas mayores. Alternaba con **tío, a**, aunque este tratamiento se consideraba más coloquial.

Serdas. Deformación de *cerdas* (*DRAE*, 1ª y 2ª acepción). Pelo grueso y duro de algunos animales. Se aplicaba, fundamentalmente, al cerdo y al jabalí.

Serrote. Nombre con el que se conoce habitualmente el *serrucho* (voz apenas utilizada).

Servendo, a. Adjetivo que se aplica a las crías de animales que nacían en fecha posterior a la habitual o productos que maduraban más tarde de lo normal. Se hablaba de *corderos servendos, trigos servendos, manzanas servendas*, etc. Había preferencias hacia los productos tempranos, como revela este refrán: *Si lo temprano miente, lo tardío (o lo servendo) siempre*.

Sestiar. Deformación de *sestar* (pasar la siesta), quizá por influencia de *sestil* (lugar en el que sesteaba el ganado).

Silbo. Silbato hecho con palos verdes de paleras en primavera, cuando discurre en abundancia la savia entre el tronco y la corteza, lo que permite, tras unos ligeros toques con las cachas de la navaja, sacar la corteza en forma de tubo. Se hacían los orificios correspondientes y se volvían a acoplar las piezas, con un resultado muy semejante al de cualquier silbato. No obstante, tenían escasa duración, ya que la corteza se secaba pronto y terminaba rompiéndose, pero servían de entretenimiento para los más pequeños.

Sirga. Se dice de la vaca que tiene una mancha blanca ocupando gran parte de la barriga. Difiere del criterio seguido en el *DRAE*, a la hora de definir el adjetivo *sirgo/a*, cuyo uso localiza en Asturias y León: «Dicho de una res: Que tiene el pelo con manchas blancas y negras».

Soba. Aparte de otros usos comunes, se aplica al esfuerzo grande que se ha hecho realizando una tarea de la que deriva cansancio y fatiga. *¡Menuda soba me he dado segando la huerta!*

Sobaquilla (a). Locución adverbial para denominar un modo particular de

Aurelio Valladares del Reguero

lanzamiento de piedras: apoyando el brazo en el cuerpo y moviendo la mano y el antebrazo sobre el codo describiendo un arco ascendente por debajo del sobaco del otro brazo. También se dice, aunque menos, *a sobaquillo*, que sí registra el *DRAE*.

Sobeo. Correa de piel similar a las **cornales**, aunque algo más ancha y corta que estas, que sirve para unir el yugo de la yunta a la vara del carro en torno al **cabijal**.

Sobiyuelo. Sobeo pequeño (según indica el nombre) con el que se enganchaba la pareja de vacas al arado, a los cambicios de los trillos, etc.

Sogas. Cordeles largos y de grosor mayor al de un cordel normal, utilizados para sujetar la hierba y la mies en el carro durante el acarreo. La parte central se enganchaba en la vara del carro y arriba se abría en dos líneas paralelas que recorrían la carga a escasos centímetros del borde y en la parte trasera se cruzaban para atarse en el lado contrario, rodeando cada una las respectivas partes salientes del **pico** y del **verbión**. Servían, además, para ayudar a bajar al que estaba cargando arriba. A la hora de atarlas intervenían los dos cargadores (el de abajo y el de arriba) para tensarlas todo lo posible con movimientos acompasados: uno presionando hacia fuera y abajo en la parte trasera, y el otro tirando del extremo de la sogas apoyándose con el pie en los radios de la rueda.

Sogueña. Arbusto que crece en las **sebes** y entre la maleza del soto del río, y produce unas tiras largas, al modo de sogas (de ahí su nombre), utilizadas por las niñas para saltar a la comba. Se decía entre los chicos que era apto para fumar, pero lo cierto es que, aunque se intentaba (cortando trozos al modo de cigarrillos), los resultados hacían la experiencia poco atractiva.

Solana. Ladera del monte en la que da más el sol. Es la parte opuesta al **avesedo**.

Solanada. Efecto de realizar un trabajo bajo los impactos del sol durante las horas de más calor. *Ha estado segando y menuda solanada ha cogido*.

Soleadura. Insolación, malestar o enfermedad producida por haber estado expuesto mucho tiempo a los rayos del sol.

Soloño, a. Soso/a, insípido/a. Se aplica a la comida y también, en sentido figurado, a las personas torpes o de poco espíritu.

Sonce. Adjetivo aplicado a las cosas de mala calidad y, particularmente, a los terrenos poco fértiles. *Esta tierra es sonce, no se puede sembrar en ella*

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

remolacha.

Sonroderas. Se dice de las roderas del carro cuando, por la humedad del terreno, se han hecho más profundas de lo habitual. El prefijo *son-* funciona como intensivo.

Sonseñar. Imitar, en tono paródico, los gestos y forma de hablar de otra persona. A veces se oye *sonsañar*.

Sopas. En los pueblos de la zona las sopas (siempre en plural) por antonomasia eran las «de ajo», base de los **almuerzos** (desayunos). *Ir a comer las sopas* era lo mismo que *ir a desayunar*. En mis tiempos de niño cada miembro de la familia disponía de una pequeña cazuela de barro para su ración. Poco a poco fueron sustituyéndose por la leche, aunque también con miga de pan. El Cola Cao para los niños llegaría más tarde.

Sorniquear. Emitir sonidos con la nariz como consecuencia de una congestión nasal o resfriado, que impide la respiración normal. *Me he pasado dos días sorniqueando, pero con estas pastillas se me ha solucionado el problema.* Pudiera entenderse como un vulgarismo derivado de *sonar*.

Sosainón, na. Adjetivo aumentativo coloquial de *sosaina*: «Persona sosa» (*DRAE*).

Soto. Nombre genérico que se da al terreno comunal que se encuentra al lado del río Esla, donde pastaba la vacada del pueblo durante el día desde finales de primavera hasta comienzos de otoño. Gran parte de él era inundado por las aguas del río durante las crecidas de finales de invierno-comienzos de primavera. Solía hablarse del *Soto de Arriba* y *Soto de Abajo*. Una parte llana y con poca vegetación del Soto de Abajo, por debajo del cruce de la presa de Villacidayo, a la altura de la Tabla de la Becerrera, fue roturada en 1964 y se repartió en suertes a los vecinos para sembrar cereal. Años después prácticamente todo el soto fue plantado de chopos.

Suertes. Lotes de tierras, leña, etc. que se repartían por sorteo entre los vecinos. Las más habituales eran las que se realizaban cada año con la leña del monte. Para ello se convocaba a **cendera** y ya en el lugar elegido para ese año se marcaban los lotes (tantos como vecinos del pueblo), señalando en el tronco de los robles, **talayas** o ramas de pie los números correspondientes (en numeración romana, al ser más fácil de ejecutar que la arábica). De vuelta al pueblo se sorteaban los números. Luego ya cada vecino procedía a realizar la corta, que se

Aurelio Valladares del Reguero

apilaba en **morenas**, para posteriormente acarrearla en carros hasta el leñar de casa.

<T>

Tabla (de agua). Agua remansada del río en las zonas de mayor profundidad o como consecuencia de un **puerto** del que sale una presa de riego o de molino, particularmente en la época de verano, cuando disminuía sensiblemente el caudal. Desde el funcionamiento del Pantano de Riaño (1988) el caudal del río es más uniforme a lo largo de todo el año. La más conocida era la Tabla de la Becerrera. El nombre es fácil de explicar, ya que al estar el agua quieta, su superficie se asemeja a una «tabla».

Tablizo (de agua). Lo mismo que **tabla**, pero de menor extensión.

Taja. Asiento de madera con tres patas. Se solía emplear para ordeñar las vacas a mano, colocando el caldero entre las piernas.

Tajo. Trozo del tronco de un árbol que se utilizaba como asiento.

Talaya. El *DRAE* lo registra como modismo de León con el significado de «roble joven». No es del todo válido para nuestro caso, ya que existe una clara distinción entre el «roble» viejo, de tronco ancho y desmochado (por tanto de no mucha altura), y la «talaya», roble que ha crecido en altura al estilo de otros árboles (como, por ejemplo, el chopo o el negrillo). Entiendo que lo determinante es la altura, de ahí la posible explicación de su nombre, que previsiblemente sea una aféresis de *atalaya* (lugar alto desde el que se domina un amplio espacio). Era utilizada para vigas, postes, etc.

Tamboriteros. Pequeño grupo musical que amenizaba las fiestas, por lo general con tres instrumentos (dulzaina, tambor y bombo), aunque a veces podían ser solamente dos (dulzaina y tambor).

Tamburriar. Empujar, hacer tambalear. Verbo utilizado en los ambientes infantiles: *No me tamburries*. Variante de **emburriar**.

Tamburrión. Acción o efecto de **tamburriar**.

Tan siquiera. Expresión adverbial con valor negativo, equivalente a «ni siquiera». *Pasó por delante y tan siquiera nos saludó*.

Tanque. Recipiente cilíndrico de latón, con un asa, de un medio litro

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

aproximado de capacidad. Se utilizaba para sacar agua caliente de la caldera de la «cocina económica», sacar agua del caldero para echarla al puchero (estoy hablando de cuando no había agua corriente en las casas) y otras muchas aplicaciones en las tareas de cocina. Coincide en líneas generales con la 6ª acepción que recoge el *DRAE* para esta voz, pero localiza su uso en Asturias, Cantabria, Guipúzcoa, la Rioja y Vizcaya.

Tanza. Nombre que se daba al sedal de la caña de pescar (registrado en el *DRAE*). Siendo yo niño, las cañas de pescar eran muy simples: un palo largo (generalmente de palera) a cuya punta se ataba un extremo de la **tanza** y en el otro extremo se colocaba el anzuelo (a veces hecho con un trozo de alambre doblado en curva y con la punta afilada), en el que se ponía la **moruca**, y como corcho valía un simple tapón de botella. La **tanza** servía, en ocasiones, para que algunos chicos traviesos ataran un extremo en el llamador de una puerta y lo accionaran desde un lugar escondido. Se hacía ya entrada la noche, con lo que alguien de la casa abría la puerta y se encontraba con la sorpresa de que no había nadie.

Tapín (generalmente empleado en plural: **tapines**). El *DRAE* lo registra como un modismo de Asturias, Cantabria y León: «Pedazo de tierra trabada con hierba y raíces que se corta con la azada». Se solían sacar, con forma redondeada y no mucho grosor (a manera de una torta), en los valles del monte. Se utilizaban en los puertos del río de los que salen las presas de riego o de molino, ya que «tapan» muy bien (de ahí su nombre). También servían (con *urces* debajo) para cubrir, a modo de tejado, las tapias hechas con adobe. Menos sofisticados eran los tapines que se sacaban de forma ocasional con la pala en los bordes de las madrices (trozos de tierra compactada por las hierbas) para hacer los **torquenes**.

Tapinera. Azada apropiada para cavar los **tapines**. Solía ser un poco más ancha de lo habitual, para ser efectiva en este cometido.

Tardecica (a la). Locución adverbial de tiempo usada para referirse al final de la tarde, antes de ponerse el sol. *Empezaremos a la tardecica, cuando hace menos calor.*

Tarrón. Deformación de *terrón*. Aparte de los de tierra (de ahí su nombre), se hablaba también de «tarrones de azúcar» o «tarrones de sal».

Taruco. Trozo cilíndrico de madera, con un extremo más estrecho por el que se incrusta en las tres **pellas** de las **madreñas**. Servían para ganar altura y al mismo tiempo proteger las madreñas, ya que cuando se gastaban se cambiaban

Aurelio Valladares del Reguero

por otros. A veces eran sustituidos por suelas de goma o caucho que se clavaban en las pellas. Su nombre está relacionado con el de *tarugo*, de significado más amplio y general.

Taruquillos. Reciben este nombre los cuatro salientes que hay en la parte superior del yugo de vacas, dos en el centro y dos en los extremos, en los que se sujetan las **cornales**. Es un diminutivo de *taruco*, pero entendido como trozo de madera (tal como define el *DRAE* el vocablo *tarugo*), no como el de las madreñas, de tamaño más pequeño que el del yugo.

Telares. Trastos, cosas viejas de escasa o nula utilidad. *Tengo que hacer limpieza en esa habitación, porque está llena de telares.* En muchos casos es sinónimo de **ajuares**. En ocasiones he oído hablar de **telarones** (que sería un aumentativo), con significado similar, pero referido a aspectos inmateriales (líos o desavenencias familiares, situaciones complicadas, momentos de apuro, etc.). El relato de algún chisme familiar o situación embarazosa se resumía con la exclamación *¡Vaya telarones!*

Tempero. «Sazón y buena disposición en que se halla la tierra para la sementera y labores» (*DRAE*). Aunque es válido este significado para nuestro caso, siempre se presuponía que la tierra, debajo de la capa exterior, tuviera el punto de humedad adecuado para proceder a la siembra.

Tentecarnero (ponerse a). Colocar el cuerpo con los brazos y la cabeza hacia abajo y las piernas hacia arriba. Es lo que comúnmente se conoce como «hacer el pino».

Teso. Pequeña elevación en una finca que se hace notar en el momento del riego. *Tiene que entrar bastante agua en la huerta, porque si no, hay un teso que se queda sin regar.*

Tijera. Insecto que es frecuente ver entre la corteza y el tronco de los árboles o en cualquier trozo de madera. Lo más característico de él es que tiene al final del abdomen dos pequeñas pinzas que actúan a modo de tijeras (de ahí su nombre).

Tinieblas. Momento del oficio litúrgico del Viernes Santo en que apagaban las luces, los chicos movían con toda intensidad los **matracos** y las chicas accionaban las carracas. A medida que se iban cantando los oficios se iban apagando velas hasta llegar al momento de total oscuridad (las *tinieblas*). Transcurridos unos minutos, el mayordomo encendía las luces y cesaba el ruido de matracos y carracas. Lo recuerdo siendo yo pequeño, pero pronto desapareció esta costumbre,

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

aunque todavía tuve tiempo de participar algunos años con mi matraco.

Tiñuela. Planta parásita de color amarillento que aparecía en las tierras de alfalfa y trébol, y se extendía en redondo, impidiendo el crecimiento en las zonas afectadas. Se la combatía cavando el terreno o quemándolo, pero a veces resultaba difícil acabar con ella, por lo que la única solución viable era roturar toda la finca y cambiar de cultivo.

Tío, a. Forma coloquial de tratamiento utilizada delante del nombre de pila (*el tío Antonio, la tía Pilar*) por los más jóvenes con respecto a las personas mayores. Alternaba con **señor, ra**, aunque este era considerado de nivel más culto. En el caso del homónimo, que indica parentesco, se sustituye el artículo «el» / «la» por el posesivo «mi» (*mi tío Antonio, mi tía Pilar*) o se omite el determinante (*es la viña de tío Antonio, voy a casa de tía Pilar*).

Tirapiedras. Nombre dado al *tirachinas*. Costa de una horqueta de madera de la que salen las dos tiras de goma, unidas en sus extremos en una badana, en la que se coloca la piedra para ser lanzada.

Tirar. En la lucha leonesa derribar al luchador contrario. En los campeonatos informales (no organizados por la Federación) que se hacían en los pueblos solía haber un premio para «el que más tire», es decir, el que lograba derribar a un mayor número de luchadores.

Titi. Voz empleada para llamar al perro.

Tito (cantudo). Planta herbácea de semilla en forma aplastada. Corresponde al término *almorta*, registrado en el *DRAE*. La siembra y recogida tenía un tratamiento similar al del garbanzo. No era de consumo humano, sino que se servía cocido a los cerdos. Se sembraba en tierras de secano, alternando cada año con cereales. A veces era llamado «tito cantudo», para diferenciarlo del **tito redondo**, el que comúnmente se denomina «guisante» y que sí es de consumo humano. Estas variedades de titos, así como los garbanzos, son muy apetecibles cuando el grano se encuentra ya formado pero todavía está verde. Los chavales hacíamos más de un estrago en los sembrados. He recordado muchas veces con mi primo Carlos la bronca que, siendo nosotros pequeños, nos echó el señor Emiliano González en el Valle Ranero (tenía un garbanzal lindando con la huerta en que cuidábamos las vacas): *Como vos vea en mis garbanzos, vos cojo, vos ato a las talayas y vos subo p' arriba y pa bajo*. Tenía motivos para el enfado, pero ya no dimos ocasión de que se le pasase por la imaginación aplicar tan drástica medida.

Aurelio Valladares del Reguero

Tito redondo. Nombre usado para referirse a la planta y a la semilla del *guisante*.

Tocinero (o **tocinera**). Pájaro de colores, del tamaño de un gorrión, que merodea por los corrales y hace el nido en los huecos de las paredes de adobe de pajares, cuadras, horneras, etc.

Tolendo, a. Adjetivo aplicado a la persona necia, irresponsable. *No te fíes de él, que es un tolendo.*

Tolón, na. Juerguista, jaranero.

Tomillo. Se aplica este nombre a la planta comúnmente conocida como *cantueso*. Se daba principalmente en terrenos pedregosos, así como en los valles y laderas del monte. Se echaba en el suelo de las calles cuando estas eran engalanadas para la procesión del Corpus Christi. Al tomillo auténtico se le da también el mismo nombre. De ahí que algunos especifiquen entre el «tomillo blanco» (el tomillo común) y el «tomillo morado» (*cantueso*), debido al distinto color de sus flores.

Toñada. Aféresis de **otoñada**.

Topinera. Montón de tierra que levanta el topo hasta la superficie. A veces en las huertas aparecían muchas causando serios inconvenientes, no solo porque interrumpían el crecimiento de la hierba, sino también porque suponían un obstáculo a la hora de segar.

Tora (estar). Periodo de celo en las vacas. El nombre puede proceder de que está apta para que la cubra el toro, pero también del hecho de que la vaca en celo (que normalmente se encuentra en manada exclusiva de hembras) se comporta como los toros: intenta montar a las otras vacas, aunque si otra lo hace con ella permanece quieta en actitud receptiva. Esto lo sabían todos los chicos que desde de corta edad cuidaban las vacas y lo comunicaban a su padre para llevarla al toro semental o (años más tarde) avisar al veterinario de inseminación artificial.

Torar. Acción de cubrir el toro a la vaca.

Torda. Nombre dado al pájaro comúnmente conocido como *mirlo*. Hay que recordar que su nombre científico es «*turdus merula*», lo que puede explicar el origen de esta denominación. Es distinto del *tordo*, pájaro de tamaño más pequeño.

Torna. Surco ancho que sirve para marcar la separación entre dos fincas. J. M. Urdiales (*El habla de Villacidayo...*, p. 399) lanza la siguiente hipótesis: «¿Se

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

llama así porque es donde vuelve el que ara o siega, en dirección contraria, hacia atrás?». Habría que precisar un poco más la explicación anterior: es porque después de pasar el arado en un sentido hay que «tornar» (volver) con el arado en sentido contrario para que así el surco sea más grande.

Torquéen. Barrera que se hacía en la madriz para desviar el agua de riego hacia la finca. Se clavaban en el suelo palos (**picojos**), delante de los cuales se colocaban otros palos atravesados, maleza y tierra o tapines, con algún canto grande detrás, si se encontraba a mano.

Torresno. Deformación de *torrezno*: «Pedazo de tocino frito o para freír» (*DRAE*). Solían tomarlo frito, sobre todo los hombres, en el «almuerzo» (así se llamaba al desayuno), después de las sopas de ajo y, si podía ser, con algún trago de vino.

Tortollo. Inflamación de la piel como consecuencia de la picadura de algún insecto.

Torzón. Enfermedad en el vientre que padecen las caballerías. Rara vez, por asociación, se aplicaba a las personas con molestias digestivas.

Tosta. Rebanada de pan untada con nata, mermelada, tocino cocido, etc. Forma abreviada de *tostada*: «Rebanada de pan que, después después de tostada, se unta por lo común de manteca, miel u otra cosa» (*DRAE*). El término *tosta* es de uso frecuente en varios lugares de España, si bien el *DRAE* no lo recoge.

Tostear. Pelearse los carneros chocando las cabezas.

Toza. Trozo de leña para ser quemada en la lumbre. Las ramas de roble se **picaban** —en el **picadero**— (se cortaban) en trozos de unos 30 cm. de largo, dado que tenían que caber en las «cocinas económicas» de entonces.

Trafullero, a. Forma epentética de *fullero/a*: «Que hace fullerías» (*DRAE*). Se aplica a la persona que ejecuta las tareas de forma atropellada y sin orden. Cuando se refiere a tratos o negocios, tiene una carga negativa en el plano ético, ya que quien recibe este calificativo es porque se entiende que busca confundir a la otra parte y sacar un beneficio de su forma de actuar; es decir, vendría a ser sinónimo de «tramposo». Aunque el *DRAE* no recoge el adjetivo *trafullero/a*, su uso es relativamente habitual en varios lugares de España.

Trancar. Asegurar el cierre de una puerta mediante un **cabijo** (colocado por dentro) o, si dispone de cerradura, dando vuelta a la llave. Había una clara diferencia entre *cerrar* (arrimar la puerta sin aplicar ningún dispositivo de

Aurelio Valladares del Reguero

seguridad) y *trancar*. Tenía otras aplicaciones este verbo. Se hablaba de *trancar la presa* o *la madriz* (con **comportas** o **torquenes**) para proceder al riego de una finca. Y en la lucha leonesa significa trabar la pierna del contrario con una **maña**. ¡*Venga, tráncale la mediana!*, se oía decir como grito de ánimo a un luchador.

Traviesas. Trozos de madera, hechos al estilo de las vigas, que se colocaban en el suelo de las cuadras y cubiles, sobre los que se echaba paja molida y servían a los animales (vacas y cerdos, respectivamente), para recostarse. Hay un lugar del monte de Carbajal conocido por «las Traviesas», seguramente porque abundaba en plantas de roble para hacer estas piezas.

Trébede. Además del significado habitual (aro de hierro con tres pies), tiene otras dos aplicaciones, con diferente género gramatical. 1. *La trébede de la cocina*: poyete, generalmente recubierto de azulejos, contiguo a la cocina económica o que cubre el hueco de la horneja de las cocinas antiguas, donde se colocan los cacharros de cocinar. 2. *El trébede del trillo*: palo curvo que sale del trillo y en el que se engancha el **cambicio**. Los trébedes de los trillos tendían a desaparecer, en favor de ganchos de hierros clavados en él, en los que se trababa una cadena colocada en el extremo del cambicio.

Trecharse. Aféresis de **atrecharse**.

Tremuela. Caja en forma de tronco de pirámide invertida en la que el molinero echa el grano para que vaya cayendo poco a poco en las piedras de moler. También se aplica a la pieza que se encuentra en la parte superior de la «máquina de limpiar» en la que se echa la paja trillada. En otros lugares recibe el nombre de *tolva*.

Tres (dar las). Tres toques de campana que anuncian que el acto religioso (misa, rosario...) va a comenzar. Alrededor de media hora antes se han dado unos cincuenta o sesenta toques como primer aviso para los feligreses.

Tres menos sesenta (a las). Locución adverbial utilizada con verbos de movimiento (*ir, andar...*) para expresar la premura de tiempo con que se actúa, lo que repercute en llegar tarde a las citas o ejecutar acciones después de lo debido. *No madrugaste esta mañana y ahora has tenido que ir a las tres menos sesenta.*

Tresmallo. El *DRAE* registra la voz *trasmallo*, procedente de *trimaculum*, de *tri* «tres» y *macula* «malla», que define como «Arte de pesca formado por tres redes, más tupida la central que las exteriores superpuestas». Sin embargo, resulta más acorde con la etimología la forma *tresmallo*, que es la utilizada en nuestra

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

zona y que el *DRAE* no tiene en cuenta. Se trata de un artilugio usado para pescar en el río en la modalidad de arrastre, de diferentes tamaños, aunque predominaban los de poco más de un metro de alto y de quince a veinte metros de ancho. Los que yo conocí constaban de dos redes (no de tres) juntas: la primera de huecos pequeños y otra detrás con huecos grandes, con lo que los peces atrapados en la primera, al intentar salir, se introducían en la segunda red formándose bolsas en las que quedaban enredados e inmovilizados. En la parte de abajo se ponían trozos de plomo u otro metal para que se extendiera hacia abajo. Abrazaba prácticamente el ancho de una **tabla** del río y lo arrastraban dos personas, una a cada extremo. Si participaban más personas, estas tiraban piedras o se introducían en el río y daban golpes con palos en la superficie del agua, con el objeto de hacer que los peces se dirigieran hacia la red. Después de recorrer un trecho o esperar la llegada de los peces a la red por la acción de los colaboradores (según lo determinaran las circunstancias de cada momento), se iban cerrando progresivamente los extremos hacia una orilla hasta dejar totalmente acorralada la pesca. Si había muchos peces, el momento final era todo un espectáculo, ya que empezaban a saltar de forma desesperada (a veces de fuera hacia dentro, aunque alguno lo hacía al contrario y lograba escapar). Pronto este sistema de pesca se ilegalizó. Por supuesto, desde el establecimiento de «cotos», su uso quedó desterrado.

Tresmano (a). Locución adverbial para indicar lejanía, distancia, separación. *No voy a poder acercarme, me queda muy a tresmano.*

Tresnar / tresno. Deformación de *estrenar / estreno*. Se oía a veces entre las personas de más edad.

Trigos (irse a los). Esta expresión tiene como primer referente los animales que se salen del lugar de pasto para irse a los trigos (en la época en que están verdes y tiernos), lo que causaba importantes destrozos. De ahí que los que cuidaban el ganado particular o los que iban de **vecería** con la vacada del pueblo tuvieran que vigilar para impedirlo. Por extensión pasó a referirse, en sentido figurado, a las personas, particularmente chicos y jóvenes, que realizan algo indebido. Por eso, cuando se imponía un castigo, a veces se apostillaba: *¡Y ahora verás que ya no te vas a los trigos!*, es decir, no volverás a hacer nada malo. En este contexto debe entenderse la advertencia que se hacía en tono jocoso al varón recién casado, recordándole—según el tópico generalizado—que acababa de perder la libertad de que gozaba de soltero con esta copla: *Ya te pusieron el yugo, / ya te*

Aurelio Valladares del Reguero

ataron a jamosta, / ya no te vas a los trigos / ni aunque te pique la mosca. Y otra derivación, también dentro del mismo contexto, es la frase *¡Vuelta la burra a los trigos!*, usada para significar que alguien que había dicho o hecho algo inadecuado, lo repetía de nuevo.

Trilla. Servía tanto para denominar la acción de trillar como el círculo que se formaba con la paja del cereal (centeno, cebada, trigo o avena). Cuando la paja estaba ya suficientemente molida, se recogía con el **aparvadero**. Si al día siguiente se trillaba el mismo cereal, no hacía falta barrer la trilla, lo que sí era necesario cuando se producía el cambio. La trilla era la tarea por antonomasia del verano, en la que participaban todos los miembros de la familia, incluidos los niños y niñas desde muy temprana edad. En Carbajal prácticamente todos los agricultores la realizaban con parejas de vacas (apenas se utilizaban bueyes) y rara vez con caballos, burros o mulas. En el trillo se sentaba (en un taburete o silla) una persona (generalmente mujeres y niños), con una **ahijada** para estimular a las vacas y un recipiente de latón u otro artilugio similar para recoger las heces, ya que si caían en la trilla, se pegaba la paja al trillo y este aparvaba (amontonaba) la paja, sobre todo cuando ya estaba bastante molida. Los varones jóvenes y adultos tenían encomendadas las tareas que exigían más fuerza física: **esbalagar**, dar vuelta a la trilla, etc. La trilla solía durar prácticamente todo el mes de agosto. Este vocablo se utilizaba también, en sentido figurado, para referirse a un conjunto de cosas desordenadas o a los desperfectos derivados de una tarea mal ejecutada o de otras circunstancias: *Estuvieron allí jugando los chicos y menuda trilla han dejado.*

Trillador. En realidad es la persona que trilla, pero este vocablo se reservaba al que trillaba por cuenta ajena. No era infrecuente que en algunas familias numerosas, alguno de los chicos trabajara durante el verano en casas donde no había miembros de esa edad. Sacaban algún dinero y, sobre todo, cobraban en especie (comida, ropa...) que venía muy bien para sus casas.

Trillero. Especialista en la fabricación de trillos, así como también en su mantenimiento (sobre todo reponiendo las piedras). Eran famosos los **trilleros** del pueblo segoviano de Cantalejo, que se desplazaban hasta aquí durante el verano. Una de estas familias, la de Mariano Fuentenebro, se instaló durante varios veranos en Santibáñez y mantuvo una relación muy amistosa con la familia de mi abuelo materno Luis del Reguero. Yo solo llegué a conocerlo algún tiempo

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

después, con motivo de una visita que hizo a mi madre (ya en Carbajal), acompañado de su hijo Francisco Fuentenebro Zamarro, que muy poco antes había sido ordenado sacerdote, ocasión que aprovecharon para rememorar viejos tiempos. Más tarde tuve en Madrid algún contacto con dicho hijo, que por entonces demostraba inquietudes de investigador, de las que han derivado varios libros y artículos publicados.

Triunfo. Palo de la baraja que en cada juego tiene valor superior a los tres restantes. Queda determinado por la carta que muestra el jugador al que por turno le toca repartir.

Tronzador. «Sierra con un mango en cada uno de sus extremos, que sirve generalmente para partir al través las piezas enteras» (*DRAE*). Lo manejaban dos personas y era el instrumento utilizado para cortar árboles (chopos, robles...) y troncos gruesos de madera, antes de la llegada de las sierras mecánicas actuales. Se solía untar, de vez en cuando, con tocino rancio para facilitar el deslizamiento entre las dos partes del corte, a medida que este iba descendiendo.

Tronzar. Cortar madera con el **tronzador**.

Turullo. «Cuerno que usan los pastores para llamar y reunir el ganado» (*DRAE*). Solía ser un cuerno de vaca y lo utilizaba el vaquero del pueblo para anunciar a los vecinos la salida de la vacada para el monte o para el soto.

Tute. Juego de cartas (con la baraja española). Se podía jugar entre dos (repartiendo ocho cartas a cada uno y luego «robando») o entre cuatro (dos contra dos, con el reparto total de las cartas desde el inicio). Podía darse el «tute de reyes» o «tute de caballos», consistente en que un jugador, después de hacer una baza (o su compañero, si juegan cuatro), muestra los cuatro reyes o cuatro caballos, lo que supone ganar el juego. A diferencia de la **brisca**, no se podían hacer señas ni hablar. De ahí que cuando uno de los jugadores hacía algún comentario que se podía interpretar como una pista para su compañero, se le recordaba: *Estamos jugando al **tú te** callas*. Era el entretenimiento habitual de los varones en la cantina los domingos y festivos (también en las tardes-noches de diario en invierno), donde se jugaban la bebida consumida (café, jarra de vino o cerveza con gaseosa, etc.). Solía jugarse por parejas («tute de compañeros» se decía) y pagaba, lógicamente, quien perdía el número de juegos acordado. Por lo general se fijaban tres rondas de ocho juegos cada una (o seis, si no se quería alargar), que se convertían en dos, si una pareja lograba las dos primeras seguidas.

Aurelio Valladares del Reguero

En los primeros tiempos, en que se jugaba una jarra de vino o cerveza, de la que bebían los cuatro participantes, se hizo famosa en Carbajal la exclamación: *¡A menos perder!*, con la que se aludía jocosamente al hecho de que los que iban perdiendo procuraban beber más que los demás, ya que era previsible según la marcha del juego que les iba a tocar pagar. En ocasiones los dos que perdían lo **cabreaban**, jugando un «tute de dos» entre ellos para determinar un único perdedor. Había normas particulares en cada pueblo. Por ejemplo, en Carbajal, en caso de empate a tantos en un juego había que repetirlo, mientras que en otros pueblos ganaba el jugador o pareja que había ganado la última baza (que, además, tenía un suplemento de diez tantos). También se utiliza este término para referirse a una tarea que ha requerido mucho esfuerzo: *Ya ha terminado de segar la huerta, menudo tute se ha dado*.

Tutos. Nombre coloquial dado a los testículos de los animales machos, incluido el hombre.

<U>

Ucha. Cada una de las líneas de corte que se hacen con la guadaña, tanto en la hierba como en el cereal. El movimiento de la guadaña se ejecuta desde la derecha hacia la izquierda. Cuando se hacen dos **uchas**: la primera en una dirección y la segunda volviendo en sentido contrario, quedando lo segado de los dos cortes en el medio, se llama **marallo**.

Una de. Expresión coloquial para indicar mucha cantidad. *¡Hubo una de gente en el entierro!*, *¡Este año hay una de cerezas!*

Unto (el tío del). Personaje fantástico con el que se atemorizaba a los niños pequeños. *Como llores, te llevo al tío del unto*.

Urce. Arbusto que crece en el monte, con abundantes ramas muy delgadas, de cuyas puntas salen pequeñas florecillas en primavera-verano. Puede llegar hasta los dos metros de altura. Las ramas secas se utilizan para prender la lumbre, antes de echar las tozas de leña. Las raíces, llamadas **cepas** (tienen forma irregular, parecida a las cepas de vid), son muy duras y se utilizan para la lumbre de la casa. En otros lugares recibe el nombre de *brezo* (DRAE).

Uvas de colimbre. Fruto redondo de color oscuro y de tamaño más pequeño

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

que las uvas de la vid, producido por un arbusto que alcanza alrededor de un metro de altura. Son muy apetecibles. Había matas de este arbusto en algunos huertos del pueblo, principalmente los existentes detrás de la casas del lado izquierdo de la calle Pequeña. Recuerdo, en especial, las de los huertos de Simón Carpintero y de Bernardina Postigo (viuda de Pedro Valparís).

Uvas de perro. Bayas redondas y negras que producen algunas plantas silvestres. El nombre, de claro matiz despectivo, procede probablemente del hecho de que no son comestibles. A los niños de mi época se nos avisaba que no debíamos comerlas, porque provocaban graves cólicos e incluso la muerte.

<V>

Vacantes. Término utilizado para referirse a las vacaciones de los estudiantes. Era frecuente oír a personas mayores frases como estas: *Mañana viene mi nieto de vacantes*, *¿Cuándo se te acaban las vacantes?*, etc.

Vacío. Grupo de ovejas que no han quedado preñadas (su vientre está «vacío» de cría) y se las aparta del resto, siendo peor atendidas en cuanto a la alimentación, dado que no tienen que criar.

Vainero. Marco vertical de madera con una hendidura acanalada por la que se desplaza la **comporta** utilizada en el riego.

Valle (pueblos del). Se entiende por «pueblos del Valle» los que se encuentran en el interior, entre las riberas del Esla y el Porma. A veces también se les llamaba «los pueblos del Monte». Los más cercanos a Carbajal son Garfín y San Bartolomé. Este último forma una especie de mancomunidad con Carbajal y Santibáñez, ya que los tres comparten una zona del monte, denominada precisamente «los Comunes». Incluso esta interrelación era válida también en el ámbito religioso. Así, los párrocos de Carbajal, Santibáñez y San Bartolomé participaban juntos en las «misas de **asistencia**» (requerían la presencia de tres sacerdotes) que se celebraban con motivo de sus respectivas fiestas patronales o algún otro acontecimiento extraordinario, y también en las confesiones generales que hacían una vez al año, etc.

Valleja. Valle pequeño que desemboca en otro mayor.

Aurelio Valladares del Reguero

Vallejo. Equivalente a **valleja**. Se usaban los dos términos indistintamente.

Vardusca. Vara delgada y flexible, generalmente de palera, empleada para arrear a los animales y, en ocasiones, a los niños díscolos. Posiblemente su origen esté en una fusión de las palabras *vara* y *verde*.

Varear (la lana). Acción de dar golpes con varas en la lana del colchón para **escombullirla**, ya que con el uso diario tendía a apelmazarse. Se realizaba esta tarea una vez al año y para ello solía hacerse esparciendo la lana sobre una de las armaduras que se ponían al carro para encerrar la paja, colocándola sobre dos cajones que la mantuvieran elevada a unos cincuenta centímetros del suelo.

Vecería. Turno para ayudar al vaquero a guardar la vacada (también llamada **hacienda**) del pueblo que pastaba en el soto del río (por el día) o en el monte (por la noche). Se establecía por rotación, con jornadas de duración según el número de reses que se aportaban. *Me toca la vecería* o *Voy de vecería*, se decía. Deriva de *vez*: «Alternación de las cosas por turno u orden sucesivo» (*DRAE*).

Vecero, a. Persona que va de **vecería**. Esta tarea se encomendaba en muchos casos a los chicos desde corta edad. Y no resultaba molesta, puesto que el hecho de reclamar su ayuda suponía que ya se les reconocía como personas de provecho. En el soto, además, daba tiempo para pescar cangrejos (de esto doy fe, por experiencia propia). También recibe el nombre de **buicero, a.**

Velaciones. Nombre que se daba a las «amonestaciones» que leía el cura en la misa de los domingos previos al día fijado para la boda. Se hacían dos o tres veces (rara vez una sola) en las parroquias tanto del novio como de la novia. Se produce con este vocablo un curioso cambio semántico, porque las *velaciones* propiamente dichas tenían lugar durante la misa nupcial en la que se cubría a los contrayentes con un «velo» (según lo consigna el *DRAE*).

Venada. Frente al significado registrado por el *DRAE* («Ataque de locura»), aquí tenía un alcance semántico más atenuado: alude a la actitud previa a un acto realizado de forma precipitada y poco racional, pero siempre de forma ocasional, fruto de un enfado o contrariedad: *Le dio la venada y se marchó sin darnos explicaciones*.

Vencerse. Se aplica a las ramas de los árboles frutales que se doblan por el peso del fruto. *Mira cómo se han vencido las ramas de este manzanal, de lo cargado que está de fruta*. También se dice de otros árboles, debido, por ejemplo, al peso de la nieve.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Vendimiar. Además del significado habitual que registra el *DRAE* («Recoger el fruto de las viñas»), se aplica a la recolección de todo tipo de frutas (cerezas, manzanas, peras, nueces, etc.). *Estos cerezales están ya vendimiados, no les queda ninguna cereza*, se decía.

Verales. Parte sobresaliente del tejado con respecto a la pared. Viene a coincidir con lo que comúnmente se conoce como *alero*. En la parte de la fachada de la casa suelen colocarse (todavía hoy) los canalones, por los que discurre el agua de la lluvia hacia un tubo vertical que la conduce hasta el suelo.

Veras. A veces es equivalente a **verales**, aunque normalmente queda reservado para referirse a los huecos que quedan entre el entablado y el final de las filas de tejas colocadas con la parte cóncava hacia arriba. Son los sitios en que anidan habitualmente los **pardales** y vencejos.

Verbiones. Dos maderos que se colocaban en el interior de la caja del carro, uno en la parte delantera y otro en la trasera, y que pasaban de un lado a otro. Sus extremos, que sobresalían de la caja, llevaban unos agujeros grandes en los que se anclaban los cuatro **picos** de las **armaduras**.

Verde. Forma genérica para referirse a la hierba, forraje, alfalfa, trébol... que se daba al ganado antes de dejarlo secar. Resultaba muy útil, sobre todo para las vacas de leche. Era frecuente tener una huerta cerca de casa, de la que poco a poco se iba segando la hierba que diariamente se daba a los animales. Se hablaba de *segar el verde*, *echar el verde a las vacas*...

Verdocho, a. Se dice de los frutos que todavía están verdes y no han concluido el periodo de maduración. *Estos brunos están verdochos, no hay quien los coma*.

Verdura. Nombre genérico para referirse a todo tipo de hierbas y plantas pequeñas que se **apañaban**.

Verrecer. Cubrir el verrón a la **gocha** (cerda). Como lo normal era tener hembras, se oía más en forma pronominal: *Ya se ha verrecido la gocha*.

Verrida. Se dice de la **gocha** en celo. Se apreciaba esta circunstancia porque aumentaba el tamaño de su vulva y tomaba un color ligeramente colorado.

Vianda. Conjunto de productos que se cocían con los garbanzos y se servían aparte, al final de la comida: tocino, chorizo **sabariego**, morcilla, **rellenos**, etc.

Vientre. Parte central de la vara del arado de madera, que se une mediante argollas de hierro, por un extremo al **puntal** y por el otro a la **camba**.

Aurelio Valladares del Reguero

Vilorta. Ramas verdes de palera o de balsa que, una vez retorcidas, tenían múltiples usos: atar haces o **fejes**, cinchar las **latas** de las **sebes**, formar aros para cerramientos, etc. También servían para confeccionar cestos y cestas.

Virola. Pequeña abrazadera metálica que se utilizaba para unir el saliente de la hoja de guadaña y el extremo del **estil**.

Volear. Voltear las campanas golpeando con la mano la maza de madera que llevan acoplada en la parte superior.

Voleo (sacar a). En la lucha leonesa, cuando un luchador consigue despegar al otro del suelo mediante vueltas rápidas. Es una de las **mañas** de esta modalidad deportiva, con la que se pretende hacer perder al rival el punto de apoyo y derribarlo. No obstante, hay luchadores que, al ser sacados a voleo, logran colocar sus piernas sobre el cuerpo del atacante e impedir que este consiga su propósito.

Volquete. Variedad del carro de vacas. Tenía un mecanismo que permitía *volcar* hacia atrás la caja del carro sin afectar a la vara. Era, pues, más fácil de **arregañar**, lo que no ocurre con la **carreta**.

Volver (la hierba). Dar vuelta a la hierba segada para que se seque y pueda llevarse al pajar. Primero se esparcían las **uchas** y, cuando estaba seca por un lado, había que darle la vuelta para que secara por el otro. En ocasiones no era suficiente con una vuelta y había que realizar otra más, dependiendo de lo que calentara el sol. Por otra parte, si llovía, lo normal era tener que repetir esta tarea varias veces.

Vuelta (de chorizo). Cada una de las unidades de tripas embutidas de chorizo en forma redondeada, con una o más *vueltas* (de ahí su nombre), que se colgaban de los varales para su curación.

Vuelta a la trilla (dar). Durante el proceso de la trilla, había que dar varias veces la vuelta a la paja, para que quedara molida. Las primeras vueltas (al estar la paja todavía larga) se realizaba con horcas de madera, en tanto que las últimas (cuando la paja se encontraba bastante molida) se hacía con palas de madera.

<Y>

Yerbato. Hierba de hojas anchas que tiende a extenderse a lo ancho, aparecía en cualquier tipo de terreno y se **apañaba**, con la **zoleta**, para los conejos.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

<Z>

Zambomba. Vejiga de cerdo que se inflaba y servía de juguete para los niños. Uno de los momentos más esperados por los chavales el día de la matanza del **gocho** era precisamente disponer de la zambomba. Al sacar las tripas y vísceras se recogía la vejiga, que se frotaba varias veces en el suelo presionando con el pie para expulsar los restos de orín y eliminar las adherencias. Luego se inflaba con una paja y los niños disfrutaban golpeándola como si se tratara de un globo o una pelota. El *DRAE* ofrece una escueta definición («Vejiga de cerdo inflada») y localiza su uso en Salamanca, Segovia, Valladolid y Zamora. Es extraño que no figure León.

Zangüengo, a. Calificativo con claro matiz despectivo aplicado a la persona torpe y con poco espíritu para el trabajo. Pudiera derivar del adjetivo *zángano*. El *DRAE* recoge el vocablo *zanguango*, con un significado muy próximo: «Indolente, embrutecido por la pereza».

Zapata. Pieza de madera plana y rectangular, con dos agujeros en los que se insertan dos **canciellas** que van seguidas.

Zapatero. Insecto de patas muy largas con las que se apoya en la superficie del agua para moverse. Es frecuente su presencia en aguas remansadas o de corrientes suaves.

Zarangüéngano. Fruto redondo y pequeño, muy agradable al paladar, que produce un arbusto silvestre relativamente abundante en el soto.

Zeppelin. Nombre dado a un peculiar medio de transporte que permitió, durante algunos años, cruzar el río Esla de un lado a otro. Consistía en un cajón grande de madera que se deslizaba a través de dos cables fuertes de metal y tenía cabida para dos o tres personas. Estaba situado entre Carbajal y Santibáñez, ya en término de este último, entre los lugares conocidos como el Concarrón y la Reguera. Comunicaba con Villapadierna y Palacio. Fue construido entre 1942 y 1943 por iniciativa del pueblo de Santibáñez. Aunque no me consta, sospecho que este extraño nombre procede probablemente de la semejanza que veían entre este artilugio y los famosos artefactos voladores utilizados en la primera década del siglo XX, a los que dio nombre su inventor Ferdinand von Zeppelin.

Aurelio Valladares del Reguero

Zoleta. Herramienta de hierro, a modo de azada muy pequeña, utilizada por los niños para **apañar** hierbas para conejos, cerdos, etc. Lleva un mango redondo de madera con terminación en punta que servía para clavar en la verdura recogida en el cesto y sujetar el **repino** con la parte metálica. Posiblemente su nombre derive de *zuela* (aféresis de *azuela*), con la que presenta una cierta similitud, ya que las dos tienen forma en curva, si bien esta es una herramienta de carpintería y es más ancha.

Zoque. Vocablo usado en dos de las acepciones que recoge el *DRAE*: 3ª) «Pedazo de pan grueso e irregular» y 5ª) «coloq. Persona tarda en comprender». En cuanto a la primera de ellas, el día de Todos los Santos los niños de ambos sexos acudíamos a casa del cura para recibir el «zoquete» (también llamado **rebojo**) de pan, que no era un regalo despreciable en aquellos años de carestía para bastantes familias.

Zurra. Además del significado apuntado por el *DRAE* (2ª acepción: «coloq. Castigo que se da a alguien, especialmente de azotes o golpes»), se aplica también a la pelea entre chicos: *Menuda zurra se estaban dando los dos chavales.*

Zurrarse. Pelearse entre chicos. *Cada poco se están zurrando, pero enseguida hacen las paces.*

Zurrona. Equivalente a zurrón. Se oían indistintamente ambos términos.

2.- Topónimos de Carbajal

a) El campo

Con la Concentración Parcelaria, llevada a cabo a finales de los años sesenta del pasado siglo, quedó modificada sensiblemente la estructura del campo, lo que trajo como consecuencia que algunos topónimos perdieran su sentido (y, por tanto, su uso), al desaparecer la referencia en que se basaba su nombre. No obstante, muchos de ellos perduran todavía.

Zona norte

Las Huelgas. Terrenos de regadío a la altura del segundo cruce de la carretera con la presa de riego, en el término de Santibáñez.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

La Reguera. Fincas cercanas al río y separadas de este por un ribón, ya en el término de Santibáñez. Aunque este topónimo y el anterior quedan fuera de la circunscripción de Carbajal, varias fincas corresponden a vecinos de aquí. Aparece mencionado en el «Catastro del Marqués de la Ensenada» (1752), como lugar donde tomaba el agua un molino situado más abajo.

Soto Molino. Zona al sur de la anterior, que debió de ser «soto» del río, ya que se encuentra a un nivel inferior del resto del terreno. Su nombre se debe a un antiguo molino (hace tiempo desaparecido) del que se habla en el «Catastro del Marqués de la Ensenada» (1752). Una parte era conocida también como **La Peregrina**, en recuerdo de una ermita allí existente (y también desaparecida) bajo esta advocación mariana.

El Empotrado («Empotrao»). Zona del soto existente enfrente del Soto Molino al otro lado del río Esla. Yo la conocí cuando era un conjunto de fincas, propiedad de varios vecinos de Carbajal, la mayor de las cuales pertenecía a la familia de Luciano Valladares Ferreras. Este paraje está separado de las fincas de Villapadierna y Palacio por **El Romancino**, una manga del río producida por las crecidas del Esla y por la que ahora discurre el agua que sale de dichas fincas.

El Garzal. Zona interior de huertas, pasado el Puente de la Viña, hasta el límite con el término de Santibáñez.

Valdealzón. Terrenos situados en la desembocadura del valle de este nombre.

La Viña. Fincas existentes a la izquierda de la salida hacia Santibáñez, hasta la desembocadura de Valdealzón. El puente de la carretera con el que se salva el cruce de la presa de riego recibe el nombre de **Puente de la Viña**.

El Argañal. Se conocía con este nombre tanto las fincas situadas al sur del Soto Molino como la parte del soto lindante con ellas. En este último se encontraba el llamado **Pozo del Argañal** con agua procedente de crecidas del río y de algunos manantiales de la zona.

Camino Hondo. Continuación del Camino de la Era, que sale del pueblo. Al confluir con una madriz larga (**Madriz del Camino Hondo**), que iba desde el Garzal hasta el Argañal, se abría un ramal que discurría durante un trecho junto a dicha madriz. A partir de aquí se denominaba **Camino del Soto Molino**, ya que hacia este lugar iba dirigido. El Camino Hondo desapareció, como tal, con la Concentración Parcelaria, siendo ocupado por nuevas fincas. Se hizo un desvío que conduce al Argañal y luego prosigue hacia el Soto Molino y zona norte.

Aurelio Valladares del Reguero

Las Mojoneras. Zona intermedia entre el Camino Hondo y la carretera. Una parte era conocida por algunos como **La Pontona**.

La Huertona. Conjunto de huertos y fincas situados al norte del casco urbano del pueblo.

Camino de la Era. Salía del pueblo entre las casas de Emiliano González y Luciano Valladares y proseguía en el Camino Hondo.

Zona centro

Las Huertinas. Huertas y otras fincas situadas al este de las casas del pueblo.

Fuente del Chopo. Fincas existentes entre las Huertinas y el río. Estaban separadas del soto por un ribazo, donde había chopos y una conocida fuente, de la que proviene el topónimo. A ella me tocó ir muchas veces de niño con el botijo cuando estábamos trillando en la era, que se encontraba a no mucha distancia.

Pozo Calderón. Situado al final de las huertas del lado izquierdo de la Cañada. Tenía bastante profundidad y se formó como consecuencia del desvío del río en alguna crecida. Cuando el Esla recobró el cauce habitual, fue llenándose poco a poco de maleza hasta quedar casi ciego, ya que solo recibe el agua procedente de algunos manantiales de la zona del Argañal.

La Cañada. Camino que comunica el pueblo con el río y era el utilizado por la vacada cuando iba a pastar al soto. También sirve de acceso a las fincas que se encuentran a uno y otro lado. Por otra parte, su punto de confluencia con la zona del río servía como referencia para delimitar el **Soto de Arriba** y el **Soto de Abajo**.

Zona sur

Las Pedragueras. Tierras situadas entre la carretera y la ladera del monte en la salida del pueblo hacia Villacidayo.

Los Pradicos. Zona de prados que hay enfrente de las Pedragueras, al otro lado de la carretera.

San Juanico. Terreno que se encuentra al final de la Cañada a mano derecha. Recibe el nombre de la ermita allí existente y hace tiempo desaparecida.

El Ejido. Topónimo mencionado en el «Catastro del Marqués de la Ensenada» (1752). Afecta a las fincas situadas al sur de los Pradicos. Lo recuerdo como una zona bastante pantanosa. Probablemente en su día fue un terreno comunal, lo que

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

explicaría el nombre, que significa eso precisamente. Es más, una parte de este entorno recibía el nombre de **Las Suertes**, a la que se accedía por un camino que salía a la carretera antes de La Palerona, lo que avalaría el carácter «comunal» de El Ejido, que luego se repartiría por el sistema de «suertes» entre los vecinos.

Solarriba. Tierras cercanas al río, a las que se accedía a través de un camino que salía de la Cañada, casi en su final, hacia la derecha.

Pozo de Domingo. Masa de agua formada, ya dentro del soto, pero limitando con las huertas de Solarriba. Posiblemente formado a raíz de alguna crecida del río. Hoy día está ya ciego. Quizá el nombre aluda a un vecino del pueblo, Domingo Aller Ferreras, que solía pescar en este lugar.

La Palerona. Zona anterior al Hompernal.

El Hompernal. Topónimo citado en el «Catastro del Marqués de la Ensenada» (1752). En la ladera del monte se encuentra una fuente, con dicho nombre, cuyo abundante caudal sirve de abastecimiento al pueblo desde hace años. Antes de la construcción del Canal, con su agua se regaban algunas fincas próximas. El topónimo sirve también para las tierras situadas en el entorno. El nombre resulta de lo más apropiado y revela su origen latino antiguo: *fontem perennalem* (fuente perenne, continua...) > *fompernal* > *hompernal*⁶⁴. Aunque existen dudas sobre su ortografía (el Ompernal, el Lompernal...), considero que la forma correcta es la que propongo, teniendo en cuenta su etimología. Es necesario, pues, mantener la «h» inicial, procedente de la «f» inicial latina.

La Calera. Zona situada al sur de Solarriba, separada del río por un ribón de cierta altura.

Las Pandiellas. Fincas situadas a la derecha del camino que sale al comienzo de las Eras de Ranero y se adentra en el valle de este nombre.

Valdeboza. Terreno situado en la desembocadura del pequeño valle que lleva dicho nombre.

Huertas de Ranero. Recibían este nombre las que se encuentran en el Valle Ranero, ya en la zona del monte. El topónimo **Ranero** aparece mencionado en el «Catastro del Marqués de la Ensenada» (1752).

⁶⁴ Hablar de la «fuente del Hompernal» vendría a ser una tautología: «la fuente de la fuente perenne». Es algo similar a lo que ocurre, por ejemplo, cuando se dice «el puente de Alcántara» (*alcántara* = *puente*).

Aurelio Valladares del Reguero

Eras de Ranero. En la desembocadura del Valle Ranero, a la derecha de la carretera en dirección a Villacidayo, se concentraba buena parte de las eras de trillar del pueblo.

Viñas de Ranero. A continuación de las «Eras» había varias viñas, tanto a un lado como a otro de la carretera. Con este topónimo se conocían también las fincas intermedias no dedicadas a viñedo.

Puente de Ranero. Construido cuando se hizo el camino vecinal para salvar el «Reguero de Ranero», que discurre por el valle del mismo nombre y desemboca en el río Esla.

La Becerrera. Zona de terreno muy fértil que en su día fue soto y en 1925 se repartió en «suertes» entre los vecinos. Antes de ser destinado a tierra de labor, se celebraban aquí, en los domingos del mes de octubre, unas fiestas populares (las «Becerreras») a las que acudían gentes de los pueblos vecinos. Oí a los mayores del pueblo haber participado en ellas. Al encontrarse a un nivel inferior con respecto al resto de las tierras, se accedía a través de un camino en cuesta conocido como «El Reguilón», desaparecido con la Concentración Parcelaria, que lo sustituyó por otro acceso en la parte norte. Precisamente aquí se encuentra una de las fuentes más apreciadas del pueblo, en la que era frecuente coincidir a la hora de «echar las cinco» (merienda), porque su agua servía también para refrescar la bebida.

Los Pradales. Terreno amplio y relativamente llano que se encuentra a la izquierda del camino hacia Villacidayo. Aunque corresponde al término de este pueblo, muchas fincas pertenecían a vecinos de Carbajal.

b) El monte

El paisaje del monte, salvo las zonas en que se plantaron pinos a finales de los setenta-comienzos de los ochenta, no ha variado, lo que hace que los topónimos se conserven; aunque resulten desconocidos para la mayoría de las nuevas generaciones. Por supuesto, ha influido también que no haya vacada o rebaños de ovejas que pasten en él, por lo que es muy poco frecuentado.

El valle que sale del pueblo hacia el monte recibe el nombre genérico de **El Valle**. En la parte izquierda están **Los Barreros**, ladera libre de vegetación, por

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

donde los chicos nos deslizábamos utilizando como asiento el tablero de los matracos que se tocaban en Semana Santa. Más adelante y en el mismo lado se encuentra un vallejo en cuya cima se extiende la **Llana de Valmaquila**, por donde pasa un tendido eléctrico de alta tensión. En la derecha, después de varias huertas (conocidas como **Huertas del Valle**), tenemos **Las Mambriellas**, ladera en la que afloran pequeños manantiales de agua. Allí precisamente se encuentra un depósito que durante varios años recogió agua para el servicio doméstico. Más arriba está la **Corte de la Tejera** (corral de ovejas) y justo en ese punto se abren tres valles: **Valpedroso** (en la izquierda), **Valmediano** (en el medio) y **Valpiñuelo** (en la derecha).

A la derecha de El Valle, tenemos el **Valle Rabero**, que desciende desde la Llana de Valdealzón y termina en el casco urbano del pueblo.

En el camino hacia Santibáñez aparece **Valdealzón**. En la parte superior de su ladera más cercana al pueblo se encuentra una extensa explanada sin vegetación, conocida como la **Llana de Valdealzón**. Allí subíamos los chicos para jugar al fútbol.

En el lado contrario, hacia Villacidayo, está el **Valle Ranero**, uno de los más largos de esta zona. Comienza en unas fuentes en el límite de los montes de los tres pueblos (Carbajal, Santibáñez y San Bartolomé)⁶⁵. Dichas fuentes alimentan el **Reguero de Ranero**, que lleva agua durante gran parte del año y discurre por el valle hasta desembocar en el río Esla debajo de la Becerrera. En este reguero se pescaban muy buenos cangrejos, hasta que desapareció esta especie de forma fulgurante a finales de los años setenta. En este valle desembocan, a su vez, otros valles y vallejos. Subiendo, tenemos a la izquierda, por este orden: **Valdenavar**, **Valdemelendreras**, **Valdelaloca**, **Valdebecerro** y **Valdealmiro**. Estos dos últimos se juntan poco antes de desembocar en el Valle Ranero. Y entre ambos se encuentra **Valdepernales**, más corto, que desemboca en Valdealmiro. Entre Valdemelendreras y Valdelaloca está **Cantomato**, una loma con muchos robles y espacios entre ellos sin ningún tipo de vegetación. Algunas

⁶⁵ La zona comunal del monte de estos tres pueblos fue origen de conflictos, que duraron muchos años y derivaron en pleitos. Los vecinos de Carbajal y Santibáñez discrepaban de la forma de proceder de los vecinos de San Bartolomé en el uso de dichos terrenos. Así consta en muchas de las actas de la Junta Vecina de Carbajal, al menos desde 1926.

Aurelio Valladares del Reguero

zonas se plantaron de pinos en la década de los 80 y tengo noticia de que en 2014 una parte se ha arado para sembrar girasol. Debajo de Cantomato, ya en el Valle Ranero, se construyó en los años sesenta un abrevadero que recoge el agua de un pequeño manantial, donde comienza la ladera y posteriormente se ha trasladado casi al centro del valle. En la parte de arriba de Valdelaloca está la **Majada de Verano**, donde dormían las vacas. Allí se instaló una choza para el vaquero. Y a la izquierda se encuentra el **Canto de la Hoja Grande**. La zona de monte existente entre Valdenavar y la desembocadura del Valle Ranero, enfrente de las Huertas de Ranero, recibe el nombre de **Avesedo de Ranero**. Por el lado derecho, ya en la desembocadura, tenemos **Valdeboza**, que baja desde la Llana de Valmaquila hasta las tierras de labor de Las Pandiellas. Mucho más arriba está **Valdescalilla**, pequeño valle que baja desde La Cotica y llega al Valle Ranero casi a la altura en la que por el otro lado lo hace Valdelaloca. Y un poco más arriba se encuentra la **Valleja del Fuego**.

Otros topónimos del monte de Carbajal son:

La Cotica: explanada que se extiende al final del Valmediano y en la que existió durante bastante tiempo un roble grande (conocido como el «Roblón de la Cotica») y, un poco más adelante, casi junto a la falda del Pico Lutero, había una corte de ovejas.

Las Traviesas: lugar cercano al anterior, que posiblemente recibiera este nombre por ser abundante en plantas altas de roble con las que se hacían las *traviesas*.

Pico Lutero: se encuentra al final de la explanada de la Cotica. Quizá sea la parte más alta del monte de Carbajal. Su nombre parece una clara deformación de «el Otero» > «Lutero».

El Montín: zona del monte que sube desde la Iglesia y el Campanario del pueblo.

La Perdiguera: ladera del monte desde la fuente del Hompernal hasta Valdeboza.

Solacuesta: ladera del monte a continuación del pueblo en dirección a Santibáñez.

La Mata de Santiago: zona de las primeras matas de robles que se encuentran encima de Solacuesta.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

3.- Expresiones relativas a pueblos vecinos

MODINO.- Vender cerezas en el Carmen de Modino.

Modo de expresar que una acción está condenada al fracaso. Este pueblo tiene fama por sus cerezas, por lo que resulta un disparate ir a vender este producto allí el día de su patrona la Virgen del Carmen (16 de julio), fecha que coincide con la fase de recolección. Equivale (salvando las distancias) a otra expresión que se oía con frecuencia por la comarca: *Ir a vender (o llevar) hierro a Vizcaya*.

NAVA DE LOS CABALLEROS.- Oscurecerse en Nava.

Se aplica a quien se le ha hecho de noche antes de haber concluido un trayecto o finalizado una tarea.

PALACIOS DE RUEDA.- Esto va que jode, como la huerta de Cándida.

Forma de indicar que una tarea se está realizando de forma muy rápida. Tiene su origen en la anécdota sucedida con quien estaba segando la hierba de una huerta de esta señora del pueblo. Al preguntarle si terminaría pronto la faena, contestó: *Esto va que jode*.

PESQUERA.- Y en llegando a Pesquera, tú que le viste... chíscale el rabo.

Forma de expresar que alguien aprovecha el momento más inesperado para ausentarse de un lugar sin que los demás se den cuenta de cuando lo ha hecho y por donde se ha ido, lo que dificulta su localización. Por lo general se usa solamente la primera parte. La expresión *chíscale el rabo* denota la imposibilidad de «quemarle el rabo» (en sentido figurado), porque se desconoce su paradero.

VALDEALISO.- ...menos que un bautizo en Valdealiso (hubo menos gente que..., fue peor que...).

Se dice de aquella celebración festiva con escasa participación de asistentes y, por tanto, de muy poco relieve. Los pueblos de la ribera del río Esla siempre han mirado con cierto desdén a los del interior, considerando que, al ser de secano, tienen un potencial económico menor a la hora de celebrar sus fiestas, las cuales despertaban poco interés entre los pueblos vecinos.

Aurelio Valladares del Reguero

VALPORQUERO.- Querer meter una viga atravesada, como los de Valporquero.

Intentar hacer algo físicamente imposible. Se dice que unos hombres de este pueblo en cierta ocasión querían introducir una viga atravesada en un pajar. Se trata de un motivo común, utilizado en otros sitios de España, para acusar a los habitantes de un determinado lugar de escasa inteligencia. Por ejemplo, se dice lo mismo de los vecinos de Torredelcampo, población de la provincia de Jaén muy cercana a la capital, aspecto que detallo en una publicación sobre el «refranero geográfico» de dicha provincia.

VEGA DE MONASTERIO.- Pintar menos que Valentín en Vega.

Frase que sirve para indicar que alguien tiene muy escaso (o nulo) relieve en el medio en que se desenvuelve o donde desarrolla una actividad. El matrimonio formado por Valentín y Concha, ambos naturales de Quintanilla de Rueda, se instaló en Vega, donde regentaba una cantina. Valentín recorría también las fiestas de verano de los pueblos cercanos con una moto-carro para vender bebidas. Cuentan que en la casa y en el negocio quien mandaba y decidía era ella, circunstancia que dio lugar a esta expresión.

VILLACIDAYO.- Hay que saber caerse, como Vitricio.

Atribuirse el mérito de una acción puramente afortunada. Cuentan que este vecino de Villacidayo estaba arreglando un tejado y se cayó justamente en el montón de paja utilizada para hacer masa con el barro de los adobes, por lo que no sufrió ninguna lesión. Cuando sus convecinos le dijeron que había tenido mucha suerte, él replicó: *No ha sido suerte, es que hay que saber caerse.*

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

V.- CÁNTICOS RELIGIOSOS (Selección)

Ofrezco a continuación una selección del amplio repertorio de cánticos religiosos que se hacían en Carbajal a lo largo del año. Los textos iban pasando de unas cantoras a otras, que los copiaban en sus cuadernos. Tres de estos cuadernos, bastante deteriorados y carentes de algunas páginas, han llegado a mis manos, lo que me ha permitido cotejarlos y completar las partes que faltaban en cada uno. Corrijo errores ortográficos y algunas expresiones reproducidas de forma defectuosa. Los signos de puntuación, en la mayoría de los casos ausentes en las recopilaciones manuscritas manejadas, son de mi responsabilidad. No obstante, mantengo los casos de «laísmo», al tratarse de un fenómeno lingüístico habitual en amplias zonas del norte de España.

PARA NOCHEBUENA

Se cantaba en la tradicional «Misa del Gallo». Se formaban dos grupos de mozas cantoras: uno dentro de la iglesia y otro en el portal, que iban alternando en sus cánticos (cada uno una estrofa), salvo las finales, que las cantaban conjuntamente los dos grupos. Comenzaba el del portal, que pedía permiso para entrar e iba avanzando en cada estrofa con un ramo de flores y una vela encendida, mientras todas las luces de la iglesia estaban apagadas. Al final entregaban el ramo de flores a la Virgen. Este cántico se inscribe dentro de una costumbre conocida como «El ramo de Nochebuena» o «El ramo de la Virgen», muy arraigada en varios pueblos de la provincia de León⁶⁶.

⁶⁶ Alejandro Valderas Alonso, en su trabajo *El ramo leonés de Nochebuena* (León: Asociación Cultural Raigaño, 2007), menciona cien localidades de la provincia de León que

Aurelio Valladares del Reguero

Admitid, Madre amorosa,
en vuestra casa lucida
cánticos de unas doncellas
que de amor vienen rendidas.

Vienen rendidas buscando
al Redentor de la vida,
deseosas de hallarle
y a su Madre en compañía.

Si nos permiten licencia,
vamos, doncellas, entrando
a visitar a la Virgen
con este florido ramo.

Licencia está permitida,
la permitió la Princesa;
entren, doncellas, cantando,
por esta sagrada iglesia.

Tomemos agua bendita
que nos sirva de escalera
para subir a la gloria
a ver la Sagrada Reina.

conservan esta tradición, a las que agrega algunas más de provincias limítrofes (Zamora, Palencia y Cantabria). Sin embargo, entre ellas no figura Carbajal, siendo los pueblos más cercanos que cita Mansilla de las Mulas y Valle de Mansilla. Sí la recoge, en cambio, el profesor salmantino José Luis Puerto, que conoce bien la zona (su esposa es de Villacidayo), en su libro *Rumor de la palabra. Tradiciones orales en la comarca leonesa de Rueda* (León: Universidad, Área de Publicaciones / Gradefes (León): Ayuntamiento, 2013, pp. 109-111), donde reproduce el texto, que le facilitó Amor Barrientos Urdiales, natural de Carbajal y residente en Villacidayo.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

En esta noche feliz
que regocija la tierra
venimos a visitar
a la que en el Cielo reina.

El clavel más oloroso
y la más pura azucena,
que sin dejar de ser virgen
produce el cielo y la tierra.

En el día diecinueve,
según la historia lo expresa,
salieron de Nazaret
dejando casa y pobreza.

Caminan para Belén,
que es una ciudad muy bella,
donde los ángeles cantan
y el Hijo de Dios se alegra.

Fue San José a la ciudad,
a la ciudad daba vueltas,
entre amigos y parientes
la posada se la niegan.

Se volvió para su esposa,
la dice de esta manera:
«Sabrás, esposa del alma,
que posada no se encuentra».

Y la Virgen le responde:
«Descansa y no tengas pena,
que aquí ha de haber un portal,
por no estar a la inclemencia».

Aurelio Valladares del Reguero

Se acercaron al portal,
aunque sin luces de cera,
fueron tantas las divinas
que a todos les daba vueltas.

Se pusieron a cenar
aquella vianda y pobreza,
que es pan y un poco pescado
que se gastaba en la tierra.

Y después de haber cenado,
las gracias a Dios le dieron.
En medio de estas razones
las doce en punto se acercan,

Cuando la Virgen María,
aquella sagrada Reina,
dio a luz un hermoso niño,
Rey del cielo y de la tierra.

A las doce de la noche
nació el autor soberano,
que venía a redimir
a todo el género humano.

Y todos los pecadores
se alegran con su venida,
hasta los ángeles cantan,
se alegran las avecillas.

En la ramita más alta
cantaba una pajarilla
y en su música nos dice
que ha nacido de María.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Ha nacido en un pesebre
con pobreza suma tal,
que pone en admiración
a la corte celestial.

Con la inclemencia del tiempo
el tierno infante qué haría:
el buey le arrima la paja,
la mula se la comía.

Aquella humilde señora
su misma toca partía,
pañales para el infante,
que de oro los merecía.

Ya vinieron los pastores
de toda la comarquía,
a ofrecerle ciertos dones,
hasta traerle mantillas.

Las doncellas que habitaban
en tan alta serranía
determinaron bajar
a ver la Virgen María.

Aquí tienes, Virgen Santa,
estas preciosas alhajas,
para que hagas a tu hijo
unas muy lucidas fajas.

Recibid, Madre amorosa,
de las mozas estos dones
y con ellos recibid
todos nuestros corazones.

Aurelio Valladares del Reguero

Ya no puedo decir más,
ya las lágrimas me corren,
ya no puedo cantar más
porque está mi lengua torpe
para decir los misterios
de María y su consorte.

Santas noches, señor cura,
las santas pascuas le damos,
que las tenga usted felices
con la gente de su agrado.

Y a todos los feligreses,
los que presentes estamos,
que nos diga usted la misa
quiera Dios de hoy en un año.

Adiós, hermosa María,
más hermosa que una rosa,
échanos la bendición
con tu mano poderosa.

Adiós, hermosa María,
más hermosa que un clavel,
hasta la misa del día
que te volvamos a ver.

VILLANCICOS

Hoy es Nochebuena
la copla decía,
todos la cantaban,
nadie la entendía.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

La Virgen pasaba,
nadie la veía,
lleva al Niño en brazos,
nadie lo sabía.

Señor, yo no tengo
leña ni carbón,
enciende la hoguera
de tu corazón.
Mi lumbre no basta,
solo es para ti,
que por esperarte
nunca lo encendí.

Hoy es Nochebuena...

Una voz cantaba,
de lejos se oía.
¡Qué clara sonaba
en la noche fría!
Hoy es Nochebuena
la copla decía.

Alegres vamos ya
antes de que amanezca el nuevo día,
que el Niño dios nació
de la Santísima Virgen María.
No más, no más sufrir,
dejad las penas ya,
que el Niño más hermoso
viene a nosotros

Aurelio Valladares del Reguero

a darnos su amor y paz,
a darnos su amor y paz.

A LA SAGRADA FAMILIA

Trinidad santa del suelo,
Jesús, José y María,
sednos acá nuestra guía
y después nuestro consuelo.

Caminando hacia Belén
van María y José,
esperando ver nacer
al que rey de reyes es.
Por aquellos sufrimientos,
Trinidad santa del suelo,
sednos acá nuestra guía...

Por nosotros se hace hombre
el Hijo del mismo Dios,
nace de María Virgen
y obedece con amor.
Dichosos aquellos hijos
que le imitan en el suelo,
sednos acá nuestra guía...

Nace Jesús de María,
toma el pecho virginal,
crece y sufre sin igual
haciendo el bien a porfía,
muere en cruz y del pecado
nos redime con su celo,
sednos acá nuestra guía...

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Jesús, José y María
huyen de su propia patria,
caminan con alegría
hacia Egipto donde marchan.
Dichosa aquella familia
que escucha la voz del Cielo,
sednos acá nuestra guía...

Está en Nazaret María,
ora trabaja y confía
y la acompaña José.
Trabajando en el taller
hace que también oren
cuando llegue el desconsuelo
sednos acá nuestra guía...

Jesús joven obedece
hasta treinta años seguidos.
Jóvenes, venid unidos,
aprended a obedecer,
decid a José y María,
a esa familia del Cielo
sednos acá nuestra guía...

Mucho en el mundo sufrieron
Jesús, José y María.
Para el Cielo fueron guía
que el camino nos abrieron.
Dichosa aquella familia
que los sigue con anhelo,
sednos acá nuestra guía...

En medio del sufrimiento
volvámonos noche y día

Aurelio Valladares del Reguero

a Jesús, José y María,
y encontraremos consuelo.
Al mirarlos da alegría,
al amarlos da consuelo,
sednos acá nuestra guía...

VÍA CRUCIS

1ª estación

Acompaña a tu Dios, alma mía,
cual vil asesino llevado ante el juez
y al autor de la vida contempla,
por ti condenado a muerte cruel.
Dulce Redentor,
para mí era la pena de muerte,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.
*Madre afligida de pena hondo mar,
lógranos la gracia de nunca pecar.*

2ª estación

Con la cruz de tus culpas cargado
exhausto de fuerzas camina tu Dios.
A subir la pendiente le imponen,
por fuera sayones, por dentro mi amor.
Dulce Redentor,
mi pecado esos hombros oprimen,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.
Madre afligida de pena hondo mar...

3ª estación

Con sus alas de nieve los ángeles,
pasmados de espanto cubrieron su faz,
bajo el tosco y pesado madero,

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

caído en tierra su Dios al mirar.
Dulce Redentor,
por mis culpas caístéis en tierra,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.
Madre afligida de pena hondo mar...

4ª estación

Del Calvario subiendo a la cumbre,
el reo divino a su madre encontró
y una espada de filos agudos
del hijo y la madre hirió el corazón.
Dulce Redentor,
yo esa herida causé a vuestra madre,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.
Madre afligida de pena hondo mar...

5ª estación

Porque al monte con vida llegase,
los duros escribas con saña infernal
a Simón Cirineo alquilaron
que a Cristo ayudase la cruz a llevar.
Dulce Redentor,
yo también quiero ser Cirineo,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.
Madre afligida de pena hondo mar...

6ª estación

Con ternura y piedad la Verónica
el rostro sangriento de Cristo enjugó
y en tres pliegos de lienzo por premio
grabada la imagen llevó del Señor.
Dulce Redentor,
en mi pecho grabad vuestra imagen,

Aurelio Valladares del Reguero

ya lloro mis culpas y os pido perdón.
Madre afligida de pena hondo mar...

7ª estación

Otra vez el Señor de los Cielos
volvió fatigado el polvo a besar
y otra vez los esbirros crueles
en él desfogaron su ira y crueldad.
Dulce Redentor,
nunca más caeré ya en pecado,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.
Madre afligida de pena hondo mar...

8ª estación

Vio Jesús que unas santas mujeres,
movidas a lástima, lloraban por él
y las dijo: «Llorad por vosotras,
piadosas mujeres, por mí no lloréis».
Dulce Redentor,
vuestras penas taladran mi pecho,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.
Madre afligida de pena hondo mar...

9ª estación

Con sus duras caídas, cristiano,
las tuyas pretende Jesús resarcir;
a tu Dios por tercera vez mira
de polvo y de sangre cubierto por ti.
Dulce Redentor,
vuestro amor del infierno me libre,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.
Madre afligida de pena hondo mar...

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

10ª estación

Con furor los vestidos quitaron
del monte en la cumbre al paciente Jesús
y por no iluminar tanta afrenta
las puras estrellas negaron su luz.
Dulce Redentor,
ya no más liviandad ni impureza,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.
Madre afligida de pena hondo mar...

11ª estación

Alma mía, en la cruz, duro lecho,
sus miembros sagrados extienden tu bien
y con clavos agudos taladran
los viles soldados sus manos y pies.
Dulce Redentor,
yo esos clavos clavé en vuestro miembros,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.
Madre afligida de pena hondo mar...

12ª estación

Tiembla el orbe y el sol se oscurece
al ver en un palo expirar a su Dios.
Rompe el llanto también tú, alma mía,
pensando que muere Jesús por tu amor.
Dulce Redentor,
mis pecados os dieron la muerte,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.
Madre afligida de pena hondo mar...

13ª estación

De Jesús el cadáver sagrado
María en sus brazos llorando tomó
y con voz de dolor le decía:

Aurelio Valladares del Reguero

«¡Qué muerte te han dado, mi bien y mi amor!»
Dulce Redentor,
respondedle que aquí está el culpable,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.
Madre afligida de pena hondo mar...

14ª estación

En un frío y profundo sepulcro
los restos mortales guardáronse ya.
¡Triste madre, cuán sola te quedas,
seré yo el consuelo de tu soledad!
Dulce Redentor,
yo a la madre privé de su hijo,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.
Madre afligida de pena hondo mar...

*Poderoso Jesús Nazareno
de cielos y tierra rey universal,
oye un alma que os tiene ofendido,
quiere que sus culpas queráis perdonar.*

1ª estación

El pretorio, casa de Pilatos,
será la primera estación que andarás
y verás que azotaron mi cuerpo
seis fuertes verdugos hasta se cansar.
Sígueme y verás
que Pilatos sentencia de muerte
me dio procurando al César agradar.

2ª estación

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

La segunda estación es adonde
apenas oyeron la sentencia dar,
los verdugos la cruz me pusieron
en hombros y aprisa me hacen caminar.
Sígueme y verás
que una sogá me echaron al cuello
de la cual tiraban con gran impiedad.

3ª estación

En la tercera estación verás, alma,
que como a empujones me hacían andar
y el madero que a costas llevaba
el peso tan grande me hizo arrodillar.
Sígueme y verás
que a puñadas, a palos y a golpes
aquellos sayones me hacen levantar.

4ª estación

En la cuarta estación verás, alma,
que cuando mi Madre me vino a encontrar
en la calle Amargura injuriado,
vertieron sus ojos fuentes de llorar.
Sígueme y verás
que aunque llena de penas y angustias,
siguiendo mis pasos fue su majestad.

5ª estación

En la quinta estación alquilaron
para que la cruz me ayudase a llevar
a Simón Cirineo y lo hicieron
no porque movidos fueron de piedad.
Sígueme y verás
que lo hicieron temiéndose todos
sería yo muerto antes de llegar.

Aurelio Valladares del Reguero

6ª estación

En la sexta estación una santa
mujer fervorosa llegose a limpiar
el sudor de mi rostro sagrado
con un lienzo blanco, llena de humildad.
Sígueme y verás
que mi rostro estampado en tres pliegues
quedó en testimonio de aquesta verdad.

7ª estación

En la séptima estación es adonde
caído en el suelo otra vez me hallarás
y del golpe que di yo tan grande,
después no podía ni un paso dar.
Sígueme y verás
que llagado mi cuerpo y mi rostro
herido, escupido y denegrado está.

8ª estación

En la octava estación me salieron
algunas mujeres con gran caridad.
Afligidas sentían mi suerte
y hacían sus ojos mares de llorar.
Sígueme y verás.
«No lloréis –yo las dije– mi muerte,
sí por vuestros hijos y por vos llorad».

9ª estación

La novena estación es adonde
estaba mi cuerpo desangrado ya,
fatigado y muy falto de fuerzas,
con la cruz auestas volví arrodillar.
Sígueme y verás
que en esta tercera caída

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

llegué con mi boca el suelo a besar.

10ª estación

En la décima estación es adonde,
habiendo llegado al Calvario, verás
que al quitar de mi cuerpo la ropa,
volvieron mis llagas más a renovar.
Sígueme y verás
que la hiel con el vino mezclada
aquellos sayones a beber me dan.

11ª estación

En la undécima estación es adonde
la cruz en el suelo sentada hallarás
y sobre ella tendido mi cuerpo,
verás pies y manos en ella clavar.
Sígueme y verás
que al oír del martillo los golpes
se quejó mi Madre de dolor mortal.

12ª estación

La duodécima estación es adonde
allá en llegando considerarás
como en alto la cruz levantaron,
clavado mi cuerpo por me avergonzar.
Sígueme y verás
el dolor que sintió allí mi Madre
al verme escarpiado en la cruz expirar.

13ª estación

Esta estación es la decimotercia
donde fervorosos fueron a bajar
de la cruz mi sagrado cadáver
dos santos varones con gran caridad.

Aurelio Valladares del Reguero

Sígueme y verás
que mi Madre me tuvo en sus brazos
mientras dispusieron llevarme a enterrar.

14ª estación

Esta estación es la decimocuarta
donde sepultura me fueron a dar,
de limosna en un santo sepulcro
en el cual estuve tres días no más.
Sígueme y verás
que después de dejarme enterrado,
lloraba mi Madre su gran soledad.

SEMANA SANTA

Los cánticos siguientes se hacían, con la misma música, en los días de Semana Santa, desde el Domingo de Ramos al Viernes Santo, al final del rezo del rosario.

Domingo de Ramos

Jesús, que triunfante entró
domingo en Jerusalén,
por Mesías se aclamó
y todo el pueblo en tropel
a recibirle salió.

Con muchos ramos y palmas,
jazmines y violetas,
que sembraban por la tierra,
por donde el Señor pasaba
se abrían todas las puertas.

Las calles entapizadas

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

con muchos ramos y telas;
las capas se las quitaban,
tirándolas por la tierra
por donde el Señor pasaba.

Fueron muchos los obsequios
y grandes recibimientos
de nuestro Padre amoroso.
«Santo, santo, rey del Cielo,
santo», repitieron todos.

Y todos en procesión
le siguieron muy contentos.
¿No te causa admiración
que hasta los niños de pecho
alababan al Señor?

Con sus lenguas tiernecillas,
dejándose de mamar,
decían: «¡Viva el Mesías
que nos viene a rescatar
nuestras almas este día!»

Con grande triunfo y amor
hasta el templo le llevaron
y las puertas se cerraron,
pero las abrió el Señor;
los judíos se pasmaron.

Dos entradas se le hicieron
con notable variedad:
el domingo entró con palmas
y volvió el jueves a entrar
con las manos maniatadas.

Aurelio Valladares del Reguero

Por este raro misterio,
dulce pastor de las almas,
concedednos la victoria
y llevadnos entre palmas
a gozar la eterna gloria.

Lunes Santo

Jesús tranquilo fue a orar
por la gracia arrebatado
y quiso al fin derramar
su sangre por rescatar
al hombre de su pecado.

A su Padre en la oración
se dirige fervoroso,
pidiendo de corazón
del hombre la salvación
con un acento amoroso.

Probó la santa virtud
por culpa de los mortales,
martirizado en la cruz,
sufriendo horrible inquietud
y tratamientos fatales.

Sus palabras amorosas
al Eterno dirigidas,
cual plegarias dolorosas,
en las regiones gloriosas
fueron al fin atendidas.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Cristiano, si consideras,
lo que Jesús padeció
y la salvación esperas,
arrepíentete de veras,
pues por tu culpa murió.

Martes Santo

Martes santo se juntaron
en la casa de Caifás
la gente vil y malvada,
que a Jesús sin más ni más
darle la muerte intentaban.

Allí todos contestaron:
«Sí merecía la muerte».
Varios juicios se formaron
y por fin de aquesta suerte
que muera Jesús clamaron.

Uno dice: «A la verdad,
mi parecer es que muera,
porque predicando está
y nuestra ley verdadera
pronto la derribará».

Otro dice: «No tardarse.
Que muera Jesús es ley,
que la doctrina que esparce,
prohíbe al César ser rey
y él por rey quiere ensalzarse».

Otro dice con porfía:

Aurelio Valladares del Reguero

«Que muera es mi parecer,
porque predicó estos días
queriendo hacernos creer
que es verdadero Mesías».

Por fin todos a una voz
prorrumpieron: «¡Muera, muera!»
¿Qué cometisteis, mi Dios,
contra esa gente tan fiera
que todos van contra Vos?

Miércoles Santo

Miércoles santo salió
Judas con falsos intentos,
casa de Caifás entró
y junto a los fariseos
de esta suerte les habló:

«Príncipes, ¿qué es lo que hacéis?
¿Estáis de Jesús tratando?
¿Y cómo le prenderéis?
Yo lo pondré en vuestras manos
si algo me prometéis.

Y si no lo conocéis,
una señal también dejo,
para que sepáis quien es:
aquel a quien yo dé un beso
es al que habéis de prender.

No penséis que esto es engaño:
de mi maestro maldigo

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

boca, lengua, pies y manos».
Respondió el falso concilio:
«Treinta dineros te damos».

Dice Judas muy contento:
«Pero tengo algún recelo
y el alma se me inquieta,
que juntos mis compañeros
me han de dar muerte adversa».

«Judas, no tengas temor,
—así todos respondieron—
que soldados de valor
bien armados te daremos
para prender al traidor».

Fue donde estaba la Virgen
y con una risa falsa
le dice: «¿De qué te afliges,
si conmigo solo basta
para que tu hijo se libre?»

Del gozo que recibió
aquella Virgen sagrada,
de cenar muy bien le dio.
Fue la cena tan calmada
que en nada falta la halló.

¡Oh Judas, falso traidor!,
tú pagarás el pecado
de haber vendido al Señor
en quien todos confiamos
que nos dé la salvación.

Aurelio Valladares del Reguero

Jueves Santo

Jueves por la noche fue
cuando Cristo, enamorado,
con todo el pecho abrasado
quiso darnos a comer
su cuerpo sacramentado.

Sentose Cristo a la mesa
con todo el apostolado,
tomó con su mano diestra
un pan y fue consagrado
que a todos les repartiera.

Pero aquel manso cordero
con todo el poder y gracia
quiso darnos por entero
su glorioso cuerpo y alma,
mas le dio a Judas primero.

Antes de haber comulgado,
los pies a todos lavó,
también a Judas malvado
un sermón le predicó,
mas poco le ha aprovechado.

Judas desoyó el sermón,
pues tenía ya tratado
la venta de su Señor
con el senado inhumano
para darle muerte atroz.

Se salió desesperado
y marchó a Jerusalén

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

diciendo al pueblo malvado:
«Salid, salid a prender
a mi maestro falsario».

¡Oh Judas, falso traidor!,
¡oh soberbia lucifina!,
que entregas al Criador
a gente vil y lasciva
sin usar de compasión.

Entró el Señor en el huerto
a orar a su eterno Padre,
abrió los ojos al Cielo,
sudó raudales de sangre
afligido y sin consuelo.

Por vuestra santa oración,
digna de eterna memoria,
que nos queráis perdonar
y nos llevéis a gozar
con los santos a la gloria.

Viernes Santo

Viernes Santo, ¡qué dolor!,
expiró crucificado
Cristo nuestro Redentor,
mas antes dijo angustiado
siete palabras de amor.

La primera fue rogar
por sus mismos enemigos.
¡Oh caridad sin igual!

Aurelio Valladares del Reguero

De los que fueron testigos
mucho les hizo admirar.

La segunda un ladrón hizo
su petición especial,
la que Jesús satisfizo
diciéndole: «Hoy estarás
conmigo en el paraíso».

A su Madre la tercera
palabra le dirigió
diciéndola recibiera
por hijo a Juan y añadió
que por madre la tuviera.

La cuarta a su Padre amado
dirige en acento pío,
viéndose tan angustiado,
dijo dos veces: «¡Dios mío!,
¿por qué me has abandonado?»

La quinta, estando sediento
por estar tan angustiado,
dijo casi sin aliento:
«Sed tengo». Y allí fue dado
hiel y vinagre al momento.

La sexta habiendo acabado
y plenamente cumplido
todo lo profetizado
dijo muy enternecido:
«Ya está todo consumado».

La séptima con fervor

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

su espíritu entrega en mano
de su Padre con amor.
De esta manera, cristiano,
murió nuestro Redentor.

PARA PASCUA

Se sacaban al patio de la iglesia la imagen de la Virgen del Rosario (alguna vez, en los últimos años de esta celebración, fue sustituida por la Peregrina), cubierta la cara con un velo negro, y la del Niño Jesús de Praga. Se formaban dos coros de cantoras, que iban alternando las estrofas, hasta las finales, que eran cantadas conjuntamente. Una de las mozas, al cantarse la sexta estrofa, retiraba el velo negro a la imagen de la Virgen.

Recibe, Jesús amante,
nuestra excesiva alegría,
para poder comprender
el misterio de este día.

Recibe, Dios amoroso,
nuestro triste sentimiento,

que por eso hoy de mañana
os salimos al encuentro.

El dolor de vuestra Madre
se convierte en alegría,
por haber resucitado
dentro del tercero día.

Ya cesaron vuestras penas
y toda vuestra amargura,
ya todo será placer

Aurelio Valladares del Reguero

y eternamente dulzura.

Alarga, María, el paso,
reconócelo sin duda,
que has de encontrar a tu Hijo
en la calle la Amargura.

Quita, María, ese manto
y revístete de gala,
que viene resplandeciendo
el que tú muerto llorabas.

Hoy domingo de mañana
del monumento salió
tan alegre y tan gozoso
como el que nunca murió.

Ayer cruzabas las calles
de aquella ingrata ciudad
anegada en sentimiento
y profunda soledad.

A todos cuantos hallabas
preguntabas afligida
por ver si habían encontrado
aquel hijo de tu vida.

Ninguno os satisface
si no son las tres Marías,
que antes de rayar el alba
del sepulcro ya venían.

«Testigos somos –te dicen–

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

que Cristo resucitó,
porque así lo ha anunciado
aquel ángel del Señor».

Regocíjate, María,
se alegre tu corazón,
alégrese todo el mundo
de tan gran resurrección.

Triunfante y lleno de gloria
luego se te apareció
a consolarte en tus penas
y a calmar tu gran dolor.

«He triunfado, Madre mía,
—le dice con gran amor—,
de la boca del infierno
mi pena ya concluyó.

Abrí las puertas del Cielo,
que el pecado las cerró,
pues bien sabes, Madre mía,
que bien caro nos costó.

Pero no mires el precio,
mira nuestra redención,
por la que tanto anhelabas
y ardía tu corazón».

Pedid, Madre venturosa,
por nosotros miserables,
para que resucitemos
de nuestras culpas y males.

Aurelio Valladares del Reguero

Resuciten nuestras almas,
hasta ahora estaban dormidas;
quiera Dios que desde hoy
queden bien arrepentidas.

A todos los que con gozo
escuchen nuestros acentos,
allá también nos escuchen
gozando de tus portentos.

Camina con Dios, María,
camina gozosa al templo
y nosotras doncellitas
vamos en tu seguimiento.

A tu presencia nos tienes
con abrasados fervores,
aguardando de tus manos
dones, gracias y favores.

Bien poco puede, Señora,
toda nuestra devoción
y recibe bondadosa
todo nuestro corazón.

Estas velas que traemos
las traemos ofrecidas
a Cristo resucitado
y a su Madre peregrina.

A su Madre, Virgen pura,
para con su intercesión
nos alcance acá la gracia
y después la salvación.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

Hoy al entrar en la iglesia
me dio un salto el corazón,
¡viva la Virgen María
rodeada de resplandor!

MES DE MAYO

Noche y día, lengua mía,
himnos canta con ardor
a la bella, pura estrella,
casta Madre del Señor.

¡Oh Señora, fiel pastora,
de los valles del Edén,
gozo santo, dulce encanto,
de los ojos que te ven.

Tu cayado venerado
protegiéndonos está,
al sonido del silbido
fiel tu grey seguro va.

No cesará mi lengua
cantando noche y día
de celebrar tus glorias,
¡oh dulce Madre mía, mía!

Los ámbitos con voces
de bendición se llenen,
y de júbilo y gloria

Aurelio Valladares del Reguero

las bóvedas resuenen, resuenen.

Alma feliz, escucha
tan plácido alborozo:
el templo de Dios vivo
inunda puro gozo, gozo.

Dulcísima Virgen,
del Cielo delicia,
la flor que te ofrezco
recibe propicia.

Benéfico hiere
lumínico rayo
del sol que engalana
las flores de mayo.

Apenas se abren
y el cáliz se asoma,
regala el ambiente
balsámico aroma.

Dios te salve, hermosa flor,
alba del hermoso día,
María, perla triunfante,
concha del mar escogida,
de aroma la más fragante.

Reina Virgen soberana,
Madre de Dios poderosa,

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

vos sois la rosa temprana,
madre del amor hermoso,
aurora de la mañana.

Vos sois alhelí, Señora,
que a las almas da esplendor;
toda bella, encantadora,
que con tu divino amor
las fecundas y atesoras.

Por ti nace el lirio hermoso
y el clavel tiene fragancia,
la azucena olor precioso,
la siempre viva su gracia,
Madre del amor hermoso.

Por ti, reina soberana,
se crían todas las flores
y cantan los ruiseñores
alabanzas sin cesar,
Madre de nuestros amores.

Reina hermosa de piedad,
fuente de misericordia,
suplicad a vuestro hijo
que nos dé a todos la gloria
en su santo paraíso.

DESPEDIDA DE MAYO

*Ya mayo se aleja,
la flor ya pasó.
¡Adiós, Virgen bella;*

Aurelio Valladares del Reguero

flor divina, adiós!

Ya mayo frondoso
perdió sus primores,
yo con mis sudores
salí más hermoso
que el jardín dichoso
que riega el Señor.
*¡Adiós, Virgen bella;
flor divina, adiós!*

En cambio a porfía
en invierno o verano,
más tarde o temprano,
no pasará día
sin que, Virgen mía,
te mande una flor.
*¡Adiós, Virgen bella;
flor divina, adiós!*

Siempre bien venida,
siempre venerada,
siempre inmaculada,
siempre mi querida,
te doy alma y vida
por última flor.
*¡Adiós, Virgen bella;
flor divina, adiós!*

**A SAN ANTONIO DE PADUA
(festividad: 13 de junio)**

¡Oh Antonio glorioso,

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

vencedor de Belial!,
*conduce a tus devotos
al reino celestial. (bis)*

Quiso el divino Niño
a tus brazos bajar,
*para con su cariño
poderte regalar. (bis)*

Con tu oración sublime,
cede la tempestad,
*la tentación se espanta
y el alma encuentra paz. (bis)*

Tú eres del enfermo
salud y bienestar;
*del pecador refugio
que a ti clamando va. (bis)*

AL SAGRADO CORAZÓN (festividad en Carbajal: 3º domingo de junio)

Ven, Corazón Sagrado
de nuestro Redentor,
comience ya el reinado
de tu divino amor.

Ven, tuya es España entera,
tuyo su invicto blasón,
ven y vence, reina, impera,
¡oh Sagrado Corazón!

Ven, ¡oh rey de las naciones!,
¡oh rey de los siglos!

Aurelio Valladares del Reguero

ven divino Redentor,
derrama en los corazones
los tesoros de tu amor.

Bendice este hermoso suelo,
do a la sombra del Pilar,
quiso la Reina del Cielo
poner su primer altar.

Limpia, como el sol que baña
nuestro cielo, es nuestra fe.
Aún Santiago cierra España,
Aún está el Pilar en pie.

De las sectas a despecho
en España has de reinar
y para ti nuestro pecho
será un trono y un altar.

Corazón de Jesús adorado,
fuente llena de amor y bondad.
¡Ay Jesús, sea yo abrasado
con el fuego de tu caridad!

Corazón de Jesús con espinas,
bien punzado te puso mi amor.
¡Ay de mí!, son mis culpas, Dios mío,
las que os causan tan grande dolor.

Corazón de Jesús maltratado
y ofendido por mi ingratitud.
¡Ay de mí!, son mis culpas, Dios mío,

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

las que os hacen cargar con la cruz.
Corazón de Jesús lanceado
y oprimido por nuestra salud,
son mis culpas la hiel y vinagre
que os dieron estando en la cruz.

Bien conozco, Jesús, muy amado,
que mis culpas no tienen perdón.
¡Ay de mí!, me arrepiento de veras
y me acojo a vuestro corazón.

¿Quién dio a la España la nueva alegre
de los amores del Salvador?
¿Quién fue el primero que hizo la enseña
ensangrentada del Corazón?
Fue el padre Hoyos,
que en San Ambrosio
del mismo Cristo la recibió.

Jesús le dice: «Soy de Bernardo»,
Bernardo dice: «Soy de Jesús,
mas solo quiero que me regales
con las espinas y con la cruz,
pues por la herida me estás diciendo
que de ese modo me amaste tú».

«Contra el exceso de amor divino
todo el infierno conspirará.
No temas, Hoyos, estoy contigo,
la España Cristo conquistará».
Y fue el Cielo quien así dijo,
el gran arcángel de Jehová.

Aurelio Valladares del Reguero

Teresa Pacis y Margarita
buscan en Hoyos el Benjamín
de los amores que el rey del Cielo
en ese cielo vino a infundir.
Y hasta Gertrudis le manifiesta
que sus primicias las va a cumplir.

Todos los suyos, los serafines,
y arde en su pecho sangre de amor,
que aunque quisiera en él trocarse,
no lo consiente su Corazón;
mas no es extraño si en él grabada
lleva la imagen del Redentor.

Tu pecho abierto a Jesús dice:
«Ha medio siglo que ve al francés,
¿por qué mi patria, tu amada España,
se halla privada de tanto bien?»
«Con mayor gloria –Jesús responde–
en esta España yo reinaré»

HIMNO A LA VIRGEN PEREGRINA (festividad: 2 de julio)

A la Virgen Peregrina,
pisando polvo y arena,
a la Virgen Peregrina
la sacamos a novena.

Virgen fuiste peregrina
al visitar a Isabel,
cuando te lo dijo el ángel
que iba a ser madre también.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

También fuiste peregrina
caminando hacia Belén,
antes de nacer Jesús
para cumplir con la ley.

Virgen fuiste peregrina
cuando en la huida a Egipto
te acompañaba José
y llevabas a tu Hijo.

En las márgenes del Esla
tenías tus posesiones,
aunque aquello terminó,
quedan nuestros corazones.

Reina en nuestro pueblo, Madre,
reina en nuestros corazones,
para que a ti recurramos
en todas las aflicciones.

Oye nuestras oraciones
en nuestro peregrinar,
nunca olvides a tus hijos
que te aman de verdad⁶⁷.

Bendice a nuestras familias
y bendice a nuestros campos,
Peregrina, que hoy nosotros
por patrona te aclamamos.

⁶⁷ Variante de este verso: *que te aman en Carbajal*.

Aurelio Valladares del Reguero

A SAN ROQUE

(festividad: 16 de agosto)

Pues médico eres divino
con prodigiosas señales,
líbranos de peste y males,
Roque santo y peregrino.

En toda la Italia hallaste
la nación turbada y triste,
por ella al Cielo pediste
y al momento la sanaste.
Roma y contorno vecino
logra en tus favores tales.
Libranos de peste y males...

Porque Dios probarte quiere
y coronarte promete,
la epidemia te acomete
y su mano es quien le hiere.
¡Qué fiel te halló y qué fino
en penas tan desiguales!
Libranos de peste y males...

Rica hacienda y noble cuna
le dio en Montpellier el Cielo,
pero tú con santo celo
desprecias tu gran fortuna.
Otro más alto destino
dan a tu hacienda y caudales.
Libranos de peste y males...

Contra el mundo con espantos
tempranas guerras empiezas,

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

entre ayunos y esperanzas
eres santo y eres niño.
¡Oh qué feliz destino
enseñaste a los mortales!
Libranos de peste y males...

Al pobre sin que lo pida
distribuyes tus riquezas,
al enfermo ¡qué finezas!
consagras salud y vida,
de Roma por los caminos
peregrino y pobre sales.
Libranos de peste y males...

Llagado y pobre te viste
al volver al patrio suelo,
y otro amparo que el del Cielo
en tu aflicción no tuviste,
mas la muerte no te avino
sino en paternos umbrales.
Libranos de peste y males...

De tus virtudes la fama
vuelve el uno al otro polo,
la medicina eres solo
de quien devoto te llama.
Antídoto eres divino
contra epidemias fatales.
Libranos de peste y males...

Pues de la peste abogado
eres por tu intercesión,
esta afligida nación
que siempre te ha venerado

Aurelio Valladares del Reguero

halle en su fatal destino
tus socorros celestiales.
Libranos de peste y males...

HIMNO A SAN MIGUEL **(festividad: 29 de septiembre [y 8 de mayo])**

Pues en la corte del Cielo
gozáis tan altos blasones,
sed de la fe campeones,
conceded a nuestro celo.

Tú que al pueblo de Israel
señalaste el rumbo cierto,
guiándole en el desierto
y haciéndole a su Dios fiel,
dándole por pan aquel
maná bajado del cielo.
Sed de la fe campeones...

Cuando al hombre desterraste,
que profanó el Paraíso,
con sabio y prudente aviso
a la enmienda le inculcaste
y amoroso le enseñaste
a ganar el pan con duelo.
Sed de la fe campeones...

A LAS BENDITAS ALMAS DEL PURGATORIO

Vamos fieles, vamos fieles,
penetremos en el templo

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

y en él roguemos a Dios
por los que ya fallecieron.

Veamos con detención
el triste y fúnebre aspecto
que hoy presenta este lugar
digno de tanto respeto.

Esas funerarias luces,
esa calavera y huesos,
y la tristeza y el luto
que indica este paño negro.

Del todo un pueblo agregó,
reparamos en silencio,
y el fervor con que recita
la oración del Padre Nuestro.

Una esposa se lamenta
exclamando al compañero:
«¡Qué ingrato y qué olvidadero
desde estas llamas te observo!»

Lo mismo dice un esposo
a su esposa requiriendo,
pero sus lamentos siguen
ardiendo en tal extremo:

«¿Quién se acordará de mí
en estos tristes momentos?
Soy alma desconsolada
a nadie en el mundo tengo».

Una limosna que hagamos,

Aurelio Valladares del Reguero

un católico consejo,
otras obras de piedad
que por su alivio empleemos.

Todo el Señor lo recibe
y lo aplicará al momento,
del tiempo que han de penar
en aquel lugar tremendo.

Desde allí gritaba un padre
a su hijo primogénito:
«Hijo mío, acuérdate
de lo que estoy padeciendo.

Por ti sudé y trabajé
y por ti perdí el sueño,
por ti pasé mil disgustos
y por ti aquí me encuentro».

Una madre repetía:
«Hija mía, ¿qué te has hecho?
¿Eres tú la que llorabas
al darme el adiós postrero?

Por piedad, hija del alma,
no me abandones te ruego,
pues morirías de angustia
si supieras lo que peno».

Todos tenemos quien pida
en tan tristísimo encierro.
Todos tenemos quien clame
que aliviemos sus tormentos.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

LAMENTOS DE LAS BENDITAS ÁNIMAS DEL PURGATORIO

Romped, romped mis cadenas,
alcanzadme libertad;
cuán terribles son mis penas,
¡piedad, cristianos, piedad!

Un chispazo que saliera
de este fuego tenebroso,
montes y mares furioso
en un punto consumiera,
ya que podéis nuestras llamas
compasivas escuchar.

Con más acerbo dolor
al réprobo en el Infierno
no atormenta en fuego eterno
la justicia del Señor.
Nuestra deuda con la mía
con tiernos cantos pagad.

Soy tu padre, hijo querido,
quien tu compasión reclama
penando en horrible llama,
no me dejes en olvido;
no las ternezas me pagues
con desamor y crueldad.

Tendrán término mis males,
¡oh dulcísimo consuelo!
Pero, ¿cuándo alzaré el vuelo?
¡Ay!, son siglos eternos
los instantes que transcurren
sin ver, ¡oh Dios!, tu beldad.

Aurelio Valladares del Reguero

PARA LA INMACULADA CONCEPCIÓN (festividad: 8 de diciembre)

Es toda pura y toda bella,
es toda blanca y celestial,
fragante flor, brillante estrella
es nuestra Madre virginal.

Lleva la Virgen en la bandera
y en el altar del corazón,
verá a sus pies la tierra entera,
es el afán de nuestro amor.

El santo nombre de nuestra Madre
escrito sea por doquier,
acudan raudos sus destellos
fortaleciendo nuestra fe.

LA LÁMPARA DEL SAGRARIO

Muy cerca del Sagrario,
feliz nido de amores,
luciendo entre las sombras
con trémulo fulgor,
¡oh lámpara brillante!,
compites con las flores,
en darle cuanto puedes
y vales al Señor.

Consumes tu existencia
brillando en el santuario,

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

cual ellas se marchitan
de adorno en el altar,
tú das vivos destellos,
tú guías al Sagrario
y hermosas saben ellas
el aire embalsamar.

Mil veces venturosa,
porque eres compañera
del inmortal monarca,
que anonadado está.
Objeto eres de envidia,
yo nunca la tuviera,
que tienes, que disfrutas,
que yo no tengo ya.

¡Oh lámpara brillante
que alumbras silenciosa!
Su plácida morada
envíame tú a mí,
no puedes cual yo amarlo,
rendida y cariñosa,
ni Él guarda sus amores
divinos para ti.

Cuando al rayar el día
de amor enajenada
y ansiosa de encontrarte
buscando voy a Dios,
te mira indiferente,
yo vivo aprisionado
con el Sagrario hermoso
morada de los dos.

Aurelio Valladares del Reguero

PARA LA COMUNIÓN

Luceritos del alba claros cual sol,
no sois para mi alma concha de amor,
porque solo al miraros me dais dolor,
pues vaisme recordando los de mi Dios.

Cuando se abre el Sagrario ya veo al Sol,
que alumbra con sus rayos mi corazón.
¡Oh, ven a nuestras almas, divino Sol!,
que sin tus resplandores me muero yo.

Cielo hermoso que eres concha de sol,
donde duerme y descansa mi dulce amor.

Noches hay en mi alma sin resplandor,
ven a mí, Tú, que eres concha de amor.

Cuando se abre el Sagrario...

Yo oí decir a un querubín un día:
«¡Oh, alma fiel!, si pudieras saber
cuán grande es mi dicha y mi alegría,
pues sin cesar al Señor puedo ver».

Yo contesté: «Sí, querubín amado,
tú ves a Dios, celebra su esplendor,
más sabes tú del Dios sacramentado
el tierno amor, el tierno amor, el tierno amor».
Hijos de Dios, uno y otro a porfía
magnifiquemos su inmensa bondad, cielo de amor,

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

tú eres mi centro y mi felicidad.

PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Quédate, buen Jesús, que anochece
y se apaga la fe,
que las sombras avanzan, Dios mío,
y el mundo no ve.
Quédate, por piedad, no te vayas,
porque Tú eres amor
y una nube derrama en mi mente
su tul de dolor.

Quédate con nosotros tus hijos,
¡oh, divino Jesús!,
te decimos lo mismo que un día
los dos de Emaús.
No te vayas, Jesús, que anochece
y se apaga la fe,
que las sombras avanzan, Dios mío,
y el mundo no ve.

Con vosotros me quedo
y las sombras tendiéndose van,
¡ay por siempre!, ¡ay de aquel que no crea!
¡ay de aquel que no crea
al partir yo el pan!

MISTERIOS DEL ROSARIO

Cristianos, rezad
con gran devoción

Aurelio Valladares del Reguero

el Rosario a la Virgen bendita,
que ríe de gozo con esta canción.

¡Oh cristianos!, que tantos avisos
recibís del Cielo, alegres marchad
a juntaros los fieles
que el Santo Rosario ya va a comenzar.

Si el Rosario es la escala divina
por donde camina el alma a su Dios,
con tal rezo a María obsequiemos,
por su mano iremos de Jesús en pos.

Con las rosas del Santo Rosario
te ofrezco a diario corona de amor,
al ceñirle, María, en tus sienes
los bienes espero de tu bendición.

Lo que pierdes de tus quehaceres
la Virgen María te lo pagará,
por el rezo del Santo Rosario
lograrás propicia a tu majestad.

El Demonio con todo el Infierno
se turba y espanta cuando oye rezar
el Rosario a la Reina divina
y deja a las almas bajo su piedad.

Labradores, ¿queréis que el pedrisco
no tale los campos y abunde la mies?
Cada día rezad el Rosario
porque con María tendréis todo bien.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

VI.- BIBLIOGRAFÍA

1.- Fuentes documentales

a) Libros parroquiales

Los libros antiguos están depositados en el Archivo Histórico Diocesano de León, en tanto que los modernos se encuentran en la casa parroquial de Gradefes.

Libros de bautismos

- [1].- *Libro de Bautizados de la Iglesia parroquial del lugar de Carvajal de Rueda, comprole siendo cura Dn. Ioseph de Liebana Santos capellan q. fue de la Real guarda Española de la Magd. de Phelipe quinto y Beneficiado de Preste de la villa de Guardo, que hizo tambien encuadernar en lo poco que auia de asientos antiguos. Escribialo el mismo Año de 1719.*
Comprende desde 1646 hasta el 9 de enero de 1853.
Contiene al principio varias hojas con contenidos de fechas posteriores a 1646.
- [2].- *Libro de bautizados de Carbajal de Rueda compuesto de cincuenta fojas utiles selladas con el del año de 1853.*
Se abre el 13 de febrero de 1853 y se cierra el 1 de mayo de 1882.
En la última hoja figura una «visita» fechada en Gradefes el 16 de agosto de 1898.
- [3].- *Libro de bautizados de Carvajal de Rueda compuesto de ochenta hojas utiles, da principio en el año 1883.*
Comienza el 17 de mayo de 1883 y concluye el 23 de octubre de 1912.
- [4].- *Libro de bautismos de la parroquia de Carbajal de Rueda. Año 1913.*
Comienza el 13 de enero de 1913 y concluye el 11 de agosto de 1957.
- [5].- *Libro de bautismos de la parroquia de Carbajal de Rueda de Abajo. Año*

Aurelio Valladares del Reguero

1957.

Comienza el 20 de octubre de 1957 y llega hasta el presente.

La última anotación, por ahora, corresponde al 3 de agosto de 2013.

Libros de difuntos

- [1].- *Libro de Difuntos de la Iglesia Parrochial de este lugar de Carbajal comprese el año de 1723 siendo cura Dn. Joseph Narciso del Rio.*

Comienza el 8 de abril de 1723 y termina el 11 de diciembre de 1851.

- [2].- *Libro de Difuntos de Carbajal de Rueda compuesto de cincuenta fojas utiles selladas con el de la Parr^a año de 1853.*

Comienza el 5 de noviembre de 1851 y termina el 26 de mayo de 1891.

En el reverso de la última hoja figura una «visita» de primeros de junio de 1891.

- [3].- *Libro de Difuntos.*

Comienza el 3 de noviembre de 1891 y finaliza el 1 de julio de 1951.

- [4].- *Libro de difuntos. Parroquia de Carbajal de Rueda.*

Comienza el 15 de noviembre de 1951 y llega hasta hoy.

La última anotación, por ahora, corresponde al 22 de octubre de 2014.

Libros de casados

- [1].- *Libro de Casados de la Iglesia Parrochial de este lugar de Carbajal comprese siendo cura Dn. Joseph Narciso del Rio. Año de 1723.*

Comienza el 1 de septiembre de 1722 y termina el 21 de julio de 1851.

- [2].- *Libro de casados de Carbajal de Rueda compuesto de cincuenta fojas utiles selladas con el del año 1853.*

Comienza el 4 de julio de 1853 y termina el 13 de agosto de 1921.

- [3].- *Libro de casados de Carbajal de Rueda año 1922.*

Comienza el 29 de abril de 1922 y llega hasta el presente.

La última anotación, por ahora, corresponde al 11 de agosto de 2012.

Libros de cuentas

- [1].- *Libro de Fábrica.*

Comienza el 11 de noviembre de 1740 y termina el 9 de mayo de 1842.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

[2].- [*Libro de cuentas*].

Comienza el 15 de enero de 1848 y termina el 12 de enero de 1881.

[3].- *Libro de Cuentas de la parroquia de S. Miguel de Carbajal de Rueda que contiene ochenta ojas utiles 1883.*

Comienza el 8 de enero de 1883 y termina el 10 de enero de 1939 (cuentas del año 1938).

[4].- *Cuentas de fábrica.*

Comienza el 10 de enero de 1940 y llega hasta hoy.

Libros de apeos

[1].- [*Libro de apeos*]

Comienza el 27 de enero de 1745 y concluye el 1 de agosto de 1745.

[2].- *Apeo de la heredad de esta villa, casas, zensos &.*

Se abre con una anotación fechada en Gradefes el 15 de septiembre de 1745 y se cierra con otra fechada en Quintanilla el 26 de mayo de 1748.

[3].- *Apeos [1774]*

En la página 1ª figura el siguiente titular: «Apeos de las her[edades] afectas a la Iglesia Parrochial del lugar de Carbaxal, Hermitorios, Capellanias, Dotaciones, Aniversarios, y demas cosas tocantes y pertenecientes a ella, hechos con comision del Tribunal Eclesiastico este año de 1774».

Comienza con una anotación fechada en Santibáñez el 1 de febrero de 1774 y termina el 1 de junio de 1814.

Al principio se encuentran dos hojas de diligencias.

[4].- *Apeo de los Aniversarios de Carbajal. Año [1834].*

Comienza el 14 de enero de 1834 y concluye el 26 de diciembre de 1844.

Hay una anotación al final fechada el 20 de agosto de 1870.

Libros de misas

[1].- *Libro de las misas de difu[ntos] y aniversarios y obras pias de los lugares de Carbajal y Santibáñez de Rueda.*

Comienza el 20 de junio de 1761 y concluye el 31 de diciembre de 1846.

[2].- *Libro de asiento de misas de testamentos, aniversarios, cofradías y demás fundaciones piadosas de este pueblo de Carbajal y Enero de 1847.*

Comprende del 10 de septiembre de 1847 al 21 de diciembre de 1967.

Aurelio Valladares del Reguero

Otros

- [*Libro de censo de fincas*].

En la página 1ª figuran estos titulares: «Finca Contribucion», «Provincia de Valladolid», «Año de 1752», «Carvaxal».

- *Libro de Tadmias (sic) de los lugares de Carbajal y Santibáñez de Rueda. Año de 1778.*

Comienza en 1778 y concluye el 28 de marzo de 1841 (ejercicio del año 1840).

- [*Cofradía del Sancti Spiritus*].

En la página 1ª figura este titular: «Nomina de las Escrituras de Censo que tiene en su favor la Cofradia de Sancti Spiritus de Rueda de Arriba con espresion del dia y año de su otorgamiento, ante que Escribano, principal y reditos, plazo de su pago, y sus actuales censualistas, formada por Dn. Tomas Gonzalez Castañon parroco de Carbajal y Mayordomo de dicha Cofradia. Año de 1854».

Contiene datos de años anteriores al de la fecha del título.

- *Libro de Estatu (sic) Animarum de Carbajal de Rueda. Año 1957.*

Comprende desde 1957 a 1968.

b) Actas de la Junta Vecinal

- *Libro de actas del pueblo de Carbajal de Rueda.* Consta de 400 páginas numeradas, en tamaño folio. Se abre con el acta de la Junta Vecinal celebrada el 29 de octubre de 1925 y se cierra con el acta de la sesión del 20 de marzo de 2002.

- *Libro de actas.* Continuación del anterior. Comienza con la sesión extraordinaria celebrada el 4 de agosto de 2002 y llega hasta el momento presente.

c) Catastro del Marqués de la Ensenada

Se encuentra en el Archivo General de Simancas (Valladolid).

- *Carbajal año de 1753. Copia de las Respuestas Generales de el Lugar de Carbaxal.*

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

2.- Fuentes impresas

- BURÓN CASTRO, Taurino, *Colección documental del monasterio de Gradefes*, 2 vols.: *I (1054-1299)*, *II (1300-1899)*, León: Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1998.
- BURÓN CASTRO, Taurino, *Catálogo del archivo de la jurisdicción de Rueda del Almirante*, León: Taurino Burón, 2002.
- CALVO, Aurelio, *El monasterio de Gradefes. Apuntes para su historia y la de algunos otros cenobios y pueblos del concejo*, León: Editorial Celarayn, 1984 (edición facsímil de la de León: Imprenta Provincial, 1936-1944).
- CAMPOS, María y PUERTO, José Luis: «Romances y canciones de las tierras de Rueda», *Tierras de León*, Vol. 29, nº 76, 1989, pp. 35-50.
- CAMPOS, María y PUERTO, José Luis, *El tiempo de las fiestas (ciclos festivos en la comarca leonesa de Rueda)*, León: Diputación Provincial, 1994.
Los autores (son matrimonio: él es salmantino y ella de Villacidayo) incluyen varios datos sobre Carbajal, obtenidos de Amor Barrientos Urdiales, Delfina García Ingelmo, Carmelita Carpintero Suárez y Jacinto Rodríguez Juanes.
- CENSO de la población de España de 1970. Nomenclátor de las ciudades, villas, lugares, aldeas y demás entidades de población*, Vol. 24: *Provincia de León*, Madrid: Instituto Nacional de Estadística, 1973.
- ESTADÍSTICA general de la diócesis de León (Boletín Oficial del Obispado correspondiente al mes de enero de 1944)*, León: Palacio Episcopal, [1944].
- ESTADÍSTICA general de la diócesis de León*, León: Imp. Católica, 1952.
- ESTADÍSTICA general de la diócesis de León*, León: Imp. Católica, 1959.
- ESTADÍSTICA general del obispado de León*, León: Imp. de Maximino A. Miñón, 1908.
- ESTADÍSTICA general del obispado de León*, León: Imp. de Maximino A. Miñón, 1913.
- FERNÁNDEZ CATÓN, José María, *Catálogo del Archivo Histórico Diocesano de León*, 5 vols., León: Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro» / Caja de Ahorros y Monte de Piedad de León / Archivo Histórico Diocesano de León, 1978-2006.

Aurelio Valladares del Reguero

- GARCÍA ABAD, Albano, «El retablo de Carbajal de Rueda», *Diario de León*, domingo 19 de enero de 2003, p. 2.
- GUÍA de la diócesis de León 2007 (Suplemento del *Boletín Oficial del Obispado de León*), Salamanca: Imprenta Kadmos, 2007.
- GUÍA de la iglesia en León, León: Impr. Diocesana, 1981.
- MOURILLE LÓPEZ, José, *La provincia de León (Guía general)*, Toledo: Imp., Fot. y Enc. del C. de H. de María Cristina, 1928.
- NOMENCLÁTOR de las ciudades, villas, lugares, aldeas y demás entidades de población de España, formado por la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico con referencia al 31 de diciembre de 1900. Provincia de León, Madrid: Imprenta de la Dirección del Instituto Geográfico y Estadístico, 1904.
- PUERTO, José Luis, *Leyendas de tradición oral en la provincia de León*, [Burgos]: Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2011.
Recoge varias de Carbajal, según la información facilitada por Cándido Carpintero Suárez, Carmelita Carpintero Suárez y Jacinto Rodríguez Juanes.
- PUERTO, José Luis, *Rumor de la palabra. Tradiciones orales en la comarca leonesa de Rueda*, León: Universidad, Área de Publicaciones / Gradefes (León): Ayuntamiento, 2013.
Son varios los datos que ofrece sobre Carbajal, según la información proporcionada en su momento por Amor Barrientos Urdiales, Jacinto Rodríguez Juanes, Carmelita Carpintero Suárez y Delfina García Ingelmo.
- RÚA ALLER, Francisco Javier, «Costumbres leonesas en torno a San Antón y el fuego», *Revista de Folklore*, Tomo 29, nº 338, 2009, pp. 66-72.
- URDIALES [CAMPOS], José Millán, *El habla de Villacidayo (León)*, Madrid: Anejos del Boletín de la Real Academia Española, 1966.
- URDIALES CAMPOS, Millán, *El Partido de Rueda del Almirante en 1752 según el Catastro y el Vecindario del Marqués de la Ensenada*, León: Instituto Leonés de Cultura, 2007.
- VOCACIONES (Las) sacerdotales y religiosas en la diócesis de León. Estadística. VI Congreso Eucarístico Nacional, León: Imp. Católica, 1964.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

F O T O S

Aurelio Valladares del Reguero

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos



Foto 1. Mozas de Carbajal con don Antonino Martínez y un religioso capuchino, h. 1954.

De izquierda a derecha: Celita Díez, Aquilina Ferreras, Olegaria Ferreras (abajo), Balbina Ferreras (con gafas), Evangelina del Valle (arriba), María Eugenia Barrientos (abajo), Lore de la Varga, Francisca González (ama de don Antonino), Presentación Ferreras, Esther Gutiérrez, don Antonino Martínez, Severina González, Amparo del Valle, Antonia de la Varga, Emilia del Valle, Amor Barrientos, Carmen Díez, religioso capuchino, Emma de la Varga (arriba), Valentina del Valle, Amelia Valladares, María Paz Ferreras, Celia de la Varga, Esperanza Fernández, Enedina Juanes, María Luz Valladares, Alejandrina García y Eloína Díez.

Aurelio Valladares del Reguero



Foto 2. Primera Comunión, 19-05-1955. Foto realizada en la huerta de casa de Miguel Valladares.

De izquierda a derecha: Saturnino Ferreras García, Amador Díez Herrero, Carlos Valladares González, Aquilino Ferreras Díez, María Teresa Rodríguez Rodríguez, doña Presentación Valbuena (maestra), Aurelio Valladares del Reguero, Toribio Pato Aller, Jesús del Valle Aller y José Luis Ferreras Ordóñez.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos



Foto 3. Representación de la comedia *Fabiola* por las chicas del pueblo, bajo la dirección de la maestra doña Séfora Blanco, en el corral de Miguel Valladares, h. 1956.

Aurelio Valladares del Reguero



Foto 4. Procesoión, 1957. En primer término Aniano Valparís y Severino Juanes, con el cigarro encendido, forma habitual para aplicar a la mecha del cohete, que cada uno lleva en la mano. Detrás, con gafas oscuras, Fortunato Valladares. Llama la atención que el recorrido se haga bajando por la calle Grande, cuando lo habitual era hacerlo en sentido contrario.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos



Foto 5. Comienzo del camino de regreso, desde la Barca, en el recibimiento a don Felipe Barrientos Urdiales que le hizo el pueblo la víspera de su Misa Nueva, 27-07-1957.

Aurelio Valladares del Reguero



Foto 6. Mozas de Carbajal que hicieron de camareras en el banquete de la Misa Nueva de don Felipe Barrientos Urdiales, en el huerto de sus padres situado detrás de la vivienda, 28-07-1957.

De izquierda a derecha, de pie: Antonia de la Varga, Nazaria García, Evangelina del Valle, ¿Amor Barrientos?, Celia de la Varga, Virtudes Rodríguez, Margarita Ferreras, Rosalina Díez y Milagros González. Debajo: Enedina Juanes, Presentación Ferreras, Francisca González (ama de don Antonino), Balbina Ferreras, Fina Fernández, María Luz Valladares, Eloína Díez, Teresa Villacorta, Lore de la Varga, Vicenta Gutiérrez y Manuela Ferreras.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos



Foto 7. Misiones dirigidas por el religioso capuchino P. Querubín, patio de la Iglesia, finales de 1963 o comienzos de 1964.

De izquierda a derecha: Milagros González, Guadalupe Gutiérrez, Fina Fernández (abajo), Balbina Ferreras (con gafas), ¿Raineria Barrientos? (arriba), don Antonino Martínez, Chon Barrientos, Fany Juanes, Balbina González (con gafas), Ramona Barrientos (abajo), Trinidad González (de blanco), P. Querubín, Amor Barrientos, María Luz Valladares (con paraguas), Francisca González (ama de don Antonino), Lore de la Varga, Celia de la Varga, Lidia Ferreras, Virtudes Rodríguez, Covadonga del Reguero (de Santibáñez, pero su madre, Constanca Rodríguez, de Carbajal), M^a Filomena Rodríguez, M^a Teresa Rodríguez, Maribel de la Varga y Pepe Fernández.

Aurelio Valladares del Reguero



Foto 8. Juventud del pueblo, h. 1972.

De izquierda a derecha: Justiniano Rodríguez, Ana María Rodríguez, Blanca Rodríguez, Julia María del Reguero, Luis Miguel Valladares (coge de la mano a su sobrino Bernardo Grande Valladares), Begoña Ferreras, Pilar García y Roberto Valladares. En el fondo se encuentran las casas de Wirón Díez, «Chano» García y la Casa Rectoral.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos



Foto 9. Cordero conseguido por el autor en el concurso de bolos de la fiesta de 1983. En el corral de mis padres, con las cuadras (hoy desaparecidas) al fondo. Me acompañan mi cuñado Bernardo Grande, mi hermano Luis Miguel, mi hija Marta y mi sobrino Héctor Valladares.

Aurelio Valladares del Reguero



Foto 10. Gentes de Carbajal, h. 1984.

De izquierda a derecha: Fany Juanes, Pedro Díez, Delfina García (dueña del carro y de la burra), Marcos y Daniel Juanes (montados en la burra), Jesús Barrientos (sentado en el carro), Amelia Valladares, Eladio Díez, Cecilia Aller y Modesto Ferreras. Detrás puede verse el potro para herrar las vacas y en el fondo las casas de Benjamín Rodríguez - Carmen Rodríguez y Ovidio Ferreras - Delfina García.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos



Foto 11. Pregón del autor en la fiesta de la Bendita Peregrina, desde el balcón de las casas de Pablo del Reguero - Amparo del Valle y de la familia de la Varga Llamazares, 12-08-1989.

Aurelio Valladares del Reguero



Foto 12. Actuación del «Grupo de Paloteo» de Gradefes en la plaza de la Escuela, a continuación del pregón de la fiesta de la Bendita Peregrina, 12-08-1989.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos



Foto 13. Procesión de la Bendita Peregrina, subiendo por la calle Grande, 12-08-1989.

Aurelio Valladares del Reguero



Foto 14. Salida de la procesión de San Miguel, agosto de 2009.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos



Foto 15. Fiesta de San Miguel en la plaza de la Escuela, agosto de 2009.

Aurelio Valladares del Reguero



Foto 16. Vista de Carbajal desde el patio de la Iglesia, 11-08-2012.

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

ÍNDICE

Aurelio Valladares del Reguero

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

INTRODUCCIÓN	5
I.- BOSQUEJO HISTÓRICO	
1.- Primeros datos conocidos	11
2.- El Catastro del Marqués de la Ensenada (1752)	14
3.- Otras fuentes informativas para la segunda mitad del siglo XVIII y primer tercio del XIX	21
4.- Nueva división territorial	23
5.- Desde 1900 hasta nuestros días	23
6.- Evolución de la población	30
7.- Evolución de las edificaciones	31
8.- Vecindario de Carbajal de Rueda en 1925, 1931 y 1964	
a) Sorteo de parcelas de la Becerrera (1925)	31
b) Sorteo para la construcción de la traída de aguas (1931)	33
c) Sorteo de parcelas del Soto de Abajo (1964)	34
9.- Composición de la Junta Vecinal desde 1922	35
10.- Relación de los párrocos desde 1646	38
II.- MIS RECUERDOS	
1.- La casa y otras construcciones complementarias	
a) La vivienda y edificaciones anejas	43
b) Casetas de eras, cortes de ovejas y casetas de viñas	45
c) Molinos	47
d) Ermitas desaparecidas	48
2.- La vida del hogar	
a) El aseo	49
b) El vestido	50
c) Las comidas	51
d) La matanza del gocho	54

Aurelio Valladares del Reguero

3.- Vida social	
a) Formas de tratamiento	57
b) Costumbres	58
c) Profesiones	60
d) Criados	62
e) Mendicidad	63
4.- Cultura y medios de comunicación	
a) Representaciones de teatro	65
b) Radio	67
c) Cine	68
d) Televisión	69
5.- Organización vecinal	70
6.- Servicios comunes	71
7.- Fiestas	
a) San Miguel	74
b) Otras fiestas de Carbajal	80
c) Las fiestas de otros pueblos de la comarca	83
8.- Vida religiosa	
a) Párrocos	85
b) La iglesia parroquial	90
c) Las prácticas religiosas	96
d) Monaguillos	100
e) Cantores y cantoras	102
f) Hijas de María	103
g) Procesiones	103
h) Bautizos	104
i) Primera Comunión	105
j) Bodas	106
k) Misas nuevas	107
l) Devociones populares	109
9.- Vida escolar	
a) La Escuela	110
b) Juegos infantiles	114

Carbajal de Rueda. Recuerdos de otros tiempos

10.- Actividad agrícola	
a) Cultivos	116
b) Comunidad de Regantes (Sindicato)	120
c) Limpieza de la presa y del canal	123
d) Otras formas de riego	125
e) La Concentración Parcelaria	125
11.- Actividad ganadera	
a) Ganado vacuno	129
b) La vacada	130
c) El hierro de San Antón	132
d) Ganado ovino	133
e) Otros animales domésticos	135
f) Ferias de ganado	136
g) El paso de las merinas	138
12.- Venta y compra ambulantes	139
13.- El río Esla: utilidad y obstáculo	
a) Crecidas del río	141
b) Puentes sobre el río	143
c) Otros medios para cruzar el río	144
d) El baño en el río	146
e) El pantano de Riaño	147
14.- Vías de comunicación y medios de transporte	148
15.- Deportes tradicionales	
a) La lucha leonesa	152
b) El juego de bolos	156
c) La caza	157
16.- Personajes populares	
a) Julián Gutiérrez Gallego: el humor por bandera	159
b) Clarencio Ferreras Quirós: un personaje singular	161
c) Modesto Ferreras Ferreras: una fuerza de la naturaleza	163
17.- Curiosidades sobre tres pueblos vecinos	165

Aurelio Valladares del Reguero

III.- LAS CASAS DEL PUEBLO Y SUS HABITANTES	169
IV.- VOCABULARIO Y TOPONIMIA	
1.- Vocabulario	193
2.- Topónimos de Carbajal	
a) El campo	307
b) El monte	311
3.- Expresiones relativas a pueblos vecinos	314
V.- CÁNTICOS RELIGIOSOS (Selección)	317
VI.- BIBLIOGRAFÍA	
1.- Fuentes documentales	
a) Libros parroquiales	369
b) Actas de la Junta Vecinal	372
c) Catastro del Marqués de Ensenada	372
2.- Fuentes impresas	373
FOTOS	375
ÍNDICE	393